

# y, de repente, todo cambió



JESSICA GARCÍA MARTÍN

# **Y, de repente, todo cambió**

**JESSICA GARCÍA MARTÍN**



Primera edición: diciembre 2017

ISBN: 978-84-9183-547-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jessica García Martín

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Begoña Puentes Carmena

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

*A Josemi, por su apoyo y amor desde el día en que nos conocimos.*

Ocho años. Ocho años viviendo con un hombre al que ahora le daba la impresión de no conocer. Era su centro, su veleta. En él se centraba cuando veía que las cosas no tenían solución o, simplemente, no se la veía.

Durante ocho años había sido completamente feliz. Miguel le proporcionaba estabilidad. Con él se sentía segura, pero ahora... Faltaban tres meses para su boda y cada vez lo sentía más lejos. Ya no hacían cosas juntos, ni siquiera cenaban juntos, no hacían viajes, no planeaban nada, solo coincidían en la cama por las noches y, aunque durmieran uno al lado del otro, sus pensamientos no se encontraban en la misma habitación. Solo discutían y eso los estaba matando.

Claire sabía que algo no iba bien entre ellos, pero le daba tanto miedo admitirlo y hablarlo con Miguel que lo dejó pasar. Temía que, si le sacaba la conversación, su relación terminara y no concebía una vida sin él, o eso creía.

## **CAPÍTULO 1: Otra vez igual**

### *Dos meses y medio después...*

Estaba inquieta, sudaba, tenía pesadillas. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Iba a pasar algo malo? Eran las cuatro de la madrugada y allí estaba Claire, sentada en el suelo de la cocina intentando tranquilizarse tras la pesadilla que una noche tras otra la atosigaba; tomándose una infusión fría e intentando apaciguarse con el fresquito que aún desprendía el suelo en ese principio del mes de mayo.

Noche tras noche ocurría lo mismo. Claire se acostaba cansada, se dormía después de leer un poco y, a eso de las tres y media de la madrugada, llegaba su nueva amiga, por lo que se levantaba, iba al baño, se mojaba la cara y, con las mismas, caminaba hacia la cocina a beberse su infusión sentada en el suelo. Siempre era el mismo sueño: estaba feliz probándose su vestido de novia y, de repente, se veía sola en el altar, abandonada, sin explicación y la iglesia completamente vacía, ni su familia la acompañaba.

En tres semanas se casaba y ya llevaba unas cuantas soñando lo mismo. A eso había que sumarle la indiferencia que su chico mostraba últimamente para todo.

«¡Dios! ¡Qué me está pasando! A este ritmo, voy a parecer la novia cadáver. Y Miguel durmiendo, nunca se entera de nada», pensó.

Y cómo se iba a enterar, si ella no le había comentado sus pesares nocturnos. De hecho, últimamente no hablaban mucho. Tampoco se lo había

contado a Sam, que era como una hermana para ella.

«Tengo que hablarlo con alguien o me voy a volver loca», se dijo apesadumbrada.

Cogió su móvil, le mandó un mensaje a Sam rezando por no despertarla, porque si no, la mataría, y se acostó.

Piiii, piiii, piiiiiiii. ¡Hora de levantarse! Eran las ocho cuando el despertador comenzó a sonar. Claire tenía las mismas ganas de ir a trabajar después de la noche movidita que Miguel de hacer senderismo cualquier día del año.

Miguel era un encanto; el futuro marido de Claire, un hombre de pelo rubio, cara aniñada y abogado de prestigio al que al campo y a los deportes no les prestaba la mínima atención. Como él mismo decía, «soy un chico de ciudad, los árboles solo me interesan porque dan oxígeno y el deporte no me hace falta porque ya tengo un buen cuerpo».

Trabajaba en el bufete de su padre, el que un día sería suyo, ya que su hermana Marta no había querido seguir los pasos de la familia y había estudiado Bellas Artes. Ahora era artista, vivía en París vendiendo sus obras y, por lo que decía la prensa, no le iba nada mal.

Cualquiera que no lo conociese diría que era un creído, un niño de papá al que no le había faltado de nada y que se creía superior a todos. Pero Claire estaba enamorada de él desde el minuto uno en que lo vio y, desde entonces, no se habían separado. En realidad era cariñoso y aunque en los últimos tiempos había cambiado su actitud, siempre había estado pendiente de ella.

—Buenos días, dormilón —dijo Claire tras darle un achuchón.

—Buenos días —contestó Miguel.

—Voy a preparar el desayuno, ¿lo mismo de siempre?

—Sí, hoy va a ser un día largo —contestó él levantándose de la cama.

Tras una ducha rápida, Miguel llegó a la cocina y ya tenía la mesa puesta. Café con leche, zumo de naranja recién exprimido, tostada de tomate con jamón y una galletita horneada por Claire la noche anterior.

—Eres la mejor, no sé qué haría sin ti por las mañanas.

—¡Ah! ¿El resto del día sí? Vaya vaya, qué bien empieza el día —bromeó.

—No seas tonta, ya sabes qué quiero decir.

—Ya, listillo. —Claire lo miraba ensimismada, pero con el temor que de un día para otro su relación terminara.

—¿Qué tal has dormido? Yo no me he enterado de nada; últimamente llego muy cansado y no me da tiempo ni a pensar en dormir cuando ya estoy *KO*.

—Ni que lo digas —dijo por lo bajito—. Yo muy bien, como siempre, con el tema de la boda no tengo tiempo ni para sentarme durante el día, así que por la noche estoy agotada. —«Tengo que mirar el móvil a ver si Sam me ha contestado, tengo que hablar con ella antes que llegue Miguel», pensó.

—Nosotros tenemos un caso importante y no puedo escaquearme...

—Ya, no te preocupes, lo tengo todo bajo control. Luego tenemos cena en casa de Sam, no se te ha olvidado, ¿verdad? Me recoges en la agencia y vamos juntos.

—Pues... hoy tengo reunión en el bufete hasta tarde. ¿Nos vemos directamente en su casa?

«¿Reunión? Qué raro, no me dijo nada ayer; de hecho, cuando quedé con Sam, me dijo que tenía la tarde libre», pensó Claire.

—Últimamente tienes muchas reuniones, ¿no? —Miguel no le contestó—. Vale, pues nos vemos allí. A las nueve, no te retrases —dijo Claire malhumorada.

—No, no te preocupes, a las nueve estoy allí. Me voy, que se me hace tarde; hasta esta noche.

Claire notaba que algo no iba como siempre; Miguel estaba distante, siempre llevaba prisa y estaba inquieto, pero ella todo lo achacaba a los nervios preboda.

Claire miró el reloj, eran las nueve menos cuarto. Aún tenía tiempo de ducharse, recoger la habitación, arreglarse y llamar a Carmen de camino a la agencia de viajes en la que trabajaba. Miró su móvil y, efectivamente, Sam le había contestado.

¿Se puede saber qué haces despierta a las cuatro de la madrugada mandando mensajitos? Nos vemos mañana por la noche en la cena, ¿qué te pasa que no puede esperar? Cuando te vea, te mato; ¡me has despertado!

Buenos días, preciosa mía. Siento haberte despertado. Tuve una pesadilla y no podía dormir. Necesito contarte algo esta noche, antes de que llegue Miguel. En cuanto salga del trabajo voy a tu casa. No te preocupes, que no es nada grave. ¡¡Besis!!

(Conociéndola, se iba a montar una película cuando leyese el mensaje).

A las nueve y media ya estaba de camino al trabajo; la agencia no le pillaba muy lejos y abrían a las diez, así que podría pasear un rato y hablaría con Carmen.

—Buenos días, Carmen, ¿te pillo en buen momento?

—Claro, cariño, para ti siempre es buen momento. ¿Cómo estáis? Te iba a llamar esta noche, como hace días que no hablamos...

—Lo sé, por eso me he adelantado, voy camino de la agencia. Esta noche hemos quedado en casa de Sam para cenar. ¿Tú cómo estás?

Carmen era la mejor amiga de su madre y cuando esta murió, teniendo Claire trece años, la cuidó como una hija, la que nunca había tenido. Gracias a ella, Claire había conservado un referente femenino en quien apoyarse. Además, su padre y su hermano, desde la muerte de María, se habían ido distanciando.

—Como siempre, hija; y de Marcos, ¿qué sabes?

—Ya sabes cómo es mi hermano, no cuenta mucho cuando llama. Hablé

con él la semana pasada para recordarle el día de la boda. Me confirmó que vendría. Con eso ya me basta —dijo riéndose.

—¡Qué demonio de criatura! Tengo ganas de verlo —contestó Carmen.

—Y yo, qué te voy a contar. Bueno, Carmen —dijo llegando a la puerta del trabajo—te dejo que ya he llegado, otro día te llamo. Si me necesitas, llámame, ya lo sabes.

—Lo sé, hija, que tengas buen día y saluda a Miguel de mi parte. —Y colgó.

Cuando Claire llegó, Iván ya estaba dentro. Iván era su jefe y desde que empezó a trabajar para él, su amigo. Se conocían desde hacía cuatro años, pero congeniaron desde el minuto uno.

—¡Buenos días, bombón! Qué mala cara traes, ¿te ha pasado algo con Miguel?

—A mí, no, ¿por qué?

—Hija, pues tienes unas ojeras... ¿De verdad que no te pasa nada?

—He dormido regular, pero con Miguel todo bien. —Aunque en el fondo sabía que no, no quería reconocerlo.

—Vale, pero si quieres hablar de algo, ya sabes dónde me tienes. Ahora me voy, que tengo una reunión con una guía para una excursión al Prado de un colegio infantil. ¡Llámame si me necesitas! —chilló cerrando la puerta tras de sí.

—Claro, que tengas buen día tú también —dijo sabiendo que Iván ya se había ido y no la podía escuchar. «Este chico siempre va con prisa, vaya donde vaya y esté donde esté», pensó.

La mañana fue muy tranquila. La agencia de viajes para la que trabajaba era pequeña, así que la mayoría del tiempo estaba sola en la oficina; Iván solo aparecía para recoger papeles o porque había quedado allí con alguien. Por lo tanto, la cara visible de la empresa era Claire. Tras programar viajes, revisar

algunos ya contratados y navegar por internet para conocer lugares que no había visitado —pero era bueno que conociera por si llegaba algún interesado en ellos—salió a comer. Como cada miércoles, había quedado con su padre; él no vivía en Madrid, sino en Toledo, pero todas las semanas viajaba a la capital para ver a su hija y comer con ella.

Cuando Claire llegó, su padre ya estaba dentro y había pedido lo de siempre.

—¡Hola, papá! Qué guapo estás —dijo sonriendo.

—Hola, cariño, ¡tú sí que estás guapa!

—Anda, anda, ¿no ves las ojeras que tengo? ¡Si parece que estoy muerta!

—¡Qué exagerada eres, hija! Y Miguel, ¿hoy tampoco lo veo?

—No, lo siento, tenía una reunión importante todo el día, así que no podía venir —dijo Claire a su padre, sabiendo que su futuro esposo no tenía ninguna intención de establecer con su padre ningún vínculo que no fuera preciso.

—Bueno, otro día será. ¿Cómo llevas los preparativos? Tengo ganas de acompañarte al altar. Seguro que vas preciosa.

—Y yo de que lo hagas. —Tras un silencio, dijo—: Marcos me ha confirmado que va a venir, ¿has hablado con él últimamente? —Sabía la respuesta.

—No, ya lo sabes. Hace dieciséis años que murió tu madre y desde entonces nos hemos distanciado demasiado; pero no te preocupes, nos comportaremos en tu día.

—No me gusta que sigáis casi sin hablaros, sigo sin entender por qué estáis así.

—Algún día lo sabrás, pero no va a ser hoy —le contestó a su hija con una sonrisa triste en los labios.

Con la comida ya en la mesa se dispusieron a empezar. Hasta las cinco no tenía que volver al trabajo, así que se tomaron un café en una cafetería cercana y dieron un paseo.

—Tengo que volver al trabajo, papá, la semana que viene te veo.

—Claro, cariño, saluda a Miguel de mi parte, te quiero.

—Te quiero, papá.

Cuando volvía caminando a la agencia, le pareció ver a Miguel en el coche con otra chica. «Seguro que es alguna compañera», pensó, y no le dio más vueltas, más tarde se enteraría. Se giró para seguir caminando en su dirección y chocó con un muchacho, cayendo ella de culo.

—¡¡Ay!! —exclamó desde el suelo.

—Lo siento, te has girado de repente... —le dijo él tendiéndole la mano para que se levantara—. ¿Estás bien?

—Sííí —dijo Claire mirando sus ojos color miel.

—Podría echarte un vistazo, trabajo cerca de aquí —se ofreció él al ver que no paraba de tocarse el trasero y la cadera.

—¿Qué? ¡No! No es nada... Tengo que irme —respondió nerviosa a la insinuación de él.

—Lo siento, de verdad... —le respondió viendo como ella se alejaba.

La tarde fue más ajetreada; llegó una pareja para contratar un viaje de novios a Australia, un grupo del Imsero que quería viajar a Galicia a comer marisquito bueno y unas chicas que estaban preparándole a su amiga su despedida de soltera y querían ir a las costas andaluzas. Claire les recomendó las playas de Almería, ya que eran unas de sus favoritas, podían hacer alguna actividad acuática, pasar el día tomando el sol y por la noche salir de fiesta. Así que, tras convencerlas, contrató otra venta.

Aunque la mañana no había dado mucho fruto, la tarde estaba saliendo redonda; la iban a nombrar trabajadora del mes, pensó riéndose, ya que era la

única que trabajaba allí.

Cuando faltaba media hora para cerrar llegó un chico. Claire se quedó paralizada cuando lo vio entrar. Era moreno, muy atractivo, con barba muy cuidada y alto, «*altísimo*», pensó; desprendía un magnetismo cautivador.

Estuvieron un rato mirándose sin decir nada, el chico no le quitaba ojo. Claire no era una chica despampanante. Era rubia, con el pelo liso a media melena, bajita y menudita, pero con curvas, como ella decía; pero tenía unos ojazos verdes que te penetraban con la mirada. Claire se había quedado tan paralizada a su llegada que no le salían las palabras, muy raro en ella, ya que era una parlanchina nata y se estaba poniendo nerviosa al sentirse tan observada.

—¡Hola! —dijo el chico sin quitarle ojo—. Espero que estés mejor, te has ido tan rápido... He visto que aún estaba abierto y me he decidido a entrar, espero no molestar, he visto que cerráis en breve.

—Estoy bien... Además, ha sido mi culpa, me giré... —le dijo recordando el encontronazo que habían tenido unas horas antes—. ¿En qué puedo ayudarte? —logró decir al fin.

—Pues... estaba pensando irme unos días fuera pero no tengo ni idea a dónde. Necesito desconectar y salir un poco de la rutina diaria.

—Vale, ¿alguna preferencia?, ¿playa, montaña, ciudad, isla, país...? —dijo tomando carrerilla.

—Vaya, no pensaba que hubiera tantas opciones —dijo riéndose.

—Ni te lo imaginas. Tú dirás... Dime qué prefieres y vamos concretando.

—Me gustaría salir del país, hace mucho que no viajo lejos y me apetece.

—Vale, entonces descartamos el nuestro. Ahora, qué país, ¿prefieres uno europeo o más lejano?

—Con Europa me basta. He estado en Portugal, Francia, Italia, Alemania, Reino Unido y Noruega. Así que cualquiera del resto me va bien —dijo

sonriendo mientras se rascaba la barba.

—¡Vaya! ¿Te has recorrido media Europa y ahora no sabes dónde irte? A mí me gusta mucho Bélgica y Países Bajos; para ser dos países no son muy grandes y en un mismo viaje te daría tiempo a visitar lo principal de cada uno, dependiendo de los días que vayas a estar fuera, claro. Además, si fueras a esos ya verías los dos que te quedan entre Alemania y Francia y completarías un poco el puzzle sin dejarte países por medio sin ver —dijo sonriendo con autosuficiencia.

—Eres buena en esto, ¿eh? Me has convencido. Dime qué te hace falta y te lo traigo lo antes posible.

—¡Gracias! Sí, realmente me gusta y viajar es una de mis pasiones...

—Vaya... Entonces tenemos algo en común —dijo intentando coquetear.

—Bueno... —dijo Claire sin saber muy bien qué responderle.

—Pues ya está, decidido. Pensaba que iba a ser más complicado —dijo él al fin, tras ver la cara que ella había puesto—. Tengo dos semanas libres, así que en ese período, los días que hagan falta.

—Pues me tienes que traer todo esto que te acabo de apuntar aquí, tus datos y los de tu novia, claro —dijo Claire intentando ser profesional.

—No, viajo solo, es para desconectar, ¿recuerdas? —riéndose.

—Es verdad, perdona, es la costumbre. Pues cuando lo tengas todo, pásate y cerramos el viaje.

—Vale, pues nos vemos pronto entonces.

Ese chico le había dado buena sensación aunque hubiera acabado en el suelo en su primer encuentro. Claire normalmente tenía un sexto sentido para esas cosas; cuando alguien le entraba por el ojo a la primera era buena señal, pero si por el contrario no le había caído bien inmediatamente, esa persona no era trigo limpio, como en más de una ocasión había podido comprobar.

—¿Te apetece tomar algo? Me gustaría invitarte por el choque de esta tarde...

—Ya he quedado, lo siento... —le respondió poniéndose en pie para recoger sus cosas.

Sin darse por vencido, el chico volvió a preguntarle:

—¿A lo mejor querrías desconectar conmigo? En mi viaje —dijo él antes de salir por la puerta.

Claire se quedó pálida, no sabía qué decir. Obviamente, su cabeza decía: ¡está loco, ni siquiera me conoce! Hasta que contestó:

—Gracias, pero me caso en tres semanas y no creo que deba desconectar ahora mismo, aunque no te niego que me vendría muy bien para relajarme antes.

—Vaya es una pena, perdona entonces —«Qué suerte tienen algunos», pensó—. ¡Nos vemos! —Y salió.

La confusión se instaló en Claire durante un rato, había una conexión entre los dos que nunca había sentido, pero por otro lado estaba Miguel, al que estaba segura amaba sobre todas las cosas, aunque ahora no estuvieran muy bien.

Empezó a sonarle el teléfono. «Mierda, es Sam», pensó.

—Hola, neni, ¿qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? ¿No me habías dicho que vendrías antes de la cena a mi casa, que tenías algo que contarme?

—Claro.

—Y ¿por qué aún no estás aquí? Son las nueve menos cuarto y se supone que la cena es a las nueve.

—¡Ostras, no me había dado cuenta de la hora! Cierro y voy para allá. Tardo tres minutos, ¡hasta ahora! —Y colgó.

Una vez en el piso de Sam, empezó a detallarle a su amiga la pesadilla que llevaba teniendo las últimas semanas.

—¿En serio, siempre la misma?

—Sí. Siempre la misma, no sé qué hacer. ¿Será una señal?

—¿Una señal de qué? —dijo Sam.

—Una señal de que no debo casarme. Tengo un presentimiento y no bueno, precisamente.

—¿Pero tú te estás oyendo? Claire, sabes perfectamente cuál es mi opinión acerca de Miguel, pero estás enamorada de él desde que lo viste hace ocho años en el juicio de tu padre, cuando acompañaba al suyo. ¿Os habéis peleado últimamente? ¿Por eso tienes dudas? Oye, si te ocurre algo puedes contármelo, ya lo sabes. —Sam no confiaba mucho en el novio de su amiga y, menos aún, en los últimos meses. Ella creía que él le estaba ocultando algo, pero no tenía cómo demostrarlo.

Claire y Miguel se habían conocido ocho años atrás en un juicio en el que el padre de Miguel era el abogado de su padre. A este lo acusaban de haber robado en la empresa en la que trabajaba entonces, pero todo quedó en nada y ganaron, ya que no tenían ninguna prueba contra él. Este dejó la empresa y, tiempo después, volvieron a robar, así que esta vez sí pillaron al ladrón y se dieron cuenta de que un administrativo de la oficina era el que iba ingresando dinero en una cuenta privada.

Desde entonces, Claire y Miguel no se separaron, se hicieron amigos y luego pareja.

—No es eso, quiero a Miguel y sé que es lo mejor que me ha pasado nunca, pero últimamente está raro, siempre llega tarde, tiene mucho trabajo y reuniones a todas horas, nunca tiene ganas de nada, absolutamente de nada, créeme. Joder, ni follamos. Y ahora, la pesadilla. ¿No te parece raro que siempre sea la misma, yo vestida de novia y luego en la iglesia sola?

—Hombre, muy normal no es. Pero a lo mejor estás agobiada. Todo lo estás organizando tú. ¿Y si eres tú la que estás diferente y crees que es Miguel el que lo está? —le dijo a su amiga sabiendo que esa no sería la razón.

—No sé, estoy hecha un lío. Necesito pensar —dijo Claire agobiada—. Además, esta tarde me ha parecido verlo en un coche con otra chica...

—¿Estás segura de que era él? —preguntó su amiga con interés.

—Pues no sé, ha sido todo muy rápido...

—No te preocupes, todo se va a solucionar, ya verás. Tienes que hablarlo con él, seguro que, si era él, tiene alguna explicación.

—Tienes razón, Sam, cuando volvamos a casa le sacaré el tema, a ver qué me cuenta.

—A lo mejor es una racha mala que tenías que pasar para luego ser la mujer más bonita y feliz de la tierra —dijo sonriendo—. Por cierto, ¿dónde se ha metido? Yo tengo hambre. ¿Qué hora es?

—Pues... ¡las nueve y media! Voy a llamarlo, lo mismo aún está en la reunión.

Tras tres llamadas perdidas y un par de mensajes, Claire y Sam decidieron cenar; seguro que su chico seguía en la reunión y no podía cogerle el teléfono.

A las once, Claire, más que cabreada, decidió que era hora de irse a casa. Al día siguiente había que madrugar y no podía estar esperando toda la noche a su futuro marido en casa de Sam.

Cuando llegó no había nadie, Miguel no había dado señales de vida. Lo volvió a llamar, pero tenía el móvil apagado. Se duchó, hizo más infusión y la metió en el frigo, estaba segura de que la iba a volver a necesitar. Volvió a llamarlo, ya más preocupada; era casi medianoche y no sabía nada de él. Había llamado a su oficina, pero allí ya no había nadie, así que se metió en la cama e intentó dormirse. Como el sueño no llegaba, cogió su libro favorito,

*Romeo y Julieta*, de Shakespeare y leyó un rato hasta que por fin Morfeo se la llevó.

A las tres y media volvió a despertarse tras la pesadilla de siempre. Miguel estaba a su lado, durmiendo y oliendo a alcohol, algo impropio de él, ya que no solía beber. Se levantó e hizo el ritual habitual de cada noche: fue al baño, se refrescó la cara, y en la cocina bebió su infusión sentada en el suelo.

Claire no estaba bien, tenía dudas sobre la boda, la pesadilla no la dejaba descansar y además, ahora, su novio llegaba tarde a casa después de beber y sin avisar, sin contar con que lo había visto con otra.

No solía llorar; durante los meses en los que su madre había estado enferma y en su posterior muerte, era lo único que había estado haciendo, pero en ese momento era lo único que quería. Con los ojos anegados en lágrimas se preguntaba, una y otra vez, qué era lo que estaba haciendo mal, pero no encontraba respuesta. No era ella la que estaba cambiando, de eso estaba segura.

## CAPÍTULO 2: Y yo me chupo el dedo

Piiii, piii, piii. ¡Hora de levantarse! Eran las ocho y cuando Claire abrió los ojos no sabía si había soñado todo lo ocurrido con Miguel la noche anterior o no. Un olor a alcohol le inundó la nariz, así que se dio cuenta de que todo había sido real. Con las mismas, se levantó de la cama y se fue a la cocina. Estaba muy enfadada, así que no le dijo nada a Miguel, que estaba profundamente dormido, ni siquiera había escuchado la alarma. «Si llega tarde al trabajo es su problema, no pienso despertarlo», pensó.

Desayunó y no le preparó nada a su prometido; sería la primera vez que no le hiciera ni el desayuno ni le eligiera el traje que ponerse para ir al bufete. Volvió a entrar en la habitación, se arregló, cogió sus cosas y, antes de salir, le dejó una nota en la almohada.

Recoge la habitación antes de irte al trabajo, si es que vas hoy, lo mismo no tienes ninguna reunión importante. Cuando salga de la agencia me voy a casa de Carmen.

Con esa escueta nota salió de casa y llamó a Carmen.

—¡Buenos días, Carmen!

—Hola, mi niña, ¿ha pasado algo?

—No, ¿por qué?

—Como me llamaste ayer... Nunca sueles llamar dos días seguidos.

—Qué va, tengo ganas de verte, ¿te viene bien que pase después del trabajo por tu casa y hablamos un ratito?

—¡Claro! Así nos ponemos al día —dijo sonriendo, sabiendo que a su niña sí le pasaba algo.

—Vale, esta noche te veo, adiós. —Y colgó.

Llegando, le mandó un mensaje a Sam:

Llegó tarde, pero llegó. No lo he matado esta mañana de chiripa.

¿Qué me dices! ¿Pero habéis hablado?

No, cuando llegó, yo estaba dormida y cuando desperté después de la pesadilla ya estaba allí, oliendo a alcohol que no veas.

Miguel... ¿alcohol? ¡No me lo creo!

Lo que te digo. Ahora, cuando he salido, seguía durmiendo. Oye, ya he llegado al trabajo, ¿comemos juntas al mediodía y seguimos hablando?

Claro, rubia, luego paso por allí y te recojo. ¡Besis!

¡Besis!

La mañana fue durita. Sin apenas dormir, cabreada con Miguel —ya que este seguía sin darle ninguna explicación—y sin apenas comer, como ya llevaba varios días haciendo, Claire estaba más cansada que nunca. Además, había tenido unos problemas con un guía en una de las excursiones contratadas para la semana, así que su ánimo no era el más adecuado para atender a nadie. Había discutido por teléfono con Iván, su jefe, cosa que nunca había pasado en el tiempo que trabajaba para él. Estaba deseando que acabara el día para volver a casa, aunque sabía que iba a discutir con Miguel apenas lo viera.

A la hora de comer, Sam le mandó un mensaje para que saliera.

Rubia, estoy en la puerta, ¡vamos a comer!

Ahora mismo salgo

Media hora después, ya estaban sentadas en uno de sus restaurantes italianos favoritos.

—A ver, suelta por esa boca, que de un momento a otro vas a explotar —le dijo Sam cariñosamente.

Más sería de lo normal, Claire le relató lo sucedido desde que se marchó de su casa la noche anterior hasta ese mismo momento.

—Total, que ni me ha llamado, ni me ha mandado un mensaje, ¡nada! Y lo peor es que no quiero ni verlo, porque estoy muy cabreada y no quiero arrepentirme de nada de lo que le diga.

—Pues no sé qué decirte, Miguel nunca se ha comportado así. Siempre ha sido el adulto responsable que lo tiene todo estudiado y planificado con antelación. ¿Has pensado hablar con su padre, por si tiene algún problema en el bufete?

—No, no pienso preguntarle a nadie por lo que le pueda pasar a él. Si le pasa algo debería contármelo, que para eso soy su novia, ¿no?

—También tienes razón —dijo Sam mientras el camarero se acercaba con sus platos de pasta y les servía.

—Bueno, cuéntame tú algo, que llevo tres días calentándote la cabeza con mis cosas.

—Claire, tu no me calientas la cabeza, somos amigas, ¿no? Para eso estamos. En realidad, sí tengo que contarte algo... He conocido a un chico, aunque solo nos hemos visto una vez, pero hay algo en él que me atrae... —dijo con una sonrisa de bobalicona en la cara.

—¿En serio? ¡No me habías dicho nada! ¿Dónde y cuándo lo has visto? ¿Cómo se llama? ¿Has quedado con él ya? —soltó de carrerilla—. Joder, qué mala amiga soy.

Con una risotada y moviendo la cabeza, Sam le dijo que no tenía remedio.

—Te gusta más un cotilleo... Lo conocí la semana pasada en la peluquería, fue a llevar a uno de sus alumnos de balonmano, ya que al terminar el entrenamiento su madre no había podido ir a recogerlo; estuvimos un buen rato hablando y tenemos muchas cosas en común, me pidió mi teléfono y se lo di. Se llama Carlos y es tan guapo...

—¿Y te ha llamado ya? —dijo Claire con los macarrones en la boca a punto de atragantarse.

—No, pero hemos estado hablando por Whatsapp, algo es algo —dijo riéndose Sam.

—No tienes remedio, morena. Me alegro mucho, espero que os vaya bien.

—Bueno, no corras, espérate a ver si quedamos...

El resto de la comida fue bien, no faltaron las risas y las confianzas entre las dos amigas. Claire y Sam se conocían desde el colegio, poco antes que la madre de Claire muriera, por lo que fue un gran apoyo para ella. Desde entonces, eran como hermanas. Sam no tenía familia en el país, sus padres se habían mudado a Italia cuando ella cumplió la mayoría de edad, así que ambas se apoyaban en todo. Eran familia.

A las cuatro y media, Claire ya estaba de vuelta en el trabajo. Hasta las cinco no abrían, así que se sentó en un banco situado frente a la agencia a tomar el solecito.

—Hola —escuchó Claire a su espalda.

No tenía que girarse para ver quién era, ya lo sabía.

—Hola, Miguel. ¿Qué haces aquí? —contestó seria.

—Vaya, ahora soy Miguel —dijo con una leve sonrisa—. Te he estado llamando al móvil para ir juntos a comer, pero como no me cogías he decidido venir y esperar a que llegaras.

—¿Me has llamado? —preguntó mientras se acordaba de que no había puesto el móvil con sonido después de haber respondido a Sam el mensaje que le mandó cuando fue a recogerla.

—Claro, cariño, quería hablar de lo que ocurrió anoche —dijo Miguel prudente sentándose a su lado.

—No creo que sea el momento más idóneo, entro a trabajar en quince minutos. Además, estoy muy enfadada: no das señales en todo el día, no avisas de que no cenas con nosotras, ni siquiera llamas para decirme que vas a llegar tarde a casa, llegas oliendo a alcohol y, por si fuera poco, no me

coges el teléfono ni me mandas un simple mensaje para saber que estás bien y no te ha pasado nada —soltó Claire cabreada y alterada.

—Lo sé, sé que no actué bien, pero deja que te lo explique, por favor —le rogó Miguel.

—Habla, tienes diez minutos, tengo que abrir la agencia —contestó Claire cruzándose de brazos.

—La reunión se alargó más de lo que pensé y cuando fui a avisarte me había quedado sin batería. Llamé a casa, pero no estabas y en la agencia tampoco me lo cogiste. Así que pensé que ya estarías con Sam. Cuando fui a llamarte al móvil tuve que entrar de nuevo, así que no me dio tiempo. Tras la reunión, quisieron ir a tomar algo para celebrar que todo estaba saliendo como esperábamos y pensé que ya estarías en casa durmiendo y no quise llamar para no despertarte —soltó Miguel como si llevase aprendido el guion de memoria.

Claire había estado escuchándolo con mucha atención, sabía que no le estaba contando toda la verdad.

—¿Se te ocurre llamarme antes a casa y al trabajo que a mi móvil? ¿Crees que soy tonta? Mira, Miguel, sé que no me estás contando toda la verdad, que llevas un tiempo comportándote diferente; si tienes algún problema en el trabajo puedes contármelo, o si soy yo, también puedes decírmelo, no pasa nada... Tengo que abrir ya, así que esta noche nos vemos en casa —dijo ella levantándose mientras él la imitaba.

—Pero Claire, de verdad, fue eso lo que ocurrió. Perdóname, por favor —le susurró Miguel al oído. Sabía que era el punto débil de Claire y ante eso no podía negarse.

Claire estaba confundida. En los años que llevaban juntos nunca habían discutido, pero en los últimos meses era lo único que hacían. Después de

escucharlo no sabía si creerlo o no. Puso un poco de distancia entre los dos y le soltó:

—Te vi en el coche con otra mujer. Espero que para eso tengas una excusa mejor que esa. Ahora, me voy a trabajar.

Se dio la vuelta y empezó a andar, pero Miguel la agarró del brazo y le dijo:

—¿Una mujer, en serio? Yo no he estado con nadie, Claire, tienes que creerme... —le rogó—. Luego te recojo y cenamos, hablaremos tranquilamente.

—Sé lo que vi... y he quedado con Carmen para cenar. Estaré en su casa... —Y se alejó hacia la agencia.

Miguel se quedó mirándola. Sabía que Claire no era tonta y la conocía tan bien como para saber que no lo iba a perdonar tan fácilmente. Había sido un estúpido al pensar que podría engañarla de esa manera. Tendría que pensar una explicación razonable de quién era esa mujer y qué hacía con ella. Finalmente, decidió volver al bufete; esa mañana no había aparecido por allí y su padre estaría muy enfadado.

Claire pasó la tarde bastante más cabreada que la mañana; la historia que Miguel le contaba no se la creía nadie. Además, había comprobado el contestador y nadie había llamado después de la hora del cierre.

Cuando llegó a casa de Carmen, Miguel estaba allí.

—Hola, cariño, ¿estás bien? Estás más delgada y con unas ojeras horribles.

—Sí, Carmen, no te preocupes. Últimamente, el mundo está en mi contra —dijo con una sonrisa triste—. Pero nada que no tenga solución —añadió mirando a Miguel.

—Bueno, espero que no sea nada grave. Mira, Miguel me ha traído esas pastas que tanto me gustan, es un cielo, hija...

—No es nada, Carmen, no sea exagerada —añadió Miguel sonriendo.

—Bueno, vamos a cenar, que se enfría la cena.

Se sentaron a cenar los tres. Claire estuvo prácticamente toda la velada callada, solo interactuaba con Carmen. Miguel intentaba llegar a ella, pero hasta que no hablasen sabía que no tenía nada que hacer. Por su parte, Carmen sabía que algo les ocurría. Normalmente, eran muy cariñosos y estaban uno pendiente del otro, pero esa noche ninguno de los dos daba muestras de amor.

Una vez terminada la cena se despidieron de Carmen y se marcharon a casa. Durante el trayecto se mantuvieron en silencio. Cuando llegaron, Claire se dirigió al baño y preparó la ducha, necesitaba relajarse.

—Cariño, ¿quieres que nos metamos juntos? —Miguel la abrazó por detrás, muy cariñoso.

—No. No hasta que me expliques qué te pasa —dijo Claire soltándose de sus brazos.

—Vale, ven a la cocina.

Claire le siguió, se sentaron uno frente al otro en los taburetes que tenían en la barra americana, Miguel cogió aire y soltó:

—Tengo miedo a la boda, ya está, ya lo he dicho.

Claire se quedó estupefacta. Era él quien había insistido en que se casaran y ahora le estaba dando a entender que no quería, apenas tres semanas antes. Cuando esta fue a responder, Miguel le cortó y siguió diciendo:

—No quiero casarme, me he dado cuenta de que estamos bien así, por qué cambiar algo que está bien. Si nos casamos, ya va a ser una obligación el estar juntos y no quiero eso. Tenía miedo a perderte si te lo contaba. Sé que fui yo el que insistió, que tú no querías. —Después de oír aquello, Claire solo pensaba en su pesadilla; no se había equivocado, celebrar esa boda era un error. Y siguió diciendo—: Anoche salí del bufete después de estar tres horas reunido con una pareja que se quiere separar. Se miraban con odio. Llevaban tres años casados y no se soportaban, se lo veía en los ojos. Nos vi reflejados

en ellos y me entró miedo; conduje hasta el bar más próximo y me emborraché, no sabía cómo decírtelo.

Claire tenía miedo, no sabía qué decir, tampoco sabía si Miguel solo quería anular la boda y seguir como estaban o la estaba dejando con aquel discurso que le acababa de soltar.

—Di algo, por favor Claire —dijo Miguel agarrándole la mano.

—Necesito una ducha —se soltó de su mano y fue hacia el baño.

Apenas empezó a caerle el agua en la cabeza, comenzó a llorar. Llevaba tiempo sin hacerlo y en dos días había llorado por algo que seguía sin entender. Ya más tranquila, se secó y se puso un pijama. Fue hacia la cocina y Miguel seguía allí sentado. Mientras preparaba una infusión, se armó de valor y le dijo en un susurro:

—Miguel, ¿me estás dejando? Porque si es así, quiero que me lo digas claro.

Él la miró y negó con la cabeza. Se fundieron en un abrazo y él la besó. Claire lloró de nuevo; estaba más tranquila aunque no creía del todo a su novio, seguía ocultándole algo.

Ya en la cama, ella miró su móvil, tenía un mensaje de su amiga:

Hola, rubia, ¿cómo estás?, ¿has hablado con Miguel, alguna explicación?

Hemos hablado. Anulamos la boda; mañana te cuento, no tengo ganas de hablar. No te preocupes, estoy bien.

Pero no estaba bien, sabía que esa noche no iba a dormir y no sería por ninguna pesadilla.

Los dos días siguientes transcurrieron con normalidad. Miguel se comportaba como si todo estuviera bien. Claire iba de casa al trabajo y del trabajo a casa. Había hablado por teléfono con Sam, ya que ella estaba en un curso de la peluquería y no podía faltar, así que no se veían desde su comida en el italiano. Su amiga no se había tomado nada bien la explicación que

Miguel le había dado a Claire, no paraba de decirle que se la estaba pegando con otra y aunque Claire no tenía pruebas de ello y no se había atrevido a preguntárselo directamente a su novio, sabía que algo más le ocultaba. Ella no quería casarse y él la convence, pero al final, unas semanas antes, él se arrepiente, además de haberlo visto con otra mujer a la que no vuelve a nombrar ni da ninguna explicación. Estando en esas, ambas traman un plan y el domingo, que ninguna de las dos trabaja, quedan para seguir a Miguel, que resulta que tenía que ir al bufete a hacer unas cosas.

—Parecemos tontas, no deberíamos estar haciendo esto —le dijo Claire a su amiga, arrepintiéndose por lo que estaban haciendo.

—Mira, no pasa nada, nadie se va a enterar. Le seguimos; que va al bufete, bien, todos tan contentos, que no... pues averiguamos qué es lo que te oculta y tomas medidas. Mira, Claire, no puedes seguir así; ni comes, ni duermes y estás todo el día nerviosa —le decía su amiga mientras seguían a Miguel con el coche.

—Lo sé, tienes razón. Seguro que va al bufete, este es el camino que siempre hace para ir allí.

—Pues entonces, perfecto; así tú y yo nos vamos de compras y luego nos tomamos algo.

Efectivamente, habían ido a parar al bufete. Miguel se bajó de su coche y entró en el edificio.

—Ya podemos irnos, ¿no?, ha venido a trabajar, lo que me había dicho —dijo Claire mirando a su amiga; pero un momento después le cambió la cara.

Miguel salía del bufete, pero de la mano de una morena. Iban caminando felices y tranquilos sin saber que aquellas dos se encontraban allí mismo, observándoles. Claire estaba a punto del desmayo. Sam, muy cabreada, cogió el móvil de Claire y marcó el número de su novio, pero este, al ver quién le llamaba, cortó la llamada y ni le contestó.

## CAPÍTULO 3: Verdad verdadera

—¡Será cabrón! —vociferó Sam—. Lo voy a matar, Claire, te juro que lo mato.

Pero al mirar a su amiga, vio que estaba hiperventilando y comenzó a darle aire con un folleto de comida rápida que llevaba en el coche.

—Vámonos, por favor, no quiero seguir viendo esto.

—Pero ¿no quieres saber dónde van o qué hacen?

—No, ¿para qué? Ya he visto más que suficiente.

Sam arrancó el coche y se alejaron. No podía parar de pensar en lo que acababan de descubrir. Siempre había pensado que el novio de su amiga era un chulito y un creído, pero habría puesto la mano en el fuego por él si le hubieran preguntado si estaba enamorado de Claire. Estaba claro que no, si no, no le hubiera hecho esto.

—¿A dónde vas? Llévame a casa, por favor —la sacó de sus pensamientos Claire.

—No, ahora no te voy a dejar sola. Vamos a pasear y relajarnos para cuando ese... ese... Miguel llegue a casa, no hagas una locura de la que luego te puedas arrepentir.

—¿Qué locura, Sam? No voy a dejar que se quede. Me está engañando y Dios sabe cuánto tiempo lleva haciéndolo —le espetó Claire.

—No me refería a eso. Si a mí me hubiera hecho tal cosa, lo estrangularía nada más verlo, pero como no quiero ir a visitarte a la cárcel vamos a pensar

qué vas a hacer y me vas a decir cómo te sientes. No puedes afrontar algo así tu sola —dijo parando el coche.

—Vale, como quieras.

Se bajaron del coche y entraron en el Retiro. Siempre que Sam tenía que pensar iba allí, por lo que a Claire no le pilló por sorpresa ver dónde se encontraban. Estuvieron un rato andando hasta que Claire se sentó en el césped y se tumbó. Allí había paz, podía pensar y relajarse y se sentía protegida por su amiga. La respiración se le iba ralentizando poco a poco hasta que se durmió.

Una hora después se despertó de golpe; era mediodía y se oían niños chillar y reír a su alrededor. Miró a Sam, que le sonreía.

—Me he dormido, ¿por qué no me has despertado? —le dijo.

—Porque estabas a gusto y seguro que ese sueñecito te ha venido bien, ¿o no?

—Sí, me encuentro mejor, la verdad. —Pero le vino a la mente la imagen de Miguel con aquella mujer y se puso a llorar.

—No te preocupes, tienes que desahogarte.

Hablaron durante horas de cómo Claire se sentía; ni siquiera fueron a comer, había otras prioridades. Acordaron ir a su casa; seguramente, Miguel no habría llegado, así que sería más fácil. Allí metió en una maleta un poco de ropa, su neceser y su libro y se marcharon. Iban a casa de Sam; se quedaría allí unos días hasta que se tranquilizara y pensara qué haría después.

—Te ha llamado tres veces y te ha dejado dos mensajes, ¿no crees que deberías decirle algo?

—Supongo, pero no tengo fuerzas ni ganas —susurró la rubia.

—Ya, pero si no lo haces me va a llamar a mí y si eso ocurre, le voy a decir de todo menos bonito y no va a saber por qué a no ser que le diga que lo sabemos...

—Vale, le mando un mensaje, no quiero hablar con él.

—Me parece bien.

Claire agarró su móvil y escribió:

Estoy bien, no duermo en casa, mañana hablamos.

Pero Miguel le contestó:

¿Dónde estás? Estaba preocupado. Te he estado llamando y no me coges.

Claire no le contestó, Miguel la volvió a llamar, pero ella apagó el móvil y se acostó.

Por la mañana, Sam la despertó. Por increíble que pareciera no había tenido la pesadilla y, por primera vez en días, había descansado. Eran las nueve y tenía que ponerse las pilas si no quería llegar tarde al trabajo.

—Miguel me llamó dos veces más —contó a su amiga—. Me mandó otro mensaje.

—¿Qué decía?

—Te leo: «¿Cariño, pasa algo? Nunca has dormido fuera de casa, pensaba que la discusión del otro día la habíamos aclarado, dime algo, por favor». ¡Qué falso, Dios! Mira, Claire, a ese cretino le voy a partir la cara apenas lo vea. Me da igual si te parece mal —bramó Sam.

—Me parece bien, la verdad. Estoy tan decepcionada que no sé ni qué decirle cuando lo vea. Debería estar enfadada, ¿no? Supongo que sería lo normal en estos casos, tener rabia y estar enloquecida... pero, por el contrario, no siento nada de eso.

—Supongo que cada uno reaccionamos de modo diferente. Tu decepción hace que te bloques ahora, pero cuando lo tengas delante será otra historia.

—No sé. Me voy a cambiar, que el trabajo sigue en su sitio. Tengo que hablar con Iván y decirle que no me voy de la agencia, acordamos que dejaría de trabajar cuando nos casáramos...

—Cierto, aunque unos días fuera no te vendrían mal.

—No sé, lo pensaré.

Durante el trayecto, andando hacia el trabajo Claire iba ensimismada en sus pensamientos; cuando llegó, Iván ya estaba dentro.

—¡Qué mala cara traes, cielo! —gritó Iván al verla.

—Lo sé —dijo sonriendo—. Tenemos que hablar, ¿tienes un momento? —dijo tras un suspiro.

—Claro, ¿pasa algo? Sé que me dijiste que tenía de plazo hasta la boda para encontrar a alguien para tu puesto, pero es que nadie me convence, nadie es como tú. Pero te prometo que pronto me pondré a ello...

—No es eso. No me voy a ningún sitio, me quedo aquí —dijo Claire cortándole.

—¿Ah, sí? Vale. Pero... explícamelo, porque no lo entiendo.

Claire contó a Iván lo sucedido los últimos días, su pesadilla, su mal presentimiento hacia la boda, la pelea con Miguel, sus mentiras y el descubrimiento de que tenía una amante. Como buenos amigos que se habían hecho durante los últimos años, él le dio su apoyo y le ofreció tomarse unos días, pero Claire prefirió esperar y pensárselo.

Al rato de quedarse sola en la agencia, llegó Miguel. Aún no había entrado por la puerta cuando Claire sintió que estaba cerca. No le hacía falta verlo, era como si supiese que la estaba observando. Al momento lo vio acercarse, abrió y entró.

—¿¡Se puede saber qué te pasa para que no me cojas el teléfono, no contestes mis mensajes y no vengas a dormir a casa!? —gritó enfurecido.

Claire se quedó mirándolo y, con toda la tranquilidad del mundo, le dijo que no le gritara, que no estaba sorda. Miguel se quedó observándola unos minutos, había algo en ella que había cambiado, ya no lo miraba como siempre y empezó a ponerse nervioso.

—¿Me vas a decir qué ocurre? —le espetó Miguel.

—¿Tú me vas a decir por qué tienes una amante? —dijo tranquila.

—¿Cómo? Ya estás otra vez, ¿de dónde sacas eso?

—Mira, no soy idiota, aunque tú creas que sí. Os vi ayer, mientras *trabajabas*... —dijo escéptica.

Miguel no supo qué contestar, se estaba poniendo pálido.

—Vaya, ahora no dices nada, ¿no? ¿Tienes alguna excusa más que tenga que oír y creerme o ya tienes el cupo lleno? Como no quieres hablar, lo haré yo. —Y armándose del valor que creía que no tenía, Claire se despachó con él. Le dijo cómo se sentía y lo decepcionada que estaba, la poca claridad que había tenido con ella poniendo de excusa la boda que él quería celebrar y lo poco hombre que estaba siendo.

Miguel solo escuchaba y afirmaba con la cabeza, dándole la razón. Cuando ella terminó, él se levantó, le pidió perdón y se marchó. No dijo nada, absolutamente nada. No fue capaz ni de darle una explicación, ya estaba todo dicho.

Claire, por su parte, se desahogó y como se había prometido en las últimas horas, no derramó ni una lágrima delante de él. Ahora venía lo peor: anular todos los preparativos de la boda, que no eran pocos, llamar a sus familiares y amigos, que no eran muchos y acostumbrarse a estar sola después del tiempo de relación que había estado con él.

## CAPÍTULO 4: Distancia

Claire seguía en casa de Sam, aún no había vuelto a pisar la suya desde la ruptura con Miguel hacía una semana, pero tarde o temprano tenía que ir. Solo con pensar en andar por su antiguo hogar, la casa que habían compartido y donde pensaba que envejecerían juntos, la ponía mala; pero tenía que hacerlo, así que Sam, que no se separaba de ella, se pidió la tarde libre en la peluquería y la acompañó.

—Gracias por venir, no me veía con fuerzas de entrar yo sola —le dijo con una leve sonrisa en los labios, mientras abría la puerta y se cercioraba de que no había nadie. Estaba la llave echada.

—Sabes que no tienes que dármelas. Y sabes que no tendrías que irte tú, la casa también es tuya.

—No quiero nada que tenga que ver con él. Le he vendido mi parte, así que... todos tan contentos.

—Pero esta casa era tu sueño, ¿te encanta!

—No. Mi sueño era compartirla con él y formar una familia, si una parte no está la otra no tiene valor, Sam.

Esta calló, no quería darle más quebraderos de cabeza a su amiga, bastantes tenía. Tras recoger sus cosas y meterlas en cajas, dar una última vuelta por allí y despedirse de sus espacios y recuerdos, cerraron la puerta y se marcharon. Claire no había tenido que encontrarse con Miguel y eso le subió el ánimo.

Llevaba dos días sin ir al trabajo; finalmente, les hizo caso a sus amigos y se tomó una semana de vacaciones. En ese tiempo estuvo en Toledo, en casa de Manuel, su padre. Llevaba tanto tiempo sin estar con él más que para comer, que al principio se le hizo raro, pero enseguida recuperaron el tiempo perdido. Hablaron de muchas cosas, entre ellas de Marcos, su hermano, y fue un gran apoyo para Claire; le vino muy bien ahora que estaba lejos de Carmen y sus amigos.

De Miguel no recibió noticias, pero es que tampoco las quería. En ese poco tiempo sin él se había dado cuenta de la dependencia que había ido adquiriendo con los años de relación, algo insano, como ella decía a su padre: «si estás con una persona es porque la amas y la apoyas, no porque tengas tanta dependencia que si se aleja es como si te estuvieran quitando algo tuyo, una parte de ti. Y nadie es de nadie, no somos una propiedad».

Por las noches se sentía vacía; era normal, el que creía era el amor de su vida la había traicionado. Puede que él sí fuera el amor de su vida, saldría de dudas más adelante, pero ella no era el de él y de eso también se dio cuenta. Aunque seguía triste, ya no lloraba y eso era algo que su padre agradecía, ya que no estaba acostumbrado a tratar con mujeres y, menos aún, con un desamor que él nunca había tenido que sufrir. No era igual la pérdida de su esposa tras una enfermedad que el abandono por otra persona. También hablaron de su madre, de su infancia y de lo que a partir de ahora iba a hacer.

Todos los días hablaba con Sam y esta se quedaba más tranquila, cada día notaba que estaba más animada y volvía a ser un poco ella, la chica parlanchina, amante de la moda y la literatura y a la que no se le escapaba un cotilleo. Con Carmen también hablaba mucho, quería a esa mujer como si fuera su madre, y si ella no la llamaba pillaba a su padre al teléfono poniéndola al corriente.

Una tarde, Iván le mandó un WhatsApp  
¿Cómo está mi rubia favorita?

¡Bien! ¿Y tú? ¿Es que ocurre algo? ¿No estás en la agencia?  
Ja, ja, ja, claro que estoy aquí, dónde si no... No hay mucho trabajo hoy,  
los viernes son tranquilos, ya lo sabes. ¿Cuándo vuelves a la ciudad?

Vale, aún me quedan días de vacaciones, ¿o es que ya me echas de menos  
y quieres que vuelva?

¡No es eso, petarda!

Si necesitas que vuelva ya, no hay problema, estoy bien.  
No, no, tú te incorporas el viernes, como habíamos quedado. Es que ha  
venido un guaperillas que planeó un viaje contigo a traerme los papeles  
que le pediste...

¡Ah, sí! El del placaje... Vaya golpe me di en el culo.  
¿Placaje? ¿Culo? ¿Me he perdido algo?

El de Bélgica y Países Bajos, ¿no?

¡Exacto! Qué bien te acuerdas, ¡¡pillina!!

Ja, ja, ja, pues ni me acordaba de él, la verdad. Entonces, ya le has  
planificado el viaje, los días y demás, ¿no?

¡Qué va! Eso quería decirte, no ha querido cerrar nada hasta que tú  
vuelvas, por eso te he preguntado... por si estabas antes en la ciudad y te  
querías pasar, quedar con él y cerrar la venta.

¡Qué me dices!

¡Se ve que le gustó tu *sexapil*, nena! Me ha insistido mucho en que quería  
hacer el plan contigo, para que le recomendaras. Ha venido dos veces  
desde que te fuiste...

Qué cosas tienes, Iván, ¡qué *sexapil* ni qué *na!* A ver si es gay como tú y  
está interesado en ti...

Tú y yo sabemos que ese hombre no es de mi acera, bonita...

Ja, ja, ja, ¡cierto! Bueno, pues... Yo tengo que volver el martes, quiero  
buscarme piso antes de empezar en la agencia de nuevo; si sigo en casa de  
Sam me va a matar...

Sabes que no te mata... pero me parece bien, necesitas independencia.

Sí, si encuentro pronto y tengo tiempo con la mudanza y demás me paso  
por allí y a ver qué podemos hacer con el guaperillas ese...

Vale, hermosa... ¡ya hablamos!

¡¡Chaíto!!

Claire no daba crédito. Tras estar casi media hora intercambiando mensajes  
con su amigo le vino a la mente la imagen del *guaperillas*, como Iván lo

había llamado. Hasta ese momento lo había tenido olvidado, pero recordó sus ojos y volvió a tener el mismo buen presentimiento de cuando lo conoció.

Miró la hora y comprobó que su amiga ya había salido de la peluquería, así que la llamó por teléfono.

—¡Hola, rubia!

—Hola, morena —contestó sonriendo. Desde que se conocían se llamaban así una a la otra, cariñosamente.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, la verdad, me está viniendo bien estar aquí con mi padre. Esta ciudad siempre me ha gustado, tiene un encanto propio y además, estamos hablando mucho. ¿Y tú, has quedado ya con el chico que me dijiste? Qué mala amiga soy, ni te he preguntado al respecto...

—Me alegro, neni, y no te preocupes, lo importante ahora mismo eres tú. Pero tengo que decirte que... ¡¡sí!! Hemos quedado un par de veces para tomar algo; cuando vuelvas tengo que presentártelo, te va a encantar.

—Seguro que sí. Oye, otra cosa, vuelvo el martes y quiero buscarme algo, piso, casa... Me da igual...

—Puedes quedarte conmigo, no tienes que irte... —contestó Sam seria.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Tú llevas mucho viviendo sola y yo necesito estar sola un tiempo —dijo riéndose.

—Quieres que te mire algo, ¿no?

—Si puedes, a ti se te da mejor eso...

—Vale, veré qué puedo hacer y te digo algo, ¿OK?

—¡OK! Un beso, hermosa, y ¡gracias!

—¡De nada! ¡Adiós!

Claire lo tenía todo pensado y así se lo hizo saber a su padre. Volvería el martes, buscaría casa, se mudaría y empezaría a trabajar el jueves. A él le pareció bien, veía a su hija más animada. Pasaron el fin de semana visitando

pueblos de los alrededores y haciendo excursiones. El lunes recogió todas sus cosas, el martes volvía a Madrid y a la realidad.

Esa noche soñó con unos ojos color miel. Desde que se había separado de Miguel no había vuelto a tener pesadillas.

## CAPÍTULO 5: Nuevos horizontes

—¡Sam! Estoy llegando a tu casa, dejo la maleta y voy para la peluquería —le dijo Claire casi asfixiada.

—Vale, pero no hace falta que corras —contestó con una risotada.

—Ya, pero no me gusta hacerme esperar —rio—. ¡Ahora nos vemos!

Quince minutos después llegó a la puerta de la peluquería donde Sam trabajaba. Estaba muy nerviosa. Sam le había dicho que había encontrado un *loft* recién reformado con vistas al Retiro y tenía muchas ganas de verlo. Esa zona le encantaba y no le pillaba lejos de la agencia de viajes, solo esperaba que el precio no fuera desorbitado.

Cuando Sam salió, se fundieron en un abrazo.

—Estás guapísima, rubia, ya no tienes ojeras y has vuelto a engordar lo que adelgazaste —dijo nada más soltarla.

Claire afirmó, orgullosa; estaba mucho más recuperada y solo había pasado una semana. En cuanto volviera a la rutina, todo iba a ser mucho más fácil, o eso quería pensar.

—Bueno, vamos al *loft*, nos espera Carlos allí.

—¿Carlos? ¿Tu Carlos? —preguntó Claire.

—¡Sí! Y aún no es mi Carlos —rio Sam—. Ni siquiera nos hemos acostado —soltó en una risotada.

—¡Vaya! Entonces sí vas en serio con él, ¿no?

—Pues qué te voy a decir, me encanta, y en cuanto lo conozcas vas a saber por qué.

—¿El *loft* es suyo? —preguntó Claire.

—No, es de su mejor amigo, que lo alquila, pero él no puede enseñarnoslo y Carlos se ha ofrecido.

—Vaya, genial.

Cuando llegaron al portal, a Claire le sudaban las manos. Aún no había entrado al edificio, pero la fachada ya la enamoró. Se trataba de un edificio de seis plantas, de estilo clásico con grandes ventanales, con una pequeña baranda de forja en verde botella, situado frente al parque del Retiro. Ya se veía paseando por esa zona tan concurrida a cualquier hora del día, tomando una infusión en la cafetería de al lado o corriendo por el parque para desconectar...

—Claire, qué ocurre, ¿no te gusta la zona?

—Claro que me gusta; espero que no sea muy caro, porque lo quiero para mí —chilló.

—¡Si aún no lo has visto, loca! —rio Sam.

—¿Conoces esa sensación de cuando algo bueno va a ocurrir, aunque no sabes lo que es y sabes que vas a ser feliz...? —preguntó Claire a su amiga.

—Creo que sí, sé a qué te refieres.

—Pues ahora mismo la tengo, no me hace falta ver el *loft* para saber que me va a encantar.

—Hija, pues si quieres nos vamos, llamo a Carlos y le digo que ¡alquilado!

—No, no, ya que estamos aquí, subimos.

El *loft* en alquiler era el quinto; solo había un piso por planta, así que no tendría vecinos al lado que molestaran.

Carlos le gustó desde el minuto uno, se le veía muy simpático y buena persona, y cuando vio las miradas que él y Sam se profesaban no le hizo falta nada más para saber que lo suyo iba a llegar lejos. Estaba muy contenta por su amiga. Desde que sus padres se fueron a Italia no había tenido pareja, solo

rollos de una noche; decía que no iba a perder el tiempo con alguien a quien no veía implicado y preparado para una relación, que era lo que a ella le interesaba.

Carlos era deportista, jugaba al balonmano y era entrenador de niños de doce años. Moreno, muy alto, sobre uno ochenta y tres y con cuerpo atlético, requisito indispensable para que a Sam le gustara. Más tarde se enteró de que colaboraba con una asociación contra el cáncer infantil.

Cuando entraron al piso, Claire se quedó sin palabras. Ante ella había un gran espacio abierto con una *chaise longue* en medio de la estancia, de cara a los cuatro ventanales por los que entraba el sol del mediodía. Hacia la derecha, una habitación con una cama de matrimonio enorme, un *sinfonier* y un armario empotrado; hacia la izquierda estaba el baño, con bañera de hidromasaje y ducha, cosa que no pasó desapercibida por las chicas, que se miraron de inmediato; no había cosa que más le gustara a Claire en el mundo que darse un baño de espuma en una buena bañera. Al fondo de la estancia abierta había una cocina, no muy grande, haciendo esquina. Todos los electrodomésticos eran nuevos, a estrenar, y los muebles en blanco y marrón. El resto de muebles del *loft* eran en tonos neutros, cremas y blancos en su mayoría, lo que otorgaba al lugar paz y grandiosidad. No había mucha decoración, unas fotos en blanco y negro decoraban las paredes, una de la Torre Eiffel de París y otra de la catedral de Santa María del Fiore de Florencia. Tampoco había más muebles, la tele de plasma colgaba en la pared entre dos de los ventanales; al lado del sofá, una mesita auxiliar con el mando y un jarroncito de porcelana de color verde agua marina a juego con los cuatro cojines que descansaban en este. Entre los otros dos ventanales restantes había una estantería de madera hasta el techo; esa estaba vacía, le vendría bien para poder colocar todos sus libros, que no eran pocos, pensó nada más verla. La iluminación se completaba con focos halógenos que podía

ir encendiendo a su gusto y a la potencia de luz deseada. Lo último que alcanzó a ver en una esquina fue un tocadiscos, uno muy antiguo, del que pensó que no funcionaría, pero que quedaba genial ahí colocado.

Claire aún no se creía todo lo que estaba viendo. No había nada que no le gustase ni que estuviera puesto al azar. Todo era un contraste y estaba en armonía.

Cuando Carlos y Sam comprobaron la emoción que Claire derrochaba mirándolo todo, supieron que esta había encontrado su sitio.

—Claire —la sacó de su ensoñación Carlos—. ¿Qué te parece? ¿Te gusta? —preguntó.

—¿Que si me gusta? No, no me gusta, ¡me encanta! —chilló emocionada.

Carlos y Sam se echaron a reír.

—Entonces, genial, eres la primera que lo visita después de hacer la reforma.

—Es precioso y los muebles... Todo es perfecto —dijo girando sobre sí misma mientras seguía admirando lo que veía. De repente, se puso seria—. Carlos, ¿en cuánto está el alquiler? No sé si voy a poder pagarlo, la verdad —susurró.

—Por eso no te preocupes, hablaré con mi amigo, seguro que está encantado de alquilártelo. Le cuento tu situación y que él decida.

—No, no, por favor, no quiero favoritismos. Que te diga lo que pide por él y ya veo si me lo puedo permitir. Si no es así, seguiré buscando, aunque creo que los que vea ya no me van a gustar tanto como este.

—Vale. Hablo con él y esta tarde te llamo para decirte algo.

Cuando se despidieron de Carlos, Sam y Claire se fueron de tiendas. Sam quería comprarse algo para una cita que tenía con Carlos ese mismo viernes y quería estar guapa y *sexy*. Mientras veían ropa, Sam notó a su amiga apagada.

—Rubia, ¿estás bien? Si no te ves con fuerzas de vivir sola te puedes quedar en mi casa, hay sitio para las dos.

—No es eso. Claro que quiero vivir sola. Es solo que me ha gustado mucho ese *loft*, pero no lo voy a poder pagar. En la agencia me pagan bien, pero creo que va a exceder mi presupuesto.

—¿Seguro que solo es eso? ¿Piensas en Miguel?

—A veces sí, pero me niego a hacerlo. No se merece que lo recuerde. Sé que no le dejé hablar, pero va a hacer dos semanas que nos separamos y ni siquiera se ha puesto en contacto conmigo...

—Bueno... —titubeó Sam.

—¿Bueno? ¿Qué has hecho? —dijo tocando una falda de tubo color maquillaje.

—Tarde o temprano tenía que decírtelo. Miguel estuvo en mi casa el jueves. No te dije nada para que no te rayaras la cabeza, pero ahora que ya has vuelto...

—¿Y qué quería, qué te dijo? —se apresuró a decir Claire.

—Quería verte, pero le dije que te habías ido unos días fuera y que no sabía cuándo volverías. Me dejó una carta para que te la entregara... —soltó al fin.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿Dónde la tienes? —preguntó nerviosa.

—En casa, en cuanto lleguemos te la doy. —Y siguió diciéndole—: Mira, no sé qué pondrá en ella y, la verdad, me da igual, con lo mentiroso que es seguro que te hace hasta sentir culpable —bramó Sam. Tranquilizándose, le tocó el hombro a una Claire que no sabía si reír, llorar o marcharse corriendo a por esa maldita carta que Miguel le había escrito. Finalmente, le sonrió.

—Sam, no te preocupes, pero no voy a volver con él, me ha estado mintiendo y eso no lo perdono, me da igual lo que me diga en ella. Ahora vamos a encontrarte un súper modelo para el viernes.

Cuando iban de vuelta a casa de Sam, tras tres horas probándose ropa y zapatos, a Claire le sonó el móvil. No lo tenía guardado en la agenda, así que contestó.

—¿Sí?, ¿quién es?

—Hola, Claire, soy Carlos.

—¡Ah, dime Carlos! —dijo haciéndole una señal a su amiga para que supiera quién la llamaba... Esta rápidamente pegó la oreja para ver qué le decía.

—Mira, he estado hablando con mi amigo —dijo haciendo una pausa y siguió—: me ha dicho que tenía pensado ponerle 1000 € de cuota al mes como mínimo, ya has visto las condiciones en las que está y la zona. Pero que podría quedar contigo para hablar sobre ello.

—¡Puff! Es demasiado —dijo Claire con pena—. Podría pagarlo, pero a eso tendría que sumarle todos los gastos de luz, agua y demás, más los que ya tengo yo... así que no —dijo titubeando.

—Ya, es una pena, te había gustado mucho. De todas formas, queda con él, a lo mejor llegáis a un acuerdo que a los dos os venga bien —le dijo Carlos sonriéndole.

Sam no paraba de decirle a su amiga que sí con la cabeza, pero viendo que esta no se decidía, le quitó el teléfono de las manos y se puso ella al habla.

—Hola, Carlos, soy Sam —dijo haciendo una pausa—; mira, dile a tu amigo que sí, que Claire queda con él y hablan, si no llegan a un acuerdo, pues nada... —dijo con autosuficiencia.

—Genial. Él podría mañana miércoles sobre la una del mediodía.

—Le va perfecto. ¿Conoces la agencia de viajes que hay en Príncipe de Vergara? Claire va a estar por esa zona, si a tu amigo le va bien quedan allí —sonrió.

Claire no daba crédito a lo que estaba escuchando. Vaya con su amiga, sin pedirle opinión ni permiso estaba decidiendo por ella.

—Vale, ahora se lo digo, pero no va a haber problema, me comentó que estaría por esa zona...

Cuando Sam colgó ya estaban en el portal de su edificio. Claire estaba malhumorada. Cómo había cedido a quedar con alguien al que no conocía para hablar de un dinero que ella no podía pagar y estaba segura de que el casero no iba a bajar. Después de reprenderla, subieron las escaleras cargadas con las bolsas de la adquisición para la cita de ese viernes.

—¿Estás loca o qué te pasa? —gritó Claire—. ¡Cómo se te ocurre quedar por mí con un desconocido!

—Seguro que es igual de simpático que Carlos, ¿qué problema tienes? —le contestó la morena.

—Y si tenía ya planes para mañana a esa hora, ¿qué? —dijo cruzando los brazos y haciendo un mohín.

—No los tienes, mañana es miércoles, pero tu padre no viene porque has estado una semana con él. Y tú —dijo señalándola con el índice—, tienes que ir a la agencia a ver si ves al guaperas ese que me dijiste para contratar un viaje lo antes posible y que Iván no siga poniéndose nervioso —dijo poniéndose chulita y cruzando también los brazos.

—Vale. Tienes razón —dijo ya más suave—. Por la mañana iré a la agencia, le mandaré un mensaje a Iván a ver si puede localizar a ese chico y cerramos el asunto, y luego me encuentro con el amigo de Carlos, que, por cierto, no sabemos ni cómo se llama —dijo cediendo.

—Perfecto. ¿Ves como no era tan difícil? —dijo dándole una palmada en el trasero y riéndose.

Esa noche pidieron comida china y vieron una película en la televisión. Claire le había mandado el mensaje a Iván; este rápidamente le había dicho

que trataría de localizarlo, pero no había habido suerte, aunque de todas formas Claire se pasaría por allí. Estaba nerviosa, con el tema del piso, las compras y la *cita* no le había dicho a Sam que le diera la carta de Miguel y esta tampoco se la había entregado, pero antes de irse Sam a la cama se la dio y la dejó sola para que la leyera.

—Si me necesitas llámame, ¿vale? —le había advertido su amiga.

Pero era algo que tenía que hacer ella sola.

## **CAPÍTULO 6: Pasado y futuro**

Se metió en su habitación, cerró la puerta, abrió la cama y se tumbó. Eran casi últimos de mayo y, aunque aún no hacía un calor excesivo, ya se iba notando el calorcito veraniego. Claire, con su pijama de pantalón largo azul marino y rayitas blancas y su camiseta de manga corta blanca, estaba nerviosa, no sabía qué se iba a encontrar y tampoco estaba segura de querer saberlo.

Se levantó, fue hacia la cocina, se puso un vaso de agua fresca y volvió al dormitorio. Se recogió su media melena rubia en una coleta y se sentó en la cama. Respiró profundamente un par de veces para tranquilizarse y finalmente abrió el sobre con los ojos cerrados. Era lo último que le quedaba de Miguel, su Miguel, el hombre con el que quería compartir el resto de su vida y formar una familia. Claire seguía con los ojos cerrados, tenía miedo de saber lo que ponía en la carta, pero por otro lado quería leer las últimas palabras que Miguel le había dedicado. Las dos caras de una misma moneda. Sí, pero no.

Al final cedió y los abrió. Sacó la carta del sobre y empezó a leer, dos lágrimas le recorrieron la cara hasta que cayeron sobre las sábanas blancas.

Hola, Claire. Si estás leyendo esto es que aún sientes algo por mí; no digo amor, me refiero, como poco, a decepción.

Me he comportado mal, no debería haberte mentido y quiero que sepas que nada de lo ocurrido ha sido por tu culpa. Puede sonar falso y que pienses que te lo digo para que te sientas mejor, pero es la verdad.

Solo yo tengo la culpa de que estés sufriendo sin merecerlo. Nada ha sido planeado. Me fui alejando de ti hace unos meses, estaba agobiado en el trabajo y, en vez de contártelo y buscar en ti el apoyo que siempre me has brindado, lo busqué fuera y, aunque no fue intencionado, lo encontré.

Tendría que haber sido más valiente y habértelo contado, yo que siempre presumía de eso; ahora fíjate cómo estamos...

Te pido perdón mil veces más, Claire. Estos años han sido los mejores de mi vida, he sido muy feliz a tu lado, pero ya no lo estaba siendo y ninguno de los dos nos merecíamos esta pantomima.

No espero que me perdones, porque no me lo merezco, pero sí que puedas llegar a ser feliz y encuentres a alguien que lo sea contigo. No te cierres al amor; que no haya funcionado una vez no significa que no haya nadie esperándote, no le niegues eso. No te niegues eso.

Sigue mostrándole al mundo lo bonita que eres por dentro y por fuera y no dejes que un imbécil como yo te arruine la vida. Yo no me merezco tanta atención y tú no te mereces no ser feliz.

P.D: El dinero de la casa ya te lo he ingresado, no sé si lo has visto. Y en cuánto a eso... me mudo, la he puesto a la venta, pensé que querrías saberlo. Han salido varios casos fuera y los voy a llevar yo, así ampliamos negocio fuera de la ciudad.

Sé feliz.

Era la primera vez que Miguel le hablaba tan claro de sus sentimientos. En los años que habían estado juntos, él se dejaba llevar por ella en la relación. Sabía que la quería, eso no hacía falta que se lo dijese, y esos últimos meses también sabía que algo le ocurría, pero prefirió no verlo. A veces preferimos tener los ojos vendados y no sentir dolor y eso sí que es un error.

La culpa de su alejamiento no había sido solo de él; aunque quisiera cargar con ella, como le había dicho en la carta, ella también era culpable. Además, se iba de la ciudad; si antes podían encontrarse en cualquier lugar, ahora iba a ser imposible, su pérdida también iba a ser física. Con trece años tuvo que despedirse de su madre, no la vería más, pero esto era diferente, él no había muerto, en un futuro podrían volver a coincidir y ese pensamiento la atormentaba.

Tras limpiarse las lágrimas y tranquilizarse, se dijo a sí misma que no volvería a sufrir por un hombre. Aunque, como Miguel le había dicho, no debía cerrarse al amor, ahora mismo era lo que menos le apetecía. Necesitaba

tiempo para ella, para pensar, alejarse de ese dolor y cerrar esa puerta que ya era pasado para poder abrir otra hacia un futuro mejor, pero sobre todo para encontrarse. Viendo su vida en perspectiva, se había dado cuenta de que llevaba años girando alrededor de su pareja, no tenía mayores ilusiones ni sueños, su vida se reducía a él y por eso se sintió perdida.

Ya de madrugada, se relajó con la imagen de unos ojos color miel y se durmió.

Era miércoles, se había levantado más animada de lo que esperaba y por ello empezó a preparar el desayuno para Sam y para ella. Tras desayunar entre confidencias, pues Claire le había relatado a Sam lo que ponía en la carta, decidió que ese era el primer día de su nueva vida y no iba a perder el tiempo lamentándose. Lo pasado, pasado estaba. Se dio una ducha, se vistió con un bonito vestido lencero gris marengo, sus botines negros de tacón y su chaqueta de piel negra, se maquilló un poco y se secó el pelo. Cuando Sam la vio aparecer, la piropeó.

—Estás fantástica. No hay duda de que vas a impresionar al casero. Seguro que te baja la mensualidad —añadió esta riéndose.

—¡Qué exagerada eres! Me voy, a ver si llega el guaperas a la agencia para planear el viaje. Esta tarde nos vemos. —Le dio un beso y salió.

Cuando Claire llegó a la agencia eran las diez y media. Iván se quedó impresionado al verla.

—¡Estás radiante, hija! —le dijo acercándose a ella y abrazándola.

—Tú también estás muy guapo.

—Sí, pero no tanto como tú. ¿Has encontrado piso ya?

—Ayer estuvimos Sam y yo viendo uno. Es un *loft* precioso, he quedado con el casero luego para negociar el precio, aunque veo complicado que lo vaya a bajar.

—Yo no sé cómo será el piso ni el casero, pero, hija, si es listo, te baja el precio seguro —añadió Iván muy convencido haciéndole un repaso de arriba abajo.

Tras una mañana de confianzas entre los dos, a eso de las doce llegó el guaperas.

—¡Hola! Ya veo que te has incorporado, me alegro mucho —añadió él sin quitarle ojo de encima a la rubia.

—¡Hola! En realidad, empiezo mañana, pero ya que estás aquí... podemos mirar hoteles y demás, si te parece —añadió titubeante. No sabía por qué, pero recordó que había soñado con esos ojos y se ruborizó.

—Chicos, yo voy a salir un momento, aprovechando que tú estás aquí, querida —dijo Iván mirando a Claire—. No tardo. —Y salió guiñándole un ojo a su amiga.

—Bueno... ¿Y cómo estás, qué tal tus vacaciones? ¿Tienes todo listo para la boda? —dijo el chico mirándola mientras se tocaba la barba.

—No han sido unas vacaciones, exactamente —dijo bajando la vista—. Al final, no hay boda, así que me lo he tomado como un retiro espiritual —añadió con una sonrisa triste.

—Vaya... lo siento, no lo sabía —dijo sinceramente.

—No tenías por qué saberlo...

—Soy un metepatas. Perdona, de verdad... creo que nos hemos visto tres veces y me he disculpado más contigo que con cualquier persona que conozca de hace años.

Tras un silencio, Claire se recompuso y sonriéndole, prosiguió...

—Si te parece, te saco una lista de hoteles bastante buenos que hay tanto en Países Bajos como en Bélgica; les echas un vistazo y me dices cuáles prefieres. También te he hecho dos *plannings*, uno de cada país, sobre qué puedes visitar y actividades que puedes realizar allí. Te he incluido

actividades deportivas —dijo bajando la mirada por sus brazos—, visitas a museos y barrios más famosos. Aunque no sé si entra en tus preferencias visitar esas cosas o no.

—Me parece perfecto. Los hoteles los miro yo en casa y me paso otro día y ya los reservamos. Gracias por los *plannings*, son exactamente lo que pensaba. Me gusta mucho la pintura y la arquitectura, así que me vienen genial —le comentó distraído mientras hojeaba los folios que Claire le había entregado.

—Perfecto entonces —dijo Claire con una gran sonrisa—. Por cierto, aún no sé tu nombre.

—Cierto. Soy Raúl —le contestó extendiéndole la mano.

Cuando se rozaron los dedos, algo dentro de Claire se encendió. Nunca había sentido nada igual, «ni con Miguel», pensó.

—Encantada, yo...

—Claire —añadió Raúl rápidamente—. Tu jefe me dijo tu nombre...

Claire miró su reloj, nerviosa; era la una menos cuarto y había quedado a la una. Raúl se levantó entonces.

—Te invitaría a comer, pero he quedado con alguien ahora y me es imposible. Espero que no rechaces mi invitación otro día —le dijo Raúl con voz sensual.

—Yo también he quedado con alguien —le contestó esta sin darle un sí por respuesta...

—Entonces, me paso cuando haya visto los hoteles. Adiós, Claire.

—Adiós...

Claire se quedó mirando hacia la puerta un rato. No sabía qué había ocurrido allí dentro, pero lo que había sentido con solo el roce de sus manos había sido real.

—Chica, ¿qué te ocurre? Te he dicho que iba a tardar poco, pero me he encontrado con un amigo y ya me he entretenido... —Y se calló—. ¿Estás bien? —dijo sacándola de sus pensamientos.

—Sí, Iván, perdona. Tengo que irme, que he quedado con el casero. Raúl se pasará cuando haya hojeado la lista de hoteles que le he proporcionado.

—Vale. Adiós, hermosura, y anima esa cara si quieres impresionarlo... —dijo riéndose.

Claire salió a la calle y respiró por primera vez desde que Raúl había entrado a la agencia. Se separó un poco de la puerta, sacó su móvil y escribió: Sam, ya estoy esperando al amigo de Carlos. Espero que no se retrase. Por cierto, ¿tú sabes más o menos cómo es físicamente? No sé cómo voy a reconocerlo...

Ni idea, neni, pero viendo cómo es uno, el otro seguro que también es un bombón. Me dijo Carlos que era muy puntual, así que no te preocupes, no tardará...

—Vaya, volvemos a encontrarnos en la calle, pero esta vez sin chocarnos.

Claire levantó la vista y ahí estaba Raúl, delante de ella, mirándola con una gran sonrisa. Era mucho más alto de lo que recordaba tras el encontronazo de la semana anterior.

—Eso parece —añadió Claire sin saber qué decir—. ¿Has quedado aquí? —le preguntó .

—Sí, he quedado en esta zona, pero la verdad no sé con quién. Solo sé que es una chica joven...

—¿No sabes con quién has quedado? —dijo Claire cortándolo.

—No... soy así de raro. Quedo con la gente sin conocerla —riéndose—. ¿Tú también has quedado por aquí o vienen a recogerte?

—También he quedado aquí, aunque tampoco sé con quién... —Entonces cayó en la cuenta—. Espera un momento... ¿Tú no irás a enseñar un *loft*? —dijo apresuradamente.

—Sííí. ¿Eres tú la interesada en él? —dijo alucinado.

Ambos empezaron a reírse. Parecía que se conocieran de toda la vida. Raúl era risueño y muy simpático. Además, su atractivo no pasaba desapercibido para nadie; durante el trayecto al *loft* la gente lo miraba, tanto hombres como mujeres, algo que no pasó por alto Claire. Esta se enteró de que Raúl era fisioterapeuta en una clínica familiar que había abierto su hermana hacía tres años, de ahí que quisiera verle el golpe en la cintura tras la caída. Le gustaba mucho el deporte, pero tuvo que dejar de practicarlo tras una lesión de columna.

—Ya has estado aquí antes. ¿Qué te pareció cuando lo viste? —preguntó Raúl animado mientras abría la puerta.

—¿La verdad? —Raúl asintió—. Me encantó y no es porque tú estés aquí ahora. Los ventanales son una maravilla, los muebles bonitos y la zona inmejorable. Todo está puesto con delicadeza y gusto y nada sobresale, todo está en armonía —añadió Claire muy emocionada.

—Nadie me lo había descrito así —dijo este sonriendo.

—Bueno... me gustó mucho —dijo sonrojada.

—Lo sé, Carlos me lo dijo. También me dijo que no podías pagar lo que pido.

—Así es. A esos 1000 € habría que añadirle otros tantos y no me lo puedo permitir. —Claire pensó en el dinero que Miguel le había ingresado de su parte de la casa, pero no quería tocarlo. Lo tendría guardado por si lo necesitaba alguna vez.

Cuando pensó que Raúl le iba a decir que no podía bajar el precio, este añadió:

—Ya. Mira, Claire, lo he pensado y con 500 € me va bien. No es lo que había pensado en un principio, pero a ti el piso te encanta y prefiero tenerlo alquilado a alguien que merezca la pena y lo cuide y ganar menos con él.

—¿En serio? No puedo aceptarlo, Raúl. Tú necesitas el dinero igual que yo el piso y no es justo que tú ganes menos porque yo no pueda pagarlo. Seguro que encuentras a alguien más a quien le guste —le dijo Claire apenada.

—Seguro que encuentro a alguien más, Claire, pero no serás tú —le dijo acercándose a ella y tocándole un mechón de pelo que le caía por el hombro. Estaba claro que Raúl estaba interesado en ella desde que la vio la primera vez.

—Tengo la boca seca, ¿me puedes dar un poco de agua? —le dijo Claire dándose aire con la mano, nerviosa. Raúl le provocaba algo que no sabía cómo catalogar. Este se dirigió a la zona de la cocina, cogió un vaso, lo llenó de agua y se lo dio.

—Mira, te invito a comer y te lo piensas mientras.

—¿Ahora? —preguntó Claire.

—Claro, no pensarás que voy a desaprovechar la oportunidad de comer contigo, ¿no?

Claire y Raúl fueron a comer a un pequeño restaurante italiano del que los dueños eran amigos de la familia de Raúl. A ella le encantó. Resultó que la comida italiana también era la favorita de él.

La comida fue muy amena. Ambos hablaron de sus familias. Raúl le contó que era el menor de tres hermanos; el mayor, Álex, era fotógrafo profesional y estaba todo el año viajando, de ahí que Raúl hubiera visitado tantos países; Sara, la mediana, estaba casada y tenía una niña, Helena, el juguete de la familia y la personita que tenía ocupado el corazón de Raúl. Y él, fisioterapeuta. Nunca había estado casado, aunque la misma noche que le pidió matrimonio a su última pareja se la encontró en su coche con otro. De eso habían pasado dos años y no había vuelto a tener pareja seria.

El *loft* que alquilaba se lo habían regalado sus abuelos cuando cumplió la mayoría de edad. Estos habían recibido una herencia y le regalaron a sus

nietos uno a cada uno. Al principio, Raúl había vivido en él, pero cuando viajó a Francia para terminar sus estudios lo cerró y a su vuelta se había instalado en casa de sus padres. Desde entonces, nadie había vivido en él hasta que decidió que era hora de darle un cambio y reformarlo. Él seguía viviendo con sus padres. La casa de estos estaba separada en dos viviendas; la principal, donde ellos vivían y otra situada en el jardín, por lo que ninguno se metía en la vida del otro, aunque compartieran jardín y piscina.

Claire le contó que su madre había muerto de cáncer cuando ella tenía trece años; su hermano, Marcos, era un aventurero nato al que veía tres veces al año y su padre vivía en Toledo y estaba a punto de jubilarse, aunque antes trabajaba para una fábrica de zapatos en Madrid. También le contó de su relación con Miguel y de como él la había dejado unas semanas antes de la boda por otra.

—Vaya, veo que no tienes tiempo de aburrirte, ¿no? —le preguntó Raúl mientras esta le daba una cucharada a su tiramisú.

—Ya ves que no. Por eso busco piso.

—Quédatelo.

—Dame una sola razón por la que debería hacerlo. Yo te pagaría la mitad de lo que pides... No serías muy listo alquilándomelo a mí.

—Tú eres la razón. Necesita a alguien como tú.

—Estás loco —dijo Claire riéndose.

—Estaría loco si permitiera que no te lo quedaras.

—Vale, me quedo con él. —Aceptó sin pensar mientras se miraban a los ojos.

—Entonces, decidido. Oficialmente, soy tu casero —añadió un alegre Raúl tendiéndole la mano—. Cuando quieras puedes mudarte, estas son tus llaves, yo tengo otras por si las pierdes o se te quedan olvidadas dentro.

—¿Dabas por hecho que iba a aceptar?

—Rezaba porque así fuera —le sonrió.

—Ahora solo me falta firmar y hacer la mudanza.

—Si quieres, puedo ayudarte a instalarte —se ofreció amablemente Raúl.

—No hace falta, no tengo muchas cosas. Solo cogí lo imprescindible de mi antigua vida. Libros, CD's y ropa, poco más...

—Como quieras, pero si me necesitas, llámame. ¿Cuándo piensas instalarte? —preguntó.

—Si puede ser, mañana mismo; el viernes empiezo a trabajar de nuevo y me gustaría tenerlo todo listo para entonces.

—Pues perfecto —dijo haciéndole un gesto al camarero para que le llevara la cuenta.

—Espera, pago yo —dijo Claire abriendo su bolso.

—De eso, nada. Yo invito. La próxima, pagas tú —le dijo Raúl dándole el dinero al camarero.

—¿Habrá próxima? —preguntó sorprendida.

—¿No lo deseas tanto como yo? —preguntó él, pícaro, haciendo que ella se sonrojara.

Cuando se despidieron y tras un intercambio de teléfonos, quedaron en verse el viernes en la agencia para ultimar el viaje de Raúl a Europa.

Cuando Sam llegó a su casa encontró a Claire cambiada, más alegre.

—Percibo que te ha alquilado el *loft*.

—Percibes bien —dijo una Claire sonriente—. Estoy contentísima, ese piso es una pasada.

—¿Estás así solo por el piso o por algo más? —sonrió pícarona Sam.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, me ha dicho un pajarito que ya conocías al casero y que, además de bajarte la mensualidad a la mitad, te ha invitado a comer —dijo Sam con picardía.

—Pues tu pajarito se ve que es un bocazas —dijo carcajeándose.

—Había quedado con Carlos en tomar un café cuando Raúl lo ha llamado para contarle que te había alquilado el *loft*, que te había bajado el precio, que te había invitado a comer y que estaba encantado de haberte conocido. Así me he enterado. Es genial.

—Sí que lo es. Ha sido una suerte que conocieras a Carlos y me lo enseñara. Me he enamorado. Cuando hoy lo he vuelto a ver, lo recordaba todo tal como estaba y me visualizaba cocinando...

—¿Pero te has enamorado del *loft* o de Raúl?, no me queda muy claro... —dijo Sam como si nada, riéndose por lo bajito.

—¡Qué idiota eres! Raúl es genial, pero de una amistad con él no me saques —le reprendió Claire—. No quiero hombres en mi vida ahora mismo.

—Ya, eso dices ahora —le gritó Sam desde la cocina mientras se preparaba un sándwich para cenar.

Esa noche se acostaron muy tarde, sería su última noche juntas; por la mañana, Claire llevaría sus cosas al *loft*, se instalaría y haría la compra. Estaba muy agradecida a su amiga por todo lo que la había ayudado desde que se separó de Miguel, por ello, le entregó un sobre antes de irse a la cama.

—Toma, ábrelo —dijo extendiendo el brazo.

—No pienso dejar que me pagues por haber estado aquí, ¿estás loca o qué?

—No es dinero, tú ábrelo.

Sam cogió el sobre a regañadientes, no quería que su amiga le diera nada por el tiempo que se había quedado en su casa.

—No quiero que me lo devuelvas. Es un regalo.

—¡Pero a ti se te ha ido la cabeza! Dos días en un *spa* en Santander para dos personas con todos los gastos pagados —leyó Sam en voz alta, alucinada.

—Solo quiero agradecerte lo que haces por mí día a día.

—Tú no tienes que agradecerme nada; cuando te instales, preparas una cena en tu nuevo *loft* y lo celebramos.

—Eso también lo voy a hacer. Pero quiero que tú, amiga del alma, disfrutes ese fin de semana con el guapo de Carlos y lo paséis en grande, y no hay nada más que hablar —le dijo Claire haciéndole un gesto de cerrar la boca.

—Vale —le dijo por fin—, gracias, rubia, te voy a echar de menos —le dijo abrazándola.

Claire llamó a su padre y a Carmen para contarles que ya tenía piso. En cuanto preparara la cena de inauguración, estaban invitados.

Por la mañana, Claire cogió sus cosas y se dirigió a su nueva casa. No le pillaba lejos de casa de Sam, por lo que, tras llenar el maletero de su viejo Seat León, puso rumbo a su nueva vida.

## CAPÍTULO 7: Nueva vida

Hacía un día precioso, era la última semana del mes de mayo. Cuando abrió la puerta, una luz brillante iluminaba el salón, por la mañana entraba el sol por los ventanales y le daba al piso unos matices de color preciosos, casi mágicos. Dejó las cosas en el suelo, se quitó el bolso y la chaqueta y se dirigió a la *chaise longue*. Antes de sentarse, vio una nota en la mesita auxiliar, la cogió y la leyó en voz alta con una sonrisa:

Bienvenida a tu nueva casa, espero que hagas de ella un hogar para tu nueva vida. Espero que te gusten las flores, el chocolate y el *champagne*.

Nos vemos pronto.

Raúl

«¿Flores, chocolate y *champagne*?», se preguntó Claire mirando alrededor. Fue hacia el frigorífico y allí estaban la botella y los bombones que Raúl le había preparado a modo de bienvenida. Cogió un bombón y le dio un mordisco, estaba delicioso. Mientras masticaba, buscó las flores. Cuando entró al dormitorio las vio. Un gran ramo de rosas blancas y rojas situado encima del *sinfonier* llenaba la estancia. Se metió el resto de bombón en la boca y, acercándose a ellas, las olió. Eran sus favoritas, ¿cómo podía saberlo? Con una gran sonrisa, cogió su móvil y le mandó un mensaje.

Gracias por el detalle. Es la mejor bienvenida que me han dado nunca. Los bombones están deliciosos. ¿Cómo sabías que las rosas eran mis favoritas?

Escribió Claire y le dio a enviar.

Cuando Raúl lo vio, sonrió; su hermana, que estaba cerca, lo observaba.

—Vaya... No te veía esa sonrisa desde Blanca... —comentó con picardía.

—Nada que ver, Sara.

—¿Nada que ver con Blanca o nada que ver con que esa chica te gusta hasta las trancas? —le sonrió a su hermano.

—Es alguien a quien quiero conocer más, solo eso... cotilla —respondió riéndose. Sin más, le contestó al mensaje.

Me alegro de que te haya gustado. Si necesitas algo solo tienes que decírmelo. Secretos de un buen casero. No te los comas todos de una vez, guarda alguno...

Ja, ja. La botella la guardaré para una noche especial. Los bombones no.  
Nos vemos mañana

Hacía tiempo que no sonreía plenamente. Había encontrado su sitio y, además, había conocido a un chico genial. No había pensado ni una sola vez en Miguel mientras había estado con Raúl y eso la empezó a asustar. No quería reemplazar sus sentimientos con otros que, estaba segura, no iban a ningún sitio. De eso se preocuparía más tarde; de todas formas, solo había visto a Raúl tres veces. Ahora disfrutaría de su última tarde libre antes de empezar a trabajar de nuevo.

Puso música en la televisión y se puso a cantar, algo que le gustaba desde que era niña, mientras colocaba ropa, zapatos y complementos en el armario del dormitorio; como era tan grande le sobró sitio. Ahora que todo el armario era para ella, no tendría problemas de almacenaje.

Después, ordenó los libros en la estantería del salón y puso en ella tres marcos de fotos que se había llevado consigo. La primera foto era de sus padres, su hermano y ella antes de que su madre muriera; la segunda era de Sam, Iván y ella celebrando una Nochevieja; y el último marco contenía una foto de ella y de Carmen en el cincuenta cumpleaños de esta.

Con todas sus pertenencias ordenadas decidió salir a hacer la compra. Una hora después volvió a su nueva casa y colocó toda la comida, productos de limpieza y demás que había comprado. Como ya era casi la una del mediodía, decidió hacerse una ensalada para comer, así que volvió a poner música y se

dispuso a picar las verduras. Cuando casi estaba terminando, le pareció que habían tocado al portero y fue a contestar.

—¿Sí, quién es? —preguntó con curiosidad.

—¡Hola! Soy Raúl, ¿puedo subir?

—Claro, te abro —contestó Claire sin saber muy bien qué hacía aquel allí.

—Veo que ya estás instalada del todo —dijo él dándole un beso en la mejilla.

Claire, ruborizada por ese gesto de cariño, le contestó con un «sí» demasiado alto. Aguantando la compostura le ofreció algo de beber y ambos se sentaron en los taburetes de la cocina.

—Gracias de nuevo por el detalle, aún me quedan bombones, ¿quieres? —dijo Claire matando el silencio que se había instalado un momento antes.

—No, gracias —le contestó Raúl sonriendo—. Pasaba por aquí y he decidido hacerte una visita, por si necesitabas algo.

—Todo está bien, estaba preparando un poco de ensalada para comer, ¿quieres quedarte? —le ofreció sinceramente Claire.

—No quiero molestar —dijo un titubeante Raúl.

Claro que quería quedarse. Desde la primera vez que vio a Claire en la agencia, no había podido sacarla de su cabeza.

—No es molestia. Venga, la termino y comemos —dijo esta levantándose del taburete y poniéndose manos a la obra.

—Te ayudo entonces; me gusta mucho cocinar, aunque hacer una ensalada no tiene mucho misterio.

Diez minutos más tarde ya estaban sentándose a comer. Hablaron de la infancia de Claire con Carmen y su padre y su pasión por los viajes. Le gustaba conocer otras culturas y su forma de vida. Raúl le habló de su trabajo y de la amistad que le unía a Carlos. Cuando se dieron cuenta, eran casi las cinco y Raúl tenía que volver a la clínica. Antes de marcharse le preguntó si

le gustaba la música, ya que cuando había llegado tenía la radio puesta. Claire no dudó en decirle que sí y este le prometió darle una sorpresa la próxima vez que volviera al *loft*. Al marcharse, volvió a darle un beso en la mejilla y volvió a tocarle el mechón rubio que caía por su hombro, como había hecho el día anterior.

Sam, vente luego y nos tomamos algo en el loft.

Le escribió a su amiga mientras se tumbaba en el sofá a leer.

Vale, cuando salga a las ocho voy para allá.

Contestó esta rápidamente.

También le escribió a Iván, quería que su amigo viera dónde vivía ahora.

A las ocho y media ya estaban los tres sentados en el sofá comiendo *pizza* hecha por Claire. A Iván le había encantado su nueva casa.

—Es espectacular —le dijo nada más entrar.

Durante la cena no habían faltado las risas y los cotilleos. Sam estaba nerviosa por su cita con Carlos al día siguiente, Iván también tenía una cita ese mismo viernes con un chico que había conocido unas semanas antes en una panadería. Les contó que se llamaba Jon y había tenido un flechazo nada más verlo. Claire, en cambio, no tenía planes, se quedaría en casa leyendo o viendo alguna película. Cuando los dos amigos se marcharon, Claire se preparó un baño en su nueva bañera de hidromasaje, le puso una bomba de sal con olor a lavanda y se relajó. Una hora después ya estaba en la cama, lista para dormir. Cuando estaba alcanzando el sueño le sonó el móvil, le había llegado un mensaje.

Espero que tu primer día allí haya sido genial. Te veo mañana en la agencia. Buenas noches, bonita.

Claire leyó el mensaje de Raúl tres veces. Nunca nadie había sido tan detallista con ella, ni siquiera Miguel en todos los años que habían estado juntos. Le había dicho *bonita*, algo que le hizo sonreír; no lo dudó y le contestó:

Ha sido estupendo, han estado mis mejores amigos, qué más puedo pedir...

Espero que yo esté entre ellos.

Raúl seguía en línea, así que Claire siguió escribiéndole.

No corras tanto, bribón, el puesto hay que ganárselo. Mañana nos vemos.

Con una carita sonriente, un «buenas noches, bonita», y un «no dudes que lo voy a intentar», Raúl se despidió.

Claire dejó el móvil en la mesita pensando en lo atento que estaba siendo Raúl con ella. Solo se habían visto unas tres o cuatro veces, y aunque en ese tiempo ya sabían más de sus vidas el uno del otro, no quería tener con él más de una amistad. Como siempre, sus pensamientos iban por delante de los hechos.

## CAPÍTULO 8: Ilusión: ¿casa o chico?

A las ocho le sonó el despertador. Era viernes y se incorporaba de nuevo en la agencia. Esa semana de retiro espiritual, como ella la llamaba, le había venido genial. Había pasado unos días con su padre, había encontrado casa y había conocido a Raúl. Como Claire decía, siempre había que ver el vaso medio lleno, nunca medio vacío. Si el destino no había querido que siguiera con Miguel, tendría algo mucho mejor preparado para ella.

Tras desayunar, recoger el dormitorio y vestirse, salió de casa hacia el trabajo hablando con Carmen por teléfono.

—Hola, mi niña, ¿cómo estás?, ¿ya estás instalada, no?

—Sí, Carmen, tengo muchas ganas de que vengas a ver el piso, seguro que te encanta.

—Te noto diferente, cariño —le contestó Carmen sonriendo.

—Bueno, estoy feliz... —dijo riéndose.

—Me alegro.

—He pensado hacer la cena de inauguración el sábado de la semana que viene, ¿a ti te viene bien?

—Claro, no tengo nada mejor que hacer.

—Entonces, perfecto, se lo diré a papá y a los demás. De todas formas, te lo confirmo pronto.

—Vale, pues seguimos hablando cuando me llames.

—Estupendo, chaíto, Carmen. —Y colgó.

Como aún le quedaba un poco para llegar a la agencia, llamó a su padre para confirmarle la fecha de la cena. Este no puso ningún impedimento y, al igual que Carmen, Manuel notó a su hija cambiada, alegre.

—Chica, qué bien te veo —le dijo Iván mientras Claire se dirigía a su mesa.

—Si me viste anoche...

—Ya, pero estás iluminada.

—¿Iluminada? ¿A qué te refieres? —preguntó Claire con curiosidad.

—Diferente. Brillas con luz propia.

—A ver si ahora voy a ser una bombilla —contestó esta son sorna.

Riéndose, Iván le contestó:

—Sí, un fluorescente.

Ambos se echaron a reír.

—He dormido muy bien esta noche, debe ser eso.

—Sí, seguro... Bueno, cielo, te dejo sola, que tengo que salir.

—Vale, hasta luego. Oye, Iván, la cena en mi *loft*, el sábado de la semana que viene, ¿te va bien?

—Mmm, creo que sí. Adiós, hermosura.

La mañana se le pasó volando. Cerca del mediodía, cuando Claire pensaba que Raúl ya no iría, este apareció en la puerta.

—Hola, bonita. —Se acercó Raúl por detrás de su mesa para darle su ya típico beso en la mejilla.

—Hola —contestó esta con una gran sonrisa—. Pensé que ya no vendrías...

—¿Y no verte? De eso, nada. Es que tenía un paciente esta mañana para una rehabilitación y hasta que no he acabado con él no he podido salir... Hasta después de comer no tengo a nadie más, así que soy todo tuyo hasta las cuatro y media.

—Vaya, menuda propuesta —contestó Claire sonriendo—. ¿Has mirado los hoteles?

—Sí. He señalado dos en cada sitio. Los que mejor he visto, vamos... A ver qué opinas tú.

—Tienes buen gusto. Yo habría elegido los mismos, Raúl.

—Perfecto entonces, pues reserva el que mejor veas de cada país y listo.

—Vale; pues en Bruselas, el Hotel Sofite Brussels Europe, es un cinco estrellas y es genial. Yo estuve hace unos años y te lo recomiendo muy mucho. Y en Ámsterdam, el NH Ámsterdam Centre.

—¿En ese también has estado?

—No, pero me lo han recomendado bastante. Cuando vuelvas a España me podrás decir si es tan bueno como cuentan o no.

—Entonces voy de conejillo de indias, ¿no? —dijo divertido.

—Algo así.

—Falta confirmar las fechas.

—Vale, tengo dos semanas, como ya te dije. Había pensado cogérmelas el sábado de la semana que viene.

—Como quieras. El sábado que viene hago la cena de inauguración del *loft*, estás invitado.

—Vale, entonces me cojo las vacaciones para ese sábado y viajo el domingo por la tarde, si hay vuelos, claro. Así puedo ir a tu fiesta...

Tras confirmar que ese domingo sí había vuelos hacia Bélgica y había habitaciones libres en ambos hoteles, Claire hizo las reservas pertinentes. Raúl tenía sus vacaciones programadas.

—Venga, te invito a comer —dijo muy seguro de sí mismo.

—No, no, te dije que la próxima vez invitaba yo... —se quejó Claire.

—Pensaba que me dirías que no querías comer conmigo...

—¿Y por qué iba a decir yo eso, listo? Anda, vámonos, ¿te apetece una hamburguesa? —le propuso mientras se ponía en pie.

—Sí, me encantan.

Claire le llevó a una hamburguesería a la que iba con sus padres cuando era pequeña. Ese sitio le encantaba. Su decoración era muy americana: sillones de piel en color rojo y blanco, carteles luminosos por las paredes y música de los ochenta amenizando el ambiente.

—Aún no me has contado por qué tenías tanta prisa en salir de viaje para desconectar —se atrevió a preguntarle Claire.

—Bueno...

—Si no te apetece, no hace falta que me lo cuentes —le dijo Claire al ver que este titubeaba.

—Sí, sí que quiero contártelo. Siempre he viajado mucho; como te dije, mi hermano es fotógrafo profesional y como siempre estaba fuera, si nosotros no íbamos a verlo a él... él nunca venía a España. Eso se convirtió en una necesidad, una droga. Coger un avión, ir a otra ciudad, otro país donde nadie te conoce y dónde tú no conoces a nadie. Mi última pareja sería tenía miedo a volar, así que estuve sin coger un avión casi seis años. Después de ella, me cegué en el trabajo, no quedaba con nadie y ni siquiera fui a ver a mi hermano. Luego, mi hermana montó su centro de fisio y con tanto trabajo y esperando a que el negocio terminara de despegar, no he podido coger días libres. El día que mi hermana me dijo que podía tomarme las dos semanas que me correspondían, no lo dudé y entré en la primera agencia que vi, con la suerte de que te conocí a ti —relató Raúl mientras Claire daba un trago a su refresco.

—Pensaba que me ibas a decir que necesitabas alejarte de una exmujer loca o que tenías problemas con la justicia —rio Claire al ver la cara que estaba poniendo su acompañante.

—Qué graciosa eres —rio él—. No he estado casado nunca, así que no. No tengo ninguna exmujer.

—Era broma, eso me lo contaste. Pero bueno, el problema está solucionado —dijo Claire para romper el nivel de seriedad que había cogido la conversación.

—Me gusta este sitio, nunca había estado y eso que no pilla lejos del *loft*.

—Es uno de mis favoritos, venía aquí con mis padres... —dijo triste Claire.

Raúl vio la tristeza de Claire en sus ojos, así que no lo dudó y para hacerla olvidar, cambió el rumbo de la conversación.

—¿Haces algo esta noche? —preguntó de pronto Raúl.

—¿Esta noche? Tenía pensado peli, sillón y palomitas o libro, sillón y palomitas —dijo convencida con una sonrisa en los labios.

—Un planazo —rio él.

—Según como lo mires... Sam ha quedado con Carlos y mi amigo Iván también ha quedado con alguien..., así que no tenía con quién salir.

—Menos mal que aún quedo yo —dijo con suficiencia.

—Tú no necesitas abuela, ¿no? ¿Qué quieres hacer? —le dijo sonriéndole.

—Bueno... te hago dos propuestas...

—Vale, continúa —le animó ella.

—La primera: cine, cena, paseo y cama.

—¿Mmm? ¿Cama? ¿Me está haciendo una propuesta indecente, señor fisioterapeuta? —rio con ganas Claire.

—No me des ideas, rubia. Quería decir que a dormir, pero si ves que necesitas que alguien te acompañe... Me consta que tu colchón es muy cómodo —contestó este con picardía.

La conversación iba subiendo de tono poco a poco, por lo que Claire le preguntó que cuál era la segunda propuesta, para cambiar un poco de tema. No quería darle a entender otra cosa a Raúl.

—La segunda propuesta es: cena, baile y cama.

—Vaya, veo que las dos acaban en el mismo sitio —dijo ella sin pensar, de lo que se arrepintió inmediatamente. Cuando hablaba con Raúl y estaba con él, volvía a sacar su verdadera personalidad desinhibida, algo que había tenido muy guardado durante meses.

—Lo que yo veo es que no estamos pensando lo mismo —dijo riendo Raúl al ver lo colorada que se estaba poniendo Claire.

—Era broma. Si vamos al cine, ¿qué te gustaría ver?

—Tengo varias en mente, pero no sé si a ti te gustará ese tipo de cine.

—Me gusta mucho el cine, ¿cuáles son?

—Tengo pendientes para ver *Tarde para la ira*, *Que dios nos perdone* y *Moonlight*.

—Vaya, te gusta el cine español, por lo que veo.

—Sí, sé que a mucha gente no le gusta y, la verdad, no entiendo por qué; se están haciendo películas muy buenas en nuestro país.

—Estoy de acuerdo contigo. Si quieres, vemos *Tarde para la ira*, tengo ganas de verla. Raúl Arévalo me gusta mucho como actor, así vemos qué tal es como director.

Raúl estaba realmente interesado en seguir conociendo a Claire. Después de su último fracaso amoroso, no pensó que conocería a nadie que le pudiera interesar tanto. Además, tenían gustos y opiniones muy parecidos. Una vez pidieron la cuenta y Claire pagó, tal como le había dicho a Raúl, salieron de la hamburguesería. Este la acompañó hasta la agencia y se despidió de ella con su habitual beso, algo a lo que Claire no le había costado acostumbrarse. Habían quedado en que él la recogería en el *loft* a las nueve, cenarían algo y entrarían al cine a la sesión de las diez y cuarto.

Esa tarde, Claire habló por teléfono con su hermano Marcos. Este la había llamado para decirle que viajaría a Madrid el jueves y se quedaría con ella ese fin de semana, momento que ella aprovechó para contarle la fiesta de

bienvenida que estaba preparando para ese sábado y los invitados que irían. Cuando le habló de que su padre también asistiría, Marcos le dijo que le parecía perfecto, tenía que hablar con él. Ella no quiso preguntarle nada al respecto, pero si se volvían a pelear, tomaría cartas en el asunto.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Claire a Sam cuando esta descolgó el teléfono mientras se preparaba para su cita con Carlos.

—Un poco, sí. Me gusta mucho y no quiero estropearlo —contestó la morena inquieta.

—No te preocupes, no es la primera vez que lo vas a ver —rio Claire.

—Ya, pero..., esta es una cita oficial, las otras veces han sido sin planear para tomarnos un café rápido o cuando nos vimos en el *loft*...

—Verás como todo sale bien; además, con el modelo que te compraste la otra tarde, vas a estar guapísima.

—Y tú, ¿qué? ¿Libro, sillón y palomitas?

—Más bien cine, cena, paseo y cama —sonrió.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Sam curiosa mientras ponía el manos libres para maquillarse.

—He comido al mediodía con Raúl. Me ha preguntado si tenía plan de viernes y, como le he dicho que no, me ha hecho esa propuesta —soltó rápidamente Claire.

—¿Te he dicho que me gusta ese chico? —dijo riéndose Sam.

—No sé si he hecho bien en aceptar —dijo Claire dubitativa.

—¿Por qué no?

—No sé si él quiere algo conmigo, pero yo, ahora mismo, quiero estar tranquila. Y aunque es muy simpático y detallista, no sé si quiero algo más que una amistad con él.

—¿Pero tú te estás oyendo? Vamos a ver, Claire. Ahora mismo, es un chico al que has conocido, que te ha hecho un favor enorme al rebajarte el *loft* y

que mantenéis una amistad; lo que tenga que llegar, llegará. No pienses en un futuro, vive el presente —le contestó Sam sabiendo que eso mismo era lo que su amiga necesitaba escuchar.

—Tienes razón. No sé por qué siempre voy por delante.

—Pues eso. Esta noche sales, te lo pasas bien y disfrutas de la compañía.

Cuando colgaron el teléfono tras despedirse y desearse buena noche con sus citas, Claire se dio una ducha rápida y empezó a arreglarse. Como no era una cita formal, pensó ponerse un vestido por la rodilla en color granate, con unas sandalias de tacón en azul marino. Arreglada, pero informal, como solía decirle Sam.

A las nueve en punto, Raúl la esperaba en la puerta del portal con unos chinos marrón chocolate y una camisa de cuadritos en todos verdes, blancos y celestes.

—Qué elegante, señor casero —le dijo Claire al verlo.

—Y tú qué guapa, rubia —le contestó mientras le besaba la mejilla.

Dirigiéndose al coche que Raúl había aparcado en la calle de atrás, le apoyó la mano a media espalda a Claire. Esta, al notar su tacto, volvió a sentir lo mismo que días antes, cuando se rozaron las manos. Había una conexión o atracción sexual que nunca antes había sentido. Se empezó a poner nerviosa y cuando fue a decirle algo a Raúl para romper el hielo, este se paró y le abrió la puerta de su Audi.

—¿Este es tu coche? —preguntó ella.

—Puedo decir que sí, tengo sus llaves, ¿no? —contestó este divertido.

Claire se relajó y le sonrió. Raúl siempre sabía cómo hacerla sonreír. Se dirigieron a los Cines Conde Duque, sacaron las entradas para la sesión y se tomaron unas raciones en un bar que se encontraba cerca de la sala de cine. Cuando llegó la hora caminaron de nuevo hasta la sala y entraron.

—Me ha encantado la película, es genial —apuntó Claire emocionada.

—Sí que lo es, no me extraña que le hayan dado tantos Goyas este año — dijo Raúl sonriendo.

Volvieron a coger el coche mientras comentaban las secuencias de la película que más les habían gustado, momento que Raúl aprovechó para volver a colocarle la mano en la espalda a Claire. Estaba claro que él necesitaba su contacto y a ella no le desagradaba.

—¿Vamos al Templo de Debod? —preguntó Claire cuando se dio cuenta a donde se dirigía Raúl con el coche.

—¿No te gusta? —respondió este con otra pregunta.

—¡¿Estás de broma?! Me encanta. Antes iba mucho a pensar, últimamente no tanto.

Raúl no dijo nada, pero él también iba allí cuando lo necesitaba y más de una vez había observado a Claire en la distancia, sobre todo en los últimos meses.

Pasearon en silencio por el parque un buen rato hasta que se sentaron en un banco.

—Me gusta este sitio porque era el favorito de mis padres. Nos traían aquí cuando mi hermano y yo éramos pequeños. Se podían sentar durante horas a observar a la gente, a pensar o a leer —dijo Claire al fin, con la vista clavada en una pareja joven que andaba agarrada de la mano.

—Como una tradición familiar —contestó Raúl, que también observaba a la pareja—. En mi familia, antes era tradición ir todos juntos a la cabalgata de Reyes. Cada año, estuviésemos donde estuviésemos, todos nos juntábamos para ir a la cabalgata.

—¿Ya no lo hacéis? —preguntó Claire.

—No, no todos, al menos. Mi hermano cada vez viajaba más y había años en los que en Navidad era cuando tenía más trabajo, así que al final fueron

abandonando unos y otros. Pero desde que nació mi sobrina hemos vuelto a retomarla, aunque mi hermano sigue sin venir.

—Está bien tener tradiciones familiares —dijo relajándose Claire—. ¿Has visto el atardecer desde el templo? —preguntó esta.

—Sí, pero no es tan bonito como lo que estoy viendo ahora —dijo Raúl mirándola. Claire le devolvió la mirada y se sonrieron.

—Creo que deberíamos irnos —le dijo entonces ella.

Se dirigieron al coche y Raúl la llevó a su casa. Se despidieron en el portal con un beso en la mejilla, se dieron las buenas noches y Claire caminó hacia el ascensor.

Cuando estaba a punto de meterse en la cama le sonó el teléfono; tenía un mensaje y ya se imaginaba de quién era.

Gracias por esta noche, hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Claire sonrió al leerlo y le contestó de inmediato.

Gracias a ti por ser mi plan de viernes. Contigo, el tiempo pasa volando. Ohh, me vas a sacar los colores, rubia. Te llamaré. Buenas noches, bonita.

Los sábados, Claire no trabajaba. La agencia abría, pero cuando ella empezó, quedó con Iván en que su día libre de la semana sería el sábado. Normalmente lo dedicaba a hacer tareas del hogar o ir de compras, pero después de sus mini vacaciones ya lo tenía todo hecho, así que se puso ropa de deporte, cruzó la calle y se adentró en el Retiro. De siempre le había gustado hacer deporte, ir al gimnasio y correr al aire libre, se ponía en forma y tenía tiempo para pensar. Cuando llevaba cuarenta minutos corriendo, le empezó a sonar el móvil; era Sam.

—Rubia, ¿qué tal anoche? —preguntó su amiga risueña.

—Muy bien, pero tendría que preguntarte yo a ti, ¿no? Por lo que deduzco que te fue de maravilla —le contestó sentándose en un banco a espaldas del Palacio de Cristal.

—Pues sí, no te lo voy a negar. ¡Carlos es lo más! —gritó emocionada, lo que provocó la risa de Claire—. Me llevó a un restaurante súper bonito, luego fuimos a bailar salsa, que no veas cómo mueve las caderas ese hombre, nunca lo habría dicho, y por último me llevó a casa.

—A casa, ¿y después? —preguntó con interés.

—Después, nada; me acompañó al portal, me dio las buenas noches y cuando ya creía que se iba a dar la vuelta, me cogió de la cintura y me dio un besazo —soltó por fin, haciéndose de rogar.

—¿Y no durmió contigo? —preguntó Claire sorprendida.

—No, es todo un caballero y aunque tenía unas ganas tremendas de pasar la noche con él, prefiero ir despacio y hacer las cosas bien —dijo ella orgullosa.

—Me parece bien, morena.

—Bueno y cuéntame tú. Raúl llamó a Carlos antes de recogerme y le estuvo hablando de ti.

—¿Ah, sí? —preguntó intrigada.

—Sí, aunque no me quiso decir mucho más. Ya sabes, «no puedo traicionar a mi amigo» —dijo Sam imitando la voz de Carlos, por lo que ambas empezaron a desternillarse.

—¿Quieres que quedemos esta noche y salimos por ahí? Así te sigo contando cositas —preguntó Claire poniéndose de pie y empezando a trotar.

—Genial, esta noche nos vemos.

Tras despedirse, Claire siguió con su marcha y volvió a casa, necesitaba una ducha. Al mediodía se presentó en casa de Carmen, hacía días que no la veía. Comieron juntas, le contó que había hablado con su hermano y que vendría la próxima semana, también le dijo que había conocido a Raúl y que iría a la fiesta.

Carmen la estuvo observando, la vio más ilusionada y tranquila que meses anteriores. Sin duda, la marcha de Miguel le había hecho mucho bien. Su

niña volvía poco a poco a ser la que era. De vuelta en el *loft*, después de la comida, recibió un mensaje de Raúl.

¿Tienes planes para esta noche, bonita?

Sí, he quedado con Sam, vamos a salir por ahí.

Deseaba ser tu plan de nuevo...

Lo siento, ya había quedado...

No hay problema... Que lo paséis bien.

Unas horas después, Sam la esperaba con su coche en la puerta.

## CAPÍTULO 9: Encuentros

Llevaba unos pantalones pitillo negros con una camisa negra de manga francesa de gasa metida por dentro, sandalias de tacón plateadas a juego con el cinturón y chaqueta de piel negra, labios rojos y ojos ahumados.

Sam también iba muy guapa; se había puesto una falda con vuelo por debajo de la rodilla en tonos granates y negros con una básica negra de tirantes y una chaqueta de piel negra, acompañada de unas sandalias granates a juego con un bolsito pequeño.

Fueron directas al Mercado de San Miguel. Mientras degustaban montaditos y pinchos, Claire le contó su noche con Raúl. En un momento dado le pareció ver a Miguel con una chica buscando un hueco en una mesa... Sam se dio cuenta y miró hacia atrás, pero no vio a nadie.

—¿Has visto a alguien conocido? —le preguntó.

—No, sí, bueno no sé... Me había parecido ver a Miguel, pero seguro que me he confundido —le dijo nerviosa.

—Seguro que sí. Se iba de la ciudad, ¿no? No creo que esté aquí —le contestó Sam para tranquilizarla.

Siguieron hablando, pero entonces fue Sam quien lo vio. Sí, era él, iba paseando de la mano de otra chica y ahora pasaban a espaldas de Claire. Sam disimuló para que Claire no los viera. «Será cabrón», pensó la morena al ver que Miguel la miraba. Esta le dedicó una mirada de negación para que no se acercase. Por suerte, este cogió la indirecta y pasó de largo, algo que Sam agradeció; su amiga no tenía por qué ver con quién estaba él ahora. Unos

minutos después, mientras ellas seguían hablando, a Claire se le iluminó la cara y empezó a saludar con la mano; Sam se dio la vuelta inmediatamente, temiendo que fuera Miguel de nuevo, aunque sin entender la reacción de esta. Pero entonces ella también sonrió: eran Carlos y Raúl. Cuando estos dos se acercaron, cada uno fue a saludar a su chica. Raúl le dio un beso en la mejilla a la rubia mientras le tocaba el mechón que le caía por el hombro, gesto íntimo entre los dos; mientras que Carlos se acercó a Sam y le dio un beso en los labios. Después, Carlos saludó a Claire y esta le presentó a Raúl a su amiga, que aún no se conocían.

—Al final hemos coincidido —dijo Raúl mirando a Claire.

—Sí, que casualidad, ¿verdad? —dijo Sam sonriendo.

—No le habrás dicho tú donde estábamos, ¿no? —siguió diciendo Claire, mirando a su amiga.

—No, prometido.

—No, Sam no me ha dicho nada, todo ha sido casualidad —dijo entonces Carlos.

Al final se sentaron con ellas. Sam se dio cuenta de que Miguel los miraba, suponía que no le había hecho tanta gracia ver a su ex con otro hombre y sonrió pensando en un «jódete capullo».

Cuando salieron de allí estuvieron paseando por la plaza Mayor. Sam y Carlos delante, cogidos de la mano y Claire y Raúl detrás, con la mano de él en la espalda de ella.

—Al final nos hemos visto hoy —dijo al fin Claire, rompiendo el silencio.

—Sí, parece que el destino no quiere que estemos sin vernos —le sonrió Raúl.

—Eso parece —le contestó ella divertida.

Mientras se miraban a los ojos, Sam y Carlos se habían parado unos metros más adelante; mirándolos ambos empezaron a bromear.

—¡Pareja! —dijo Carlos sacándolos de su ensimismamiento—. Vamos a bailar un poco, ¿os apetece?

—¡Genial! —dijeron los dos al unísono; se miraron y comenzaron los cuatro a reírse.

Estuvieron paseando hasta que encontraron un *pub* y entraron. Había mucha gente joven, casi todo parejas. Se dirigieron a la barra y pidieron, ellos unos *gin-tonic* y ellas unos mojitos. Al cabo de un rato hablando, empezó a sonar una canción tranquila y Carlos agarró a Sam de la mano y empezaron a bailar en la pista. Raúl y Claire se sonrieron y siguieron hablando.

—Parece que estos dos van en serio —dijo Claire señalando a los que bailaban.

—Eso parece. Es muy simpática, tu amiga —le dijo entonces Raúl.

—Sí, es genial. Es como mi hermana —dijo esta orgullosa—. Carlos también lo es.

—Sí, no te lo voy a negar. Es el mejor tío que conozco —contestó Raúl también orgulloso.

—Entonces seguro que les irá bien —dijeron ambos a la vez.

—¿Te apetece bailar? —preguntó entonces Raúl.

Afirmando con la cabeza, este la cogió de la mano y se la llevó a la pista. Seguía la música tranquila, así que la agarró de la cintura y, mirándose a los ojos, empezaron a girar. Sam y Carlos los observaban desde otro rincón. Carlos conocía a su amigo y hacía tiempo que no lo veía tan enganchado a una chica. Sam, por su parte, había vivido la historia de Claire y Miguel desde sus inicios, pero el brillo que veía en los ojos de su amiga no lo había visto antes; se la veía relajada y protegida en los brazos de aquel.

—Carlos, voy al baño un momento, ahora vuelvo —le dijo Sam dándole un pico a su acompañante.

Cuando esta se dirigía a la zona de los baños, alguien la agarró de la muñeca; al girarse para ver quién era, se sorprendió: era Miguel.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó ella cabreada soltándose de su mano.

—Os he visto en el mercado y ahora aquí. Solo quería saludar —dijo Miguel con voz tranquila.

—Ni se te ocurra acercarte a Claire, ¿me oyes? Y mucho menos con tu amiguita —le contestó esta señalándolo con el índice.

—Se la ve muy bien...

—Sí, está muy feliz. Ha encontrado a alguien que la respeta —dijo Sam con superioridad.

—Me alegro, se lo merece —dijo este afligido.

—Oye, Miguel, ¿quieres algo? Porque no creo que te hayas acercado a mí para esto —le dijo ella más tranquila.

—Solo quería saber si Claire estaba bien, eso es todo.

—Está perfectamente, ya la ves —le dijo señalando hacia la pista, donde ella y Raúl seguían abrazados bailando, ajenos a todo.

—Vale, entonces me voy, me alegro de verte. —Y desapareció entre la multitud.

Cuando Sam salió del baño, Carlos la estaba esperando en la puerta.

—¿Estás bien? Tardabas mucho —preguntó este tocándole la cara.

—Sí, me he encontrado con un indeseable y por eso he tardado más —le dijo exasperada.

—¿Un ex, quizá? —preguntó Carlos. Había visto la escena desde la distancia, pero se había imaginado algo que no era.

—Sí, pero no mío, sino de Claire.

—Era el tal Miguel —dijo este más tranquilo.

—Sí, ¿tú cómo sabes...?

—Raúl me lo contó —dijo riéndose.

—Vaya con Raulito. Lo he espoleado, no creo que moleste más —afirmó triunfante.

Se dirigieron hacia sus amigos, que ya iban de vuelta hacia la barra; hablaron un rato más y se marcharon.

Raúl se ofreció a llevar a Claire a casa, ya que tenía su coche en un *parking* del centro, mientras Sam y Carlos se marchaban en el coche de esta.

—¿Te aburro? —preguntó divertido Raúl mientras conducía.

—No, pero estoy cansada. Esta mañana salí a correr y ya no estaba acostumbrada.

—¿Sales a correr? —preguntó Raúl curioso.

—Sí, ¿tan raro te parece?

—No... Es que yo también salgo a correr —le contestó divertido. Seguían teniendo cosas en común.

—Vaya, pues un día tenemos que salir juntos, si te apetece, claro —añadió.

—Claro. Oye, mañana tengo que quedarme con mi sobrina. ¿Quieres venirte con nosotros?

Claire no sabía qué contestar. Le gustaban mucho los niños, pero tampoco quería meterse en casa de Raúl y menos con su familia allí. Como este la notó dubitativa, continuó diciendo:

—Tengo que pasar a recogerla por casa de mi hermana sobre las doce. Luego me la llevaré al parque; después a comer y por la tarde lo mismo me la llevo al parque de atracciones. Vamos a estar los dos solos, es el aniversario de mi hermana y mi cuñado y van a celebrarlo por ahí... Vente, va a ser divertido —la animó.

Claire finalmente aceptó. Ya habían llegado al portal, se despidieron como hacían habitualmente y bajó del coche. Antes de entrar al portal, este le dijo que pasaría a buscarla por la mañana, ella le guiñó un ojo y entró.

Estaba nerviosa, era la primera vez que vería a alguien de la familia de Raúl y, aunque se tratara de una niña, no podía remediarlo. Además, sabía lo importante que era su sobrina para él.

—Buenos días, bonita —dijo un sonriente Raúl cuando Claire abrió la puerta del coche.

—Buenos días —dijo mirando hacia la parte trasera del coche—. ¿Y la niña?

—Tenemos que recogerla ahora. He llamado a mi hermana para pasar a recogerla antes que a ti, pero aún la tenía en pijama... Espero que no te importe, va a ser solo un momento —respondió Raúl.

—Claro que no. Vamos a por ella —dijo Claire sonriente.

Pero antes de arrancar el coche, preguntó Raúl:

—¿Y mi beso?

—¿Qué te pasa con los besos?

—Me gustan. ¿A ti no? ¿O es que preferirías que te lo diera en otro sitio? —le preguntó pícaro.

—Idiota —le dijo ella sacándole la lengua. Al poco, esta se lo dio en la mejilla con una sonrisa en los labios.

Después de media hora de viaje, Raúl paró el coche en la puerta de casa de su hermana.

—Bájate si quieres, no nos vamos a entretener.

Claire hizo lo que él le dijo. Cuando tocaron al timbre se escuchó revuelo dentro y unos pasos acercarse; al abrirse la puerta, una niña se abalanzó a los brazos de su tío. Raúl no mentía cuando le contó que era la niña más bonita que había visto nunca, no le extrañaba que dijera que era la dueña de su corazón.

Unos tirabuzones rubios le caían por los hombros, menudita, con unos grandes ojos verdes y una gran sonrisa en la cara. La niña, cuando vio a

Claire, no le quitaba los ojos de encima.

—Mira, cariño, esta es Claire, una amiga del *tite*, ¿le quieres dar un beso?  
—le dijo Raúl cariñoso a su sobrina.

Esta rápidamente afirmó con la cabeza y le echó los brazos a Claire para que la cogiera. Claire no lo dudó y la cogió dándole un beso en los mofletes y haciéndole cosquillas.

—¿Tú eres la novia de mi *tite*? —preguntó la niña tocándole el mechón a Claire que le caía por los hombros, gesto que la hizo sonreír ya que era el mismo que su tío siempre repetía.

—No, bonita, soy una amiga. ¿Tú tienes amigos en el cole?

—Sííí —dijo la niña alargando la vocal—. Pero uno de ellos es mi novio  
—dijo riendo la pequeña.

—Vaya, vaya —dijo Raúl—, voy a tener que hablar con tu padre al respecto —dijo haciéndole cosquillas en la barriga.

Sara, la hermana de Raúl, se había mantenido callada al lado de la puerta. Cuando su hermano dijo eso empezó a reírse y se presentó.

—Hola, debes de ser Claire, encantada —dijo dándole dos besos.

—Y tú, Sara —afirmó Claire sonriéndole.

—Bueno, vámonos, que se nos hace tarde —dijo Raúl cogiendo a su sobrina en brazos y agarrando la mochila que su hermana le entregaba.

—Raúl, si pasa algo, llámanos —dijo dándole un beso a su hija.

—No te preocupes, va a ser genial, ¿verdad, rubia? —preguntó a la niña.

—Sííí, con el *tite* siempre es genial —afirmó la niña diciéndole adiós a su madre desde el coche.

—¡Raúl! —volvió a llamarlo Sara—. Tú y yo tenemos que hablar —dijo ella guiñándole un ojo a su hermano.

—Claro... —dijo este sabiendo que el tema de conversación iba a ser Claire.

Sara se había fijado en la forma que tenía su hermano de mirar a la chica. Con verlos juntos una única vez y con la niña en brazos, se dio cuenta de la bonita familia que podían llegar a formar.

Ya en el coche camino del parque, Claire observó cómo un Raúl concentrado conducía.

—¿Pasa algo? —preguntó este cauteloso cuando se percató de que lo miraba.

—Estás muy guapo hoy —dijo ella.

—¿Solo hoy? —preguntó este con picardía.

Ella, sonriendo, siguió diciéndole:

—Bueno, he visto otra faceta de ti que no conocía... aunque, a decir verdad, tampoco nos conocemos mucho...

—Pues yo tengo la sensación de conocerte de toda la vida —le dijo sacándole la lengua—. Esa niña —dijo mirándola a través del espejo retrovisor— es lo mejor que le ha pasado a mi familia.

—No lo dudo, es preciosa.

Cuando bajaron del coche, Claire la soltó de su sillita y la cogió en brazos. Raúl estaba encantado con esa imagen. Sus dos rubias estaban con él y a Claire se le notaba que le gustaban los niños. Entonces, mirándolas dijo:

—Nunca nadie ha visto nada más bonito que esto.

Claire, sonriéndole, negó con la cabeza y para romper el silencio, le dijo a la niña:

—Cariño, qué cursi es el *tite*, ¿verdad?

Esta afirmó y las dos soltaron una carcajada. Raúl, más feliz que nunca, echó a correr tras ellas, pero Claire, al darse cuenta de lo que iba a hacer, también echó a correr con la niña en brazos que, divertida por la escena, no paraba de reír. Al final, Raúl les dio alcance y comenzó a reír también.

Cansada, Claire se sentó en el césped mientras observaba a tío y sobrina jugar en los toboganes. Veía feliz y relajado a Raúl; sin duda, estar con Helena era uno de sus pasatiempos favoritos. No se sabía quién disfrutaba más con la compañía del otro. La niña adoraba a su tío por encima de todo. Al final, se tumbó bocarriba mientras le daba el sol en la cara. De repente, apareció Raúl que se abalanzó sobre ella y él y la niña comenzaron a hacerle cosquillas. Los tres reían a carcajadas, hasta que Claire pudo soltarse de Raúl, le hizo una señal a la niña y ambas iniciaron un ataque de cosquillas a Raúl, que sin esperárselo, cayó de culo en el césped.

Cualquiera que los viera sin conocerlos daría por hecho que eran una familia. Además, la niña era igual de rubia que Claire y tenía los mismos rizos que Raúl.

Cuando pararon de reír propusieron ir a comer, estaban hambrientos.

Mientras Raúl daba la última cucharada a su helado de nata y chocolate, observaba a su sobrina dormir en sus brazos.

—Se ha quedado frita —comentó Claire mirándola.

—Sí, siempre le pasa después de comer —dijo este sonriendo—. ¿Lo estás pasando bien?

—Claro. La niña es un amor, hacía tiempo que no me reía tanto...

—Me alegro. Nosotros también lo estamos pasando bien —contestó con una sonrisa tonta en los labios.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Pues... En media hora, la enana se despertará... Había pensado ir al parque de atracciones, pero creo que mejor vamos al zoo, le encantan los animales.

—Genial. A mí también me gustan y hace años que no voy.

Fueron caminando hacia el coche, sentaron a la niña en su sillita y se dirigieron al zoo. Durante el trayecto, Raúl le estuvo hablando sobre su

trabajo. Había estudiado Fisioterapia y Osteopatía en Guadalajara. Desde niño le habían interesado los músculos y huesos del cuerpo humano, así que cuando tuvo que decidir a qué dedicarse, lo tuvo muy claro. Después, su hermana montó la clínica y desde entonces, estaban juntos sacando el negocio a flote.

Claire también le contó que llevaba cuatro años trabajando para Iván y que, antes de eso, había trabajado en una librería. Le encantaba la literatura, así que el tiempo que estuvo allí había sido muy feliz; después la despidieron porque el negocio no iba muy bien y conoció a Iván, que le dio la oportunidad de trabajar en su otra gran pasión, viajar.

—Tite, ¿dónde vamos? —preguntó la niña rascándose el ojo.

—Vaya, princesa, ¿ya te has despertado?

—Síiiii —dijo alargando la vocal.

—Si te digo que vamos a ver animalitos, ¿qué me dices?

—¡¡¡Síiiiiii, animalitos!!! —gritó la pequeña emocionada.

—Genial, pues en breves llegamos, cielo.

—¿A ti te gustan los animales, Claire? —preguntó la niña.

—Mucho, cariño, verás lo bien que lo vamos a pasar —le contestó.

Cuando salieron del zoo, la niña estaba agotada. Claire la cogió en brazos y al poco se durmió.

—Si mi hermana viera lo rápido que se duerme contigo, te secuestraría —le dijo Raúl riéndose.

—Qué va, solo está cansada —contestó devolviéndole la sonrisa.

Ya en el coche, Raúl llamó a su hermana, pero esta no le cogió el teléfono. Así que marcó el número de su cuñado, que esta vez sí descolgó.

—Raúl, dime, ¿le pasa algo a la niña? —preguntó asustado.

—¡Hola, cuñado!, no pasa nada, es que ya vamos de vuelta, he llamado a Sara, pero no me ha cogido; ¿estáis en casa?

—Sí, acabamos de llegar.

—Vale, pues ahora nos vemos. —Y colgó.

—¿Cómo se llama tu cuñado? —preguntó Claire.

—Jaime. Es un buen tío y un padrazo. Siempre está pendiente de la niña. Antes era azafato de vuelo, pero desde que mi hermana se quedó embarazada no ha querido separarse de ellas.

—¿Dejó su trabajo? —preguntó curiosa Claire.

—Sí. Siempre estaba fuera, no pasaba en casa más de una semana al mes y cuando mi hermana le dio la noticia, cambió de trabajo, ni se lo pensó. Ahora trabaja de traductor; sabe cinco idiomas, así que no le va mal.

—Vaya, eso sí que es sacrificio.

—Bueno, también lo sería ver solo a tu mujer y tu hija tres o cuatro días al mes. A veces, hay que elegir. Los niños no se crían igual sabiendo que su padre está en algún lugar del mundo, pero sin ninguna figura que lo represente.

—Es cierto. Mi madre murió, pero Carmen me ha criado como ella lo hubiera hecho.

Claire tocó al timbre mientras Raúl sostenía a su sobrina en brazos. Les abrió Jaime, que tras las presentaciones, les invitó a tomar algo.

—Claire, si no quieres, nos vamos, no pasa nada —le dijo Raúl a solas mientras Jaime llevaba a la niña a su cama.

—No, podemos quedarnos si quieres, yo estoy bien —le dijo sonriéndole.

Mientras Sara estaba en la ducha, Jaime preparó unos aperitivos. Cenaron con ellos y al poco se marcharon.

Claire se enteró de que Sara y Jaime llevaban juntos desde la universidad. Se conocieron en unas jornadas de idiomas y desde entonces no se habían separado. Se les veía muy unidos.

—Bueno, mañana, lunes —dijo Claire—. Ha sido un fin de semana genial.

—Sí. Ha estado muy bien. Si quieres, quedamos mañana —le dijo Raúl antes de que se bajara del coche.

—Pues no lo sé. Mañana quiero ir a ver a Carmen cuando salga de la agencia...

—El martes entonces...

—Raúl yo... no sé...

—Oye, lo pasamos bien juntos, ¿no? Lo demás no importa.

—No son excusas... Es que no sé si podré...

—Vale, pues ya te llamaré, entonces —le dijo tocándole el mechón y dándole un beso en la mejilla.

Cuando Claire subió a su *loft* se dio una ducha y llamó a Sam, pero esta no le cogió el teléfono. Así que volvió a marcar, pero esta vez a Iván.

—Hola, bombón, ¿qué tal el finde? —preguntó Iván nada más descolgar—. ¿Raulito se ha portado bien?

—¡Hola, Iván! Muy bien, Raúl es un encanto. ¿Tú que tal con tu cubanito? —rió esta.

—¡Ay, si yo te contara mi niña! —contestó muerto de la risa—. Tiene unos brazos, unos pectorales... Es como un dios griego, no había visto nunca nada igual, hija. —Claire no paraba de reírse. Como esta no le decía nada, él siguió preguntándole—. Y tu adonis, ¿cómo tiene el cuerpo?, porque ya se lo habrás visto, ¿no? Seguro que lo tiene maravilloso, con ese porte...

—¡Qué cosas tienes, Iván! —logró decir ella—. No hemos hecho nada, solo somos amigos. Hemos estado todo el día con su sobrina y luego he conocido a su hermana y su cuñado.

—¿Nada de nada? Ay, nena, que el muchachico está loco por ti, ¿o es que no lo ves?

—Qué va. Cosas tuyas... Bueno, tengo que dejarte, que alguien me llama; mañana nos vemos en la agencia —dijo Claire apresuradamente y colgó.

—Sam, ¿dónde estás metida? Te he llamado antes —dijo Claire cuando descolgó el teléfono a su amiga.

—Hola, rubia, perdona, estaba con Carlos y ni me he enterado.

—¿Qué tal anoche, cuando os fuisteis?

—Genial. Me invitó a su casa y hemos pasado la noche juntos. Bueno y el día también, porque acabo de llegar a mi apartamento.

—Bueno, bueno. ¡Eso es genial, morena! Entonces, todo marcha bien.

—Más que bien. ¿Tú sabes lo bueno que es en la cama? Mucho mejor de lo que me imaginaba —dijo Sam riendo.

—Mujer, no tengo el placer... —le contestó su amiga a carcajadas.

Tras media hora de cháchara en la que ambas se contaron cómo había sido su día, Claire colgó y se acostó. Estaba agotada del día que habían pasado con la niña.

## CAPÍTULO 10: Pasito a pasito

La semana iba pasando y Claire y Raúl no se vieron, solo se comunicaban a través de mensajes y alguna que otra llamada de él hacia ella.

El miércoles, Claire comió con su padre. Llevaban casi dos semanas sin verse, así que se pusieron al día. Después de comer lo llevó al *loft* para que lo viera. Manuel quedó fascinado. Era mucho mejor de lo que había imaginado. Estando allí se fijó en el tocadiscos que descansaba encima del mueble en el salón.

—¿Funciona? —preguntó señalando hacia donde se encontraba.

—Pues no lo sé. No he tenido tiempo de probarlo y tampoco le he preguntado a Raúl. Aunque no creo, supongo que se lo hubiera llevado, parece antiguo...

—Es muy bonito —comentó Manuel tocándolo.

Antes de despedirse hablaron de Marcos. Llegaría al día siguiente, por lo que el reencuentro estaba más que cerca.

—Lo sé, me llamó ayer —dijo Manuel observando la cara de incredulidad de su hija.

—¿Te llamó?

—Sí, a mí también me extrañó. Quiere que mañana nos encontremos para comer. No sé qué querrá decirme, pero solo con que me haya llamado me doy por satisfecho —le contestó a su hija con pena.

—Seguro que todo se arregla, papá —dijo apretándole la mano.

Cuando se despidieron camino de la agencia, Claire llamó a su hermano.

—Hola, enana.

—Hola, Marcos, vienes mañana, ¿no?

—Sí, pero hasta la noche no nos vemos... he quedado con papá —soltó tras titubear.

—Vaya... genial, entonces. Me llamas mañana para decirme cómo lo hacemos. Si nos vemos en el *loft*, o en la agencia...

—Claro, mañana te aviso. Tengo ganas de verte.

—Y yo a ti, hermanito.

Tras colgar, recibió un mensaje de Raúl.

¿Cómo está mi rubia favorita? ¿Estás ya en la agencia?

Mentiroso. No soy tu favorita, me consta que hay otra en tu vida.

Le escribió Claire pensando en su sobrina.

Cierto, *mea culpa*.

Sí, ya he abierto, a ver cómo va la tarde.

Genial, yo también empiezo ya, que acaba de llegar un paciente.

Entonces no te entretengas. Un beso.

Al último mensaje, Claire no recibió respuesta; Raúl ya se habría puesto a trabajar. Así que ella hizo lo mismo. Se había acostumbrado tanto a la presencia de Raúl en el poco tiempo que se conocían, que cuando no tenía noticias de él se sentía vacía. La atracción física que sentía cuando estaban juntos no había cambiado, pero aún estaba reciente su ruptura con Miguel y no quería empezar otra relación todavía. Estaba segura de que él sentía algo por ella, hasta Sam se lo había dicho, pero este la respetaba y, si aún no estaba preparada, esperaría.

Claire se preparó para cerrar. Estaba metiendo las cosas en su bolso cuando escuchó la puerta. Al darse la vuelta, lo vio y le sonrió.

—¿Qué haces aquí? —dijo mientras se acercaba.

—He venido a por mi beso, nena —le contestó mientras le tocaba la mejilla y le besaba la cara. Ante el silencio de Claire, prosiguió—. Una de mis rubias favoritas me ha mandado un beso por mensaje, pero no he terminado de

disfrutarlo, así que me he dicho: voy a que me lo de en persona y así la veo...  
—terminó de decir sonriendo.

—Qué morro tienes.

—¿Has terminado ya, no? —preguntó acariciándole la espalda.

—Sí —contestó Claire un poco nerviosa por el contacto.

—Te acompaño a casa entonces y damos un paseo, no nos hemos visto desde el domingo.

Salieron de la agencia en dirección al *loft*. Claire le habló de su día, la visita de su padre y la llamada de Marcos. Mientras hablaba, Raúl se dio cuenta de que movía mucho el cuello, estirándolo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Claro, ¿por qué lo dices?

—¿Seguro? No te dolerá por aquí... —dijo tocándole el cuello.

Pero no le hizo falta que le contestara; con solo ver el dolor en su cara supo que necesitaba una sesión de las suyas.

—Acumulo la tensión en las cervicales, pero con un baño caliente y una pastilla se me pasará —le dijo ella.

—De eso, nada. Subo y te doy un masaje —afirmó Raúl serio.

—No hace falta, de verdad. —Claire no quería tener más contacto con él del que ya tenía. Si con solo un roce se ponía nerviosa, si le daba un masaje qué pasaría...

—No te estoy preguntando, Claire. Voy a subir y te lo voy a dar, me da igual cómo te pongas.

—Vale, sargento —dijo ella al fin con un mohín.

Media hora después, Claire estaba tumbada en su cama bocabajo, sin camiseta, y Raúl esparciéndole crema en la espalda.

—Si no te relajas te voy a hacer daño. Pareces una piedra —le dijo serio.

—Es que no puedo...

—¿No puedes? Cualquiera diría que me acabas de conocer...

—No es lo mismo... —le dijo Claire titubeante.

—Ya, estamos en tu habitación y tú estás sin camiseta. Pero ahora mismo te estoy viendo como profesional, no como... amigo, así que relájate.

Tras varios intentos fallidos, Raúl decidió poner un poco de música. Fue hacia el tocadiscos y puso el primero que vio en la repisa del salón. Eso seguro que ayudaría a que se relajara. Cuando volvió a entrar en el dormitorio se quedó mirando la bonita espalda que Claire tenía. Unos pequeños lunares adornaban su blanca piel.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó divertida Claire al darse cuenta de que había vuelto.

—No está mal —dijo riéndose y volviendo a tocarle la espalda.

—¿Dónde has puesto la música? —preguntó cuando la escuchó.

—En el tocadiscos.

—¿Funciona? —preguntó levantando la cabeza de la almohada.

—Claro. Ahora, a relajarse.

Y vaya si se relajó. Al principio había sentido mucho dolor, pero empezó a centrarse en la voz de Aretha Franklin y al final se adormiló.

Cuando Raúl terminó, le echó una manta por encima y cerró la puerta del dormitorio. Se dirigió a la cocina, preparó dos sándwiches y quitó la música. Eran casi las diez y Claire se había quedado dormida, así que se comió el suyo, escribió una nota y se marchó.

Te he dejado un sándwich hecho por si te despertabas. Espero que el masaje te haya servido. Nos vemos pronto. Un beso, nena.

Lo leyó mientras desayunaba.

El masaje le vino de maravilla, para qué negarlo. Siempre acumulaba ahí la tensión y tras esos meses de incertidumbre con Miguel y luego la ruptura, había tocado su punto máximo de aguante. Mientras salía del *loft* hacia el trabajo le escribió un mensaje.

Siempre es necesario tener un masajista cerca. Gracias por todo, de nuevo. Estoy como nueva. ¡Buenos días!

¡Buenos días, nena! Si todos los pacientes fueran como tú, los fisios tendríamos un problema...

¿Y eso por qué?

Eres una distracción para la medicina... ahí lo dejo. Que tengas buen día.

A Claire le gustó leer su último mensaje, siempre la hacía reír.

A última hora de la tarde Raúl volvió a pasar por la agencia. Tras su habitual saludo, la sentó en la silla de su mesa y empezó a tocarle las cervicales de nuevo.

—Me estás haciendo cosquillas, para, ¿no? —le dijo Claire retorciéndose de risa.

—Si dejaras de moverte podría comprobar más rápido si ya estás bien o no... —Claire se quedó quieta y cerró los ojos. Al poco escuchó la puerta y, cuando miró hacia ella, vio a su hermano mirándolos partido de risa.

—Vaya, enana, veo que estás muy bien —dijo con guasa.

—¡Marcos! —gritó mientras echaba a correr hacia él.

Los hermanos se fundieron en un abrazo. Llevaban casi cinco meses sin verse. Claire le presentó a Raúl y Marcos, sin cortarse, le dijo delante de él que le gustaba más que el sieso de Miguel. Claire se puso colorada y le dio un manotazo a su hermano en el hombro. Raúl se despidió de ellos cuando Claire cerró la agencia.

—Se te ve bien —le dijo Marcos mirándola.

—¿Cómo pensabas encontrarme?, ¿llorando por las esquinas? —le contestó su hermana con una triste sonrisa en los labios mientras se dirigían al *loft*.

—Bueno... Sabía que eras fuerte y que ibas a pasar el bache lo mejor posible, pero de ahí a que hayas puesto a alguien en su lugar... No sé si es lo más conveniente, la verdad... —le dijo su hermano desde el corazón.

—No lo he sustituido, no te equivoques. Sigo pensando en Miguel, pero me he dado cuenta de que lo que nosotros teníamos solo era cariño; estábamos

tan anclados que ni siquiera hacíamos cosas para que el otro estuviera feliz. Solo convivíamos. Conozco a Raúl hace dos semanas y ya ha hecho por mí más que Miguel en los últimos meses. Está pendiente de mí todo el día, se preocupa y se interesa por mí. Y solo somos amigos —le contestó ella antes de que su hermano le preguntara por su relación.

—Pues perdona que te lo diga, pero cuando os he visto a través de la cristalera de la agencia no he visto a unos amigos. He visto más que eso, aunque tú quieras negarlo. Y no te enfades, solo te digo lo que he visto en los tres minutos que hemos estado juntos ahí dentro —le dijo tocándole la mejilla con cariño.

—No me enfado, pero no me gusta que pienses que he sustituido a Miguel —le aclaró mientras abría el portal.

—Está bien, pero cuando te decidas a dar el paso, sabes que puedes contármelo, ¿no?

—Qué tonto eres.

Cuando entraron al apartamento, Marcos estaba alucinado.

—¿No hay uno así para mí? Es mucho mejor de lo que había imaginado.

—¿Entonces te gusta?

—¡Estás de broma! Es la caña.

—Lo único es que solo tiene una habitación, vamos a tener que compartir cama, como en los viejos tiempos —le dijo Claire sonriéndole.

—Estupendo, así compruebo si sigues roncando —le contestó su hermano con chanza.

—¡¡Qué idiota eres!! —le gritó ella lanzándole un cojín del sofá que él cogió al vuelo.

Marcos dejó sus cosas en el dormitorio y se puso cómodo mientras su hermana pedía comida japonesa para cenar. Media hora después se

encontraban comiéndosela sentados en la barra de la cocina, con música del tocadiscos de fondo.

—He visto a papá esta mañana. En realidad, hemos comido juntos —dijo Marcos mirando a su hermana y esperando su reacción.

—Llevo todo el día pensando si os habíais matado o habíais arreglado vuestras diferencias. ¿Cómo ha ido?

—Bueno... mejor de lo que esperaba. Hemos hablado, que ya es un logro.  
—Claire siguió en silencio esperando a que su hermano continuara hablando —. Estaba harto de saber de él por ti, me daba vergüenza llamarlo por si no quería saber nada de mí —dijo al fin.

—Marcos —dijo Claire cogiéndole la mano por encima de la mesa—, cómo no va a querer saber de ti. Siempre que hablamos o nos vemos me pregunta por ti, se preocupa por ti. Eres su niño, por mucho que hayas crecido y estés lejos.

—Y tiene suerte de tenerte cerca —le dijo cariñosamente a su hermana—. Nunca te hemos dicho por qué discutimos y creo que es hora de que lo sepas.

—Oye, no hace falta que me lo cuentes, si no quieres. Con que estéis bien me vale —le dijo para tranquilizarlo, aunque en realidad sí quería saberlo.

—Lo hemos hablado en la comida y hemos decidido contártelo.

—Como quieras, hermanito —le animó entonces.

—La enfermedad de mamá me afectó mucho. No entendía por qué un ser tan bueno como ella tenía que estar pasando por algo tan doloroso —comenzó a decir agarrando a su hermana de las manos—. Ahí empecé a ser cruel con papá, pensé que culpándolo de ello me sentiría mejor, pero ocurrió lo contrario. Así que empecé a ir con malas compañías que me hacían olvidar por qué era tan desgraciado.

—Marcos, yo no me di cuenta de nada de eso —le dijo Claire casi sollozando.

—Tú eras una niña, intentamos que así fuera. Al menos, hice algo bien. Tú debías ser feliz por encima de todo. Papá cada vez estaba más cansado, tenía que luchar junto a su mujer contra la enfermedad e intentaba llevar a su hijo por el buen camino, además de intentar normalizarlo todo para ti. Poco antes de morir mamá, el médico le dijo a papá que ya no había arreglo, estaba llegando a su fin, sus últimos días estaban cerca. Papá quiso hablar conmigo y explicarme lo que iba a ocurrir y me puse hecho una furia, sabía lo que me iba a decir y no lo quise escuchar.

Tras un silencio en el que ambos lloraban, Marcos bebió un trago de agua y siguió hablando.

—Era un niño de casi dieciocho años que se emborrachaba y fumaba porros para olvidar. Tras esa discusión, vinieron tres más fuertes. No había quien me controlara. Mamá murió una noche después, cuando yo no me encontraba en casa. Había salido de juerga y papá no pudo localizarme. Por la mañana, cuando desperté en casa de un colega, tenía veinte llamadas perdidas. Unas tuyas, otras de papá y algunas de Carmen. En ese momento supe que había ocurrido y que ya no podría despedirme de ella. Unos días después me marché de casa y ya no volví. Lo demás, lo sabes: viajes, trabajo y llamadas de teléfono, pocas visitas... Dejé atrás todo lo que me recordaba a esa época, casa, amistades, hábitos y... familia.

—Lo siento, cariño —logró decir Claire limpiándose los ojos con un pañuelo—. Me siento culpable por no haberme dado cuenta de nada.

—De eso, nada. Eso fue lo único que hice bien. Si encima de perder a una madre siendo una niña te hubiera arruinado tu infancia, no me lo perdonaría. Aún me arrepiento de todo lo que hice, de mi comportamiento. Papá no se lo merecía. Un año después volví a Madrid para daros una sorpresa, nadie sabía nada. Pero la sorpresa me la llevé yo.

—¿Sorpresa? —dijo ella.

—Vi a papá besar a Carmen en el portal de casa. Me enfadé tanto... Solo había necesitado un año para olvidar a nuestra madre. Así que cogí el primer vuelo que salió y me marché. Desde entonces, solo he venido para lo justo y necesario... —terminó de decir suspirando.

—No sé qué decirte. Sabía que algo gordo había tenido que ocurrir, pero no me imaginaba nada de esto, la verdad... —dijo con pena.

—Soy un desastre.

—Y hoy, ¿qué ha pasado? —preguntó temiendo que le dijera que habían vuelto a discutir.

—Hemos hablado de todo y le he pedido perdón —soltó al fin.

—Pero eso es estupendo, Marcos, deberías estar feliz.

—Y lo estoy, pero la vergüenza que siento no se me va a quitar tan fácilmente. No he sido un buen hijo y aunque papá me haya perdonado, yo no me perdono a mí mismo.

—No seas tan duro contigo. Ya has pasado por cosas por las que nadie en su vida debería pasar —le dijo abrazándolo.

—Gracias por escucharme; todos estos años solo sin ti han sido un asco —le dijo revolviéndole el pelo, como solía hacer cuando era pequeña.

—Un momento, ¿has dicho que viste besarse a papá y a Carmen?

—Sí.

—Pero ellos no están juntos, nunca han tenido una relación.

—Que tú sepas —le dijo sonriéndole.

—¿Sí la han tenido? —preguntó alucinada.

—Bueno... después de unas cuantas llamadas de papá sin yo cogerle el teléfono, me decidí a llamarlo y, como siempre, terminamos discutiendo. Así que le eché en cara su relación con Carmen. Papá se quedó mudo, no entendía cómo yo podía saberlo. No sé si después de eso siguieron viéndose o

no. Solo sé que discutieron por mi culpa. Aun estando lejos seguí jodiéndole la vida —le dijo a su hermana tocándose la cabeza.

—Bueno, si no han seguido no es por tu culpa, habrá otros motivos. Tú estabas lejos así que no podías interferir en algo así. Lo que no entiendo es como yo he estado tan ciega para no darme cuenta...

—No te culpes, supongo que no te quisieron decir nada para que no reaccionaras como yo...

Se acostaron a medianoche. Después de tantos años sin saber por qué su padre y su hermano no tenían casi relación, ya se había enterado. Y aunque sabía que ella no podría haber hecho nada de haberlo sabido, se culpó por no darse cuenta de ello. Triste por la historia que su hermano le había contado, pero feliz de que al fin ambos hubieran apartado sus diferencias, empezó a adormilarse.

—Marcos ¿sigues despierto? —le preguntó bajito.

—Sí —le susurró él.

—¿Por qué has decidido hacer las paces con papá ahora?

—Ha ocurrido algo que me ha abierto los ojos. Mañana te lo cuento, duérmete.

Claire no le contestó; después de escuchar eso se durmió.

## CAPÍTULO 11: Buenas noticias

—Buenos días, enana —le dijo su hermano besándole la cabeza cuando Claire llegó a la cocina para desayunar.

—Has madrugado mucho.

—Bueno... con el cambio horario no podía seguir durmiendo. He preparado el desayuno.

—Exactamente, ¿en qué parte del mundo estás ahora? ¿Sigues en Tailandia?

—Sí, sigo allí, pero no será por mucho tiempo. He pedido a la empresa un traslado —le dijo con una gran sonrisa.

Marcos trabajaba para una multinacional textil. Con su dote para los idiomas y haber viajado por muchos países, había hecho grandes amistades que lo fueron introduciendo en ese mundo. Era director de *marketing*.

—¿Y a qué parte del mundo has pedido el traslado?, ¿Noruega, quizá? Recuerdo que te gustó mucho el tiempo que la visitaste —le preguntó de nuevo dando un sorbo a su café.

—Bastante más cerca. España.

—¿En serio? ¡¿Vuelves a casa?! —preguntó eufórica.

—Sí. Quiero asentarme y poder veros toooodas las semanas —dijo divertido.

Claire se levantó de su silla y le abrazó. Estaba muy feliz. Siempre se había llevado bien con su hermano, aunque durante su adolescencia no le hubiera dado el apoyo que necesitaba.

—¿Se lo dijiste a papá ayer?

—No. Preferí decírtelo a ti primero. Además, no quería que me perdonase porque yo fuera a regresar a casa, sino porque de verdad lo sintiera.

—Bueno, mañana es la fiesta, podrás decírselo si quieres.

—Aprovecharé la ocasión.

—Anoche me dijiste que había ocurrido algo que te ha hecho recapacitar. ¿Qué pasa? ¿No estarás enfermo? —le preguntó su hermana nerviosa mientras se abrochaba las sandalias.

—Bueno... he conocido a alguien.

—¡Pero eso es fantástico! —exclamó entusiasmada.

—En realidad, llevamos juntos casi dos años. No creí que fuera a funcionar, por eso no te lo había contado —le dijo mordiéndose el labio.

—Joder. Bueno... me alegra saber que tengo cuñada —le dijo sonriéndole.

—Hay más.

—¿Os habéis casado? Porque si es así, eso sí que no te lo perdono.

—Nooo, déjame terminar. —Claire le hizo gesto de cerrar el pico y le animó a continuar—. Estamos esperando un bebé. Está de tres meses. Por eso he vuelto, quería daros la noticia y quería hablar con papá. No quiero que ese niño crezca sin su abuelo. Ahora me estoy dando cuenta lo que se siente al ser padre y aún no ha nacido. Fui un desgraciado con papá y quiero arreglarlo. Quiero que se sienta orgulloso de mí —terminó de decir.

Claire se había quedado muda. Se habría podido imaginar cualquier cosa, pero la noticia de que iba a ser tía no se la esperaba. De pronto, le cayeron dos lágrimas de los ojos.

—Es la mejor noticia que me han dado en mi vida —soltó al fin abrazando a su hermano—. ¡¡Voy a ser tía!! —dijo saltando.

—Sí, y yo padre. ¿No es increíble?

—Sí que lo es.

—No le digas nada a nadie, quiero dar la noticia mañana en tu fiesta, si no te importa.

—Claro que no. Es para celebrar.

Claire se fue al trabajo contentísima. Durante el trayecto llamó a Raúl.

—Buenos días, nena. ¿Qué tal con tu hermano? —le preguntó nada más descolgar.

—¡Hola! Genial. Ha hecho las paces con mi padre y eso ya es un logro.

—Vaya, qué buena noticia. Te noto contenta.

—Lo estoy. Hay más cosas, pero esas te las cuento luego. ¿Nos vemos para comer?

—Claro. Miro la agenda y te digo algo.

Cuando se despidieron, llamó a Sam.

—Hola, rubia; ¿ha venido ya Marcos? —le preguntó nada más descolgar.

—Hola, neni. Sí, vino ayer.

—Y por lo que noto, va todo bien.

—Más que bien. Ha hecho las paces con mi padre. ¿Te lo puedes creer?

—¿En serio?

—Sí. Estoy contentísima.

—Me alegro mucho. Tengo ganas de verlo.

Cuando llegó a la puerta de la agencia ya había colgado con Sam. Entró y ahí estaba Iván.

—Vaya, hermosura, veo que has pasado buena noche. Con Marcos todo bien —afirmó este.

—Sí, con él todo genial.

—Viene a tu fiesta mañana, ¿no? Tengo ganas de verlo.

—Él también de veros a todos —le dijo sonriendo.

Poco después Iván se marchó. Tenía varias visitas que cerrar antes del fin de semana. La mañana pasó rápido, pues con el verano tan cerca las reservas

para vacaciones aumentaron.

Claire aprovechó para llamar a su padre cuando salieron los últimos clientes antes de cerrar.

—¡Hola, papá! —exclamó ella cuando su padre descolgó.

—Hola, mi niña. ¿Qué tal con tu hermano?

—Bueno, eso debería de preguntarlo yo, ¿no crees? —le dijo riendo.

—Veo que ya te ha contado que hemos hablado —admitió orgulloso.

—Así es. También me ha dicho por qué estabais enfadados. Lo siento, papá —le dijo con pena.

—Tú qué vas a sentir, cariño. No tienes la culpa de nada.

—Ya, pero me siento culpable por no haberme dado cuenta de la situación.

—De eso se trataba. No queríamos incluirte en nuestras peleas. Eso fue lo único en lo que estuvimos de acuerdo. Pero ahora no hay que estar tristes. Hemos hablado y recapacitado.

—Me alegro muchísimo.

—Y yo, hija. Por cierto, he hablado con tu hermano esta mañana. ¿Quién es Raúl? —le preguntó Manuel a su hija con curiosidad.

—No recordaba que tuvieras un hijo tan cotilla —le dijo riéndose ella—. Es mi casero, papá, ¿recuerdas? Mañana lo conocerás en la fiesta, no te preocupes.

En ese momento llegó Raúl a la agencia para ir a comer juntos. Claire le dijo con los labios que hablaba con su padre y mientras terminaba de hablar se encaminaron al bar donde comerían.

—¿Tu casero? Tu hermano me ha dado a entender otra cosa.

—Mi hermano es un bocazas y un chismoso.

—Bueno, cariño, mañana nos vemos —le dijo riéndose.

Cuando colgó casi habían llegado al bar. Raúl le dio un beso en la mejilla y le preguntó qué tal el día. Media hora después estaban degustando unas

raciones de oreja y calamares.

—Me alegro de que todo se haya arreglado entre ellos —le dijo Raúl cuando Claire terminó de contarle por qué su padre y su hermano habían estado enfadados tanto tiempo.

—Hay más cosas. Me ha pedido que no se lo cuente a nadie, quiere dar la noticia él mañana en la fiesta, pero te lo voy a contar porque estoy tan feliz que si no lo hago, exploto —le dijo a carcajadas.

—Vaya, qué afortunado —y la animó a que siguiera.

—Mi hermano se muda a España dentro de unos meses. Ha pedido el traslado en la empresa.

—Eso sí que es una buena noticia. Lo vas a tener cerquita, nena.

—Y... ¡¡voy a ser tía!! —le soltó dando palmas.

—Sin duda, eso supera todo lo demás.

Raúl se levantó y la abrazó. Claire le devolvió el abrazo, estaba más contenta que nunca. Estuvieron así un tiempo más que largo. Ninguno de los dos quería soltarse. Entonces, Raúl se separó un poco de ella y la miró a los ojos; estaba dispuesto a besarla en los labios, pero al ver la mirada de ella de súplica para que no lo hiciera le dio un beso en la mejilla. Al separarse, Raúl se dirigió a la barra a pedir la cuenta.

Claire le hubiera besado una y mil veces, sobre todo por la euforia que sentía, pero hubiera sido un error hacerlo y tampoco quería hacerle daño ni darle a entender lo que no era, o ella no quería aceptar. Cuando volvió hizo como si nada hubiera ocurrido.

—Enhorabuena, *tita*. Los niños traen la alegría a la vida de los adultos —le dijo entonces sonriéndole.

—Gracias, Raúl. Estoy eufórica —le dijo devolviéndole la sonrisa.

Durante el trayecto de vuelta hablaron sobre el viaje de él. Su avión salía el domingo.

—¿Tienes ganas de irte? —le preguntó Claire.

—Sí, pero no —le contestó Raúl cabizbajo.

—¿Y eso? Llevas mucho tiempo esperando para hacerlo.

—Tengo ganas de salir y desconectar, claro que sí. Pero por otro lado...

—Por otro lado... —repitió Claire para que este terminara la frase.

—Por otro lado, no quiero separarme de ti —dijo mirándola entonces a los ojos.

—Bueno, estaré aquí cuando vuelvas, no me voy a ir a ningún sitio —le dijo ella intentando darle un toque de humor. Estaba claro que la amistad que iban forjando día a día estaba siendo importante para aliviar el dolor por la ruptura y tampoco quería estar una semana sin verlo. Pero eso no se lo iba a decir.

—Ya. Pero me he acostumbrado a ti. No hay día que no nos veamos o al menos hablemos —le dijo tocándole el pelo.

—Eso podemos seguir haciéndolo.

No hablaron más del tema del viaje. Dos días después tendría que viajar y solo les quedaba el sábado para despedirse. Ambos volvieron al trabajo aquella tarde. Raúl la tenía completa de pacientes, ya que había tenido que juntar para ese viernes citas que tenía programadas para la próxima semana. Claire organizó dos viajes para grupos del Imsero y uno de novios. A última hora, el trabajo aflojó y decidió llamar a Carmen. Tenía que abordar el tema de su padre como fuera.

—Hola, mi niña, cómo estás.

—Hola, Carmen, muy bien.

—Ya ha venido Marcos, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí. Te lo ha dicho papá...

—Ssí —le afirmó casi dudando.

—Últimamente habláis mucho, ¿no? —le intentaba sonsacar la rubia.

—Bueno, no te creas. Las últimas veces ha sido para hablar de ti.

—Ya... ¿Sabes que han arreglado sus diferencias? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Sí, cariño, tu padre me lo ha dicho, está muy contento.

—Oye, Carmen, Marcos me ha contado todo lo que ocurrió en esos años... Te lo voy a preguntar claramente y quiero que seas sincera: papá y tú, ¿tenéis alguna relación?

—Qué cosas tienes, Claire... solo somos amigos —le dijo ella nerviosa.

—¿Solo? Oye, a mí no me importaría que la tuvieseis. De hecho, me parecería fenomenal. Pero me gustaría saberlo y no seguir engañada, como siempre —le dijo Claire intentado ponerla entre las cuerdas.

—Cariño... Hace tiempo tuvimos algo, pero... se acabó. Por eso no te habíamos dicho nada —reveló Carmen al fin.

—Podrías volver a intentarlo —la animó Claire.

—No irás ahora de alcahueta, ¿no? —le preguntó divertida.

—Mañana es la fiesta, ¿quieres que vaya a recogerte? —le preguntó Claire cambiando de tema.

—No hace falta, mi vida. Tu padre me ha dicho que me recogería, como él ya sabe dónde es...

—Perfecto, entonces.

Al poco de colgar con Carmen, llegó Marcos a la agencia y los hermanos se marcharon a casa. Por la noche hicieron la lista de cosas que tenían que comprar para la fiesta y vieron una película. Marcos estuvo contándole cosas de su chica. Resultaba que también era española. Había viajado con sus amigas a Tailandia para pasar unas vacaciones; se conocieron cuando estas, perdidas, le preguntaron casualmente dónde estaba su hotel. Después de eso, coincidieron tres veces más.

—Fue un flechazo, Claire. Lo tuve claro desde que la vi.

—Qué bonito, Marcos.

La chica era asturiana y se llamaba Daniela. Tenía treinta dos años, dos menos que Marcos. Antes de volver a la península se dieron los teléfonos y mantuvieron el contacto. En alguno de los viajes de él a España se encontraron y ella también viajó a Tailandia en un par de ocasiones. Mantuvieron una relación a distancia un tiempo, pero después de que la despidieran de su trabajo decidió irse a Tailandia a vivir con él.

—Es una historia preciosa —le dijo Claire emocionada.

—Y ahora, dos años después, vamos a ser papás —terminó de decir él.

## CAPÍTULO 12: La fiesta

El sábado por la tarde, Marcos salió a comprar las cosas que les harían falta para la fiesta mientras Claire se quedaba organizando el *loft*. Al poco de salir este, tocaron al portero y Claire abrió sin preguntar pensando que su hermano se habría olvidado algo.

—Hola, nena, ¿me esperabas? —le preguntó Raúl desde la puerta.

—Pero... pensaba que era Marcos, acababa de bajar... —le dijo confundida.

—Sí, me lo he encontrado cuando salía del portal y me ha dicho que estabas aquí —le dijo cerrando la puerta—. He traído algunas cosas —dijo enseñándole las bolsas que traía en las manos.

—No hacía falta, Raúl —le dijo acercándose a él.

—Solo es un detalle.

Este empezó a sacar lo que había llevado. Una botella de Moët Chandon (la misma que le había dejado cuando se instaló), unos pastelitos de bocado, fresas con chocolate y canapés salados.

—Todo tiene buena pinta —comentó Claire observándolo.

Raúl la ayudó a terminar de organizar, la vio varias veces estirar el cuello como cuando le dio el masaje, así que, sin pensarlo, fue hacia el baño y le llenó la bañera, a la que añadió unas sales.

—Claire, date un baño, ya termino yo —le dijo Raúl mientras la observaba.

—No hace falta, ya has hecho bastante.

—Nena, no te lo estoy preguntando —le dijo cogiéndola de la mano y llevándola hacia el baño.

—Eres muy mandón, que lo sepas.

—Andaaa, si a ti te gusta.

Claire se quedó sin habla. Lo miró a los ojos y le dio un beso en la mejilla.

—Relájate y disfruta, yo termino de preparar las cosas.

Con las mismas cerró la puerta y se dirigió al tocadiscos. Esta vez puso a Elton John, vinilo que Raúl se había encargado de llevar.

Cuando salió del baño estaba como nueva. Marcos ya había llegado y ambos estaban sentados en la barra de la cocina hablando, como si fueran amigos de toda la vida. Se vistió con un bonito vestido camisero en rojo con una cinta negra que le marcaba la cintura y sus sandalias de tacón negras. Se puso un poco de color en cara y ojos y su habitual brillo de labios; para no entretenerse mucho se hizo una coleta alta.

Cuando salió de la habitación los chicos se la quedaron mirando.

—Estás preciosa, enana —le dijo su hermano besándole la cabeza.

Raúl no dijo nada, solo con la mirada que le estaba dedicando había suficiente. Marcos rompió la tensión que se respiraba entre ellos comentándole a su hermana todo lo que habían preparado y las compras que había hecho. Todo estaba genial.

—¿Qué suena? —preguntó Claire poniendo atención a la voz que salía del tocadiscos.

—Elton John. Te dije que te traería una sorpresa. Ahí la tienes.

—Me gusta. ¿Es tuyo? —dijo ella señalando la funda del disco.

—Sí. Me lo regaló mi padre hace tiempo. Pero antes de que digas nada, quiero que te lo quedes. Yo no tengo tocadiscos, a ti te viene mejor...

—Si es por eso, puedes llevártelo, Raúl —le dijo sonriendo.

Este ni le contestó, dio por zanjada la conversación mientras negaba con la cabeza.

Al poco empezaron a llegar los invitados. Primero Sam y Carlos, que saludaron a Raúl cariñosamente. Cuando Sam vio a Marcos se abalanzó sobre él, hacía mucho tiempo que no se veían y entre ellos había un cariño especial. Un poco después llegó Iván, que también abrazó cariñosamente a Marcos. Por último, llegaron Carmen y Manuel. Esta se dirigió a Marcos y ambos se fundieron en un abrazo. Aunque él no se había portado muy bien, el cariño seguía persistiendo.

Claire les presentó a Carlos y Raúl y se fijó en que su padre no dejaba de mirar a este último.

La noche fue muy animada. Todos estaban felices, no solo celebraban la nueva independencia de Claire, sino también la reconciliación de padre e hijo.

Marcos le hizo una señal a Claire, que estaba sentada al lado de Raúl y esta se dirigió hacia el dormitorio. Poco después llegó Marcos y le preguntó si daba ya la noticia. Claire lo animó y lo tranquilizó, estaba bastante nervioso.

Cuando salieron, la rubia se dirigió al congelador y sacó la botella de champán; Raúl se levantó y la ayudó a abrirla, detalle que no pasó desapercibido para ninguno de los allí presentes.

—Bueno —comenzó a decir Claire dirigiéndose hacia sus invitados y sirviéndoles champán—. Además de celebrar mi nueva independencia y la reconciliación de papá y Marcos, hay más cosas... —Todos se miraron y clavaron la vista en Raúl y en ella—. No es lo que estáis pensando, que os conozco —rio ella. Entonces le dio paso a Marcos.

—Bueno, familia. Como ha dicho Claire y supongo que ya todos sabéis, papá y yo nos hemos reconciliado —confesó mirando a su padre—. Y estoy muy feliz por ello. Pero hay dos cosas más que tenéis que saber. —Todos estaban expectantes. Raúl le cogió la mano a Claire, viendo que estaba emocionada—. La primera es que me vuelvo a vivir a España, aún no sé

exactamente si aquí o a Barcelona, tienen que decírmelo. —Empezaron todos a aplaudir y a hablar. Era una muy buena noticia.

—Eso es genial, hijo —dijo Manuel levantándose y abrazándolo.

Cuando su padre se sentó, siguió diciendo:

—Aún me queda la mejor. La familia crece. —Ninguno entendía nada. Claire lloraba de alegría y emoción cogida de la mano por Raúl. Como vio que ninguno decía nada, siguió y, dirigiéndose a su padre, le dijo—: Papá, vas a ser abuelo.

Todos se levantaron y comenzaron a felicitarlo. Manuel se abrazó a su hijo y comenzó a llorar. Era la mejor noticia que podían darle. Sam abrazó a Claire y también la felicitó.

Brindaron varias veces por el futuro papá y el nuevo miembro de la familia.

Claire se fijó en como Carmen miraba a su padre. Estaba claro que seguían sintiendo algo especial el uno por el otro, aunque nunca se hubiera fijado en ello.

A medianoche empezaron a marcharse. Los primeros, Sam y Carlos. Este tenía actividades por la mañana con el grupo de niños que entrenaba. Se despidieron de todos y le desearon a Raúl buen viaje. Iván, aún emocionado por todas las noticias buenas que habían recibido, decidió marcharse y dejar a la familia sola. Por último, Manuel y Carmen. Este le dijo al oído a su hija que le gustaba Raúl, ganándose un palmetazo en el trasero mientras negaba con la cabeza. Marcos se ofreció a acompañarlos hasta el coche y así dejaría solos, un rato, a Claire y Raúl.

—Será mejor que me vaya, mañana va a ser un día largo —dijo Raúl mientras le desabrochaba las sandalias a la rubia.

—¿Tienes ya la maleta preparada?

—Sí. Mañana como con mis padres y mi hermana para despedirme y luego me llevan al aeropuerto.

—Entonces, ya no nos vemos hasta tu regreso —le dijo ella apenada.

—Sí, pero antes de que te des cuenta estoy aquí —le dijo acariciándole el empeine.

—Quiero que me traigas un *souvenir* —le dijo ella divertida para animar la despedida.

—Vale. Te traeré algo —le dijo él mientras se levantaba del sofá—. Ha sido una noche genial. Tienes una familia fantástica.

—Sí que lo ha sido. Gracias a ti. Por todo —le contestó parándose en la puerta.

Raúl abrió y salió.

—Te avisaré cuando llegue.

—Eso espero —le contestó ella.

Se abrazaron y Raúl le dio su habitual beso en la mejilla, que duró más de costumbre.

Cuando desapareció en el ascensor, Claire cerró la puerta y se apoyó en ella. Costándole, admitió que Raúl le gustaba y todas las atenciones que él tenía con ella significaban que ella también le importaba a él. Ahora estarían una semana sin verse y daba por hecho que no iba a poder sacarlo de su cabeza.

Cuando se dirigió a la habitación para ponerse el pijama, tocaron con los nudillos a la puerta. Abrió pensando que sería Marcos, pero en su lugar encontró a Raúl, que, mirándola a los ojos, le dijo:

—Claire, tengo que hacer esto antes de irme o me voy a volver loco. Espero que tú lo desees tanto como yo... —Y antes de que ella pudiera contestar, la cogió por la cintura y la besó.

Claire no sabía cuánto tiempo habían estado besándose, pero sí tenía claro que lo que sintió al notar su boca pegada a la suya y la posesión que había sentido con su lengua no lo había vivido antes, ni siquiera con Miguel.

Cuando se separaron estaban jadeando. Estaba claro que ambos deseaban más, pero no era el lugar ni la situación idónea.

—Te veo a la vuelta, nena. Piensa en mí —le dijo Raúl sonriendo y se marchó.

Claire no sabía si de verdad había ocurrido o era efecto del alcohol. No sabía que deseara tanto esos labios hasta que los probó.

Cuando su hermano subió, ella ya estaba en la cama.

—Enana, ¿besa bien? —le dijo él con sarcasmo mientras se quitaba los zapatos.

—¿Cómo dices?

—No te hagas de nuevas. He visto salir a Raúl y llevaba la boca manchada con tu brillo de labios.

—Bueno, yo... No sé cómo hemos llegado a eso...

—Lo que yo no sé es por qué habéis tardado tanto —le dijo cortándola mientras se metía en la cama—. Se ve a leguas que a ese tío le gustas y tú no paras de buscar su mirada... aunque supongo que ya te has dado cuenta... —le dijo riéndose y haciéndole cosquillas.

—Es que solo somos amigos.

—Negar lo evidente no es sano. Te gusta y mucho —le respondió Marcos.

—Tienes razón. Joder, no sé por qué me niego a aceptarlo.

—Yo sí lo sé. Piensas que has estado ocho años con el mamón de Miguel y que ahora, en dos semanas, lo has reemplazado por otro, que tengo que decirte, es mejor en todo que él.

—Tú me dijiste que lo había sustituido. ¿Eso es lo que parece?

—Da igual lo que parezca. Lo importante es la verdad, enana.

—La verdad es que me estoy volviendo loca.

—Te sientes culpable.

—Tengo miedo, culpa, ganas..., una mezcla de todo.

—Aclárate, tienes tiempo hasta que vuelva. Pero no niegues lo evidente. Se te caen las bragas cada vez que lo ves —dijo riéndose.

—¿Desde cuándo eres psicólogo? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano? —le dijo Claire divertida.

—He ido a bastantes, creo que de algo tuvieron que servir.

—Tienes razón. Nunca he estado con nadie más. Miguel era mi mundo, mi centro...

—Y ahora tú eres el centro de Raúl. Mira, Claire, a lo mejor lo intentas y no funciona, pero si ni siquiera pones empeño en ello, entonces sí que te estás equivocando. Puede ser que Raúl sea el hombre de tu vida y, por miedo, no le abres la puerta para que entre.

Claire abrazó a su hermano. Tenía razón. Estaba asustada por los nuevos sentimientos que estaban naciendo hacia Raúl. Se merecía ser feliz o al menos intentarlo. Tenía que rehacer su vida.

—Tampoco sé que es lo que piensa él. No hemos hablado de nada.

—Podéis hablarlo a su vuelta. Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá, no te calientes la cabeza. —Conociéndola como la conocía, sabía que no iba a dejar de pensar en eso hasta que Raúl volviera y pudieran hablar—. He visto cómo te mira, eres importante, Claire.

No volvieron a hablar del tema. Al poco rato ambos se durmieron abrazados, como hacían cuando eran pequeños.

## CAPÍTULO 13: Mal augurio

El domingo, Marcos y Claire viajaron a Toledo para pasar el día con su padre. Dieron un paseo por las bonitas calles de la ciudad, comieron, rieron y hablaron del pasado y del futuro.

Cuando estaban sentados en una terraza tomando café, Claire recibió un mensaje.

Estoy en el aeropuerto. Aún no me he ido y ya te echo de menos. Respecto a anoche...

Claire le respondió rápidamente, no quería hablar del beso a través de mensajes.

Pásalo bien y ten cuidado. De lo demás hablaremos a tu vuelta. Un beso

Besos, nena

—Supongo que es Raúl —le dijo su padre cuando guardaba el móvil en su bolso.

—¿Y tú cómo sabes...?

—Pones esa mirada especial, pequeña... Hacía mucho tiempo que no te la veía.

—Papá, solo es un amigo —le replicó Claire a su padre.

—Eso, papá, solo es un amigo. Yo con mi amiga voy a tener un bebé, ¿no es fantástico? —dijo su hermano con sarcasmo.

—Qué idiotas sois, de verdad —les dijo Claire a su padre y su hermano a carcajadas—. Por cierto, papá, entre Carmen y tú, ¿qué hay?

—Amistad, hija, qué va a haber.

—Claro, Claire, la misma que la tuya con Raúl —volvió a hablar Marcos divertido.

—¿Ahora me toca a mí? —les contestó su padre—. Solo es una buena amiga que me ayudó cuando más lo necesité, nada más, no os preocupéis —les dijo a sus hijos tranquilamente.

—Lo que me preocupa es que no vayáis a más pensando que a nosotros —dijo señalándose a ella y a Marcos— nos va a molestar.

—Solo amistad, os lo prometo —volvió a repetir Manuel.

A última hora de la tarde los chicos volvieron a Madrid. Marcos viajaría al siguiente día hacia Tailandia y no volvería hasta dos meses después, junto a su chica y todas sus pertenencias para instalarse de nuevo en España.

La despedida estuvo bañada en lágrimas, como era de esperar. Tras muchos besos y abrazos, Marcos entró por la puerta de embarque. En dos meses se verían. Claire, desde el aeropuerto, se fue directa a la agencia.

—Hola, reina —le dijo Iván cuando la vio llegar—, ¿qué tal la despedida?

—Como todas. Pero pronto volverá, así que contaré los días —dijo sonriéndole a su amigo.

—¿Y con Raúl? ¿Has podido hablar?

—Me mandó dos mensajes anoche. Ya estaba en el hotel —le explicó sin querer profundizar.

—Vale. Si necesitas hablar solo tienes que decírmelo —se ofreció tocándole el hombro a la rubia.

—Lo sé. Ahora vete a tus mandados. Que hay que trabajar —le incitó ella sonriéndole.

A media mañana, Sam entró a la agencia. Quería reservar el hotel y el *spa* que Claire le había regalado para el próximo fin de semana. Carlos tenía libre y querían aprovecharlo.

—Ya está todo listo, morena —le dijo Claire entregándole a su amiga todos los *tickets* de reserva.

—Eres la mejor, neni, ¿te lo había dicho alguna vez?

—¡¡Pelota!! —le contestó riendo.

El resto de semana pasó rápido. En la agencia tenía bastante trabajo; como Raúl no estaba y Sam estaba ocupada, tampoco quedó con nadie después del cierre. Se iba a casa, leía o veía alguna película y después a la cama. Esos días, Raúl le envió fotos de los sitios a los que iba. Estaba guapísimo y se le veía feliz. El miércoles quedó con su padre para comer y por la noche con Carmen para cenar.

El jueves no se encontraba muy bien. Había pasado mala noche gracias a unas pesadillas que había ido teniendo cada vez que cerraba los ojos. Además, tenía la sensación que algo malo iba a ocurrir, pero tampoco quiso hacerle mucho caso.

—Nena, qué mala cara tienes... —dijo Iván observando a su amiga cuando llegó a última hora de la tarde.

—Lo sé. No he dormido nada esta noche... y encima tengo un mal presentimiento.

—¿Cómo que un mal presentimiento? ¿A qué te refieres?

—No sé, es una sensación.

—Seguro que son cosas tuyas... pero, por si acaso, te acompaño a casa.

—No te preocupes, seguro que tienes razón —le dijo a Iván mientras recogía sus cosas para marcharse.

—¿Nos vamos?

—Que no, de verdad. Cuando llegue, te aviso. Si estoy bien —le dijo dándole un beso en la mejilla y saliendo.

Cuando volvía a casa después del cierre entró a varias tiendas que le pillaban de camino y se compró una camisa y una falda. Ir de compras le

subía el ánimo.

Estaba llegando al *loft* cuando, en el paso de peatones, un motorista no la vio y se la llevó por delante. Las bolsas y el bolso volaron a unos cuantos metros de donde se encontraban. Al caer al suelo, Claire dio con la cabeza en la acera. La gente de los alrededores se acercó a socorrerla y llamaron a una ambulancia. Rápidamente la trasladaron al hospital.

### *Semanas después...*

La habitación estaba en silencio. Unos ligeros rayos de sol entraban por las persianas, que estaban a medio subir. Olía a rosas. Pero solo veía oscuridad. No podía moverse. El cuerpo le pesaba y un intenso dolor de cabeza la inundó cuando trató de moverse.

—¿Qué... qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —logró decir al fin con la boca seca.

—Claire, cariño, tranquila —le dijo alguien cogiéndola de la mano.

Entraron varias enfermeras y llamaron a un médico. Claire volvió a dormirse.

Oía la voz de su padre y de Marcos en susurros. Estaba confusa. Marcos estaría en Tailandia, no podía ser él. Al fin, logró abrir los ojos.

—Mi vida, tranquila. Todo ha pasado —le dijo su padre emocionado tocándole la mejilla.

—Enana, menudo susto nos has dado —le dijo Marcos besándole la frente.

—¿Qué ha pasado? ¿Tú qué haces aquí? —preguntó confusa a su hermano —. Tengo mucha sed.

Su padre le dio un poco de agua y la tranquilizó.

—Cariño, has tenido un accidente. Empezaste a cruzar un paso de peatones y un motorista te atropelló—le explicó su padre.

—Me duele mucho la cabeza —dijo Claire intentando moverse.

—No te muevas —le espetó su hermano—. Has sufrido un traumatismo craneoencefálico, tienes fisurada una costilla y un esguince en el pie derecho. Por no hablar de los moratones y arañazos que ahora adornan tu cuerpecito —le explicó su hermano cariñosamente. Claire no entendía nada.

—Suenas muy mal, debo estar horrible —dijo ella—. ¿Qué día es? ¿Cuándo has vuelto? —volvió a dirigirse a su hermano.

—Es domingo. El accidente lo tuviste el jueves de hace dos semanas. Papá me llamó para contarme lo que había pasado y cogí el primer vuelo que salió el viernes por la mañana.

Claire miraba a su alrededor sin creerse aún que le hubiera ocurrido todo eso. Sentía dolor por todo el cuerpo. Recordó el olor a rosas y las buscó por la habitación. Estaban en una mesita al lado de la cama.

—Te las ha traído Raúl. Dice que son tus favoritas —le dijo su padre sonriendo cuando se percató de a dónde miraba.

—¿Raúl? —preguntó ella confusa—. Su viaje...

—Claire, tuvimos que llamarlo. Estabas grave y no hubiera sido justo para él no enterarse de nada. Cogió el primer vuelo que salió ese viernes por la noche, cuando Carlos lo llamó para contárselo. Ha dormido aquí varias noches, no quería separarse de ti. Esta mañana cuando hemos llegado lo hemos mandado a casa a descansar.

—¿Lo habéis llamado?

—Sam lo habrá hecho. Nos ha dicho que ellos se encargaban.

Al poco rato llegaron Sam y Carlos. Cuando Sam la vio, rompió a llorar y la abrazó.

—Cuidado, morena —le dijo Claire con cara de dolor.

—Perdona. Menudo susto nos has dado. Pensaba que te perdía... —y volvió a abrazarla.

—Estoy bien, Sam —le dijo para tranquilizarla, aunque realmente le dolía hasta el alma.

—Bienvenida, Claire, me alegro de que todo haya pasado. Ahora, a recuperarse —le dijo Carlos besándola en la frente.

De repente, se abrió la puerta y aparecieron Iván y Carmen.

—Ay, reina, ¡qué susto! Me alegro tanto de que estés bien... —le dijo abalanzándose sobre ella mientras dos lágrimas le caían de los ojos.

—Tranquilo, Iván, que la vas a matar —le espetó Sam intentando separarlo de su amiga.

—Estoy bien, guapo, no te preocupes —le contestó Claire mientras este le cogía la mano.

—Tendría que haberte acompañado ese día... No me lo perdono, hermosura.

—No ha sido culpa tuya.

—Cariño, ¿cómo estás? —le preguntó Carmen poniéndose al otro lado de la cama y dándole repetidos besos en la frente y en las manos.

—Bien, Carmen, me alegro de verte.

Casi era de noche. Necesitaba descansar. Ya no solo del accidente, sino de las emociones que había sentido al ver a toda su familia allí. Estaba muy cansada y sus acompañantes se dieron cuenta. Aunque no querían separarse de ella, fueron despidiéndose poco a poco hasta que quedaron solo Marcos y ella.

—Enana, nos tenías muy preocupados —le dijo entonces su hermano agarrándole la mano.

—Lo siento. Solo recuerdo que empecé a cruzar y sentí un golpe.

—Estás hecha una mierda —le dijo sonriéndole.

—Estaré horrible. No quiero que Raúl me vea así —le dijo a su hermano sincerándose—. Ayúdame a levantarme —le pidió con cara de dolor mientras

se movía.

—No seas tonta, Claire. Ya te ha visto. —Claire se quedó callada y su hermano siguió—. Estaba muy asustado, ¿sabes? Cuando Carlos lo llamó y le explicó lo que te había pasado, casi se vuelve loco. Estaba tan lejos y no podía hacer nada por ti... Yo me sentí igual. —Claire le apretó la mano.

—Ya estoy aquí. El médico ha dicho que me recuperaré, ¿no? Ya no hay que preocuparse.

—Menos mal.

Se abrió la puerta y entró Raúl rápidamente. Se acercó a la cama y apoyó su cabeza en el hombro de ella, abrazándola. Marcos salió de la habitación sin decir nada, necesitaban estar solos.

—¡Eh! Déjame que te vea —le susurró Claire. Entonces Raúl se incorporó, tenía los ojos anegados en lágrimas—. No llores, estoy bien.

—Claire, tenía tanto miedo de perderte... Estaba muy asustado —le dijo acariciándole la mano.

—Ya estoy aquí. No me voy a ir a ningún sitio —le dijo tranquilizándolo—. Siento haberte jodido el viaje.

—Que le den al viaje. Ya lo haremos los dos juntos —le sonrió.

—Bueno... eso estaría muy bien —dijo intentando reírse, pero un pinchazo de dolor le atravesó la costilla.

—No te rías —le regañó él, preocupado—. Cuando nos despedimos me dijiste que no te irías a ningún lado y fíjate cómo estás...

Estuvieron hablando casi una hora. Le contó que estaba llegando al hotel cuando recibió la llamada de Carlos; inmediatamente recogió sus cosas y fue al aeropuerto, pero hasta la noche no salía ningún vuelo; el tiempo que tuvo que esperar se le hizo eterno. Llamó a Marcos varias veces para que le dijera cómo estaba y a su hermana para explicarle lo que había pasado y que volvía a España.

—Sara vino a verte un par de veces. Me ha dicho que te de recuerdos y que pronto te hará otra visita.

—¿Por qué te has estado quedando por la noche?—le dijo entonces Claire.

—No quería separarme de ti. Hoy también me quedo —le aclaró él.

—Claro que no... No tienes por qué quedarte, lo hará Marcos —le dijo ella.

—Claire... No voy a separarme de ti, te pongas como te pongas.

En ese momento, Marcos entró en la habitación, volvió a besar a su hermana y le sonrió a Raúl.

—Marcos, me gustaría quedarme esta noche, si no te importa —le dijo Raúl con voz suplicante.

—Como quieras, pero deberías descansar... —le recomendó Marcos.

—Ya descansaré...

—Vale, pues quédate —le contestó Marcos golpeándole la espalda.

—Yo no puedo opinar —dijo Claire cabreada.

—No —dijeron al unísono los dos.

—Tú, déjate cuidar —le dijo Marcos.

—Bueno, pues me voy, que es tarde; por la mañana vendré, ¿vale? —le dijo a su hermana.

—Aquí te espero —dijo ella con una mueca.

—Te dejo en buenas manos —respondió Marcos lanzándole una mirada a Raúl y otra a ella.

Cuando se quedaron solos, Claire le volvió a decir que no tendría que haberse quedado, que tenía que trabajar... Raúl, harto de que siguiera quejándose, se echó sobre ella y la besó. Fue un beso suave, un roce de labios que sirvió para que Claire se callara. Cuando Raúl se separó volvió a darle un pico.

—Estaba deseando hacer eso —le dijo él, triunfal.

Entró una enfermera y le cambió el bote de medicamento. Esta vez llevaba una dosis para dormir. Cuando salió de la habitación, Claire le dijo a Raúl que tenían que hablar. Él ya sabía a qué se estaba refiriendo, pero Claire tenía que descansar y no era el momento, tendrían tiempo. Al poco empezó a hacerle efecto el medicamento y se durmió.

## CAPÍTULO 14: Atenciones

Una semana después le dieron el alta. Marcos la acomodó en el sofá mientras su padre y Carmen colocaban su ropa y pertenencias en el dormitorio. La casa estaba limpia y había varios ramos de rosas repartidas por ella. Supuso que Raúl las había dejado allí para cuando volviera.

Aún tenía magulladuras por el cuerpo, pero estaba más recuperada. La gran venda que le habían puesto en la cabeza había sido sustituida por un pequeño apósito para tapar los puntos que le habían dado; la fisura de la costilla aún la tenía... Eso tardaría en quitarse, pero se había acostumbrado y sabía los movimientos que podía o no hacer; y el esguince lo tenía casi bien. Asistiría la semana siguiente a revisión y el médico le diría los avances que había obtenido.

—¿Seguro que no te quieres venir conmigo a casa, hija? —le preguntó su padre por décima vez.

—Que no, papá. Aquí estaré bien —le dijo ella tranquilizándolo.

—Pero es que sola no puedes valerte aún. Tu hermano se va mañana. ¿Quién te va a cuidar? —le espetó preocupado.

—Papá —dijo Marcos intentando ayudar a su hermana—, estará bien. Tiene a Carmen cerca y a Sam e Iván. Además, está Raúl... —dijo sonriendo.

—Me las apañaré. No os preocupéis —dijo zanjando la conversación.

Marcos volvía al día siguiente a Tailandia. Tenía que preparar varios proyectos de trabajo antes de volver a España.

Pasaron la tarde tranquilos en casa de la rubia. Le dieron cariño y arrumacos. Claire había recibido varios mensajes de sus amigos y de Raúl preguntándole cómo se encontraba. Todos habían tenido que volver al trabajo. Bastante habían dejado paradas sus obligaciones por ella.

Manuel y Carmen se marcharon, dejando a los hermanos solos.

—¿Te has dado cuenta, no? —le preguntó Claire a su hermano.

—¿De qué? ¿Papá y Carmen? —respondió este creyendo saber a qué se estaba refiriendo su hermana.

—Sí. Últimamente van y vienen juntos. Parecen pareja.

—Creo que lo son —dijo sinceramente—. Tuve una conversación con papá en el hospital cuando tuviste el accidente. Le dije que si aún sentía algo por Carmen, volviera a intentarlo. Y por lo que he podido comprobar, parece que los dos lo desean.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo habías dicho? —se quejó ella.

—Sabía que te darías cuenta. La vida es muy corta y hay que vivirla. Hay que ser valiente y lanzarse a lo que nos depare. Me dijo que tenía miedo de que Carmen lo rechazara. Así que le dije que era mejor vivir con la pena del rechazo a sobrevivir por el miedo a él.

—Qué profundo estás últimamente. Opino igual —le respondió su hermana sonriéndole.

—Pues si opinas igual, aplícate el cuento y deja de dar vueltas con Raúl, enana.

—Qué morro tienes, sabía que me saldrías por ahí —le dijo divertida.

—Me lo pones muy fácil. Déjate de miedos y lánzate —le dijo Marcos levantándose a por la medicación que Claire tenía que tomar.

—Bueno... tenemos una conversación pendiente. Aunque no sé... esta semana ha estado cuidándome y preocupándose por mí. Ni siquiera ha ido a trabajar.

—Lo sé. Olvídate del pasado y vive el presente. El futuro irá escribiéndose solo —le dijo tendiéndole las pastillas y el vaso con agua—. Tienes cara de cansada, deberías acostarte —le recomendó su hermano.

—Estoy cansadísima. Ayúdame, anda...

Marcos la ayudó a llegar al dormitorio, le puso el pijama y la arropó en la cama.

—Hoy duermo en el sofá, no quiero moverme y hacerte daño —la informó.

—No es necesario, hay sitio de sobra —dijo ella señalando la cama.

—Solo te estoy informando, cabezota —le dijo él besándole la frente—. Te dejo aquí el móvil. Descansa, enana.

Marcos cerró la puerta tras de sí. Claire agarró su móvil y le mandó un mensaje a Raúl. Le echaba de menos. No lo había visto en todo el día.

Te echo de menos.

Pensaba pasarme por el *loft*, pero es tarde. He cerrado ahora la clínica. Nos vemos mañana. Descansa.

Ya estoy en la cama.

Genial. En cuanto pueda me paso por allí, no quiero que estés sola todo el día.

Vale. Buenas noches.

Buenas noches, nena. Yo también te echo de menos.

Claire dejó su móvil en la mesita, los analgésicos le estaban haciendo efecto.

—¡Eh! Despierta —le dijo su hermano zarandeándola cariñosamente—. Tengo que irme ya, el avión sale en dos horas. —Claire hizo el gesto para levantarse, pero su hermano se lo impidió—. Es temprano, sigue durmiendo, solo quería despedirme. —Le hizo caso sin quejarse, el efecto de las pastillas la tenían adormilada y de todas formas no podía ir a ningún sitio, qué mejor que quedarse en la cama.

Se despidieron y Marcos se marchó. Claire se quedó sola por primera vez desde el accidente. La habían estado cuidando desde entonces y, aunque ahora nadie se encontraba con ella, sentía que seguían haciéndolo.

Unos días antes de que le dieran el alta, Raúl se había encargado de hacer cuatro copias de las llaves del *loft*, unas para Sam, otras para Iván, para Manuel y las últimas para Carmen; así, cuando fueran a visitarla no tendría que levantarse a abrir.

A media mañana la rubia se levantó y fue hacia la cocina. Su hermano le había dejado el desayuno preparado: zumo de naranja y pan, que solo tendría que tostar y ponerle aceite y tomate, el cual ya estaba rayado.

Al poco tocaron al timbre y entró Iván.

—Buenos días, hermosura —le dijo mientras se acercaba a ella.

—¿Qué haces aquí?

—He cerrado un momentito para venir a verte, por si necesitabas algo.

—Estoy bien —le dijo señalando su desayuno—. Marcos me lo ha dejado preparado antes de irse.

—Este chico es un encanto, va a ser un padrazo —le dijo Iván sonriéndole—. Por cierto, al mediodía vendrá Sam a comer contigo. Y esta noche, Raúl —le dijo moviendo las cejas—. Carmen me ha dicho que pasará por la tarde.

—¿Os habéis hecho un calendario de visitas o algo así? —le preguntó sorprendida.

—Algo así —le contestó riendo.

Estuvo un ratito con ella y se marchó a la agencia. Se pasó la mañana relajada en el sofá, leyendo y recibiendo algún que otro mensaje de Raúl para ver cómo se encontraba. Su padre también la llamó.

—Hola, papá.

—Cariño, ¿cómo estás? —le preguntó nada más escucharla.

—Bien, relajada, leyendo.

—Si necesitas algo dilo, cielo, Carmen puede estar allí en un momento.

—Lo sé, no te preocupes. Ya me he enterado de que habéis hecho un cuadrante de visitas —le dijo con sarcasmo.

—Claro. No te íbamos a dejar sola todo el día en tu estado...

—Cualquiera diría que estoy parturienta... —le contestó ella carcajeándose. Su padre también empezó a reírse.

—Qué cosas tienes, hija.

—Por cierto, ahora que me has nombrado a Carmen, ¿hay algo que yo deba saber?

—¿Ya empezamos, Claire? —preguntó su padre nervioso.

—Os he visto, papá. Parecéis pareja, os movéis como si estuvierais bailando.

—Ahora mismo estamos disfrutando un poquito de la vida. Como tu hermano me dijo hace unos días: «Vive el presente, que el futuro se escribirá solo».

—Me alegro, papá.

Cuando colgó siguió leyendo. Al mediodía, tal como Iván le había dicho, Sam entró al *loft* cargada de bolsas.

—¿Pero dónde vas, loca? ¿Qué traes ahí? —le dijo Claire incorporándose en el sofá.

—La comida y unas cosas que me ha encargado Raúl para esta noche —le explicó dándole un beso en la frente a su amiga.

Pasaron la comida entre risas y cotilleos. La relación de la morena con Carlos marchaba bien. Se veían prácticamente todos los días.

—Oye, Sam, te hice reserva para el finde pasado...

Su amiga sabía que se refería a la reserva de hotel y *spa* en Santander que unos días antes del accidente Claire le había contratado para ella y Carlos.

—La canceló Iván cuando tuviste el accidente. Ya iremos en otro momento, no te preocupes por eso ahora —le respondió mientras hacía los cafés después de comer.

—Idos este fin de semana —la animó la rubia.

—No me voy a ir conforme estás, Claire.

—Sam, estoy bien, es lunes, aún queda una semana. Además, están Carmen y mi padre...

—Ya veremos...

Un poco antes de irse Sam al trabajo, le dio las medicinas y la volvió a acomodar en el sofá. Además, le hizo la cama y le recogió la cocina.

Por la tarde llegó Carmen. Con ese régimen de visitas, no le daba tiempo a aburrirse. Antes de que esta se marchara le pidió que la ayudara a darse una ducha y esta, encantada, la ayudó. Ambas tenían mucha confianza con la otra. Carmen le puso un camisón en azul cielo con los tirantes bordados en color perla.

—Estás preciosa —le dijo cuando la ayudó a tumbarse en el sofá.

—Preciosa no creo, Carmen. Doy pena —le dijo la rubia.

—¡De eso nada, niña! Tú hazme caso a mí.

Carmen se marchó prometiéndole que volvería al día siguiente.

Por último, llegó Raúl. Claire no había querido reconocerlo en todo el día, pero estaba deseando que llegara la noche para verlo.

—¡Hola, nena! —le dijo mientras cerraba la puerta. Se acercó a ella nada más dejar unas bolsas en la barra de la cocina y le dio un pico que Claire no rechazó.

—Hola —le contestó ella.

Raúl se había sentado a su lado en el sofá y no le quitaba ojo de encima. Se fijó en el camisón que llevaba, que resaltaba más sus ojos verdes y su pelo rubio.

—Bueno... ¿cómo ha ido el día? —logró decir al fin.

—Entretenido, ya os habéis encargado de que sea así, ¿no? —contestó ella risueña.

—Claro. No íbamos a dejarte sola. Me hubiera gustado venir esta tarde, pero tenemos mucho trabajo después de los días que he estado ausentándome.

—No te preocupes, he estado bien atendida —le guiñó un ojo.

—Voy a preparar la cena —le dijo Raúl dándole un beso en la cabeza mientras se levantaba del sillón.

—Espera, te ayudo —dijo Claire intentando levantarse rápido con una mueca de dolor.

—De eso, nada. Ni te muevas de ahí —le contestó serio, subiéndole las piernas de nuevo al sofá.

—Pero si ya estoy bien —se quejó Claire.

—Nena, no me cabrees. Estás mejor, no bien.

—Vale, lo que tú digas —refunfuñó sacándole la lengua.

Raúl preparó la cena y se la sirvió a Claire en una bandeja para que no tuviera que levantarse del sofá. Él se sentó en el suelo frente a ella, usando la mesita auxiliar.

—Te he traído un regalo —le dijo cuando terminó de recogerlo todo. Se acercó a ella y se lo dio.

Era una cajita pequeña envuelta por un papel transparente con estrellitas blancas y grises.

—No tenías por qué. En todo caso, debería hacértelo yo por todo lo que estás haciendo por mí.

—Te prometí que te traería algo de mi viaje y aquí lo tienes. Ábrelo —la apremió.

Claire rasgó el envoltorio y abrió la cajita. En su interior se encontraba una pulserita de eslabones muy pequeños, de plata, de los que colgaban unas bolitas de colores pastel.

—Es preciosa —le dijo pasándole los dedos por encima—. ¿Me la pones? —le dijo estirando su brazo.

—Te queda genial. Sabía que te gustaría.

Raúl se tumbó a su lado en el sofá pasándole un brazo por los hombros, Claire aprovechó para apoyarse en su pecho.

—Mis padres estuvieron a verte en el hospital cuando les conté lo que había pasado —le dijo Raúl acariciándole el brazo.

—¿En serio? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—Sí. Estabas sedada, así que estuvieron un rato y se fueron.

—Vaya... eso no me lo esperaba. Ni siquiera los conozco. ¿Con la pinta que tengo no salieron corriendo? —dijo divertida.

—Sabes que eres importante para mí, así que eres importante para ellos. Y no estás tan mal. Mi padre dijo cuando te vio que ya entendía lo que me pasaba...

—¿Y qué es lo que te pasa? —le preguntó Claire intentando quitarle importancia a lo que Raúl había querido decir con esas palabras.

—Que desde que te conozco solo pienso en ti. Eres mi centro ahora mismo, Claire. Pensé morirme cuando te vi en esa cama llena de tubos y máquinas por todos sitios —se sinceró cerrando los ojos como si estuviera viéndola en ese momento.

—Raúl, yo... —Claire no sabía qué decirle. Ella también pensaba en él todo el tiempo. Pero quería ir despacio.

—No digas nada...

—Tenemos una conversación pendiente, ¿recuerdas?

—Sí. Cuando cogí el avión hacia Bélgica no pensaba en otra cosa que volver para que pudiéramos hablar sobre ello. Pero luego tuviste el accidente y mi prioridad cambió. Me gustas mucho. Pienso en ti todo el tiempo. Con solo verte me excito... y sé que a ti tampoco te paso desapercibido.

—La verdad es que no. Pero yo he salido de una relación larga hace muy poco tiempo, ya lo sabes. Necesito espacio para poder aclararme. Estoy hecha

un lío, Raúl... No quiero hacerte daño, ni hacérmelo yo. No quiero sufrir.

—Podemos intentarlo... Sé que va a funcionar.

—¿Y si no? ¿Y si no funciona?

—¿Y quién lo sabe antes de intentarlo?

—Vamos a ir despacio, ¿vale?

—Vale —afirmó él con una sonrisa.

Al fin habían podido hablar. Raúl había sido sincero en todo. Se estaba enamorando de ella. Claire, por su parte, no lo fue tanto. Le pidió espacio y tiempo para poder aclarar sus sentimientos, pero no le habló de ellos, aunque él sabía que era más que atracción lo que la rubia sentía por él.

Claire se quedó dormida apenas las pastillas le hicieron efecto. Raúl la llevó a la habitación y la acostó. Después se marchó dejándole una nota al lado de la almohada.

Nena, no sabía si quedarme o no, pero he pensado que no era lo más apropiado. Te veo pronto. Raúl

## CAPÍTULO 15: Sí, pero no

La semana pasó muy lenta para Claire, aunque estaba sola muy poco tiempo al día. Todos se estaban esforzando por hacerle compañía el mayor tiempo posible, llegando incluso a agobiarse porque no le dejaban hacer nada ni salir a la calle. El pie lo tenía mucho mejor, ya no necesitaba la muleta que le habían dado en el hospital, y los moratones iban desapareciendo poco a poco, los más grandes tenían ya color amarillento. La costilla aún se resentía, pero Raúl le había dicho que era normal, el hueso tenía que unir solo y el proceso era más lento.

El fin de semana, Sam y Carlos aprovecharon el *spa* y el hotel que Claire les había regalado. Al final los había podido convencer para que se marcharan, pues ella estaría acompañada.

El viernes por la noche viajaron Carmen, Claire y Raúl a Toledo. Se quedarían con su padre hasta el domingo por la mañana.

Claire tenía mucho mejor aspecto y su padre se tranquilizó cuando la vio llegar. Estuvieron hablando con Marcos a través de Skype y conocieron a Daniela. Por lo poco que habían podido hablar con ella, se la veía enamorada de su hermano. Además, ya se le notaba la barriguita de embarazada.

El domingo, Raúl y Claire volvieron a Madrid, pues habían quedado para comer con los padres de él. Sara, Jaime y Helena también estarían allí, «y menos mal», pensó Claire, pues al menos los conocía a ellos.

Cuando llegaron a su casa, Claire estaba muy nerviosa; quería causarles buena impresión, aunque ellos ya la habían visto cuando la visitaron en el

hospital.

—Tranquila, no te van a morder —le dijo Raúl cogiéndola de la mano con una sonrisa cuando se bajaron del coche.

Helena fue la primera en salir al escuchar el coche. Echó a correr hacia ellos nada más verlos. Fue directa a por su tío y este la cogió en brazos, dándole besos y haciéndole cosquillas. Cuando terminó de saludar a Raúl se giró y miró a Claire tendiéndole los brazos.

—Cariño, Claire no te puede aunar ahora, esta malita, ¿recuerdas? —le dijo Raúl a la niña.

—Sííí —dijo ella—. Hola, Claire, ¿puedo darte besitos? —le preguntó la niña con una sonrisa.

—Claro, cielo —le contestó sonriéndole y se acercó para que pudiera dárselos.

Desde la puerta, los padres de Raúl y Sara los observaban y cuchicheaban. Estos y la niña caminaron hacia la puerta. Raúl le dio un beso a sus padres y les presentó a Claire.

—Bienvenida, bonita —le dijo Alma, la madre de Raúl, abrazándola.

—Encantado de conocerte, Claire, mi hijo nos ha hablado mucho de ti —le dijo después Adrián, su padre.

Claire y Sara se saludaron las últimas. Mientras los demás preparaban la mesa, Sara le enseñó la casa a Claire. Se trataba de un chalet de dos plantas con un gran jardín en el que se encontraba otra casa contigua, la de Raúl, tal como él le había explicado.

Los nervios con los que Claire había llegado fueron disipándose, pues todos fueron muy amables con ella. Además, la presencia de la niña hacía que casi todo se enfocara en ella.

—Tienes muy buen aspecto —le dijo Alma a Claire mientras terminaban de comer el estofado de carne que había preparado.

—Bueno, por lo que me ha dicho Raúl, estuvisteis en el hospital. He mejorado mi aspecto desde entonces —le dijo riéndose cuando se le marcó la mueca de dolor en la cara y se echó mano a la costilla.

—Cuidado, nena —le dijo Raúl al darse cuenta de su cara.

—Gracias por haber ido, aunque no os pude atender —le dijo Claire con una pequeña sonrisa.

—Lo importante es que ya estás casi recuperada, hermosa —puntualizó Adrián entonces.

Mientras estos hablaban, Raúl y Sara recogieron la mesa y sirvieron el postre.

—Eres importante para mi hijo, lo sabes, ¿verdad? —le dijo Alma a la rubia.

—Sí. Y él lo es para mí. Somos muy buenos amigos —le contestó esta.

—Tendrías que haberlo visto cuando lo recogí en el aeropuerto para llevarlo al hospital. Pensé que le daba algo... —comentó Adrián divertido.

—Pues sí, estaba asustado —dijo Raúl apareciendo detrás de ellos con una tarta helada en las manos—. Sois unos chismosos, ¿lo sabíais? —se rio.

Todos empezaron a bromear. Cuando acabaron el postre, Claire estaba un poco cansada, las pastillas que seguía tomando eran fuertes y la dejaban *KO*. Jaime, sentado frente a ella, se dio cuenta y se ofreció acompañarla al dormitorio de invitados para que pudiera tumbarse en la cama, pero Claire prefirió quedarse en el sofá. La niña se tumbó con la cabeza apoyada en sus piernas y se quedó dormida.

—¿Estás bien? —preguntó Raúl tocándole la mejilla cariñosamente minutos después.

—Sí. No te preocupes.

—Cuando quieras nos vamos.

—Un ratito más —dijo tocando el pelo de la pequeña.

—Perfecto, nena —le dijo Raúl besándole la cabeza.

—No puedo creerme que, de aquí a unos meses, mi hermano vaya a tener un bebé.

—Créetelo cielo.

Ese «cielo» y la forma en la que Raúl la miraba eran cómo un bálsamo para ella. Nunca había estado con nadie que le hablara con tanto amor y le dedicara todo el tiempo que podía. Seguía intentando hacerse creer que eran amigos, pero muy en el fondo sabía que sentía mucho más que cariño. Debería haberle quedado claro con los besos que se daban, las miradas que se regalaban, las palabras cariñosas o su simple compañía, pero así era ella. Lo tenía todo calculado y no dejaba nada al azar. Cuando decidiera el momento idóneo para dar un paso adelante en la relación, lo haría. Mientras tanto... seguiría engañándose a sí misma, pues a ojos de los demás, los jóvenes eran pareja.

Tras despedirse de todos y prometerles que volvería a visitarles, se marcharon. Durante el trayecto de vuelta, Raúl la notó demasiado callada.

—Un centavo por tus pensamientos —dijo él sonriéndole y sacándola de su ensimismamiento.

—¿Ahora eres cinéfilo? —preguntó ella devolviéndole la sonrisa.

—Qué te pasa por la cabeza, nena, estás muy callada.

—Solo pensaba en el fin de semana. Le caes muy bien a mi padre, ¿sabes?

—¿Sí? Me alegro. Tú también le caes muy bien a mi familia. Y tienes a Helena comiendo de tu mano.

—Es una niña increíble —le comentó recordando lo pendiente que había estado de ella durante todo el día—. No me has enseñado tu casa —le dijo de pronto Claire.

—Con que eso es lo que te preocupa, ¿no? —le comentó quitándole importancia—. Pensé que no era buen momento estando de visita en casa de

mis padres.

—Pero si están juntas... comparten jardín.

—Sí. Pero cuando te lleve allí será porque quiero que te quedes más tiempo y no solo una visita rápida —le dijo él, picarón.

—¡No sabes tú nada, bribón!

En la cama, Claire pensaba en los días tan geniales que habían pasado juntos. No terminaba de creerse que eso le estuviera sucediendo a ella. Siempre había estado con hombres independientes, y en cierto modo, ella se había ido adaptando y acostumbrándose a serlo también.

Estar cerca de Raúl le hacía sentirse segura, tranquila y feliz. Y con ese pensamiento llegaron las dudas y los miedos. No quería perder su independencia y seguridad, pero tampoco quería perderlo a él.

—Qué pasa, rubia, ¿qué tal el finde? —le contestó Sam cuando descolgó el teléfono.

—Bien...

—Eso no me ha sonado muy positivo. ¿Te encuentras mal? Si quieres me acerco a tu casa —le dijo Sam preocupada.

—No, me encuentro perfectamente, no te preocupes...

—Vale. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Estoy asustada.

—¿Asustada? Oye, sé clara, me estás preocupando Claire...

—Asustada, confundida, yo qué sé —le dijo exasperada.

—A ver, tranquilízate. Estás confundida con Raúl, ¿no?

—Eso es. Estoy hecha un lío —dijo casi sollozando.

—¿Te ha dicho algo?

—No. Soy yo.

—Vale, estás asustada porque te gusta y no sabes cómo digerirlo, ¿es eso?

—No es solo que me guste. Joder, somos amigos.

—Déjate de ese rollo de amigos, Claire, no te lo crees ni tú.

—Nos conocemos desde hace poco...

—¿Desde cuándo el tiempo es importante? No te encasilles en unos números.

—Pero... Llevaba mucho con Miguel y de pronto llega Raúl y deseo estar con él, pasar tiempo con él, hablar con él a todas horas.

—No veo el problema, Claire. Disfruta de ello.

—Pero es que lo siento como una necesidad. Y no quiero crear una dependencia. Siento que si empezamos algo y no funciona, lo voy a pasar fatal. Además, solo hace un mes que lo conozco y que da la casualidad de que lo dejé con Miguel.

—Eso ya lo has dicho. Estás poniendo a Miguel de excusa. ¿Desde cuándo está establecido el tiempo que hay que esperar desde que se termina una relación hasta que se empieza la siguiente?

—Sé que tienes razón, pero ya me conoces...

—Te conozco y por eso te lo digo. El amor hacia alguien se puede acabar pronto y surgir más pronto todavía. Solo tienes que disfrutar, te lo he dicho muchas veces. Estás pensando en el fin antes del comienzo. No pienses y haz caso de tus sentimientos. El pasado no lo puedes cambiar, Miguel siempre va a estar en tu recuerdo, pero no dejes que te condicione el presente.

—Eso necesitaba oír. Hoy he conocido a sus padres.

—Eso, de despacio no tiene mucho, ¿no? —le dijo con guasa.

—Me visitaron en el hospital cuando estaba medio muerta. Qué menos que me conozcan viva —bromeó.

—Eso no lo digas ni en broma, pava —le regañó.

—Y tú con Carlos, ¿qué tal el finde romántico? —preguntó para cambiar de tema.

—Maravillosamente bien. Estamos muy a gusto el uno con el otro, qué te voy a decir —dijo dando un suspiro.

Cuando Claire colgó estaba más tranquila, pero aunque su amiga tenía razón, el miedo no iba a poder quitárselo tan fácilmente.

## **CAPÍTULO 16:** Cerrar puertas para abrir ventanas

Completamente recuperada, Claire volvió a hacer vida normal y, aunque no echaba de menos no poder hacer nada, sí las visitas que continuamente había tenido en casa.

Era junio y quedaban unas semanas para que Marcos se instalara de nuevo en Madrid, donde finalmente lo habían destinado. Sam y Carlos seguían entregados el uno al otro. Carmen y Manuel habían empezado a verse más a menudo, aunque ninguno afirmaba o desmentía nada. Iván seguía con Jon, su cubano bailarín que le estaba enseñando a bailar salsa. Y Claire y Raúl seguían viéndose continuamente.

—Hola, Claire, me alegro de que hayas venido —le dijo Sara a la rubia cuando le abrió la puerta de la clínica.

—Hola, Sara, gracias por hacerme un hueco —le contestó mientras se dirigía a su despacho—. Desde el accidente tengo el cuello regular. Tu hermano me ha estado tratando, pero como ahora no está... necesitaba a alguien de confianza.

—Has hecho bien. A ver, túmbate.

Raúl llevaba cuatro días fuera de Madrid. Había tenido que viajar a Barcelona para asistir a unas jornadas de osteopatía, así que sin decirle nada para que no se preocupara, había ido a la clínica de su hermana.

Cuando terminaron, Sara no quiso cobrarle la consulta.

—Eres de la familia —le dijo a Claire cuando esta insistió.

—Bueno... como quieras. Pero te invito a un café.

—¿Qué tal con mi hermano? —le preguntó Sara mientras se sentaban en la cafetería que había al lado de la clínica.

—Bien. Nos estamos conociendo y es un encanto...

—¿Pero? —insistió Sara.

—Pero me da vértigo. Cuando estamos juntos, el mundo desaparece. Está pendiente de mí, me cuida... Pero apenas nos separamos empiezo a pensar... y me da miedo.

—Creo que conozco a mi hermano lo suficiente para saber que no te va a poner entre las cuerdas para que elijas si quieres estar con él o no.

—Le pedí espacio y tiempo y me lo ha dado. Pero solo han pasado dos meses y medio desde que mi ex y yo lo dejamos...

—Te entiendo y no quiero meterme, pero si me aceptas un consejo...

—Adelante —la animó Claire a que siguiera hablando mientras cogía su taza de *cappuccino*.

—Si no cierras antes la herida que tienes abierta, no vas a poder dejar entrar a nadie de nuevo. Te lo digo por experiencia.

—Pero ese no es el caso. Creo que mis sentimientos hacia Miguel cambiaron en el momento en que supe la verdad. Me di cuenta de que lo que había sentido hasta entonces ya no era lo mismo que sentía en ese momento. Estaba tan acostumbrada a eso que no concebía otra cosa. Pero con Raúl es diferente. Siento cosas por él que no creo haber sentido por mi ex.

—¿Estás segura de eso? Quiero decir, si te encontraras ahora a Miguel con su nueva pareja, ¿no sentirías celos?

—Creo que... creo que no.

—Crees...

—No lo he visto, así que no podría asegurarlo. Creo que... ¿crees que debería ver a Miguel?

—Eso tienes que decidirlo tú. Pero para ser justa con Raúl, antes tienes que ser justa contigo misma. Cuando piensas en mi hermano también piensas en Miguel. Si te liberas de ese pensamiento negativo que tienes hacia ti misma pensando que has tardado muy poco en enamorarte de otro hombre cuando estabas perdidamente enamorada del anterior, seguro que podrás ser feliz con mi hermano.

Las palabras de Sara la hicieron recapacitar. Probablemente tenía razón y lo mejor era quedar con Miguel. No se habían vuelto a ver desde el día que lo había visto con su amante. A lo mejor necesitaba ver lo que sentía al tenerlo de nuevo delante, olerlo y tocarlo. Lo único que tenía claro era que, en esos dos meses, no lo había echado de menos. Al principio notó su ausencia, pero conforme fue viendo la relación con cierta distancia se había dado cuenta de que, realmente, sus últimos años no eran de amor. Solo habían sido compañeros de cama.

—¡Hola, nene! —respondió apenas vio que era Raúl el que la llamaba.

—¿Cómo va el día, cielo?

—Muy bien. Ya camino de casa —le contestó omitiéndole la visita a la clínica que acababa de hacer—. ¿Cuándo vuelves?

—Mañana por la tarde. ¿Me paso a recogerte después?

—Pues no sé...

Raúl la notó un poco rara. No hacía mucho tiempo que se conocían, pero el justo para saber cuándo no se encontraba bien, cuándo le preocupaba algo o cuándo estaba mintiendo.

—¿Hay algo que no me estés contando, nena? ¿Ha ocurrido algo?

—No... ¿Por qué lo dices? —intentó disimular ella.

—Porque te conozco y sé cuándo mientes —le dijo riéndose él.

—Cosas tuyas, Raúl. Oye, tengo que colgar, mañana hablamos. —Y colgó dejándolo con la palabra en la boca.

Se había puesto tan nerviosa al recordar que estaba pensando llamar a Miguel y no saber la reacción de Raúl, que le cortó de malas maneras. Raúl volvió a llamarla, pero ella no le cogió el teléfono; necesitaba tranquilizarse antes de hablar con él porque si no, volvería a meter la pata. Minutos después le mandó un mensaje.

Nena ¿he hecho algo mal?... Oye, lo siento. Dime que estás bien.

Claire leyó el mensaje y se derrumbó. Justo lo que no quería que ocurriera estaba pasando. Raúl estaba sufriendo por algo que ni siquiera había ocurrido aún.

—Dime, morena —dijo al descolgar.

—Se puede saber qué te pasa, Claire —le espetó Sam.

—Nada, ¿por?

—¿Nada? Me ha llamado Raúl preocupado porque le has colgado y no le coges sus llamadas ni contestas sus mensajes.

—Genial. Un mensaje, Sam —le corrigió Claire tranquila.

—No seas tonta. ¿Por qué estás enfadada?, ¿qué te ha dicho para que te comportes así?

—No es eso. Él no ha dicho nada, soy yo.

—Pues podrías decirle que eres una idiota y que él no tiene la culpa, ¿sabes? Ese tío se ha estado preocupando por ti dos meses y no se merece que ahora lo trates así.

—Oye Sam, también podrías ponerte de mi parte. Hablaré con él. Adiós. — Y también le colgó a su amiga.

Sabía que no se estaba comportando bien. Había colgado el teléfono a dos de las personas que más quería. Arrepentida, les mandó un mensaje; ya los llamaría al día siguiente cuando dejara de fustigarse y aclarara lo que iba a hacer respecto a Miguel.

Le escribió a Raúl:

Perdona, soy una idiota. No ha sido tu culpa. Mañana hablamos.

Terminó de escribirle a su amiga:

Perdóname, Sam, soy una petarda. He pensado llamar a Miguel y aclararme antes de hacerle daño a Raúl.

¿Qué pinta Miguel ahora aquí? ¿Sigues enamorada de él?  
Necesito asegurarme. Mañana hablamos.

Raúl no le respondió a su mensaje y pensó que se lo tenía merecido. Sam tampoco le dijo nada más. Era tarde, así que se acostó.

Estaba sentado en una terraza dándole el sol de frente, el pelo lo tenía más largo que la última vez que lo vio y la barba también le había crecido. Iba vestido informal, con unos vaqueros y una camiseta de manga corta blanca. Claire lo observaba de lejos mientras se acercaba. No había sentido nada al verlo allí, tranquilo, mientras trasteaba su móvil. Eso le dio seguridad. Estaba comprobando si seguía teniendo sentimientos hacia él o por el contrario (deseando que así fuese), no.

—Hola —le dijo acercándosele por la derecha.

Al escucharla, se puso inmediatamente de pie.

—Hola, Claire —le contestó mientras la observaba de arriba abajo. Se había puesto un vestido floreado con unas sandalias de tacón.

Ambos se sentaron y se mantuvieron en silencio hasta que el camarero se marchó.

—Bueno... te veo muy bien. ¿Cómo estás? —le preguntó Miguel para romper el silencio.

—Bien. No puedo quejarme. ¿Y tú?

—Bien también.

Ambos volvieron a quedarse en silencio.

—Oye, ¿por qué me has llamado?, no creo que sea para saber cómo estoy —dijo él nervioso.

—La verdad es que no. Necesitaba volver a verte, pero no te imagines cosas que no son —dijo al ver la cara de sorpresa que este puso al escuchar sus

palabras.

—Tú dirás.

—He conocido a alguien y tenía que comprobar que mis sentimientos hacia a ti ya no son los mismos. Siento haberte llamado y haberte hecho venir hasta aquí —le dijo levantándose de la silla para marcharse.

—Claire —la agarró Miguel del brazo—. Rehaz tu vida. Haz caso a mi carta.

Claire asintió con la cabeza, sonriendo le dio un beso en la mejilla y se marchó. Mientras se alejaba llamó a Raúl, pero este no le cogió el teléfono.

Ahora estaba segura de que sus sentimientos hacia Miguel ya no eran los mismos. Al reencontrarse solo había sentido cariño hacia él. No había rastro del amor de otros tiempos. Tampoco estaba enfadada, sino agradecida de que su ex hubiera sido valiente en su momento y la hubiera dejado antes de que hubiese sido peor; con un matrimonio o niños de por medio nada hubiera sido tan fácil.

Volvió a llamar a Raúl, pero seguía sin cogerle el teléfono. Seguramente estaría enfadado y con razón. Había vuelto de Barcelona, la había estado llamando y no le había cogido el móvil. Solo le mandaba mensajes de texto. Tampoco se habían visto. Claire no quería decirle que había quedado con su ex hasta no estar segura de sus sentimientos. Ahora que los tenía claros, esperaba no tener que arrepentirse de sus decisiones. Viendo que Raúl seguía sin contestarle le mandó un mensaje:

Necesito verte. Tenemos que hablar. Perdóname.

Pero tampoco recibió respuesta. Le mandó otro:  
Soy una idiota. Solo quería asegurarme de algo antes de estar contigo.

Y otro:  
Oye no es para tanto, podrías contestarme, ¡exagerado!

Le mandó siete mensajes más pidiéndole perdón y diciéndole que tenían que hablar, pero tampoco recibió respuesta. Por muy cabreado que estuviese

con ella, no era muy normal que no le hubiese contestado a ningún mensaje, por lo que decidió llamar a su amiga, por si tenía alguna noticia de él a través de Carlos.

—Ahora sí me llamas —le dijo Sam seria.

—Perdóname, Sam, por favor.

—¿Exactamente, por qué tengo que perdonarte? ¿Por haberme colgado el teléfono, por querer meter al idiota de Miguel de nuevo en tu vida o por arruinársela a Raúl cuando solo se preocupa por ti? —espetó cabreada.

—Por todo eso. Solo quería estar segura de que no siento nada por Miguel antes de empezar con Raúl. Por eso quería verlo, para asegurarme... Perdóname, por favor —le suplicó Claire.

—¿Lo has visto?

—Sí —respondió sabiendo a quién se refería—. Y no siento nada por él. Ahora estoy segura.

—Me alegra saberlo —dijo Sam con una sonrisa en la boca—. Y perdóname tú también. Debería de haberte apoyado en vez de ponerme del lado de Raúl...

—No pasa nada. Oye, ¿sabes algo de él? No me coge el teléfono ni me contesta los mensajes.

—No. Me llamó ayer porque tú seguías sin cogerle el teléfono. Está enfadado, no entiende qué te pasa.

—Joder. Lo he estropeado todo —dijo Claire preocupada.

—Sigue insistiendo. Le importas demasiado. Te está haciendo sufrir.

Cuando colgaron, Claire estaba más tranquila. Su amiga tenía razón, había sido una idiota y ahora estaba recibiendo lo que se merecía. Siguió insistiendo con las llamadas, pero como seguía sin recibir respuesta, se presentó en la clínica. Era sábado y debía estar abierta.

—Hola, Sara, ¿está tu hermano? —le preguntó cuando esta le abrió la puerta.

—Pasa, si quieres puedo atenderte yo. ¿Te encuentras mal otra vez? —le respondió Sara sin contestarle a su pregunta. Raúl la había visto acercarse por la ventana y le había dicho a su hermana que la atendiera ella, que él no quería verla... todavía.

—No, estoy bien, solo quería hablar con él. ¿Le puedes decir que he venido?

—Claro, hablaré con él, no te preocupes. Oye, ¿has arreglado lo que estuvimos hablando?

—Sí. Está todo claro —dijo Claire con una sonrisa mientras salía por la puerta. Sabía que Raúl se encontraba dentro. Sentía su magnetismo cerca, la atracción sexual que había estado presente desde la primera vez que se vieron.

Esa tarde, Raúl tampoco había dado señales de vida, por lo que Claire decidió dejarle tiempo.

Por la noche, le volvió a mandar un mensaje:  
Me reafirmo en que soy una estúpida. Ahora estoy segura de que tú eres mi centro. Te necesito. Llámame, por favor. Perdóname, nene.

Estaba segura de que tampoco iba a recibir respuesta, pero tenía que intentarlo. Al momento tocaron al timbre, Claire abrió y se encontró con los ojos color miel que tanto anhelaba.

—Raúl... —dijo sorprendida.

—¿Puedo pasar?

—Claro... —le invitó con la mano a que entrara—. Te acabo de mandar un mensaje...

—Ya —le dijo enseñándole el móvil que llevaba en la mano.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó ella mientras se acercaba a la cocina.

Estaba loca por tirarse a sus brazos y darle todos los besos que se había ido reprimiendo, pero antes tenían que hablar.

—Vino estaría bien —le dijo Raúl más tranquilo.

Cuando sirvió las copas, se sentaron en el sofá. Raúl se bebió la suya casi de un trago.

—Perdóname, por favor —le dijo Claire.

—Exactamente, ¿por qué tendría que perdonarte, Claire?

«Vaya, ni *cielo*, ni *nena*», pensó.

—Por colgarte, no cogerte las llamadas y no contestarte los mensajes.

—Y por mentir. Me has mentado. No me gusta que me mientan —le espetó.

—Categoricamente, no te he mentado...

—Me voy —dijo él levantándose del sofá. No estaba tan cabreado como quería hacerle parecer a Claire, pero estaba seguro de que comportándose así, ella reaccionaría.

—Está bien. Por mentirte también —se apresuró a decir Claire.

—Mira, Claire, he sido muy claro contigo desde el principio. Sabía que tú salías de una relación y te prometí ir despacio. Eres la mujer más increíble que he conocido nunca, divertida, risueña, inteligente, independiente y preciosa, pero las mentiras no las soporto; ya me mintieron en el pasado y no voy a volver a permitirlo.

—Lo sé. Hablé con tu hermana y me abrió los ojos. Para empezar una relación tenía que haber cerrado la anterior, pero necesitaba comprobarlo. Tú me conoces, me caliento la cabeza por todo y si no lo comprobaba no iba a estar tranquila —dijo cogiéndole la mano.

—Has quedado con él —afirmó sabiendo la respuesta.

—Sí.

—¿Y bien?

—Te lo he dicho en los mil mensajes que te he enviado. No he sentido nada al verlo, solo pensaba en ti el rato que estuvimos juntos. Eres mi centro, Raúl; créeme, por favor.

—Necesitaba escuchártelo, nena —le dijo él mientras se acercaba a ella en el sofá.

—Y darme una lección —añadió Claire besándole la mano.

—No vuelvas a mentirme, puedes contarme cualquier cosa. Confía en mí.

—Lo sé. Lo siento... Estuve en la clínica la otra tarde y Sara me trató el cuello... —se sinceró ella.

—Lo sé, me lo ha dicho. También que estuvisteis hablando...

—Sí. ¿Estamos bien?

—Estamos bien, nena —le dijo mientras la atraía hacia sus brazos y la besaba.

## CAPÍTULO 17: Caricias

Pensaba que había sido un sueño, pero escuchó ruido en la cocina y volvió a la realidad. Había pasado la noche con Raúl. En realidad, él había pasado la noche con ella. Estaban en su *loft*. Se habían estado besando durante horas y habían hecho el amor durante otras tantas. Recordaba las manos suaves que habían estado recorriéndole la piel, la lengua vivaz que había besado todos los rincones de su cuerpo, su perfume, la pasión que desprendía cuando estaba excitado, la rudeza de sus movimientos cuando ella le había pedido más...

—Buenos días, nena —le dijo Raúl desde la puerta del dormitorio con dos tazas de café en la mano. Realmente era un adonis, tal como Iván le había dicho hacía meses—. ¿Te gustan las vistas? —preguntó él mientras se dirigía a la cama, viendo como ella lo miraba.

—Me gustan tus bóxers —le dijo ella sonriendo—. Buenos días —le contestó mientras le daba un beso en los labios y cogía su taza.

—A mí me gustas tú. ¿Estás bien? —le preguntó Raúl mientras le echaba el brazo por los hombros y empezaba a acariciarle la mejilla.

—Sí —dijo una Claire sonriente.

Ambos se quedaron callados un rato hasta que Claire empezó a reírse sola.

—¿Qué te ocurre?

—Nuestro concepto de ir despacio ha tomado una nueva dimensión —dijo ella haciendo que Raúl también empezara a reírse.

—Somos lo peor. Aunque deseaba tanto que ocurriera que lo repetiría una y mil veces.

—¿Ah, sí? —le dijo Claire mientras le quitaba la taza de la mano y la ponía encima de la mesita.

—Sí, contigo siempre, preciosa.

Claire se subió a horcajadas encima de él y empezó a besarle por el cuello mientras Raúl le manoseaba con una mano el trasero y con la otra el pecho.

—Me encantas, nena —le dijo él al oído.

Claire siguió dándole besos por el pecho, atrapando un pezón entre sus dientes. Siguió bajando mientras la temperatura de ambos iba subiendo. Cuando se dirigía a los calzoncillos, Raúl la cogió tumbándola en la cama y poniéndose él encima.

Este comenzó a morderle la oreja y a recorrerle el cuerpo con besos.

—Me estás poniendo enferma —le susurró Claire al oído.

—Pues yo te veo buenísima, cielo —le contestó él riéndose.

Volvieron a hacer el amor. Claire estaba encantada y fascinada por la forma en la que él la trataba, buscando siempre su placer.

Ese domingo no salieron del *loft*, habían estado varios días sin verse y con el cabreo de ambos necesitaban estar tranquilos. Cocinaron, escucharon música y, sobre todo, hablaron. Claire le expuso sus temores de hacia dónde les llevaría la relación que habían comenzado. Raúl era como un bálsamo para ella; centrándose sobre todo en el presente y sin ver más allá del día en el que se encontraban, prometieron disfrutar de lo que estaban viviendo y dejar los miedos fuera.

—¡Marcos! ¿Cómo estáis? —preguntó Claire a su hermano cuando este la llamó mientras con señas le decía a Raúl que se mantuviera callado.

—Hola, enana; muy bien, ¿y tú?

—Genial —dijo casi riéndose por las cosquillas que Raúl estaba intentando hacerle.

—¿Oye, te ocurre algo? ¿Te he pillado en mal momento? —dijo divertido Marcos al darse cuenta que su hermana no estaba sola.

—Nooo, tú cuéntame. ¿Cómo está Daniela? —dijo dándole un manotazo a Raúl.

—Preciosa, es la embarazada más guapa que he visto nunca.

—Tengo ganas de veros.

—Ya queda menos, enana. Oye... creo que te llamo otro día, no quiero molestar —le dijo su hermano riéndose al escuchar las risas que oía al otro lado de la línea.

—¡Pero Marcos! Yo quería hablar contigo...

—Hola, Marcos, soy Raúl —le dijo este al quitarle a Claire el teléfono de la mano—. Oye, hoy tengo a tu hermana para mí solo todo el día así que mañana te llama ella, si no te importa.

—Para nada, me parece muy bien. Hazle unas cuantas cosquillas de mi parte, seguro que se las merece —le contestó carcajeándose.

—Eso está hecho. Nos vemos. —Y colgó.

—Me parece increíble que le hayas mostrado a mi hermano que estás aquí conmigo, me hayas quitado el teléfono y no hayas dejado que hable con él —dijo cruzándose de brazos y poniéndose seria.

—Nena, hoy te quiero solo para mí. Mañana podrás hablar con él —le dijo atrayéndola a sus brazos.

—Pero solo era un momento... —contestó casi en un susurro.

—Voy a ser bueno y le voy a hacer caso a tu hermano. Me ha pedido que te haga unas cuantas cosquillas de su parte —le dijo riéndose mientras la agarraba de las muñecas y la tumbaba en el sofá.

—¡No te atreverás! —se quejó mientras negaba con la cabeza.

—Claro que sí, por quién me tomas... —Y ya no paró. Se colocó encima de ella y empezó a hacerle cosquillas.

Estuvieron riéndose un buen rato hasta que Raúl paró para que Claire se calmara. Desde pequeña había tenido muchas cosquillas y eran su punto débil.

A medianoche se despidieron, Raúl volvía a su casa aunque Claire le había insistido para que se quedara a dormir.

—Créeme, me quedaría con los ojos cerrados... —le dijo abriendo la puerta.

—Pues hazlo —le dijo ella tirándole del brazo hacia el interior del salón.

La situación era muy graciosa. Claire no llegaba al metro sesenta y Raúl estaba en el metro ochenta. Por mucha fuerza que esta hiciera no lograría moverlo de su sitio si él no ponía de su parte.

—Nena... —le dijo sujetándole las manos—. Es mejor que no me quede. Ir despacio, ¿recuerdas? —le dijo sonriéndole.

—Vale... tienes razón. Te pido eso y soy la primera que no lo cumple —le dijo negando con la cabeza.

—Piensa en mí—le dijo Raúl susurrándole al oído y dándole un par de besos en la boca antes de marcharse.

—Hola, papá —contestó Claire a su padre.

—Hola, cariño. ¿Estás sola? —preguntó intrigado Manuel cuando su hija le cogió el teléfono.

—Claro. Has hablado con Marcos, ¿no? No tiene remedio...

—Ya lo conoces...

—Sí, Raúl ya se ha ido. ¿Qué te ha contado exactamente el cotilla de tu hijo? —le preguntó ella riendo.

—Pues... no mucho. Que te ha llamado, no parabas de reírte y finalmente Raúl te ha quitado el teléfono y le ha dicho a tu hermano que hoy te tenía

para él solo.

—Dios... es lo peor.

—Pero es verdad, ¿no?

—Sí, para qué negarlo.

Ambos empezaron a reír. Claire nunca había tenido problema en contarle a su padre nada sobre su intimidad, tenían la confianza suficiente para eso.

—Me alegro de que seas feliz, cariño.

—Gracias, papá.

Claire había notado a su padre un poco indeciso, sabía que quería contarle algo, pero no se animaba a hacerlo, así que ella prosiguió...

—¿Solo me has llamado para eso?

—En realidad, no... Me preguntaba si querías cenar mañana por la noche con Carmen y conmigo. Raúl también puede venir, no hay problema —soltó quitándose un peso de encima.

—¿En plan parejitas?

—Algo así...

—Claro, no hay nada que me apetezca más. ¿Nos vemos en el restaurante de siempre a las nueve?

—Perfecto.

Cuando Claire colgó sabía que, si su padre y Carmen habían querido quedar con ella, era para contarle algo importante, y no se imaginaba otra cosa que no fuera hacer oficial su relación. Inmediatamente, le escribió un mensaje a Raúl diciéndole lo de la cena.

Me ha llamado mi padre, quiere que cene con él y con Carmen mañana;  
¿te apuntas?

Si quieres que vaya, iré, nena.

Claro que quiero. Además, mi padre ya se ha enterado de que has estado  
todo el día conmigo...

Tu hermano es muy cotilla, ¿no?

Eso pienso yo... Me ha dicho que también vinieras.

Vale. ¿A qué hora hemos quedado?

A las 21:00

Perfecto. Buenas noches, nene.

Te recojo a las 20:15. ¿Va bien?

Buenas noches, cielo

## CAPÍTULO 18: Parejitas

—¡Odio los lunes! —le dijo Iván a Claire cuando esta traspasaba el umbral de la agencia con dos cafés para llevar en las manos.

—¿Qué te ha pasado ahora? —preguntó la rubia mientras le tendía a Iván su vaso y dejaba el bolso en su mesa.

—Pues me pasa que ayer me despedí de Jon como cada domingo y hasta el miércoles, como pronto, no podremos vernos —le dijo este triste.

—Mira el lado bueno, os pillaréis con más deseo cuando os reencontréis —le sonrió.

—Eso dice él. Pero es que me gusta tanto...

—No te calientes la cabeza... Por más que lo hagas, el tiempo no va a pasar más deprisa.

—Mira quién fue a hablar... —dijo Iván con un mohín.

Jon, el cubano bailarín que tenía loquito a Iván, trabajaba de lunes a miércoles en un bar de copas de Alicante y de jueves a domingo en un club de salsa en Madrid. Semana tras semana, se despedían y reencontraban con la misma pena y la misma ilusión.

—Te veo bastante animada. ¿Has tenido revuelo entre las sábanas este fin de semana? —preguntó Iván cambiando de tema y chinchándole a su amiga.

—Pues sí. Y tal como dijiste, es un adonis.

—¡¡Serás perraca!! ¡Y te lo tenías tan callado!

—No quería restregártelo... —le dijo ella riéndose.

—Me troncho contigo. Pero cuenta algo... ¿es salvaje? —preguntó con curiosidad.

—Tú sí que eres salvaje, Iván. Es igual de bueno en la cama que tu Jon bailando salsa —le afirmó ella encantada.

—Entonces sí que tiene que ser bueno. ¡Qué pena que no le gusten los hombres, qué desperdicio más grande!

Ambos comenzaron a reírse de las ocurrencias que tenían. Esa mañana, Iván se quedó en la agencia con Claire. Estuvieron concertando algunas excursiones y llamando a algunos hoteles para informarse de promociones que luego pudieran recomendar a sus clientes. Estaban tan liados que no salieron a comer, pidieron a domicilio y allí mismo se la llevaron.

Tras el cierre, se despidieron y Claire llamó a Marcos mientras se dirigía al *loft*.

—¿Se te ha acabado la risa, enana? —le dijo con guasa su hermano.

—Que gracioso eres, ¿no? Además de un cotilla.

—Me alegro de que al fin te hayas decidido a dejar entrar a Raúl.

—Sí. He despejado mi cabecita y creo que he tomado una buena decisión.

Realmente, Marcos se alegraba por su hermana. Los últimos tiempos con Miguel no habían sido muy agradables y aunque él hubiese estado lejos, cuando hablaba con ella no notaba su sonrisa ni su alegría. Ahora todo había cambiado y se merecía ser feliz.

Terminaron la conversación cuando Claire abrió la puerta de su piso. Tenía menos de una hora para ducharse y arreglarse, así que puso un disco de Sam Smith y se metió en la ducha. Cuarenta minutos después estaba lista para salir. Se había decantado por unos pantalones blancos de pitillo que le llegaban por el tobillo, una blusa azul cielo y unas sandalias de tacón marrones con unas tiras azules.

Cuando bajó, Raúl ya la estaba esperando apoyado en su coche. Llevaba unos vaqueros rasgados de pitillo con unas zapatillas Adidas y un polo de la misma marca. Nada más verla aparecer se le puso una sonrisa en los labios que ya no borraría hasta que se despidieran, o eso creía él.

—Nena, estás preciosa —dijo dándole un beso en los labios.

—Tú también estás muy guapo —respondió ella agarrándole la mano—. Mi padre y Carmen quieren contarme algo, por eso me han citado— le dijo Claire mientras se dirigían al restaurante en el que habían quedado. Se trataba de un mexicano del que su padre era amigo del dueño y del que tenían muy buenos recuerdos. Siempre que querían celebrar algo iban allí.

—¿Qué crees que será? —le preguntó Raúl.

—Que están liados —dijo riéndose—. O por lo menos, lo deseo —le dijo mientras le apoyaba la mano en su pierna.

—Veremos... aunque no sé qué me da que vamos a tener que hablar de nosotros primero...

—Al menos, ya te conocen y les caes bien. No te preocupes...

Cuando llegaron, los otros ya estaban esperándolos en la puerta. Desde lejos se les veía felices. Quien no los conociera pensaría que eran un matrimonio bien avenido.

Claire se fundió en un abrazo con su padre mientras Carmen y Raúl se saludaban cariñosamente. Cuando acabaron los saludos entraron.

Les dio la bienvenida una camarera jovencita que los llevó hasta la mesa que tenían reservada. Cuando iban a sentarse, Raúl vio que, al fondo, sentada en otra mesa, una chica lo saludaba efusivamente con la mano en alto. Este se quedó mirándola con cara de incredulidad.

—Creo que alguien te conoce, nene —le dijo Claire viendo que él no reaccionaba.

—Ahora vuelvo, perdonad —dijo este mientras se dirigía al fondo del salón.

Mientras se sentaban a la mesa, Claire se fijó en el comportamiento de Raúl con la otra chica. Parecían conocerse de hacía mucho tiempo. Ella apoyaba su mano en el brazo de él. Pero él no tardó demasiado en apartársela. Se le notaba tenso con la situación.

—Claire, ¿me estás escuchando? —volvió a repetir Manuel dirigiendo la mirada en la dirección en la que su hija estaba inmersa.

—¿Qué decías? —le contestó ella apartando la mirada de los del fondo.

—Que qué te apetece que pidamos... y no te preocupes, seguro que es una amiga —le sonrió.

—No sé, ¿nachos, burritos y jalapeños? —devolviéndole la sonrisa.

—Perdonad, ya estoy aquí —dijo Raúl mientras se sentaba al lado de Claire.

—Le estábamos preguntando a Claire que qué os apetece cenar, ¿tienes alguna preferencia? —dijo Carmen mirando al joven.

—Lo que decidáis estará bien, no tengo mucho apetito... —dijo serio.

—¿Estás bien? —le preguntó Claire agarrándolo de la mano.

—Sí, no pasa nada —le contestó apartando la mano que ella le había agarrado.

La cena fue tranquila, aunque Raúl solo participó cuando se dirigían directamente a él. Cuando les sirvieron el postre, Manuel agarró la mano de Carmen y les anunció a los jóvenes que habían iniciado la relación que habían dejado anclada en el pasado. Seguían teniendo los mismos sentimientos y ahora que ninguno de los dos tenía responsabilidades, habían decidido continuar donde lo habían dejado.

—Me alegro muchísimo —les dijo Claire sonriente dándole un abrazo a cada uno de ellos.

Cuando salieron del restaurante, las dos parejas se despidieron.

Mientras Raúl llevaba al *loft* a Claire, esta aprovechó para saber qué le ocurría.

—Nene, estás muy callado, ¿seguro que estás bien? Si quieres contármelo...

—Sí, Claire, no preguntes más —le dijo serio.

—Vale, perdóname por preocuparme por ti —le contestó ella mirando por la ventanilla.

—Lo siento, nena. No quería hablarte así... —le dijo él arrepintiéndose de sus formas.

—Da igual.

—Ha ido bien la noche, ¿no? Al final tenías razón, era eso lo que querían contarte —le dijo Raúl intentando darle conversación y cambiar de tema.

—Sí. Me alegro mucho. Los dos se merecen ser felices por fin.

Carmen había perdido a su marido en un accidente de tráfico cuando llevaban casados cuatro años. Sus ilusiones murieron con él. Cuando María, la madre de Claire, murió, empezó a ayudar a Manuel con ella, así que la niña le sirvió de incentivo para salir adelante.

—¿Quién era la chica a la que has saludado? —preguntó Claire tras el silencio que se había vuelto a instalar entre los dos—. Era muy mona.

—Nadie importante.

—Parecía que os conocíais muy bien —comentó Claire.

—¿A dónde quieres llegar con esto, nena? —le dijo él poniéndose nervioso.

—Solo tenía curiosidad. Desde que la has visto has estado callado... y serio.

—Cosas tuyas, estoy bien.

Claire dio por zanjada la conversación. Él no le iba a decir nada y viendo la reacción que estaba teniendo, prefería enterarse por otros medios.

Cuando llegaron al portal, Claire fue a bajarse del coche, pero Raúl la agarró de la muñeca.

—Eh, ¿no te vas a despedir? —le dijo acariciándole la cara.

—¿No quieres subir? —preguntó con la esperanza de que dijera que sí.

—Es tarde. Otro día.

Claire no le insistió, lo conocía y sabía que no le había sentado bien ver a aquella muchacha. Se despidieron y bajó.

Ya tumbada en la cama, seguía dándole vueltas al asunto. Estaba segura de que Raúl había cambiado su actitud al verla. Pensó en preguntarle a Sam, lo mismo a través de Carlos podía dar con quién era.

## CAPÍTULO 19: Se avecina tormenta

El martes a media mañana, Claire llamó a su amiga mientras tomaba un café.

—Hola, morena. ¿Cómo vas?

—Hola, Claire, ahora liada en la pelu. ¿Pasa algo?

—¿Quedaste ayer con Carlos? —preguntó Claire con la esperanza de que dijera que sí.

—No, lo veré esta tarde. ¿Por?

Claire le contó a su amiga la reacción que había tenido Raúl al ver a la chica en el restaurante.

—Seguro que es una amiga... —le dijo Sam para tranquilizarla.

—Me lo habría dicho, ¿no? Da igual. Era por si Carlos te había comentado algo...

—Cuando lo vea intentaré sonsacarle, no te preocupes. Ahora tengo que dejarte, que como siga dejando a la señora con el tinte puesto se le va a quedar el pelo verde...

La jornada laboral acabó y Claire se marchó a casa. Había pensado salir un rato a correr por el Retiro, así que nada más llegar se cambió de ropa y volvió a salir. Mientras bajaba las escaleras del edificio decidió llamar a Raúl. No habían hablado en todo el día y era algo inusual en ellos. Tras varios toques colgó, ya que este no contestó.

Una hora después, Claire volvía a casa. No había salido a correr desde antes del accidente y estaba cansada. Empezó a sonarle el teléfono, era Raúl.

—¡Eh! Hola.

—Hola, nena. Acabo de ver que me has llamado... Estaba en el trabajo y lo tenía en silencio.

—Era para saber cómo llevabas el día, como no hemos hablado...

—Ya, ha sido un día intenso —le dijo con voz cansada.

—Pues te iba a decir que si te apetecía quedábamos, pero... no te veo con muchos ánimos —le dijo sonriendo.

—No muchos... pensaba salir a correr, pero no tengo ni ganas —le contestó—. Tu día, ¿cómo ha ido?

—Parece que mejor que el tuyo. Estoy llegando a casa, yo sí he salido a correr.

Finalmente, no quedaron esa noche, Raúl parecía cansado y sin muchos ánimos de quedar con ella.

El miércoles, Claire atendió en la agencia a un grupo de estudiantes de instituto que estaban preparando su viaje de estudios. Les ofreció varias opciones y les dejó de plazo una semana para que se decidieran por el destino que prefirieran.

Al mediodía quedó con su padre para comer, pero esta vez fueron a casa de ella. Su padre le contó que era muy feliz con Carmen. Además, había estado hablando con Marcos y Daniela y les estaba buscando casa, ya que en unas semanas volverían a la ciudad. Se despidieron pronto, pues Manuel quería pasarse por casa de Carmen antes de volver a Toledo.

Como aún quedaba una hora para abrir la agencia, Claire se dirigió a la clínica de Sara y Raúl para darle una sorpresa a este.

—Hola, Claire, pasa —le dijo Sara cuando le abrió la puerta—. ¿Cómo estás? ¿Necesitas algo? —preguntó mientras se dirigían a su despacho.

—Estoy bien, solo que tengo una hora antes de abrir y he decidido pasarme a veros.

—Qué bien, si quieres tomamos un café. Estoy sola, Raúl había quedado con alguien para comer, pero hasta que llegue el siguiente paciente tengo tiempo.

—Vale, pensaba que estaría aquí, no me ha comentado nada. Pero tu compañía también es buena —le contestó Claire con una sonrisa.

Ambas tomaron un café rápido y luego Claire se marchó pidiéndole a Sara que no le dijera nada a Raúl. Por el camino lo llamó, pero tampoco le cogió el teléfono en ese momento.

Era la hora del cierre y no había recibido respuesta. No sabía nada de Raúl desde la noche anterior, así que empezó a preocuparse; no era normal en él no haberse puesto en contacto con ella. Empezó a sonarle el móvil y, sin mirar a ver quién llamaba, descolgó pensando que sería Raúl.

—¿Dónde estás? Te he llamado dos veces —dijo preocupada.

—Pues llegando a casa de Carlos. ¿Me has llamado? No tenía ninguna llamada perdida...

—Sam, perdona, pensaba que era Raúl —dijo apenada.

—¿Le pasa algo? Te noto preocupada.

—Pues no lo sé. Desde anoche no he hablado con él; lo he estado llamando, pero no se pone en contacto conmigo. También he estado en la clínica, pero me ha dicho su hermana que había quedado a comer con alguien...

—Ya estoy en la puerta de Carlos. Ahora hablo con él por si sabe dónde está y te llamo. No te preocupes, rubia.

Claire se dirigía a casa cuando volvió a llamarla Sam.

—Dice que ha hablado con él esta tarde y estaba normal.

—Genial. O sea, que mis llamadas sí las ha visto —dijo Claire cabreada.

—Supongo...

—¿Sabe Carlos algo de la chica que te comenté?

—Dice que Raúl no le ha contado nada, pero por la descripción que me diste, dice que puede ser su ex.

—Esto sigue mejorando... —dijo Claire tirando el bolso al suelo tras cerrar la puerta del *loft*.

—¿Quieres que siga?

—Sí. No quiero hacer el ridículo...

—Es la que se enrolló con su amigo el mismo día que Raúl le pidió matrimonio.

—Pues no entiendo nada. De eso hace unos cuatro años. ¿Qué debo entender?, ¿qué sigue enamorado de ella?

—No lo sé, rubia, tendrás que hablar con él y que se explique. Lo mismo la chica tampoco es quien creemos... No te precipites...

—Eso intento, pero si no me coge el teléfono... a ver qué hago.

Tras despedirse, Claire se metió en la ducha, necesitaba relajarse. Cuando acabó, se hizo unas verduras a la plancha y se dispuso a cenar. Volvió a llamar a Raúl y, cuando pensaba que ya no le iba a coger el teléfono, descolgó.

—Hola, nena, iba a llamarte ahora —dijo Raúl apresuradamente.

—Seguro que sí —le contestó ella—. Llevo todo el día llamándote, Raúl, estaba preocupada.

—Lo siento, nena, tengo mucho trabajo y llevo todo el día sin mirar el móvil.

—Amm... seguro que no has salido ni a comer —le dijo Claire sabiendo que le estaba mintiendo.

—Exacto. Todo el día encerrado en la clínica.

—Mira, Raúl, si vas a seguir mintiendo, cuelgo. No tengo necesidad de esto... —le espetó subiendo el tono de voz.

—Claire, ¿qué pasa?, es verdad que tengo mucho trabajo...

No lo dejó terminar; con las mismas, Claire colgó. Ya había vivido eso antes con Miguel y no iba a permitir que la volvieran a engañar y mucho menos alguien con el que no mantenía ni una relación seria. Se conocían hacía unos meses y se gustaban, pero se habían pedido ir despacio y lo habían cumplido con bastantes excepciones.

Al momento, Raúl la llamó.

—¿Me puedes decir qué te pasa, Claire? Y no vuelvas a colgarme —le dijo serio.

—Pues tú no vuelvas a mentirme.

Hubo un silencio entre los dos. Solo se escuchaban las respiraciones que, poco a poco, fueron suavizándose.

—¿Podemos vernos y hablamos? —preguntó Raúl, ya tranquilo.

—Cuándo y dónde.

—Mañana para comer. Me paso por la agencia.

—Está bien.

—No quiero que nos peleemos, nena —le dijo apenado.

—Ni yo. Pero tú una vez me pediste que fuera sincera. Ahora te lo pido yo.

Cuando se despidieron, Claire cenó, leyó un poco en la cama y se durmió.

Las horas se hicieron eternas hasta que Raúl apareció en la puerta de la agencia. No se habían visto hacía tres días, pero las ojeras que se dibujaban por debajo de sus ojos color miel y la barba más larga de lo normal le indicaron a Claire que llevaba varios días sin descansar.

—Hola, nena —se acercó Raúl a la mesa de Claire cuando esta terminaba de recoger sus cosas.

—Hola —le dijo ella sonriendo mientras Raúl la abrazaba por detrás y aspiraba su aroma.

—Te he echado de menos —le dijo mientras la giraba entre sus brazos y le acariciaba los mechones de pelo que le caían por los hombros.

—No me mires así, Raúl —le dijo ella mientras le daba un suave beso en los labios—. Estoy enfadada.

—Lo sé.

Fueron directos al *loft* de Claire; querían hablar tranquilamente y que nadie los interrumpiera. Raúl había comprado comida china de camino a la agencia, así no tendrían que cocinar.

Durante el trayecto solo hablaron de trabajo. Era cierto que Raúl estaba teniendo mucho trabajo. Las vacaciones se acercaban y la gente quería estar bien para poder disfrutar de ellas.

—Perdona por no cogerte el teléfono, nena —le dijo Raúl cuando ya estaban sentados en la barra de la cocina—. Estaba enfadado y no quería hablar con nadie. Sabía que si te lo cogía lo iba a pagar contigo y... no te lo cogí.

—¿Y por qué estabas enfadado, concretamente...?

—Has hablado con Sam, ya sabes lo que es —le contestó Raúl serio.

—Prefiero que me lo cuentes tú...

—La chica que vimos en el mexicano cuando fuimos a cenar con tu padre y Carmen era mi ex. Ya te conté que la pillé con un amigo en mi coche la noche que le pedí matrimonio. —Mientras Claire afirmaba con la cabeza, Raúl siguió hablando—. No la había visto desde entonces. Por eso me quedé perplejo cuando la vi. Las últimas noticias que me habían llegado de ella eran que se había ido a Nueva York poco después. No sabía que había vuelto a España...

—¿No es la misma que tenía miedo a volar?

—Parece que solo lo tenía conmigo... —dijo mirando hacia su regazo.

—¿De qué hablasteis?

—Me dijo que se alegraba de verme y que a ver si quedábamos para ponernos al día. Pero le contesté que no me interesaba, que no teníamos nada

de qué hablar.

—Por eso estabas tan serio durante la cena...

—Eso es.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Pensaba que no la volvería a ver más. Para qué remover el pasado...

—Pero sí la has visto, por lo que sobrentiendo.

—Desde el lunes no deja de llamarme. Le he dicho que no quiero saber nada de ella, que lo nuestro terminó... pero vino a buscarme a la clínica ayer.

—Y fuiste a comer con ella, ¿no? —le preguntó Claire sabiendo la respuesta.

—¿Cómo lo sabes?

—Veo que tu hermana guarda bien los secretos. —Al ver la cara de incredulidad de Raúl, Claire se explicó—. Ayer me acerqué a la clínica después de comer con mi padre, quería darte una sorpresa, pero tú no estabas. Sara me dijo que habías quedado con alguien para comer, nos tomamos un café y antes de marcharme le pedí que no te dijera nada.

—Vino a buscarme y tuve que ir con ella a comer o no se marcharía de allí.

—Obligado, ¿no?

—No la conoces. Siempre consigue lo que quiere. Es una caprichosa. Como en el restaurante le dije que no quería saber nada de ella, ahora no parará de insistir hasta que me consiga; una vez esto, se olvidará de nuevo y seguirá con su vida.

—Ya. —Claire se levantó y empezó a recoger los restos de comida que habían quedado.

—Tienes que creerme, Claire. A mí lo único que me interesa de ella es que vuelva por donde ha venido.

—Raúl, tú y yo no tenemos nada serio. Si quieres algo con ella solo tienes que decírmelo, pero no me mientas, es lo único que te pido —le dijo poco

convencida.

—Yo solo te quiero a ti, nena —le dijo agarrándola de la muñeca y sentándola en sus piernas.

—No quiero volver a sufrir, por ti no... No podría —le contestó Claire mientras lo besaba.

La atracción entre ambos seguía intacta. Mientras Raúl le mordisqueaba la oreja, Claire le desabrochó el cinturón. Empezaron a desnudarse poco a poco hasta que Raúl, poniéndose en pie, la cogió en brazos y se dirigió al dormitorio. Claire, por su parte, enroscó sus piernas en la cintura de él y le tiró de los mechones de pelo que le caían por la frente.

Hicieron el amor y se dieron una ducha juntos. Aún tenían tiempo antes de volver a sus respectivos trabajos, por lo que se tumbaron en la cama abrazados. Ninguno de los dos habló hasta que Claire le preguntó qué habían charlado durante la comida, él y su ex.

—De nada y de todo. Blanca quería saber si estaba con alguien.

—¿De ella no habló?

—Sí. Es una egocéntrica. Siempre habla de ella. Ha vuelto a España para una temporada, después volverá a Nueva York.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó Claire.

—Le dije que había conocido a alguien. No le conté mucho de ti, a ella no le importa.

—¿Debo preocuparme?

—Quiere que nos acostemos —soltó sin más.

—¿Cómo? —preguntó sentándose en la cama.

—Me dijo que quería pasárselo bien conmigo... como en los viejos tiempos. Pero no tienes que preocuparte, le dejé claro que eso no iba a pasar.

—Entonces, sí debo preocuparme —le afirmó Claire.

—Yo solo me acuesto contigo, nena. Hoy no me ha llamado, así que supongo que entendió lo que le dije.

—Eso espero.

Antes de las cinco volvieron cada uno a sus respectivos trabajos. Raúl, contento por haberle contado la verdad a Claire, y esta un poco preocupada; sabía que Blanca, la ex de Raúl, les iba a dar problemas.

A media tarde, Sam llamó a Claire para interesarse por la relación de sus amigos.

—¿Has hablado ya con él? —preguntó Sam yendo al grano.

—Sí. Hemos comido juntos.

—¿Era su ex?

—Sí. Y nos va a dar problemas, seguro. Le ha propuesto a Raúl sexo para recordar los viejos tiempos, la muy tiparraca —le dijo Claire cabreada.

—Pero Raúl le ha dicho que está contigo, ¿no?

—Claro. Pero a ella se ve que le da igual. Ha estado llamándolo y yendo a la clínica...

—Seguro que se aburre de esperarlo... si no, ya veremos qué hacemos tú y yo, rubia.

—Miedo me das, Sam.

—Miedo tendría que darle a ella —dijo la morena riéndose.

Media hora antes de cerrar, llegó Iván a la agencia.

—Hola, hermosura. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien, esta tarde han venido dos matrimonios a traer los papeles que les pediste, te los he dejado en tu mesa.

—Genial. He visto a Raúl hace un momento, me ha dicho que vendría a recogerte, que lo esperes aquí.

—Estupendo.

—Iba con una chica muy mona.

—¿Alta, delgada, morena?

—Sí. ¿La conoces? No me la ha presentado, pero se la veía un poco disgustada.

—Creo que sé quién puede ser.

—Bueno, yo me tengo que ir, que me ha llamado Jon para vernos —dijo Iván con una sonrisa tonta en los labios.

—Vale, ya cierro yo, que lo paséis bien.

Efectivamente, tal como Iván le había dicho, Raúl estaba esperándola en la calle. Claire echó el cierre y, cuando se dirigía hacia la esquina donde el chico se encontraba, vio que no estaba solo. Se le veía discutiendo con una chica, y, tal como había imaginado, era Blanca, su ex.

La rubia, ni corta ni perezosa, se dirigió hacia ellos con paso firme y cuando estaba acercándose a su altura, llamó a Raúl y se lanzó a sus brazos de un salto, dándole un gran beso en los labios mientras enroscaba sus piernas en la cintura de él.

—Yo también me alegro de verte, nena —le dijo Raúl con ella aún en brazos y una sonrisa en los labios.

—Te he echado de menos —le contestó Claire inocentemente.

Una vez Raúl la dejó en el suelo, Claire vio la cara de rabia que Blanca tenía y, con su mejor sonrisa, se dirigió a ella:

—Hola, soy Claire, la novia de Raúl —le dijo tendiéndole la mano—. Cariño, cuando quieras nos vamos a casa, necesito un masaje de esos ricos tuyos —dirigiéndose esta vez a Raúl y dejando con la palabra en la boca a Blanca.

—Sí, vámonos, no tenemos nada que hacer aquí —le contestó él lanzándole una mirada divertida a Blanca.

La pareja se dio la vuelta y cuando habían dado unos pasos, Raúl se giró y le dijo a Blanca:

—Espero que con eso tengas suficiente, olvídame.

## CAPÍTULO 20: Culebrón hispano

—Buenos días, nena —le susurró Raúl a Claire en el oído.

—Buenos días. ¿Te he dicho que me encanta despertarme a tu lado? —le preguntó ella con una sonrisa tonta.

—Creo que no... —le replicó haciéndose el interesante.

Después de dejar plantada en mitad de la calle a Blanca se marcharon al *loft* de Claire, cenaron y Raúl se quedó a pasar la noche con ella.

—Gracias por lo de ayer por la tarde —le dijo Raúl mientras hacía el café para ambos.

—No sé a qué te refieres...

—Sí lo sabes. Espero que le quedara claro que ya no soy el de antes y que ahora estoy contigo...

—Si no le ha quedado claro, haré que lo entienda —le dijo Claire con una sonrisa.

—¡Y ahí está la leona! —exclamó Raúl divertido.

—¡Defendiendo lo que es suyo! —exclamó esta vez Claire.

—¿Soy tuyo? —preguntó con un susurro Raúl mientras se le acercaba por detrás.

—Por supuesto. No voy a dejar que esa bicha se acerque a ti —le contestó haciéndole un mohín.

—¿Prometido?

—Prometido —afirmó Claire con una sonrisa.

—Este fin de semana es el cumpleaños de mi madre. Vamos a hacer una fiesta en casa y quiero que me acompañes.

—Genial. ¿Mañana o el domingo?

—Mañana por la tarde. Haremos barbacoa, llévate bañador —le dijo Raúl con una sonrisa pícaro.

Claire acompañó a Raúl a la puerta de la clínica esa mañana. Se despidieron y cuando ella iba en dirección a la agencia, se cruzó con Sara.

—¿Cómo tú por aquí? —preguntó dándole un cariñoso abrazo.

—He acompañado a tu hermano hasta la clínica y ya voy de vuelta a la agencia.

—¿Te ha invitado a la fiesta de cumpleaños?

—Sí. Mañana por la tarde.

—Vendrás, ¿no?

—Claro.

La mañana marchaba tranquila. Ya era viernes, quedaban unas horas para el fin de semana y, por lo pronto, lo pasaría con Raúl. Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando entró una chica a la agencia.

—Buenos días —la saludó Claire mientras esta cerraba la puerta.

—Hola —le contestó con una sonrisa tímida.

—¿En qué puedo ayudarte? —le dijo mientras la invitaba a sentarse. Su cara le había sonado, pero no sabía exactamente de qué.

—Quiero hacer un viaje a París, he estado mirando hoteles y demás, pero es un lío. Así que recurro a ti. Me han dicho que eres muy buena organizando viajes...

—Bueno... gracias. Veremos qué puedo hacer.

La chica era muy simpática. Tendría más o menos la edad de Claire, pelo castaño ondulado y unos grandes ojos. Estuvieron hablando casi una hora en la que Claire tuvo en cuenta las visitas obligatorias que la chica quería hacer

en la capital francesa, le recomendó restaurantes, hoteles y museos. Además, las fechas que le había dado coincidían con el concierto de Bruno Mars en la ciudad, así que aprovecharían para verlo.

—Me has dicho que sois dos, ¿no?

—Eso es. Mi chico y yo.

—Necesito que me traigas todos estos datos para la reserva de billetes de avión y hotel.

—Lo he traído todo.

—¿En serio?

—Sí —le contestó con una sonrisa—. Teníamos claro que eras buena en esto.

—¿Teníamos? No nos conocemos, ¿no?

—Nosotras no, pero mi chico sí te conoce. Me ha hablado genial de ti.

Claire unió cabos, la chica le sonaba porque era la misma que había visto salir con Miguel de su bufete unos meses antes.

—¿Miguel? —preguntó Claire.

—Eso es. Espero que no te moleste que haya venido hasta ti para esto. Él me insistió para que no viniera, pero me ha hablado tanto de lo buena que eres en esto que no quería que otro se encargara de organizarlo.

—No pasa nada. Es mi trabajo.

—Sí, pero... si la situación es incómoda para ti, me marcho.

—Qué va. Si hubieses venido hace unos meses, lo mismo te habría tirado algo a la cabeza —le dijo riendo—. Pero ahora mismo estoy feliz y a Miguel no le guardo ningún rencor.

—Me alegra escuchar eso. Y siento por lo que has pasado. Sé que te dejé por mí...

—Y aunque al principio me dolió, creo que nuestra historia no era para siempre... —concluyó Claire. No le dolía, pero tampoco necesitaba el

regodeo de la otra.

Antes de que la chica se marchase, Claire le dio recuerdos para Miguel y les deseó lo mejor.

Minutos después, Sam entraba a la agencia.

—Acabo de cruzarme con una chica que me suena —le dijo mientras se sentaba enfrente de Claire.

—Es la novia de Miguel —le contestó Claire esperando su reacción.

—¿Y qué leches hacía aquí?

—Los tortolitos se van a París de viaje y ha venido para que yo le haga las reservas.

—No jorobes. ¿La has mandado a la porra?

—No. Primero, porque estoy trabajando y si Iván se entera de que he perdido unas reservas, me mata. Y segundo, me da igual lo que Miguel haga con su vida. Se ve una buena chica y es muy simpática. Hemos hablado un poco de lo que ocurrió y me ha pedido disculpas.

—¿Miguel la ha mandado aquí?

—Me ha dicho que él no quería que viniese, pero le había hablado tan bien de mi trabajo que ella no quería que otro se encargase.

—Esto parece un culebrón —dijo Sam divertida.

—Pues espérate a que te cuente lo que hice ayer delante de Blanquita.

Mientras las amigas se dirigían al restaurante más cercano a comer, Claire le relató el espectáculo que dio en la calle la tarde anterior para dejarle claro a Blanca que Raúl era su chico ahora y no tenía nada que hacer.

—Me dejas loca.

—Loca de rabia estaría ella, que parecía que iba a evolucionar de un momento a otro.

—Entonces se supone que le habrá quedado claro.

—No sé. Raúl dice que es muy cabezona y que siempre consigue lo que quiere. Seguro que continúa insistiendo —dijo Claire seria.

—¿Habéis quedado este fin de semana?

—Mañana es el cumpleaños de su madre. Van a hacer barbacoa y me ha invitado. Así que luego, cuando cierre, me acercaré a comprarle un regalo.

—Algo me ha comentado Carlos. Es muy amigo de la familia y también está invitado; me ha pedido que vaya con él, pero me da vergüenza.

—Pero si yo voy a estar allí, va a ser genial, tienes que venir. Además, tienen piscina, llévate bañador.

—Y qué le compro yo, si ni siquiera conozco a esa señora...

—Déjame a mí —le dijo a su amiga con una gran sonrisa.

El sábado por la mañana, Claire madrugó y salió a correr, quería aprovechar bien el día hasta que Raúl la recogiese para ir al cumpleaños.

Estuvo trotando alrededor de una hora y media. Cuando volvió a casa, se duchó y volvió a salir, esta vez hacia la perfumería más cercana. Había pensado comprarle a Alma un perfume para que Sam se lo regalara, ya que al final la tarde anterior no había mirado nada. Cuando estuvo en su casa la primera vez se fijó en los frascos que tenía en el baño, así que le compraría uno de aquellos, así no fallaría. Finalmente, se decantó por el 212 de Carolina Herrera.

Una vez hecho esto, caminó hacia la agencia de viajes.

—Hola, hermosura, ¿cómo tú por aquí? —preguntó Iván cuando la vio entrar.

—Hola, guapo. Necesito que me eches una mano.

—A ver, suelta por esa boquita.

Ambos se sentaron y Claire le explicó que era el cumpleaños de la madre de Raúl y había pensado regalarle un viaje al matrimonio. Por lo que Raúl le había contado, hacía bastante tiempo que no viajaban los dos solos.

—¿Dentro o fuera de España? —preguntó Iván valorando opciones.

—No sé. Espera y llamo a Raúl —dijo mientras buscaba su número en la agenda del móvil.

Al segundo toque lo cogió.

—Dime, preciosa.

—Una pregunta. ¿A tus padres les gustaría viajar al extranjero o por España?

—Pues... las dos cosas, siempre han viajado mucho...

—Y... ¿qué tipo de viaje?: turístico, playa, montaña...

—Turístico. Pero oye, ¿esto a qué viene...? —preguntó Raúl intrigado.

—Ya te enterarás más tarde. Gracias, nene. Luego te veo. ¡Otra cosa! ¿Tienes regalo para tu madre?

—Pensaba comprarle algo cuando salga de la clínica.

—Olvídalo. Ya tenemos regalo. Luego te explico. ¡Adiós!

Iván no dejaba de mirar a su amiga. Una vez colgó siguió hablándole a Iván.

—Resuelto. Les gusta hacer turismo y les da igual que sea dentro o fuera de España.

—Vale, pero... ahí tenemos muchas posibilidades.

—Sí. Pero he pensado en Italia. El padre de Raúl me dijo que le gustaba la arquitectura. Es un país fascinante, su gastronomía es genial, la moda una pasada y tiene miles de cosas para visitar. ¿Qué te parece la Toscana?

—Joder, Claire, sí eres buena en esto. ¿Cuándo dices que me voy? —le dijo su amigo riéndose.

—¡Qué tonto! ¿Es buena idea?

—¡¡Es genial!! Me quiero ir hasta yo.

Una hora después, Claire salía de la agencia con los billetes de avión y las reservas de hotel hechas. Como aún era pronto, decidió hacerle una visita a

Carmen, que llevaba toda la semana sin hablar con ella.

—Hola, hija —la saludó Carmen dándole un abrazo e invitándola a pasar.

Se tomaron un café juntas y estuvieron hablando largo y tendido. Carmen le preguntó por su relación con Raúl, momento que ella aprovechó para interesarse por la suya con su padre.

Un poco antes de irse, a Claire empezó a sonarle el móvil, era un número desconocido.

—¿Sí? —preguntó cuando descolgó.

—Claire, soy Helena, la sobrina de Raúl, ¿sabes quién soy? —preguntó la niña.

—Claro, cariño, ¿ha pasado algo? —se interesó rápidamente extrañándole que la niña la estuviese llamando.

—Noooo —dijo alargando la o—. Es que estoy con mamá preparándole a la abuela una tarta y quería preguntarte si te gusta de nata y chocolate. Siempre la hacemos de esos sabores, pero como tú vienes este año a la fiesta he pensado que a lo mejor no te gustaban y le he dicho a mamá que era mejor preguntarte...

—Son mis favoritos, cielo —le dijo Claire riéndose.

—¡Qué bien, los míos también! —gritó la niña contenta—. Ahora tengo que dejarte, que tengo que ayudar a mamá. Nos vemos esta tarde.

—Perfecto, cielo.

—¿Quién era? —preguntó Carmen con curiosidad cuando Claire colgó el teléfono riendo.

—La sobrina de Raúl. Me ha llamado para comprobar que la tarta que estaban haciendo ella y su madre me gusta.

—Que graciosa, ¿no?

—Es la caña.

Poco después se marchó. Quería pasar por casa de Sam y entregarle el perfume que había comprado.

—Hola, Claire —saludó Carlos cuando abrió la puerta.

—¡Hola! No sabía que estuvieras aquí...

—Me voy ya, que tengo entrenamiento. Nos vemos esta tarde, ¿no?

—Claro —le contestó con una sonrisa mientras él se dirigía a las escaleras.

—¡Rubia! —gritó Sam desde la cocina.

—¡¡Voy!! —gritó mientras se acercaba a la puerta—. Toma, tu regalo para Alma —le dijo tendiéndole la bolsa.

—¿Qué has comprado?

—212, de Carolina Herrera. Vi que tenía un frasco en el baño casi vacío, seguro que le gusta.

—Si es que te tengo que querer —le dijo Sam besándole la cara.

Poco antes de la una, Claire se marchó. Había quedado con Raúl en el *loft*, comerían y luego conducirían hasta su casa.

—Hola, nena —saludó Raúl cogiéndola entre sus brazos mientras aspiraba su aroma.

—Hola, guapo —le contestó ella dándole un tierno beso en los labios.

Durante la comida, Claire le contó lo que había hecho durante esa mañana, incluyendo la visita a la agencia.

—De eso quería hablar. ¿Qué estás tramando?

—Ya tengo regalo para tu madre. Bueno, en realidad es para los dos —dijo divertida al ver la cara que él ponía—. He reservado avión y hotel para dos en la Toscana.

—¿Qué? ¡Pero estás loca! —exclamó Raúl quedándose con la boca abierta.

—Veo que te gusta la idea.

—Claro que me gusta, pero te habrás gastado una pasta...

—Qué va. Una tiene sus trucos... —Iván había hecho las reservas como si fuera para ellos, así les hacían descuento y se ahorraba un dinero—. Les va a encantar, ya verás —le dijo Claire con una gran sonrisa—. Además, si no les gusta, pues le compro otra cosa y yo me voy de viaje —le dijo divertida mientras recogía la mesa.

—¿Te vas? Será nos vamos, ¿no?

—Claro... nos vamos —le dijo sacándole la lengua.

—¿Has preparado ya la bolsa que te vas a llevar con la ropa? —preguntó Raúl mientras ponía un poco de música.

—¿Bolsa? Pensaba llevarme el bikini metido en el bolso y las chanclas...

—Me gustaría que te quedaras en mi casa esta noche. Así, mañana podemos aprovechar el día los dos juntos.

—¿En serio? —dijo Claire ilusionada.

—Claro, nena.

Al final, Claire preparó una pequeña bolsa de viaje con un vestido playero, chanclas y bikini para la tarde-noche, y una falda larga con un top y unos tacones para el día siguiente.

Media hora después, ya estaban de camino a casa de Raúl. Cuando llegaron los recibió Helena, que echó a correr nada más verlos bajar del coche. La niña fue directa a los brazos de su tío, que la esperaba agachado en el suelo. Cuando saludó a este, que ya la llevaba en brazos, estiró sus bracitos hacia Claire, que la tomó y se la comió a besos.

—Hola, cielo. Estás guapísima —le dijo a la niña mientras caminaban hacia la casa.

—Claire, ya hemos terminado la tarta. Qué suerte que te gusten los mismos sabores que a mí.

—Somos las mejores, cariño —le dijo Claire poniéndole la mano para que se la chocara.

—¿Me he perdido algo? —dijo Raúl sin entender de qué hablaban aquellas dos.

—Cosas de chicas —le contestó Claire guiñándole un ojo.

Cuando entraron en el hogar de los Castillo Álvarez, la casa estaba preciosa. Habían decorado las puertas con guirnaldas en tonos rosa y verde pastel. Varios jarrones con flores repartidos por el salón, la cocina y la entrada, daban al ambiente un olor y una vista especiales. Jaime fue al primero que saludaron, pues había sido él el que había avisado a su hija de los recién llegados. Los padres de Raúl y su hermana se encontraban en el jardín. Habían preparado una gran mesa con pastelitos, bocadillos, chucherías y cosas varias para tomar durante la tarde mientras se encontraban al lado de la piscina.

—¡Feliz cumpleaños, mamá! —dijo Raúl cogiendo a su madre en brazos mientras le daba vueltas en el aire.

—Alma, muchas felicidades —la felicitó Claire una vez que Raúl ya la había soltado.

—Gracias, preciosos. Qué bien que ya estéis aquí —les dijo con una gran sonrisa.

Por último, saludaron a Sara y Adrián, que en ese momento hablaba con alguien por teléfono.

—Raúl, tengo que hablar contigo, ¿podemos entrar un momento? —le dijo Adrián a su hijo una vez se saludaron.

Claire se quedó con las chicas en el jardín mientras la pequeña de la familia jugaba alrededor de ellas.

—Claire —escuchó la rubia a su espalda. Era Raúl que le hacía señas desde la puerta para que entrase con él mientras su padre salía al jardín de nuevo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Claire cuando llegó a su altura.

—Álex ha venido. Tengo que ir al aeropuerto a recogerlo. Es una sorpresa, solo lo sabe mi padre.

—Qué bien. Hacía tiempo que no venía, ¿no?

—Sí. Ha venido para el cumpleaños de mi madre —le dijo sonriente—. ¿Quieres venir conmigo o te quedas aquí mientras?

—Pues... si me voy van a creer que pasa algo serio. Ve tú y yo me quedo aquí. Seguro que no me aburro —le dijo Claire mientras señalaba a Helena a través de la cristalera del salón.

—Vale. No tardo, nena —le dijo él besándola en los labios.

Cuando Claire volvió al jardín, Sara le preguntó dónde estaba su hermano, a lo que esta tuvo que mentirle y decirle que había tenido que ir a recoger a Carlos y Sam, pues su coche no arrancaba; le mandó un mensaje a su amiga preguntándoles la hora a la que llegarían para que no fuera antes que Raúl. Una vez solucionó el asunto, se puso el bikini y se sentó en una de las tumbonas, al lado de Jaime.

—Te veo muy bien, Claire —le dijo Jaime sonriendo.

—Lo estoy. La última vez que vine estaba hecha un desastre —le contestó.

—Y con Raúl, ¿qué tal?

—Genial. Qué te voy a contar... tú lo conoces más que yo —le dijo la rubia divertida.

—En algunos aspectos, seguro que no —añadió él carcajeándose.

La niña no tardó en acercarse a Claire y pedirle que se bañara con ella en la piscina, pues ninguno de los mayores quería y sola no la dejaban.

—Vamos, cielo —le dijo Claire agarrándola de la mano cuando Jaime le dio su permiso.

El agua estaba a una temperatura buenísima, tenían termostato y podían regularla. Estuvieron jugando con una pelota hasta que Sara llamó a la niña

para que saliera a merendar, momento que Claire aprovechó para nadar un rato relajadamente.

—¡Claire! —gritó Sam mientras se acercaba a la piscina.

—¡Morena! —la saludó con la mano mientras subía las escaleras. Se envolvió en una toalla y se acercó a su amiga.

—No me habías dicho que los padres de Raúl tenían este caserón —le cuchicheó Sam al oído.

—Hola, Claire —le dijo Carlos abrazándola.

—Supongo que ya los has conocido a todos —se dirigió a su amiga, que afirmaba con la cabeza.

—He llamado a Raúl cuando veníamos para acá y debe de estar al llegar. Sara me ha preguntado que dónde estaba, que si no había ido a recogernos, le he dicho que le había salido algo y que habíamos traído el coche de Sam.

—Estupendo.

Minutos después aparecía Raúl por la puerta del salón que daba al jardín, llamándoles a todos la atención.

—Mamá, te he traído uno de tus regalos de cumpleaños —le dijo con una gran sonrisa.

Cuando su madre echó a andar para dirigirse donde su hijo pequeño se encontraba, Álex salió de detrás de Raúl, quedándose ella impactada al verlo.

Madre e hijo se fundieron en un abrazo, pues hacía casi un año que no se veían en persona, al que rápido se unieron Adrián y Sara. Raúl fue el último en unirse al grupo con los ojos anegados en lágrimas.

Cuando todos se tranquilizaron, Raúl le presentó a su hermano a Claire y a Sam. Las chicas se metieron en la piscina con la pequeña Helena, que estaba muy contenta de ver a su otro tío.

—¡Chicas! —les gritó Carlos desde el borde de la piscina. Cuando ellas miraron, les hizo varias fotos.

A su espalda, Claire notó unas manos que subían hasta su cintura. Raúl se había metido en la piscina y no se había dado ni cuenta.

—¿Dónde está mi chica favorita? —le dijo Raúl en un susurro.

—Estoy aquí —contestó Sam sacándole la lengua mientras empezaba a reírse.

Carlos, Sara y Jaime no tardaron en unirse a los bañistas, que tan bien parecían estar pasándose. Mientras, Alma, Adrián y Álex hablaban animados en las tumbonas, desde las que de vez en cuando este último hacía alguna foto al grupo.

Era fotógrafo profesional y, aunque en los últimos tiempos se había estado dedicando en su mayoría a fotos artísticas, lo que de verdad le gustaba era plasmar el alma de las personas, poder sentir las a través de una imagen.

Cuando empezó a anochecer, Jaime, Carlos y Raúl prepararon para hacer la barbacoa. Helena seguía correteando por el césped mientras Sara, Sam y Claire ponían la mesa.

—Entonces, tú eres la chica de mi hermano, ¿no? —le dijo Álex a Claire cuando entró en el salón de la casa.

—Eso parece —le dijo ella con una sonrisa.

—Se le ve feliz.

—Ayuda que tú estés aquí. Me consta que tenía ganas de verte.

—Me ha dicho que trabajas en una agencia de viajes.

—Sí. Si necesitas algo, ya sabes a quién puedes acudir —le dijo guiñándole un ojo.

—Espero que no le hagas daño. Sufrió demasiado en su última relación —le dijo Álex con semblante serio.

—No es lo que pretendo... —contestó con cara de no entender la reacción de su cuñado.

—Vaya, estás aquí —escuchó Claire a su espalda. Raúl se acercó a ella y le echó el brazo por encima—. ¿Todo bien? —preguntó al ver las caras de ambos.

—Iba al baño y me encontré con tu hermano... —dijo dándole un pico a su chico antes de dirigirse al baño.

Cuando terminaron de cenar le entregaron los regalos a la cumpleañera. Sara y Jaime le habían comprado un bolso de Prada del que Alma se había enamorado nada más verlo. Helena le había hecho a su abuela una serie de dibujos; en uno aparecían nieta y abuela y en otro, toda la familia, incluida Claire. Sam le entregó el perfume y Carlos un *foulard* para el cuello junto a una pulsera de plata de la que colgaba un angelito. Álex le entregó un *book* formado por unas imágenes preciosas que él mismo había tomado. En ellas aparecían amaneceres, anocheceres, campos llenos de flores y algunos paisajes de cuento. Los últimos fueron Raúl y Claire, que le entregaron a Alma el sobre con los billetes de avión y la reserva de hotel.

—¡Cuántos regalos! —dijo Alma mientras abría el sobre. Cuando vio lo que era se quedó con la boca abierta—. Esto es mucho, muchachos, ¿cómo se os ocurre? —dijo ella emocionada.

—¿No te gusta el destino, Alma? Si es así, no te preocupes, lo cambiamos por otro —le dijo rápidamente Claire.

—Claro que me gusta niña, pero...

—Mamá, es nuestro regalo, queremos que tú y papá disfrutéis unos días de la bella Italia —le dijo a su madre mientras le daba un beso en la cabeza.

Finalmente, Alma aceptó todos los regalos. Estaba muy contenta, hacía años que no se reunían todos y que Carlos y Raúl llevaran a sus respectivas parejas.

Ya en la cama, Raúl preguntó a su chica si todo iba bien con su hermano. No habían vuelto a dirigirse la palabra en toda la velada desde que los había

encontrado en el salón de casa.

—Claro... sí...

—¿Claire?

—Solo... me ha pedido que no te haga daño —dijo al fin.

—Hablaré con él..., no te preocupes.

—No pasa nada Raúl, se preocupa por ti. No quiere que sufras de nuevo.

—Ya, pero no tiene por qué meterse.

—Da igual. Ha sido un día genial... —le dijo con una sonrisa.

—Y ahora voy a hacer que tu noche también sea genial —le dijo pícaro.

## CAPÍTULO 21: Recaída

El martes, Claire tenía un terrible dolor de cabeza cuando se levantó. No había pasado muy buena noche y parecía que la mañana no iba a ser diferente. Estuvo sentada en la cama hasta que la habitación dejó de darle vueltas. Se vistió y se marchó al trabajo, ni siquiera había desayunado.

El domingo por la mañana le había ocurrido lo mismo. Se despertó en los brazos de Raúl recordando la tarde-noche tan estupenda que habían pasado todos en el cumpleaños de Alma. Estaba en la casa de él, que al fin se había decidido a enseñarle y, tal como le dijo la primera vez, «te invitaré cuando piense que te vas a quedar conmigo». Se levantó sin hacer el menor ruido y se dirigió al baño a trompicones, pues el mareo no cesaba. Una vez se refrescó, se dirigió a la cocina y bebió un poco de zumo, lo que hizo que se sintiera un poco mejor.

Raúl la encontró en el sofá con los ojos cerrados, creyendo que se había quedado dormida, pero Claire solo estaba intentando sentirse un poco mejor para no preocuparlo; por ello hizo como si no hubiese pasado nada y estuviera perfecta de salud.

—Buenos días, mi alma, aunque por la carita que traes no sé yo... —le dijo Iván cuando esta entró en la agencia.

—Hola, guapo —le dijo tocándose la frente.

—Claire, ¿estás bien? Si estás enferma márchate, me quedo yo.

—Estoy bien, no te preocupes. Solo que no he pasado buena noche —le contestó sentándose en su silla.

—Bueno, me voy; si no te encuentras bien, llámame —le dijo lanzándole un beso mientras se dirigía a la puerta.

Esa mañana prácticamente no hizo nada; atendió al grupo de estudiantes que habían ido la semana anterior para reservar un viaje de estudios y a una pareja que se casaba a finales de año y quería irse de crucero.

A media mañana, recibió un mensaje de Raúl:  
Nena, ¿cómo llevas la mañana?, lo mismo puedo ir a comer contigo.

No me encuentro muy bien, creo que esta tarde no vendré a la  
agencia.

¿Estás enferma? En cuanto pueda, me acerco

Me duele la cabeza y estoy mareada. Pero no es nada, se me pasará...

Minutos después, Raúl la llamaba por teléfono.

—Nena, tienes que ir al médico —le dijo serio en cuanto ella descolgó.

—Es solo un resfriado... No voy a ir para eso.

—Tuviste el accidente, Claire, tienes que ir, puede ser algo más serio.

—Si el accidente fue hace más de un mes, Raúl.

Los médicos le habían dicho que, si en algún momento sentía malestar o mareos, fuera a urgencias, pero tenía tanto pánico a los hospitales que no lo quería ni pensar.

—Por eso mismo, te recojo y vamos.

—Si esta tarde no ha remitido, vamos. Ahora no puedo irme del trabajo, estoy sola —le dijo ella para convencerlo.

—Vale. Si te encuentras peor, llámame.

Cuando colgó, Claire se tomó un zumo y se recompuso un poco, aunque el dolor no se iba. Minutos después, abrieron la puerta y entró Miguel.

—Hola, Claire... ¿Te encuentras bien? —preguntó acercándosele. La conocía perfectamente y la mala cara que tenía no era propia de la rubia.

—Hola... Es solo un dolor de cabeza... ¿Qué haces aquí? —le dijo haciéndole un gesto para que tomara asiento.

—Quería pedirte disculpas, le dije a Irene que no viniese, pero es muy cabezona...

—No pasa nada. Es mi trabajo —dijo apoyando la cabeza en el brazo que descansaba encima del escritorio.

—Oye, Claire, no tienes buena cara, ¿quieres que te lleve al médico? —le dijo Miguel preocupado.

—No. Mira, Miguel, no te voy a negar que me sorprendió que viniera, pero no os guardo ningún rencor; he conocido a alguien y estoy feliz. Si nosotros hubiésemos continuado con la relación, seguramente tú seguirías engañándome y estaríamos amargados. Así que ahora todos estamos felices —dijo Claire levantándose de la silla y agarrándose a la mesa, ya que le había dado otro mareo.

—¡Claire! —le gritó Miguel cogiéndola del brazo al darse cuenta que perdía la vista.

Este la volvió a sentar y le dio agua y aire con unos papeles que encontró.

—Recojo tus cosas y nos vamos a urgencias. No te voy a dejar sola estando así. Y me da igual lo que vayas a decir, la respuesta es sí —le dijo Miguel ante el inicio de protesta de la rubia.

Minutos después, los dos iban en el coche camino de urgencias. La situación no podía ser más extraña: Claire y Miguel juntos en el coche que meses atrás habían compartido. Ella estaba enferma y él se había preocupado al verla así.

A Claire le volvió a sonar el móvil, era Raúl de nuevo, pero esta no estaba en condiciones de contestar, así que Miguel contestó.

—¿Sí?

—Perdona... ¿Quién eres? —preguntó Raúl confundido.

—Miguel, ¿y tú?

—El novio de Claire, ¿le puedes devolver el teléfono? —le contestó casi cabreado, pues sabía perfectamente qué Miguel era ese.

—No puede ponerse, está enferma. La estoy llevando a urgencias.

—Joder. Ahora voy para allá —y colgó.

—Vaya genio tiene —comentó Miguel tras colgar.

Cuando llegaron al hospital, Claire casi no podía mantenerse en pie, todo le daba vueltas y el dolor de cabeza era más profundo. Por ello, Miguel la cogió en brazos y entró con ella, que rápidamente fue atendida por los médicos y enfermeros que se encontraban cerca. Se la llevaron puertas adentro y Miguel tuvo que esperar, pues no lo dejaron pasar.

—Supongo que eres Miguel —dijo Raúl al llegar a la sala de espera minutos después.

—Y tú, el novio —le respondió a Raúl tendiéndole la mano, que él amablemente estrechó.

—¿Cómo está, qué ha pasado? —dijo preocupado.

—Aún no han salido. Fui a la agencia y no se encontraba bien, sufrió un mareo, la monté en el coche y la traje —dijo Miguel mirando su reloj de pulsera.

—¿Has avisado a alguien? A su padre, a Carmen...

—No. Supongo que eso deberías hacerlo tú.

Al momento salió un médico llamando a los familiares de Claire. Raúl rápidamente se puso en pie y fue hasta él.

—¿Cómo está? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó nervioso.

—Ahora mismo está estable. Le hemos hecho un TAC craneal por el fuerte dolor de cabeza que sufría y hemos visto los restos de un hematoma. ¿Ha tenido algún accidente...? —preguntó el doctor.

—Sí, hace casi dos meses. Sufrió un traumatismo craneoencefálico —le confirmó.

—Me lo temía. Parece ser que le quedó un pequeño coágulo y eso ha hecho que sufra esos mareos y el dolor de cabeza. Le hemos puesto medicación y la vamos a dejar esta noche en observación.

—¿Entonces, se va a poner bien?

—Sí, relájese. Solo necesita un poco de reposo. En un momento podrá pasar a verla.

Cuando el médico se marchó, Miguel se acercó un poco más a Raúl, que había estado escuchando la conversación en un segundo plano.

—No sabía que había tenido un accidente.

—Una moto la atropelló. Estuvo casi un mes ingresada —le contestó Raúl sacando su móvil del bolsillo.

—Joder. Se va a poner bien, no te preocupes —le dio ánimos a Raúl.

Apartándose un poco, llamó a Manuel, que al segundo tono le contestó.

—Hola, Raúl. ¿Qué tal?

—Manuel... estoy en el hospital con Claire.

—¿¡Qué le pasa a mi hija!?! —le contestó nervioso.

—Tranquilo. Estaba mareada y... ha venido a urgencias —dijo mirando a Miguel—. He hablado con el médico y me ha dicho que está bien, la dejan en observación esta noche.

—Voy para allá. No tardo. —Y colgó.

Raúl le mandó un mensaje a su amigo Carlos para hacerle saber lo que había ocurrido y para que le diera la noticia a Sam y la tranquilizara, ya que probablemente se preocuparía demasiado.

—Deberías irte —le dijo Raúl a Miguel.

—Me gustaría verla antes, si no te importa.

—No te voy a preguntar qué hacías en la agencia. Solo te voy a dar las gracias.

—Tenía que traerla, no tenía buen aspecto.

—No son solo por traerla. También te las doy por haberla dejado. Solo a un idiota se le hubiese ocurrido dejarla, pensé cuando me contó vuestra historia. Pero, gracias a ti, ahora está conmigo y es lo mejor que me ha pasado nunca.

—Me alegro de haberlo hecho, entonces... —le dijo Miguel mientras veía entrar a Manuel y Carmen en la sala.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Manuel al ver a Miguel.

—Ha sido él quien la ha traído —le explicó Raúl.

—No te voy a preguntar qué hacías con mi hija —le dijo Manuel a Miguel seriamente—. Pero haz el favor de alejarte de ella.

El médico volvió a salir y los llamó para que entraran de uno en uno a ver a la rubia.

—Hola, cariño —dijo Manuel dándole un beso a su hija en la frente.

—Hola, papá. Siento haberte preocupado —le dijo ella agarrándole la mano.

Al momento entró Carmen, que también se alegró de ver a Claire y, seguidamente, Miguel, que decía que no se iría de allí hasta verla.

—Hola, Claire.

—Hola. No sabía que siguieras aquí...

—No quería marcharme sin verte —le dijo tocándole el brazo.

—¿Mi padre no te ha pegado? —le sonrió.

—Supongo que he sido reemplazado por alguien mejor para su niña y con eso le vale...

—Gracias.

Se despidieron cuando Raúl asomó la cabeza en la habitación para avisarle de que su tiempo había terminado.

—Hola, nena —le dijo cariñosamente mientras la besaba en los labios.

—Hola. Ya no tienes que preocuparte, he venido.

—Te han traído, querrás decir.

—Siento que hayas tenido que encontrártelo, cielo.

—Siento más que estés aquí.

—Me han dicho que solo tengo que guardar reposo...

—Eso es. Mañana, cuando salgamos de aquí, te instalas en mi casa hasta el domingo.

—De eso, nada. No pienso trastocarte la semana. Me quedo en el *loft*.

—Eso ya lo veremos...

Las paredes blancas estaban adornadas por un mural de fotografías familiares. Un gran armario y una estantería llena de libros de medicina formaban el mobiliario que veía tumbada desde la cama.

La persiana estaba a medio subir. Unos pequeños rayos de sol entraban por las rendijas cuando un ligero olor a café inundó el aire de la habitación.

Era jueves y estaba casi instalada en casa de Raúl, tal como él le había dicho que harían cuando le dieran el alta.

Las sábanas esparcidas por el suelo a los pies de la cama y el pijama de Claire a medio caer de una silla anunciaban la noche de pasión que la pareja había vivido. Ahora, tumbada bocarriba con los ojos abiertos, vestía una camiseta de manga corta blanca de él, de la que se transparentaba la ropa interior negra que llevaba.

—Buenos días, dormilona —dijo Raúl entrando al dormitorio con una bandeja en las manos.

—Hola, cielo —le saludó ella con una sonrisa.

Dejando la bandeja en una esquina del colchón se dirigió a la persiana y, tras subirla para que entrara la luz del nuevo día, le dio un beso en los labios mientras ella se erguía, apoyando la espalda en el cabecero de madera de roble. Le posó la bandeja en las piernas y se colocó junto a Claire en la cama.

—Me estás malacostumbrando —comentó mientras cogía un trozo de fresa de uno de los cuencos que le había preparado.

—Me gusta malacostumbrarte, nena —le respondió con una sonrisa.

—No voy a querer marcharme el domingo, que lo sepas.

—Eso se arregla rápido trayendo tus cosas.

Claire no le contestó y aunque la idea de acostarse y levantarse todos los días con Raúl era de lo más apetecible, no quería dar ese paso tan pronto.

El desayuno estaba delicioso. Un bol con fresas picadas, un *cappuccino* y una tostada de aceite y tomate.

—Con estos desayunos me voy a poner como una vaca —le dijo Claire cuando comió el último bocado de pan que le quedaba.

—Estarías igual de preciosa —le contestó él sonriente.

—¿Qué vamos a hacer hoy? Deberías ir al trabajo. Tu hermana no puede encargarse de todos los pacientes.

—Lo tenemos todo organizado. Hasta el lunes no vuelvo.

—Me va a tomar manía por tu culpa...

—Había pensado pasar la tarde en la piscina. ¿Qué te gustaría hacer esta mañana? —le preguntó él cambiando de tema.

—Salir a correr —le contestó levantándose de la cama.

—Ni hablar. Necesitas reposo —le contestó serio.

—Ya he descansado. Estoy perfectamente —dijo ella saliendo del dormitorio y bajando a la cocina.

La casa de Raúl era de dos plantas, al igual que la de sus padres. En la planta baja se encontraba la cocina, con una isla en medio y una gran mesa para doce comensales. Los muebles se parecían mucho a los del *loft*. Eran de madera oscuros y blancos. El salón constaba de una gran televisión de plasma colgada en la pared, un mueble bajo y dos estanterías llenas de libros y figuras compradas en los países a los que había viajado. Una *chaise longue* y una mesita baja junto con una fotografía de sus padres y sus hermanos y otra de él con su sobrina le daban a la estancia el toque familiar que Raúl había

pretendido tener. La planta baja terminaba de estar formada por un baño, una habitación para invitados y un garaje.

La planta de arriba constaba de dos dormitorios, el de Raúl y otro de invitados con la misma decoración del dormitorio de abajo, muebles de madera oscuros, armario empotrado blanco y cortinas en un suave color crema. Dos baños completos, uno de ellos dentro del dormitorio principal. Un despacho y una salita con un sofá y una televisión. En la azotea, una barbacoa, una mesa y sillas.

—Eso dijiste la otra vez y mira lo que ha pasado.

—Necesito salir de aquí, y si tú no quieres venir, iré yo sola —le dijo esta dejando la bandeja en la encimera.

—Saldremos a andar.

—A correr.

—Eres una cabezona —le dijo Raúl acercándose a ella.

—Y tú. Quiero salir a correr y lo voy a hacer, me da igual si te cabreas o no.

—Nena, es por tu bien... —le dijo ahora tocándole los labios con la yema de sus dedos.

—No me vas a despistar, Raúl —le sonrió sabiendo lo que el otro pretendía.

—Está bien —aceptó al fin—. Salimos a correr, pero a la menor molestia, volvemos. Y no te estoy pidiendo opinión.

—Genial —le dijo ella dándole un pico y echando a correr hacia las escaleras.

«Esta mujer me va a volver loco», pensó Raúl con una sonrisa mientras subía las escaleras poco a poco.

Cuando Raúl llegó al piso de arriba tocaron al timbre, así que volvió a bajar.

—Hola, cariño —lo saludó su madre.

—Hola, mamá —le dijo haciéndola pasar.

—Y Claire, ¿qué tal está?

—Muy bien, Alma —contestó la rubia terminando de bajar las escaleras.

—¿Vais a salir a pasear? —preguntó al ver la ropa deportiva que la joven llevaba puesta.

—A correr, más bien —le dijo Claire sonriéndole a Raúl.

—Ten cuidado, niña, no vaya a sentarte mal. El doctor dijo reposo.

—Eso mismo le he dicho yo, pero con ella no hay manera...

—Bueno, solo quería saber cómo estabas —le dijo dirigiéndose a la puerta de nuevo.

Media hora más tarde, los jóvenes salían a correr por el residencial en el que vivía Raúl. Era una zona muy tranquila apenas transitada por vehículos, por ello no había peligro. Cuando llevaban casi tres cuartos de hora corriendo, Claire se dirigió a un banco y se sentó.

—¿Te encuentras bien, nena? —preguntó Raúl preocupado.

—Sí. Solo estoy cansada —le dijo tocando el asiento para que Raúl se sentara a su lado.

En ese momento recibió un mensaje de Sam:

¿Nos vemos esta tarde?

¿Os venís a la piscina?

Hablaré con Carlos y te digo.

De vuelta a casa de Raúl, Carlos lo había llamado para aceptar la invitación de esa tarde. Cuando llegaron, se dieron una ducha y Raúl recibió otra llamada, pero esta vez era de Blanca.

—¿Qué quieres? Te dije que no me llamas más —le respondió serio.

—Quiero verte. Te echo de menos.

—Tú no te echas de menos ni a ti misma, Blanca. —Claire que estaba en la habitación de al lado; al escuchar ese nombre, puso atención.

—Sé que no me porté bien. Pero al volver a verte recordé lo que habíamos tenido...

—Mira, no me cuentes historias. Lo que nosotros tuvimos se acabó. Ahora estoy con Claire y no quiero saber nada de ti. Así que te pediré, una vez más, que no me llames —y colgó.

Claire estaba orgullosa de lo que había escuchado, pero seguía teniendo el temor de que esa chica no pararía hasta que consiguiera lo que quería.

Raúl entró unos minutos después a la habitación, se dirigió a su chica y la besó apasionadamente.

—¿Y esto? —preguntó cogiendo aire después del beso.

—Necesitaba quitarme el cabreo —le dijo acariciándole la espalda.

—¿Conmigo?

—Tú eres mi bálsamo, nena. —Después de un silencio, Raúl prosiguió—: Me ha llamado Blanca. Sigue insistiendo para que quedemos.

—Intuyo que no va a parar hasta que lo consiga... —dijo ella con preocupación.

—Me da igual. No me voy a cansar de decírselo.

## CAPÍTULO 22: Y llegó la revolución

La tarde fue muy divertida; finalmente, Carlos y Sam habían ido a casa de Raúl. Los cuatro disfrutaban de la piscina y las bromas hasta que Alma se acercó a las tumbonas donde los jóvenes se encontraban. Claire la vio acercarse con el semblante muy serio, algo raro en ella, ya que siempre tenía una sonrisa en los labios y un brillo en los ojos.

—Raúl —dijo Alma dirigiéndose a su hijo—. Entra un momento en casa, por favor. —El joven sabía que algo había ocurrido para que su madre se mostrara tan enfadada.

—Ahora vuelvo, chicos —dijo mientras se ponía en pie y seguía a su madre al interior de la vivienda.

Claire se puso en pie para ir detrás, pero Carlos le dijo que él se encargaba. Le dio un beso a su chica y se dirigió al salón.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Sam mientras cogía su vaso de limonada.

—No sé, pero Alma estaba preocupada y enfadada.

Al poco, empezaron a escuchar gritos procedentes del interior de la casa, pero desde dónde se encontraban no se oían con claridad. Unos «olvídame» y «perdóname» fueron lo único que Claire escuchó para intuir que la fuente del cabreo de Alma había sido Blanca. Probablemente, se había presentado en su casa para seguir atosigando a Raúl.

Claire se levantó de su tumbona y se dirigió como una furia a la casa. La estampa no podía ser más pintoresca: Alma y Adrián se encontraban en un

lado del salón pidiéndole a Blanca que se marchara y dejara a su hijo en paz; Carlos sujetaba a Raúl del brazo y le pedía que se tranquilizara mientras él le gritaba a su ex que lo dejara tranquilo; Blanca, en medio de todos ellos, le suplicaba a este una nueva oportunidad.

Claire entró y observó la situación un momento, seguida de Sam. Ninguno de los allí presentes se percataron de la entrada de las jóvenes, así que siguieron hablando y gritando todos a la vez.

—¡Basta! —gritó Claire detrás de ellos. Todos se giraron y se quedaron mirándola. Alma decía no con la cabeza, como negando todo lo que estaba ocurriendo. Raúl se tapó la cara, creyendo que la reacción que Claire iba a tener iba a ser salir huyendo de ese espectáculo. Blanca, como buena peliculera que era, empezó a reírse pensando que Claire iba a abandonar a Raúl gracias a ella—. ¡Tú! —le dijo a Blanca señalándola con el dedo—. Ven conmigo —le dijo mientras pasaba por su lado.

—Yo no tengo que ir contigo a ningún lado, rubita —le respondió Blanca con sarcasmo.

Claire, volviéndose en ese momento, la agarró del brazo y tiró de ella hacia la puerta de entrada a la casa. Raúl y Carlos fueron tras ellas. Sam no daba crédito a lo que veía, nunca había visto a su amiga así.

—Es la segunda vez que te lo digo y te aseguro que no va a haber tercera —le dijo Claire muy seria—. Aléjate de él —la señaló con el índice.

—Eso ya lo veremos —le contestó Blanca con una sonrisa falsa.

—Veo que no eres muy lista...

—No soy yo la rubia.

—Desde luego que no. Por eso sé que fuiste un gran error en la vida de Raúl. Y gracias a que fuiste una zorra antes de que os casarais y no después, ahora está conmigo.

—A mí no me insultes...

—Último aviso, como te vuelva a ver rondando, tú y yo la vamos a tener...

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy avisando —le dijo mientras la empujaba al exterior de la casa y cerraba la puerta tras de sí.

—¡Raúl! Nos veremos pronto, amor —gritó Blanca al otro lado de la puerta.

Carlos y Raúl estaban sin palabras, al igual que el resto de los allí presentes.

Claire giró sobre sí misma y los vio a todos mirándola, pero dirigiéndose a Raúl, le dijo:

—No sé qué pudiste ver en ella de verdad, es una zorra de las grandes.

Dicho esto, se marchó al jardín y se tiró a la piscina, necesitaba refrescarse después del calentón que había sentido minutos antes.

—Raúl, habla con ella —le pidió su madre.

—Ahora, mamá, necesita tranquilizarse y yo también.

—¿Por qué no nos habías dicho que Blanca había vuelto a Madrid? —le preguntó su padre.

—Porque pensé que no me daría problemas. Pero está claro que me equivoqué... —dijo exasperado.

—Esa chica nunca ha estado muy cuerda. Si sigue molestándote, vas a tener que denunciarla... Os va a hacer la vida imposible —le dijo Alma.

—Lo sé. Claire no se merece pasar por esto... Voy a hablar con ella —dijo Raúl pasado un rato y dirigiéndose al jardín.

Carlos y Sam habían decidido marcharse después de lo ocurrido. La pareja necesitaba hablar y estando ellos allí sabían que no lo iban a hacer.

Claire seguía metida en el agua. Raúl se sentó en el borde de la piscina con los pies metidos en el agua. Claire paró, se hizo tres largos más y fue hasta donde él estaba, sentándose a su lado en el bordillo. El sol de la tarde ya se estaba alejando, otorgándole espacio a la luna que en pocas horas ocuparía su

lugar. Claire parecía a simple vista una persona frágil, de piel blanquita adornada con multitud de lunares, su pelo rubio ahora mojado cayéndole por la espalda y su baja estatura. Llevaba puesto un bikini azul marino minúsculo, anudado con unas lazadas en las caderas en color turquesa.

—Hola, nena —le dijo Raúl pasándole un brazo por los hombros.

—No estoy enfadada. Contigo no, si es eso lo que te preocupa —le dijo Claire mirando el agua moverse entre sus pies.

—Lo siento. Ha perdido la cabeza —le contestó dándole un suave beso en el hombro.

—No es culpa tuya, pero de verdad no entiendo qué viste en ella. Esto me está superando —dijo negando con la cabeza gacha.

—Antes no era así. No sé qué le ha pasado...

—No sería muy diferente cuando se acostó con otro estando contigo —le espetó arrepintiéndose en el mismo momento que lo decía—. Perdona, no debería haber dicho eso.

—Joder. Ahora que había empezado a ser feliz otra vez, vuelve a ponerme el mundo al revés —dijo Raúl cabreado.

—Va a seguir molestando —dijo Claire más como una afirmación que como un comentario.

—Sí. Pero si tengo que pedir una orden de alejamiento para que nos deje en paz, la pediré.

—Ya... Me he puesto violenta, yo no soy así...

—Tranquila, leona... —le dijo Raúl dándole un beso en los labios.

Claire se dejó caer de nuevo a la piscina y lo invitó a que la siguiera. Nadó hasta lo hondo. Raúl la agarró de la cintura y le posó sus grandes manos en el culo. Él daba pie así que no tenía que hacer ningún esfuerzo para no hundirse. Ella abrazó con sus piernas la cintura de él y lo besó mientras le masajeaba el pelo.

—¿Estamos bien? —le preguntó Raúl cuando separaron sus labios.

—Sí —le contestó la rubia acercándose a su boca de nuevo.

Buenos días, rubia, espero que estés bien después de la escena de ayer.

¡¡Nos vemos!!

Leyó Claire en su móvil mientras le daba un trago a la taza de café sentada en la mesa del jardín. Sam le había mandado el mensaje hacía horas, pero Claire acababa de levantarse, como venía siendo costumbre desde que estaba en casa de Raúl.

—Buenos días, Claire —saludó Alma sonriendo.

—¡Buenos días! ¿Quieres un café? —le ofreció la rubia levantándose.

—No, ya me he tomado dos esta mañana... y es tarde —dijo mirando la hora en su reloj.

—Raúl salió hace horas y aún no ha vuelto... —comentó Claire pensativa.

—Él no tiene la culpa de que Blanca haya perdido el norte. No se lo tengas en cuenta... —le explicó innecesariamente Alma. Claire sabía que se había acercado hasta ella para saber su opinión.

—No se lo tengo, pero estoy preocupada —le contestó seria.

—Mi hijo te quiere. Aunque no te lo haya dicho aún —continuó al ver la cara de miedo que se había instalado en la cara de la joven.

—Yo...

—No tienes que decir nada. Lo conozco y nunca lo había visto tan entregado con nadie... ni con Blanca.

—Pero le pidió matrimonio.

—Eran jóvenes. Tenían aspiraciones diferentes y, aunque se querían, no se respetaban lo suficiente. Para que una pareja llegue lejos no solo debe tener amor, el respeto y el apoyo también son importantes. Raúl creía que lo tenía todo con ella, y aunque los demás tratamos de hacérselo ver... hasta que él no lo vio con sus propios ojos, no se lo creyó.

—¿No apoyabais su relación? —preguntó Claire con curiosidad.

—Sí. Siempre hay que apoyar a los hijos, aunque no estemos de acuerdo con las decisiones que estén tomando. Son ellos los que tienen que equivocarse y aprender, pero no compartíamos las mismas opiniones acerca de Blanca.

—Debió ser difícil la situación. Quiero decir, tener que aguantar a una persona que no es santo de tu devoción solo porque tu hijo está con ella...

—Lo fue a medias. Raúl no la traía a casa, como a ti. Solo a comer de vez en cuando y a pocas celebraciones familiares. Siempre ponía de excusa que tenía que trabajar o estaba cansada, pero su padre y yo siempre supimos que Raúl lo hacía por no hacernos pasar por eso.

—¿Él conocía vuestra opinión?

—Sí. Siempre hemos sido sinceros con nuestros hijos, les gustase o no lo que tuviésemos que decirles.

Las mujeres se quedaron en silencio largo rato hasta que Raúl llegó por detrás y les dio un beso a cada una en la cabeza.

—¿Qué hacen mis mujeres favoritas juntas? —dijo sonriente mientras se sentaba enfrente de ellas.

—Hablando de todo un poco hijo, ¿dónde estabas? —preguntó Alma.

—Resolviendo unos asuntos —dijo mirando a Claire de reojo.

—Ya... bueno, yo os dejo solos. Nos vemos más tarde —dijo levantándose y sonriéndoles.

—Gracias, Alma —le dijo Claire a su espalda, a lo que ella contestó guiñándole un ojo.

—¿Gracias? ¿Qué me he perdido, nena? —preguntó con curiosidad.

—Nada. Cosas de mujeres. ¿Qué asuntos son esos que no podían esperar al lunes? —intentó sonsacarle Claire rezando porque no tuvieran que ver con su ex.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Creo que ya me has contestado —dijo seria, poniéndose en pie y dirigiéndose al interior de la casa.

—¡Eh! No te enfades —le dijo agarrándola de la cintura y abrazándola por la espalda.

—Tengo que llamar a mi padre. Suéltame.

—No te enfades, por favor... —le susurró mientras le besaba el cuello.

—Estoy cansada de la situación, Raúl.

—No la he visto. Cuando me he levantado tenía cuatro llamadas perdidas de Blanca. He ido a su casa, pero no estaba... —le contestó, soltándola.

—Genial. ¿No te das cuenta de que eso es exactamente lo que quiere... que vayas detrás de ella? —dijo mientras entraba al interior seguida por Raúl.

—Es que... no sé cómo hacer esto.

—Fácil. Resuélvelo y luego ven a verme —dijo dando por finalizada la conversación y dirigiéndose al dormitorio.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo seguir pensando que estamos bien y, de repente, aparece la otra y pierdes el culo por ella. Eso quiero decir —le contestó cabreada mientras sacaba la maleta del armario.

—Claire, suelta eso. No vas a ir a ninguna parte. Anoche me prometiste que estábamos bien y ¿hoy me dejas? —le reprochó agarrándola de la muñeca.

—Raúl, me voy a ir —dijo soltándose—. Espero y deseo que soluciones la situación cuanto antes. Mientras tanto... no quiero que nos veamos —le dijo mientras sentía un pinchazo en lo más hondo.

Estaba enamorada hasta el tuétano y por más que había tratado de evitarlo y negárselo, había llegado el momento de hacerle frente a sus sentimientos. La única solución que veía era llevar al límite a Raúl. Si de verdad quería estar con ella, tendría que apartar el pasado de una vez.

—No lo estás diciendo en serio... por favor, Claire —le suplicó Raúl nervioso.

Claire recogió todo lo que vio a simple vista. Seguramente se dejaría cosas esturreadas por toda la casa, pero confiaba en que volvería allí una vez todo se resolviera. Agarró la maleta y bajó las escaleras con un nudo en el pecho. Le mandó un mensaje a Sam pidiéndole que fuera a recogerla lo más rápido posible. Esta le contestó en cuanto lo vio y le advirtió que en media hora estaría allí.

—Claire, por favor, no te vayas...

—No tengo más remedio...

—Sí lo tienes. Lo voy a arreglar, pero dame tiempo.

—Eso es lo que estoy haciendo, cielo —le dijo tocándole la mejilla.

—Nena... —Raúl la había abrazado con fuerza. No quería que ella lo dejara, pero tampoco podía obligarla a quedarse.

Permanecieron así no se sabe cuánto tiempo. Cuando se separaron, unas lágrimas caían de los ojos de Raúl. Claire intentaba no llorar, era lo más duro que había hecho nunca, pero sabía que era necesario para que todo funcionara. Un pitido los sacó de sus pensamientos y Claire, agarrando su maleta, le dio un último beso en los labios y salió sin mirar atrás.

Era viernes. El día había amanecido más bonito de lo que iba a ser por el simple recuerdo de los dos en la piscina, la noche anterior, haciendo el amor.

Raúl se había levantado temprano para prepararle el desayuno a Claire y llevárselo a la cama. Mientras bajaba las escaleras, miró su móvil y tenía varias llamadas de su ex. La llamó, pero no contestó. Había decidido dejarlo pasar hasta que esta se tranquilizara, se aburriera y los dejara tranquilos, pero ella volvió a llamarlo.

—Qué coño quieres, Blanca, ¿no tuviste bastante ayer? —le espetó este sin molestarse en saludarla.

—Buenos días para ti también, amor —contestó Blanca con una sonrisa.

—Me estás obligando a hacer algo que no quiero...

—Que yo recuerde, nos lo pasábamos muy bien en la cama...

—No me refiero a eso. Si sigues así te voy a denunciar por acoso. Tu preciosa imagen se va a ver manchada...

—Qué miedo. Me encanta cuando te cabreas, Raulito.

Raúl le colgó. Estaba harto de la situación a la que estaban llegando. Blanca era muy lista y sabía que si seguía presionándolo, al final, su relación con la rubia se vería acabada.

Blanca estuvo llamándolo durante una hora, pero él no le cogió el teléfono. Su paciencia iba mermando hasta que se hartó y le contestó, pero ella le colgó. Estuvieron intercambiando llamadas sin contestación varios minutos hasta que Raúl tomó la decisión de ir a buscarla para pedirle explicaciones.

Le dejó una nota a Claire diciéndole que no tardaría y salió. Fue a buscarla a su antiguo apartamento, pero no había nadie. Tampoco estaba en su cafetería favorita ni en el gimnasio al que solía ir... Finalmente, tras varias llamadas sin contestación, decidió volver a casa, Claire ya estaría levantada y seguramente no le iba a sentar bien lo que él había hecho durante la mañana.

Cuando volvió, encontró a su madre y a Claire hablando relajadas en el jardín. La relación que había mantenido Alma con Blanca cuando estaban juntos no se parecía en nada a la que ahora su madre tenía con Claire. Sus padres le habían dicho que les gustaba mucho y que se la veía una mujer fuerte y centrada, todo lo contrario a la anterior.

Cuando Claire se marchó con Sam dejándolo solo, la casa se le vino encima. Todos los rincones le recordaban a ella. El sofá donde habían hecho el amor después de ver una película. La escalera aún olía a ella. En el baño estaba su bikini, cremas y cepillo de dientes. La piscina tenía grabada su imagen nadando, riendo y salpicando agua a su sobrina... y la almohada... la

almohada y las sábanas estaban impregnadas con su olor, su perfume. Olor a sexo y pasión que habían tenido durante los días que habían vivido juntos.

## CAPÍTULO 23: Distancia

—¿Quieres hablar? —preguntó Sam con la vista fija en la carretera.

—No —dijo mirando por la ventanilla.

—¿Seguro?

—Lo he destrozado. Al final, ha conseguido lo que quería... Joder.

—No es tu culpa, Claire. Tiene que resolver el problema si quiere avanzar contigo.

—Le prometí anoche que estábamos bien...

—Y se ha pasado toda la mañana buscándola... eso no es muy inteligente —apuntó su amiga.

—Sí. Pero no sabe cómo enfocar esta situación y yo no tengo nada mejor que hacer que dejarlo. Estaba destrozado...

—No lo dudo.

—¿Y si vuelvo...?

—Si vuelves te vas a arrepentir, porque no le has dejado que recapacite y arregle lo de la marrana.

—Tienes razón...

Sam dejó a Claire en el *loft*. Apenas entró y dejó la maleta, se echó a llorar. Sabía que, por duro que fuese, Raúl arreglaría el asunto con Blanca de alguna manera y entonces podrían estar juntos. Mientras, trataría de sobrevivir a su ausencia.

Llevaban juntos unos seis meses. Habían pasado por situaciones en las que nadie en toda su vida pasa. El accidente y cómo él la cuidó esas semanas le

sirvieron para darse cuenta de lo que Raúl sentía por ella.

Cuando se calmó sacó el móvil de su bolso, que tenía en silencio, y vio dos llamadas perdidas de él. No se las devolvió. Fue al frigorífico y bebió agua de una botella pequeña que tenía para cuando salía a correr.

El móvil empezó a sonar y, creyendo que sería él de nuevo, ni lo miró. Al poco de callarse empezó de nuevo. Esta vez sí lo cogió, era su hermano.

—Hola, Marcos —le respondió con una leve sonrisa.

—Enana, el martes volvemos, acabo de comprar los billetes.

—¡Qué bien! Tengo ganas de verte. De veros —corrigió.

—Y nosotros. Oye, ¿estás bien?

—Claro. Emocionada por la noticia —mintió. ¿Cómo podían estar a tantos kilómetros y saber que algo le ocurría?

—Vale.

Cuando se despidieron le entró una llamada de su padre.

—Hola, papá —trató de sonar más positiva.

—Cariño, voy a ir a Madrid esta tarde para ver a Carmen, ¿quieres que quedemos para cenar los cuatro? Tenemos ganas de verte.

—Claro. Pero vamos a ser tres... —le dijo tratando de no derrumbarse.

—Ah. Vale, pues los tres. ¿Estás bien?

—Sí, claro, un poco cansada. Luego nos vemos.

Tras despedirse se metió en la bañera, que había estado llenando mientras hablaba por teléfono. Hasta que no se le arrugaron los dedos de manos y pies, no salió. Se había relajado un poco, que es lo que pretendía, aunque no podía quitarse de la cabeza la imagen de Raúl llorando.

Se tumbó en el sofá y, con el móvil en la mano, escribió un mensaje a Iván.  
Bonito, mañana me pasaré por la agencia, ¿nos tomamos un café?

Claro, hermosura. Tengo ganitas de verte. Y tengo que contarte cositas  
sobre Jon.

Vale. ¡Besos!

Eran las tres y Claire no había comido. Tenía tal nudo en el estómago que no le pasaba nada. Llamaron a la puerta. Trató de no hacer ruido pensando que sería Raúl. Si era él, no quería verlo. No podía.

—Vamos, pesada. Abre —dijo Sam aporreando la puerta.

—¿Qué haces aquí? —le dijo apartándose para que su amiga entrara.

—Obligarte a comer. Seguro que no has probado nada —le contestó mientras sacaba una fuente de ensaladilla rusa de una bolsa y pescadito frito de otra.

—No tengo hambre, Sam.

—Me da igual. Vas a comer...

A Claire no le quedó más remedio que picar algo. Conocía a su amiga y sabía que, si no hacía lo que ella le decía, acabaría dándole ella misma la comida con un tenedor.

—¿De dónde has sacado toda esta comida en tan poco tiempo?

—La hice ayer. Iba a venir Carlos a comer conmigo, pero... ha habido cambio de planes.

—Ha preferido ver cómo estaba Raúl, ¿no?

—Y yo cómo estabas tú —le sonrió acariciándole la mano.

—Estoy mejor. Aunque mi cabeza piense que es lo que debía hacer, mi corazón me dice que soy idiota y que no debería haberlo dejado...

—Creo que es lo que tenías que hacer, rubia. Ahora solo tienes que esperar. Seguro que él lo arregla... ¿Quieres que me quede esta noche contigo?

—He quedado con mi padre y Carmen para cenar. Ahora tendré que contarles lo que ha pasado...

—Diles que Raúl tenía otros asuntos y no podía dejarlos. Esto no ha sido un adiós definitivo, Claire...

—Marcos viene el martes —dijo cambiando de tema.

—Qué bien. Algo bueno.

Después de marcharse Sam a la peluquería, Claire recibió otra llamada de Raúl, que tampoco contestó. Este, desesperado, le escribió un mensaje. Nena, te necesito. Háblame.

Claire tampoco le contestó.  
Sé que no debería haber ido a buscarla... Te echo de menos.

Dejó el móvil a un lado, se cambió de ropa y cruzó al Retiro. Necesitaba concentrarse en otra cosa que no fuera él. Correr era la mejor opción. A su vuelta tenía varios mensajes más de Raúl.

Todo huele a ti.  
Oigo tu risa en casa, en el jardín...  
Te escucho hablar con mi madre, reír con mi sobrina, cotillear con mi hermana...  
No me olvides, por favor.

«Qué gilipollas soy», pensó Claire tras leerlos. Tampoco le contestó a ninguno. Se metió en la ducha y se arregló para la cena.

Pronto haría veinticuatro horas que había abandonado a Raúl. Desde que lo dejó plantado en la puerta de su casa, no había vuelto a hablar con él, y desde luego, no era a causa de que él pasara... la había estado llamando en repetidas ocasiones y mandado multitud de mensajes.

Iba camino de la agencia a ver a Iván y distraerse un rato cuando el teléfono empezó a vibrar.

- Hola, morena.
- Nena, ¿cómo estás?
- Bieeeeeeeen —dijo alargando la vocal como si fuera una niña pequeña
- . Voy a tomarme un café con Iván.
- Genial. Si quieres nos vemos luego...
- ¿No tenías planes con Carlos?
- Pues...
- Oye, por mí no tienes que preocuparte. Diviértete —la cortó.

—Bueno. Si al final no quedo con él... te llamo. ¡Adiós! —Y colgó antes de que Claire le contestara que no tenía ningunas ganas de salir.

Cuando llegó a la puerta de la agencia se le hizo raro. Hacía una semana que no iba por allí a causa de los estragos que el accidente de unos meses atrás le había dejado. Antes de entrar, observó el interior. Todo estaba como siempre. Las dos mesas llenas de papeles y carpetillas, revistas de viajes y destinos paradisíacos en estanterías y mesa auxiliar, la máquina de café al fondo en una esquina, el perchero del que ahora colgaba un sombrero y un paraguas de lunares enfrente y las paredes de las que colgaban dos grandes fotografías, la primera de una playa del Caribe y la segunda de una montaña cubierta de nieve. Vio a Iván concentrado en la pantalla del ordenador. Se le veía feliz y relajado. Vestía unos vaqueros desgastados, unas Converse azul marino y un polo azul marino y amarillo con anclas pequeñas dibujadas.

—Hola, guapo —dijo Claire cuando se decidió a entrar.

—¡Bombón! —exclamó poniéndose en pie y dándole un abrazo—. Estás guapísima, como siempre.

—Con qué buenos ojos me miras, tonto —le dijo riéndose con sinceridad.

—Termino una cosita y nos vamos a la cafetería.

Quince minutos después caminaban dirección a la cafetería más cercana a la agencia y a la que iban siempre que tenían un hueco. Claire se interesó por las nuevas ofertas que habían llegado a la agencia, viajes contratados y excursiones. Iván la puso al día rápidamente; el lunes siguiente se incorporaba y era bueno que tuviera en cuenta algunas cosas.

Ya sentados tomándose un *cappuccino*, Iván le preguntó por Raúl. Este no sabía nada de lo que había ocurrido en las últimas horas.

—Pero no lo entiendo. Estás loca por él, Claire, y me consta que él por ti. ¿No podéis solucionar esto estando juntos?

—Lo sé. Yo también me lo pregunto —dijo tocándose la cabeza.

—Te calientas mucho la cabeza. Como siempre.

—¿Y cuándo no ha sido así?

—Bueno, tú verás lo que haces. Espero que luego no te arrepientas, flor.

—Eso espero yo. Bueno y cuéntame. ¿Qué tal con Jon? —Necesitaba olvidarse aunque fuera un momento de Raúl, así que cambió de tema rápidamente.

—Ay, mi niño. ¡Nos vamos a vivir juntos! —dijo Iván entusiasmado mientras daba palmas con las manos.

—¡¿En serio?! ¡Qué bien!

—Ayer me llamó y me dijo que estaba harto de la situación. Va a dejar el trabajo en Alicante y se instala en Madrid conmigo. ¡Lo voy a tener para mí las veinticuatro horas!

—Me alegro mucho. Seguro que os va genial.

—Tenemos que quedar. Tiene ganas de veros a todos...

—Claro, cuando queráis.

Al mediodía, Claire iba de vuelta al *loft*. Había hecho algunas compras para empezar la semana con la nevera llena e iba cargada de bolsas.

Ya en el ascensor había notado un olor familiar, pero no quiso relacionarlo con Raúl. Cuando entró al *loft* se cercioró de que lo que había pensado en un primer momento no había sido una broma de su imaginación. Raúl había estado allí. Un ramo de rosas blancas descansaba en la barra americana. Pero no fue eso lo primero que notó. Fue su olor. El perfume que él usaba y que a ella tanto le gustaba. Olía a seducción, a provocación. Un aroma a lavanda, cilantro, canela, madera y hierbas. Olía a todos los momentos vividos en los últimos meses. Olía a risa, a felicidad. Olía a amor. Y Claire lloró. Lo echaba mucho de menos.

Miró por si le había dejado algo más, pero no encontró nada. Cogió las rosas y las olió. Sus favoritas. Lo eran porque le recordaban a su madre, que

siempre llevaba encima pétalos de esa flor.

Claire se tumbó en el sofá y puso música. Pensó mandarle un mensaje a Raúl, ya que no había contestado sus llamadas ni sus mensajes. Tras coger el móvil, abrir Whatsapp y empezar a escribir... decidió que no era lo más conveniente, pero tras varios intentos se dijo que «de perdidos, al río», escribió de nuevo y le dio a enviar sin pensarlo.

Yo también te echo de menos.

Raúl no tardó nada en contestar:

Quiero verte, nena. Necesito que hablemos.

Claire empezó a arrepentirse de haberle escrito. Siempre había tenido mucha fuerza de voluntad, pero con Raúl... la fuerza aminoraba.

Gracias por las flores. Pero no puedes entrar cuando te apetezca.

Sabía que no estarías.

Imagino quién te dio la información.

Estaba segura de que había sido Sam.

Te recojo esta noche y cenamos.

Tienes que solucionar el tema de Blanca. Después nos veremos.

Eso no es justo. ¿Qué hago?

No sé...

Raúl volvió a llamarla, pero tampoco le respondió. Hablar por mensajes era una cosa y escuchar su voz... sabía que si él le apretaba un poco, ella cedería. No le gustaba estar separada de él, pero lo estaba haciendo por los dos. Por un futuro juntos. Raúl siguió intentándolo. Pero no obtuvo respuesta.

—¡Claire! —exclamó Sam apenas notó que la rubia había cogido su llamada.

—Estoy bien, Sam, no te preocupes más, por Dios.

—No te iba a preguntar cómo estabas... Te llamo para informarte de que esta noche paso a recogerte y cenamos.

—No es buena idea, morena.

—No te estaba preguntando, Claire. A las ocho, paso. —Y colgó antes de que la rubia pudiera decir nada.

«Genial, ahora, encima, tendré que salir», pensó Claire negando con la cabeza. Cuando a Sam se le metía algo en mente no había quien pudiera negarse.

## CAPÍTULO 24: Nada es lo que parece

Tal como Sam le había asegurado, a las ocho en punto esperaba en la puerta de su edificio con el coche. Tras saludarse, la morena condujo hacia el centro.

—No me mires así, lo hago por ti.

—No tenía ganas de salir. Tendrías que haber quedado con Carlos —le espetó.

—Lo vamos a pasar bien...—Ya.

En el centro se encaminaron al Mercado de San Miguel. Siempre que querían tomarse algo acababan allí. Claire miró varias veces a su alrededor recordando como unos meses antes, Raúl y Carlos se les unieron a la cena y posteriormente fueron a bailar. Sam se dio cuenta, ella había tenido el mismo recuerdo.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Sam.

—No, es solo que... ¿Dónde está Carlos?

—Supongo que en su casa. Mañana tiene entrenamiento temprano.

—Pero habías quedado con él...

—Sé dónde quieres llegar. No te hemos preparado ninguna emboscada, si es lo que piensas. Habíamos quedado en su casa, me iba a quedar a dormir con él.

—Mejor. No quisiera encontrarme con Raúl.

—Has sido tú quien lo ha dejado —le contestó su amiga con una mueca.

—Por eso mismo. Tengo que seguir adelante con esto...

—Él tampoco lo está pasando bien, ¿sabes?

—Oye, tú me dijiste que era lo mejor que podía hacer...

—Lo mismo nos equivocamos... Está sufriendo...

—Gracias por tu ayuda, Sam, de verdad. Es lo mejor que podía escuchar en estos momentos —dijo Claire saltando de su taburete y dirigiéndose a la salida.

—¡Espera, Claire! —gritó Sam sacando de su cartera un billete de cinco euros y dándoselo al camarero que pasaba por su lado. Ni siquiera habían tocado las dos copas de vino que les acababan de servir.

Pero Claire no esperó. No tenía ánimo para salir esa noche, pero lo hizo. Ahora, su amiga se empeñaba en hablarle de lo mal que Raúl lo estaba pasando y que todo era por su culpa. Por la decisión que ella había tomado. Claire lo sabía, no era tonta. Lo único que necesitaba ahora era a alguien que la apoyara. Sam siempre había estado ahí, pero ahora también era amiga de Raúl y suponía que su relación con Carlos era un aliciente más para comprobar el dolor que este sentía.

Sam estuvo buscándola durante un buen rato. La llamó al móvil varias veces, pero Claire no le contestó. Últimamente, se estaba acostumbrando a no coger las llamadas. Una vez alejada del mercado, Claire le devolvió la llamada.

—¿¿Dónde estás?! —le preguntó preocupada.

—Estoy bien. Volveré a casa andando.

—Claire, lo siento... Dime dónde estás y te llevo al *loft*.

—Quiero estar sola, Sam. Ya nos veremos...

—Joder, Claire, no seas cabezona...

—Samanta, por favor. Necesito respirar. Te llamaré mañana —y colgó.

Nunca había llamado a su amiga por su nombre completo. Sam no insistió; tras colgar fue a por el coche y llamó a Carlos. Este la invitó a su casa, sabía que Claire era como una hermana para ella y estar enfadadas significaba que

Sam necesitaba estar con alguien que la tranquilizara o se volvería loca. También le dijo que creía que Raúl estaba en el centro, pero ninguno de los dos avisó ni a Claire ni a Raúl. Si se encontraban sería el destino el que lo permitiese, ellos no tenían por qué inmiscuirse más.

La rubia había pensado coger un taxi que la llevara a casa, pero necesitaba despejarse y pensar, así que decidió volver caminando. No había tomado nada desde la tarde, estaba exhausta, por lo que entró en el primer bar que vio. Encontró una mesa vacía al fondo y se sentó mientras le pedía al camarero una cerveza y un sándwich.

Mientras cenaba observó a la clientela, que junto a ella se encontraban allí. Una pareja se hacía arrumacos junto a la barra del establecimiento. Un matrimonio octogenario pedía la cuenta al camarero mientras el marido besaba la mano arrugada de su esposa. Un grupo de siete jóvenes vitoreaban a un octavo que entraba por la puerta en ese momento, parecía que era su cumpleaños. Le habían preparado una fiesta sorpresa. Tres veinteañeras ancladas a la barra intentaban ligar con tres chicos sentados detrás de ellas.

Claire sonrió tristemente. La gente parecía feliz. Y pensó que así sería, si no, no hubiesen salido esa noche.

La sonrisa se le borró cuando vio a una morena entrar con aires de diva. Era Blanca. Con suerte, ella no la vería, pues estaba en la última esquina del bar. La observó un momento... parecía esperar a alguien.

Sus sospechas se cumplieron cuando ese alguien apareció. Raúl llegó a la puerta y comenzó a mirar a su alrededor. Se dirigió a la barra donde Blanca se encontraba.

Estaba guapísimo. La barba un poco descuidada y unas ojeras que delataban el poco descanso que había tenido en las últimas horas. El ceño fruncido parecía anunciar que la compañía que tenía tampoco era de su agrado en esos momentos.

Claire estaba pálida. La última persona que quería encontrarse esa noche y además acompañado por su ex. Los observó. Blanca no paraba de acariciarle la mejilla o el brazo mientras hablaba. Raúl intentaba mantener las distancias, aunque le estaba resultando difícil.

—¿Señorita? —llamó de nuevo la atención el camarero a Claire.

—Sí, perdona.

—¿Desea algo más?

—Un... un *gin-tonic* —dijo titubeante.

Volvió a dirigir la mirada a la pareja de la barra. Raúl comenzó a mirar a su alrededor. Claire estaba segura de que él había notado su presencia, igual que ella notaba la de él antes de verlo. Logró pasar desapercibida y él no la vio. O eso quiso pensar.

Quería salir de allí, pero en cuanto se dirigiera a la puerta la verían y no quería montar una escena. Así, no tuvo más remedio que seguir allí hasta que ellos decidieran marcharse. La tensión de Raúl cortaba el ambiente, este intentaba seguirle el juego a Blanca y reírse de sus bromas. Joder, era una tortura tenerlo tan cerca y no poder tocarlo, olerlo y besarlo.

Tres copas después, Claire seguía allí sentada. Un dolor de cabeza empezaba a aflorarle y su paciencia estaba llegando al límite. Vio entonces que Raúl sacaba su cartera mientras Blanca se dirigía a los servicios. Entonces aprovechó y también pidió la cuenta. Por fin iban a marcharse y ella podría volver a casa.

—¿Qué haces aquí? —escuchó Claire a su espalda mientras se ponía su chaqueta de hilo.

—Raúl —dijo girándose sin mirarlo a los ojos.

—¿Llevas aquí todo este tiempo y no me has dicho nada? Te he llamado mil veces —le dijo serio.

—Estaba aquí cuando habéis llegado. No quería que me vierais... —intentó explicarse.

—Genial. No te entiendo, Claire.

—Oye, no te enfades. No soy yo quien ha quedado con un ex.

—Me dijiste que lo arreglara. Eso intento...

—Vuelve con ella. Es mejor que no nos vea juntos. Parece diferente cuando está contigo...

—Te llevo a casa —le dijo Raúl mirándola a los ojos—. Tenemos que hablar —le dijo acercándose más a ella.

—Solúcionalo —dijo separándose de él.

—Pero, Claire...

—Estás con ella, Raúl...

—Ella me importa una mierda, a ver si te queda claro —le dijo antes de dirigirse a la barra enfadado.

Blanca llegó un minuto después, se dijeron algo y salieron del bar. Claire aprovechó y salió detrás. Los vio andar calle abajo. Blanca entrelazó su mano a la de Raúl. Claire esperaba que este se soltara, pero no lo hizo.

Raúl, por su parte, sabía que Claire los estaría mirando. Pensó ser egoísta y que ella también lo pasara mal al ver ese gesto que tan poco a él le importaba. Los vio esperar un taxi, ella lo abrazó y se besaron. Fue un beso corto, un roce de labios. Claire no necesitó más, dio media vuelta y comenzó a andar. Se subió en el primer taxi que vio y rompió a llorar. No recordaba nada del trayecto. El alcohol y el ahogamiento que sentía en el pecho mezclado con la angustia la hicieron vomitar al abrir la puerta del *loft*.

Intentó recomponerse, pero una nueva arcada le anunciaba que debía pagar por las estupideces que había cometido. Ella era la única culpable del distanciamiento con Raúl. La había estado llamando en repetidas ocasiones y no le había contestado una sola vez, lo había empujado a los brazos de su ex,

se habían besado aun sabiendo él que los estaría observando, se había enfadado con Sam cuando esta solo le había dicho la verdad de la situación... y, además, estaba segura de que Blanca y él terminarían la noche en la cama. Era lo que ella había estado buscando todo ese tiempo y después de ver el beso, no cabía duda del siguiente paso.

Cuando logró recomponerse se metió en la cama. Eran las dos de la madrugada y el móvil le comenzó a sonar. Su primer pensamiento fue Raúl. Seguro que se había arrepentido y la llamaba para pedirle perdón. Pero al ver la pantalla comprobó que era Sam.

—Hola —susurró.

—¿Estás bien? —preguntó Sam preocupada.

—He tenido tiempos mejores...

—¿Estás en casa?

—Sí... has hablado con él, ¿no?

—Me ha mandado un mensaje. Estaba preocupado por ti.

—Lo he visto de todo menos preocupado, ¿sabes? —dijo cerrando los ojos, cansada.

—No seas tan dura. Seguro que tiene una explicación.

—Sam, ahora no quiero hablar de esto, ¿vale? Mejor mañana...

—Vale, bonita. Descansa.

Cuando colgó volvió a llorar. Ni cuando Miguel la había dejado lloró tanto. Suponía que por la indiferencia con que se habían estado tratando en los últimos meses. Se querían, pero no se amaban.

Con Raúl era diferente. No podían vivir el uno sin el otro y aunque no se habían dicho una sola vez que se querían, tampoco les hacía falta. Ellos lo sabían.

¿Llegarían a decírselo alguna vez? Lo veía difícil.

## CAPÍTULO 25: Bienvenidas...

—Hola, papá.

—Cariño... ¿Seguro que llegarás a tiempo al aeropuerto?

—Que síí. En breve salgo para allá. Tranquilízate —le dijo Claire sonriendo.

Cuando se despidieron, Claire cogió su bolso y salió.

Era martes, el día que Marcos y Daniela volvían a España, esta vez para quedarse. Claire iría a recogerlos con su coche, volverían al *loft* y comerían con Manuel y Carmen. Iván le había dado el día libre. Sabía lo importante que era para la rubia y esta no tuvo ni que preguntarle.

El avión llegó puntual. Claire los esperaba a la salida, nerviosa. Cada vez que se abría la puerta y salía gente se escuchaban risas, llantos, palabras de cariño y bienvenidas. Media hora después, era la pareja la que salía cargada de maletas.

—¡¡Marcos!! —gritó Claire mientras saludaba con la mano en alto a su hermano.

—¡¡Enana!! —gritó mientras soltaba las maletas y la abrazaba.

—Te he echado tanto de menos... —le contestó ella casi llorando.

—Mira, te presento a Daniela —dijo Marcos cariñosamente, una vez los dos se tranquilizaron.

—Hola, Claire, me alegro mucho de conocerte en persona —le sonrió mientras se daban un cálido abrazo.

—No me extraña que mi hermano haya perdido la cabeza por ti. Eres guapísima. —Los tres se echaron a reír.

—Se te nota más —dijo Claire mirándole la barriga.

—¿Quieres tocar? Ya empieza a moverse un poco...

Claire puso tímidamente la mano sobre la barriga de su cuñada. De pronto, abrió mucho la boca, sorprendida.

—¡Se ha movido!

—Está saludando a su tía —dijo Marcos sonriente.

—Hola, bebé —dijo Claire—. Estoy deseando tenerte en mis brazos.

Claire estaba muy feliz. Sus últimos días habían sido una tortura, pero ahora volvía a tener a su hermano cerca.

Cuando llegaron al *loft*, Daniela se dio una ducha y se acostó en la cama de Claire. El viaje había sido agotador y había que sumarle sus casi cuatro meses de embarazo.

—¿Está bien? —preguntó Claire a su hermano cuando este salió del dormitorio tras ayudar a Daniela a acomodarse.

—Solo cansada. Este calor la agota todavía más —le contestó a su hermana sentándose a su lado—. ¿Y tú?

—Yo aún no tengo ese problema. El calor me afecta como a todo el mundo —le respondió sabiendo que no se refería a eso.

—Tonta —le dijo riendo—. En serio, ¿cómo estás?

—Muy bien —le dijo levantándose a por agua.

—¿Y la verdad? —volvió a preguntarle a la rubia.

—Marcos...

—Si no quieres hablar me parece bien, pero te estás engañando a ti misma. No a mí —le dijo entonces su hermano cerrando los ojos y acomodándose en el sofá.

—Estoy... solo estoy —le dijo después de un rato callada.

—Estás —repitió él—. Ya es algo.

—Estoy sobreviviendo, Marcos... esto es una mierda. Sé lo que me vas a decir. Que la única que tiene la culpa soy yo y que, si quisiera, podría arreglarlo... pero no hace falta que me lo digas. Ya se han encargado otros antes de recordármelo...

—Solo te iba a decir que tú verás lo que haces... pero veo que sabes dónde está el problema.

—¿El problema? El problema es que se ha acostado con su ex. Lo llamo y no me contesta ni me devuelve las llamadas. Si él no quiere saber nada de mí... yo no voy a seguir insistiendo.

—No sabes si se ha acostado o no, Claire.

—Estoy casi segura... Los vi irse juntos en un taxi, antes de besarse, claro.

—Eso no prueba nada...

—¿Y qué hago, Marcos? Acláramelo, porque yo no lo sé —dijo entonces tapándose la cara con las manos.

—Tenéis que hablar. Eso seguro.

—Entonces le haré señales de humo... —dijo irónica.

—Podrías ir a verlo...

—No creo que... Ya veré.

Dejaron el tema zanjado por un tiempo. Marcos conocía a su hermana y sabía que no iba a dar su brazo a torcer. Así que decidió tomar cartas en el asunto. No le gustaba verla sufrir.

Cerca del mediodía, los tres jóvenes fueron a casa de Carmen. Habían quedado allí para comer con ella y Manuel. El reencuentro fue muy emotivo. Manuel quedó encantado con Daniela. Era una muchacha muy simpática y con mucha vitalidad. Carmen se interesó por el embarazo y Daniela no dudó en enseñarles la primera ecografía de su futuro nieto.

—¿Cuándo os dirán el sexo? —preguntó Claire mientras servía el pollo al horno que Carmen había preparado.

—En la próxima revisión debería de verse bien. Tengo que coger cita para que me haga el seguimiento algún doctor de aquí. Llevarles los informes que me han hecho en Tailandia...

—Si quieres te puedo dar el teléfono de mi ginecóloga. Es un amor de mujer —se ofreció la rubia.

—Genial —apuntó Daniela sonriente.

—¿Tenéis alguna preferencia? —preguntó Manuel mirando a su hijo.

—Me gustaría que fuera niña. Pero viniendo bien...

—Marcos quiere una princesa —terminó diciendo Daniela tocándole la mejilla a su chico.

La comida marchó bien. Todos estaban contentos por la llegada de la pareja a España. Esa tarde, los cinco cogieron el metro que los llevaría hasta el apartamento que Manuel había alquilado para los jóvenes. No estaba muy lejos de casa de Claire.

Se trataba de un piso con tres dormitorios, dos baños, cocina, salón y terraza. Había sido reformado hacía apenas un año. Marcos y Daniela lo habían visto en las fotos que Manuel les había ido mandando, pero cuando entraron y se vieron allí, terminaron enamorándose de él. Era muy luminoso, algo que era de agradecer, pues el pequeño apartamento en que vivían en Bangkok no tenía nada de luminosidad.

—¡Me encanta! —dijo Daniela abrazándose a Marcos.

—Y a mí, cariño.

—Aún queda lo mejor —dijeron Manuel y Claire a la vez.

Padre e hija se encaminaron pasillo adelante hasta llegar a una puerta cerrada que daba paso a un dormitorio. El único que no habían visto.

—Abrid —los animó Claire.

La pareja se quedó sin habla al ver lo que la habitación albergaba en su interior. Era la habitación de un bebé. Las paredes pintadas de blanco eran adornadas por tres estanterías, una de ellas en forma de casita. En cada una de ellas había libros infantiles, lamparitas luminosas con diferentes formas y algún que otro peluche. En la pared del fondo había pintado un gran mapa del mundo con motivos infantiles. Encima de cada continente había dibujados animales que en ellos habitaban. Tailandia estaba señalado de forma especial, un corazón y la frase «aquí empezó todo», terminaban de darle al *collage* el protagonismo que su historia merecía.

Una cuna en tono blanco con las sábanas y la colcha en verde *mint*, un armario y un cambiador a juego eran los únicos muebles que allí se encontraban. Debajo del ventanal había un sillón individual. Además, en una esquina había una cabaña de indios. Hasta que el niño no fuera grande no la iba a necesitar, pero a Carmen le gustó tanto cuando la vio que decidió comprarla.

Marcos y Daniela estaban emocionados. No hablaban, pero sus ojos lo hacían por ellos.

Marcos abrazó a su hermana y su padre y les dio las gracias. Después lo hizo con Carmen.

—Es precioso... me encanta —dijo Daniela limpiándose una lagrimita que le caía por la cara.

—Es vuestro regalo de bienvenida. Pensamos que os gustaría tener cosas de bebé en vuestra nueva casa... No hemos comprado mucho más que lo que veis..., aunque yo me habría traído media tienda —les dijo Claire sonriendo.

—Sois geniales —les dijo Marcos a los tres.

Mientras Carmen y Daniela bajaban a hacer la compra a una tiendecita que había cerca del nuevo piso, Marcos, Manuel y Claire fueron al *loft* de esta a por las maletas. Esa noche ya dormirían allí, así que tenían que quedarse

instalados esa tarde. Mientras iban caminando, Manuel aprovechó para interesarse por su hija.

—Cariño, ¿tú cómo estás?

—Bien. Muy contenta de que ya estén aquí —dijo Claire agarrando la mano de su hermano.

—Me refería a...

—Sé a qué te refieres, papá —le cortó su hija—. Prefiero no hablar de eso.

—Como quieras... Pero ya sabes...

—Sé que puedo contar contigo para lo que necesite. No hace falta que me lo digas —le volvió a cortar Claire.

—Está bien —dijo Manuel dando por terminada la conversación.

—Papá, ¿tú que tal con Carmen? —preguntó Marcos para cambiar de tema.

—Muy bien, hijo. Soy muy feliz —dijo Manuel sonriente.

—Te lo mereces, papá.

Quince minutos después iban de vuelta cargados de maletas. Cuando llegaron, las mujeres ya habían vuelto y estaban colocando todo lo que habían comprado en la cocina.

Claire y Daniela vaciaron varias maletas y fueron llenando armarios, poco a poco. Había muchas cosas que colocar, pero ya era tarde y tras cenar, los tres se marcharon dejando solos a la pareja.

Manuel y Carmen se despidieron de Claire y cogieron el metro a casa de esta. La rubia terminó de hacer el camino a pie, sola. Miro su móvil, pues no lo había hecho en todo el día, tenía varias llamadas perdidas de Sam.

—Morena, acabo de ver que me has llamado.

—¡Hola! Sí. Quería saber si ya había vuelto Marcos...

—Sí. Ahora he salido de su casa. Hemos estado toda la tarde con la mudanza y colocando cosas...

—Te iba a decir... El viernes es mi cumpleaños...

—Ya. No se me ha olvidado... —dijo Claire riéndose.

—He pensado hacer una fiesta... —comentó Sam titubeante.

—Esto... Sam, a la fiesta va a ir Raúl y por eso no sabes cómo decírmelo, ¿no?

—Aún no le he dicho nada, pero... tengo que hacerlo.

—Oye, es tu fiesta. Habrá más gente... No te preocupes por mí.

Tras despedirse, Claire abrió la puerta del *loft*. Ya había llegado. Se desnudó y entró en la ducha. Le había dicho a Sam que no le importaba, pero no era cierto. Estar en la misma habitación que Raúl... iba a ser peor que estar sin verlo esos días.

El resto de semana pasó tranquila. Marcos y Daniela terminaron de organizarlo todo en el apartamento. Además, fueron al ginecólogo que Claire les había recomendado y le habían dado cita para la semana siguiente. Jon también se había instalado en casa de Iván por fin. Todo marchaba según su curso.

Raúl llamó a Claire el jueves por la tarde. Decidió, en un primer momento, no cogerle el teléfono, pero lo volvió a pensar y finalmente lo hizo antes de que la llamada se cortase.

—Hola... —consiguió decir.

—Hola, Claire. ¿Cómo estás? —preguntó él.

—Bueno... tirando. ¿Tú?

—Igual, supongo...

—Raúl, yo... ¿Por qué me has llamado? —le dijo Claire cortando la conversación de besugos que estaban teniendo.

—Sam me ha invitado a su cumpleaños.

—A mí también.

—Me gustaría ir, pero... si te va a molestar verme, mejor no aparezco.

—¿Me has llamado solo por eso? No necesitas permiso para ir a los sitios...  
—le espetó ella.

—Bueno... necesitaba escuchar tu voz.

—Podrías haberme contestado cualquiera de las siete veces que te he llamado desde el domingo. Pero supongo que desde el sábado has estado muy ocupado...

—No vayas por ahí... Blanca...

—Mira, a esa ni me la nombres. Tengo que colgar. Adiós. —Y colgó.

Bastante difícil era poder mantener una conversación normal con él como para también escuchar lo que tuviera que contarle sobre su ex. Si había vuelto con ella o se había acostado, no quería saberlo. En realidad, sí. Pero prefería engañarse a sí misma que enfrentarse a la verdad.

## CAPÍTULO 26: Cumpleaños... ¿feliz?

—¡¡Felicidades, nena!! —dijo Claire dándole un cariñoso abrazo.

—¡Gracias! —le contestó feliz Sam.

Claire miró a su alrededor buscando a Raúl, pero no lo vio.

—Claire...

—No pasa nada, Sam. Vamos a divertirnos —le cortó la rubia antes de que Sam la avisara de que Raúl ya estaba allí.

Claire se acercó a Iván y Jon, que habían llegado unos minutos antes. Después saludó a Daniela, que la vio salir del baño.

—¿Y mi hermano?

—No sé... Me dijo que iba a saludar a alguien mientras yo entraba... Oye Claire, ¿podrías traerme un vaso de agua?, me da corte abrir media cocina hasta encontrar los vasos...

—Claro, ahora vuelvo.

Claire fue a la cocina y mientras llenaba un vaso de agua, lo sintió. Raúl estaba cerca. Cuando se dio la vuelta chocó con él, derramándole el agua encima.

—¡Lo siento! No... no te había visto —dijo ella nerviosa.

—Estaba demasiado cerca... supongo... —dijo él secándose con un paño de cocina—. Estás... ¿Podemos hablar, Claire?

—Tengo que llevarle esto a Daniela —dijo ella señalando el vaso y dirigiéndose al salón.

—Necesitamos hablar... —le dijo antes de que desapareciera.

Cuando Claire llegó hasta Daniela, Marcos ya estaba con ella.

—¿Estás bien? —le preguntó su hermano al verla.

—Perfectamente.

Marcos había estado hablando con Raúl minutos antes. Lo vio salir de la cocina después de Claire, por lo que pudo intuir el motivo de por qué su hermana estaba así.

—¿Habéis hablado?

—No es lugar, Marcos, déjalo ya...

Raúl intentó llegar a ella en varias ocasiones, pero Claire trató de no separarse en toda la noche de Daniela, Iván o Jon. Conocía a más gente a la que, por supuesto, también saludó, pero en cuanto veía que Raúl se acercaba, ella se alejaba.

—¿Claire, podemos hablar? —escuchó ella a su espalda.

—Claro, Carlos...

Salieron a la pequeña terraza que Sam tenía en su habitación.

—Tú dirás —le dijo Claire.

—Oye, no quiero meterme entre Raúl y tú pero...

—Pues no lo hagas.

—Está sufriendo. Nunca lo había visto así.

—Yo tampoco lo estoy pasando bien, ¿sabes?

—Lo dejaste tú.

—Sí. Pero lo que creía un bien se ha convertido en un mal mayor. Y eso no es culpa mía.

—Lo está intentando...

—¿Te ha mandado él? —le cortó.

—Si supiera que estoy hablando contigo se enfadaría bastante, créeme. No quiere que Sam y yo nos metamos.

—Pues hacedle caso, joder. Mira, ya estamos de acuerdo en algo —le volvió a cortar.

Claire salió del dormitorio de Sam bastante enfadada. Había tratado de pasarlo lo mejor posible por su amiga, pero ya no aguantaba más y decidió irse. Cuando llegó al salón estaban cantándole el *Cumpleaños feliz*, así que se unió al cante y esperó. Le entregaron varios regalos a la cumpleañera y, por último, hicieron un brindis.

—Sam, me voy. No me encuentro bien... —se excusó Claire cuando Sam se le acercó.

—¿En serio no te encuentras bien? —preguntó sabiendo cuál era su mal.

—Perdona, pero no creo ser buena compañía ahora mismo. Además, estoy cansada... —dijo viendo a Raúl al fondo del salón hablando con su hermano.

—Como quieras...

Tras despedirse de la morena se acercó a Iván y Jon y también se despidió de ellos. Le quedaba hacerlo de Daniela y Marcos, pero Raúl estaba con ellos hablando animadamente. Finalmente, se acercó.

—Marcos, me voy.

—¿Ya? Pero si aún es pronto.

—No me encuentro bien —dijo mirando a Raúl disimuladamente.

—Te acompaño entonces —le dijo su hermano.

—No, no, vosotros pasadlo bien —dijo besándolos y recogiendo su bolso del perchero de la entrada.

Cuando salió a la calle respiró profundamente. Empezó a caminar cuando alguien la agarró del brazo.

—Suéltame... —dijo Claire sin mirar; sabía que era él.

—Espera, por favor —le contestó soltándola.

—¿Qué quieres?

—Hablar.

—No sé si nos queda algo de lo que tengamos que hablar... —se cruzó de brazos.

—Todo. No hemos hablado de nada...

—Está bien. Habla —le animó ella.

—Claire, tenemos que arreglar esto. Nos está matando a los dos. Te echo de menos, joder.

—Os vi besaros y montaros en un taxi.

—Me besó y no la paré porque sabía que nos estarías observando. Me dolió descubrirte en el bar y que no me hubieses dicho nada. Llevaba llamándote varios días, Claire. Pasabas de mí...

—Por eso tú no coges mis llamadas ahora, ¿no? —Claire empezó a caminar de nuevo. Habían estado parados en la fachada del edificio de Sam.

—¡Espera! ¿Puedes dejar de huir? —le dijo Raúl agarrándola otra vez del brazo.

—No pasaba de ti. Puse espacio entre nosotros para que tú arreglaras el asunto de Blanca sin yo estar en medio. Y resulta que, apenas me doy la vuelta, quedas con ella...

—Déjame que te lo explique —le rogó desesperado.

—No sé si quiero explicaciones. Esto... me supera, Raúl.

—Pero quiero dártelas. No pasó nada... Confía en mí.

—No sé si puedo volver a confiar en ti.

Claire siguió caminando y Raúl la siguió.

—¿Así va a terminar esto? —le preguntó Raúl a su espalda. Claire no le contestó—. ¿En serio? Estás siendo una cobarde.

—Duele demasiado, Raúl. Yo no...

—Si duele es por algo. Te quiero, Claire. Desde el minuto uno en que te vi lo supe.

Y ahí estaban las palabras que nunca se habían dicho, pero que ambos sentían.

—No es suficiente...

—Claro que no. También hay que tener confianza... y tú la has perdido.

—Tengo miedo —le respondió con lágrimas en los ojos.

—¿Miedo? La palabra miedo no debería estar en tu vocabulario. Vivir con miedo a hacer algo no es vivir, Claire. ¡Estás siendo una cobarde! —volvió a repetirle.

Estaban llegando al portal de Claire. Esta sacó las llaves de su bolso y apretó el paso.

—¡Sí! ¡Y qué! Prefiero ser una cobarde a volver a equivocarme...

—Lo nuestro no es una equivocación. Y te lo voy a demostrar.

—No veo cómo —le dijo abriendo la puerta.

—Ya lo verás... Tú no querrás apostar por lo que tenemos, pero yo sí lo voy a hacer y te voy a convencer de que es lo mejor que nos ha pasado nunca.

Claire entró y dejó a Raúl solo, en la calle. Apenas lo perdió de vista, rompió a llorar.

Él tenía razón. Lo que habían vivido en esos seis meses era lo mejor que había tenido nunca. Ahora tenía miedo y no quería hacerle frente.

—Hola, pareja —saludó Claire a su hermano y su cuñada cuando llegaron al *loft* al mediodía, para comer con ella.

—Hola, enana.

Los tres se sentaron a la mesa y empezaron a comer. No hablaron de nada en concreto. Marcos le contó a su hermana que el jueves empezaba a trabajar y el martes tenían cita en el ginecólogo. Daniela estaba deseando saber el sexo del bebé para poder ir de compras y Claire se ofreció a acompañarla la siguiente semana.

—¿Qué tal la fiesta? —preguntó Marcos.

—Mucho has tardado en preguntar... ¡cotilla! —le dijo su hermana sonriéndole—. Más o menos.

—¿Eso es bueno o malo? Después de irte no volví a ver a Raúl.

—Ya sabes que se fue cuando yo salí... Daniela, ¿qué le has visto a mi hermano para estar con él?

—Pues es muy cotilla, pero también muy bueno en la cama... —contestó la chica riéndose.

—Gracias a Dios que mis dotes han funcionado contigo, Dani —le respondió dándole un beso a su chica.

—¡¡Pastelosos sois!! Bueno, qué quieres saber y no te andes con rodeos.

—Pues todo, qué si no... —se carcajeó él.

—Me fui, él vino detrás, medio hablamos y me acompañó a casa.

—¿Y lo habéis arreglado?

—Tú qué crees.

—Viendo tu cara... no.

—Pues eso. No quise escucharlo —dijo ella sentándose en el taburete y hundiendo los hombros.

—Pues deberías hacerlo. No se puede ser tan cabezota...

—¿Tú también estás de su parte?

—¡Eh! Yo no estoy de parte de nadie. Y, pase lo que pase, siempre te voy a apoyar, pero lo que estás haciendo no es lo correcto, lo sé. Y tú también lo sabes. Eso es lo que me molesta —respondió Marcos cariñosamente abrazando a su hermana.

—Necesito pensar... Luego, ya veré...

—Ese es tu problema. Piensas demasiado...

Después de comer, viajaron a Toledo. Daniela nunca había visitado la ciudad, así que aprovecharon para pasar el fin de semana en casa de Manuel.

Claire estaba un poco más animada y los de su alrededor lo notaron. Pasearon por la ciudad y tomaron un helado.

—¿Sara? —respondió al ver el número guardado en su agenda, en la pantalla de su teléfono.

—Hola, Claire, ¿te pillo en mal momento?

—No, ¿ha ocurrido algo? —dijo al notarla nerviosa.

—Mira, no tenía a quien llamar... ¿Podrías quedarte con Helena esta noche y mañana? Mis padres no están y Raúl tampoco...

—Claro, ahora mismo estoy en Toledo, pero en una hora puedo estar allí. ¿Dónde estás?

—En el Gregorio Marañón. Tienen que operar a Jaime de urgencia y yo... —dijo preocupada.

—Te llamo cuando esté llegando. No te preocupes por nada, ¿vale?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Marcos preocupado al escuchar la conversación de su hermana.

—Era Sara. Tienen que operar a Jaime y me ha pedido que me quede con la niña. Voy a recoger mis cosas y me vuelvo a Madrid —dijo subiendo las escaleras hacia el dormitorio.

—Nos volvemos contigo, enana —anunció su hermano minutos después asomando la cabeza por la puerta de su dormitorio.

—No. Quedaos y disfrutad del finde.

—Claire, somos familia. Ya he recogido nuestras cosas, te esperamos abajo —le dijo Daniela pasándole la mano por la espalda.

Diez minutos después, los jóvenes volvían a Madrid. Claire llamó a Sara y le indicó dónde se encontraban.

—Gracias por venir. No sabía a quién acudir... —dijo Sara nerviosa.

—No te preocupes. Yo me encargo de la niña. ¿Qué ha ocurrido?

—Estábamos en el parque y a Jaime le ha empezado a doler el costado. Hemos venido a urgencias y nos han dicho que tiene apendicitis. Tienen que operarlo.

—¿Y Raúl?

—No está en la ciudad. Esta mañana se ha ido con Carlos a pasar el fin de semana a la sierra en una casita que tiene allí. Pero no hay cobertura. Hasta que mañana no vuelva, no se enterará de nada. Mis padres se fueron ayer al viaje que les regalasteis por su cumpleaños...

—Vale. Me llevo a la niña. Tú no te preocupes por nada. Si necesitas algo, llámame.

—Muchas gracias, Claire, de verdad —le dijo dándole un abrazo.

La niña dormía en brazos de su madre. Claire la acunó en los suyos y siguió durmiendo plácidamente. Sara le había dado las llaves de casa de sus padres. Allí tenía ropa, juguetes y todo lo que la niña pudiera necesitar. Además, podría entretenerla en la piscina.

Cuando llegó al parking del hospital, Daniela y Marcos la estaban esperando.

—Nada grave —les dijo Claire—. ¿Me llevas a casa de los padres de Raúl? Me quedaré allí hasta mañana.

—¿Allí?

—Sara dice que es mejor. Hay cosas de la niña por todas partes y puedo entretenerla con la piscina si se pone difícil... aunque no lo creo, la verdad.

—Está bien.

Claire no necesitaba pasar por el *loft*. Ya llevaba la maleta preparada de su intento de fin de semana en Toledo.

La pequeña Helena se despertó a mitad de camino. Preguntó por sus papás y se quedó convencida y tranquila con la explicación que Claire le había dado.

Cuando llegaron a casa de Adrián y Alma, Marcos y Daniela prepararon unas tortillas y ensalada para cenar mientras Claire bañaba a la pequeña.

—¿Y por qué no hemos ido a tu casa, Claire? —preguntó la niña mientras la rubia la secaba.

—Porque mañana nos vamos a tirar todo el día en la piscina. ¿Te apetece?

—¡¡Sííí!!

—Ahora vamos a cenar y a la cama. Que hay que descansar.

—Vale.

Cuando bajaron, los otros ya tenían la mesa preparada.

—Marcos, mañana vamos a estar todo el día en la piscina. ¿Vais a venir? —preguntó la niña sonriente.

—No sé, pequeña... Ya veremos, ¿vale?

—Cuando mi papá dice ya veremos... es que no —dijo la niña seria.

—Es que tienen cosas que hacer cariño, pero si pueden, vendrán, ¿verdad?

—dijo Claire mirando a Daniela.

—Claro... lo vamos a intentar. Ahora a cenar, que se enfría —le respondió Daniela cariñosamente.

Cuando terminaron de cenar, Marcos estuvo un rato jugando con la niña mientras Daniela y Claire recogían.

—Le encantan los niños —dijo Daniela mirando la estampa tan familiar que tenía delante.

—Va a ser un padrazo, no hay duda —le contestó Claire sonriéndole.

—¿Seguro que no quieres que nos quedemos?

—No. En cuanto terminemos os marcháis. Tienes que descansar...

Media hora después llegaban las dos al salón tras limpiar la cocina. Marcos tenía a la niña en brazos, dormida. Les hizo una señal a las chicas y la subió a su cama.

—Gracias —le dijo Claire a su hermano dándole un beso en la mejilla.

—Enana, es una niña increíble. Parece adulta y es tan pequeña...

—Sí. Es genial. Venga, marchaos. Es tarde.

—¿Estaréis bien?

—Claro.

Cuando la pareja se marchó, Claire apagó las luces de la planta baja y subió a echarle un vistazo a la pequeña. Se metió en el baño a darse una ducha cuando empezó a sonarle el teléfono.

—Hola, Sara, ¿Cómo va todo?

—Ya han subido a Jaime a planta. Todo ha salido bien —dijo con una sonrisa.

—Me alegro mucho.

—¿Y la niña?

—Dormida. Hemos cenado y luego mi hermano ha estado jugando un rato con ella. Después se ha quedado frita en sus brazos. No te preocupes por nada. Aquí estamos genial. Céntrate en tu marido y mañana nos vemos...

—Muchas gracias, Claire... No sé cómo voy a pagarte esto.

—No digas tonterías... Descansad, ¿vale?

Cuando colgó, se dio la ducha y volvió a la habitación de la niña. No se había movido. Entró a la habitación de invitados, justo en la puerta de enfrente y la dejó abierta.

—Hola, rubia.

—¿Por qué no me dijiste que Raúl y Carlos se iban fuera este fin de semana?

—Creí que no te importaría saberlo... Nunca quieres que te lo nombre. ¿Cómo te has enterado?

—Ya, pero... Da igual. Estoy en casa de los padres de Raúl. Han tenido que operar a Jaime de urgencia y Sara me ha pedido que me quede con la niña. No tenía a quien recurrir.

—¿En serio? ¿Está bien?

—Sí. He hablado ahora con ella.

—Si necesitas algo, llámame, ¿vale?

Cuando colgó, la niña apareció en su habitación.

—¿Qué pasa, cariño? —le dijo Claire alargándole la mano.

—¿Puedo dormir contigo?

—Claro, ven aquí —respondió golpeando la cama con la mano.

Ambas se tumbaron en la gran cama de matrimonio de la habitación de invitados.

—¿Puedo llamarte *tita*? —le preguntó la niña un momento después, antes de dormirse.

—Claro, cariño, puedes llamarme como tú quieras —le respondió Claire dándole un beso en la frente.

La pequeña, al momento, se durmió y Claire también.

Entraban unos rayos de luz por la ventana. Claire abrió los ojos, cegados por tanta claridad. Miró a su alrededor y vio a la niña dormida. Se levantó sin hacer ruido y bajó a la cocina. Se sentía extraña, fuera de lugar. Sin nadie de la familia exceptuando la niña. Sin Raúl. La última vez que estuvo allí, Blanca también estaba, pensó mirando por la ventana.

Mientras se preparaba un café miró el móvil. Tenía un mensaje de Sara. Habían pasado buena noche. Le respondió y le mandó otro a Marcos:

La noche, perfecta.

Cuando la niña se despertó, le preparó el desayuno y se pusieron los bañadores. Estuvieron bañándose en la piscina cubierta y jugando. Claire sabía que de un momento a otro llegaría Raúl; entonces no tendría más remedio que hablar con él.

Y así sucedió. Ya era por la tarde cuando escuchó la verja de fuera cerrarse. La niña dormía en el salón y ella aprovechó para ir a casa de él. Raúl seguía

sin saber nada de lo ocurrido y mucho menos que ella se encontrara allí. Tocó al timbre y esperó.

—¿Claire? —dijo él extrañado al verla en su puerta y con un vestido playero y una chaqueta por encima. Estaban casi en el mes de noviembre y no era la ropa más adecuada.

—Hola —dijo cruzándose de brazos al notar el frío del exterior.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Raúl, tenemos que hablar. ¿Puedes venir a casa de tus padres? Helena está allí —dijo dándole la espalda y empezando a andar.

—¿Qué ha pasado? —dijo él siguiéndola a través del jardín.

Claire le relató lo ocurrido desde que Sara la llamó la tarde anterior hasta cinco minutos antes de que él llegara. Raúl llamó a su hermana y volvió a reunirse con Claire.

—Gracias por hacer esto —le dijo Raúl apesadumbrado.

—Oye, tú no tienes la culpa —le respondió sabiendo que él se sentiría culpable de no haberse enterado de lo ocurrido.

—Yo tendría que haber estado aquí...

—Pero no estabas. A mí no me importa quedarme con la niña cuando haga falta...

—Gracias... —le dijo Raúl acercándose a ella.

Claire había intentado mantener las distancias. Por un lado, quería olvidar todo lo ocurrido y abrazarlo, que todo volviera a ser como unas semanas atrás; por otro, le daba terror volver con él y que la relación se estropease de nuevo, lo que conllevaría volver a sufrir.

—¡Tite! —escucharon a sus espaldas.

—Hola, princesa —le dijo Raúl cogiendo en brazos a su sobrina.

—¿Cuándo has venido? La *tita* me ha cuidado. Hemos dormido juntas...

—¿Ah, sí? —dijo Raúl mirando a Claire mientras esta sonreía tímidamente  
—. Qué suerte tienes, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Por dormir con ella. Solo los elegidos pueden hacerlo.

—¿Y tú eres un elegido? —preguntó la niña a su tío.

—Espero serlo pronto, cariño —le contestó mirando a Claire.

—Bueno, yo me voy —dijo Claire levantándose y dirigiéndose a las escaleras, nerviosa.

—Quédate —le pidió Raúl.

—Ya estás aquí. No hago falta.

—A mí, sí. Por favor —le rogó.

—No es buena idea...

—*Tita*, quédate, podemos bañarnos en la piscina —pidió la niña apoyando a su tío.

—Cariño, tengo que marcharme. Otro día vuelvo.

Finalmente, subió a recoger sus cosas y cambiarse. Raúl le puso dibujos a Helena y subió a hablar con la rubia.

—¿Podemos hablar? —dijo apoyándose en la puerta del dormitorio.

—No es momento, Raúl.

—¿Y cuándo lo es? Siempre dices lo mismo, Claire...

—Oye, está la niña abajo. Otro día hablamos.

—Siempre das largas. Necesito hablar. Lo necesitamos —le dijo acercándose.

—Ahora no... —Claire no siguió hablando. Raúl estaba acariciándole la mejilla y le pasaba los dedos por el borde de sus labios—. Tengo que irme. Marcos llegará pronto.

Claire cogió su bolso de viaje y salió de la habitación. Raúl tenía un efecto hipnotizador en ella. Con solo un pequeño contacto perdía la capacidad de

pensar, cosa que a veces le venía bien, casi siempre lo hacía de más.

Se despidió de la niña y salió a esperar a su hermano fuera. Raúl salió tras ella.

—Puedes esperar dentro.

—No creo que tarde. No te preocupes.

—Estás huyendo.

—No estoy huyendo...

—Sí. Y lo sabes.

—Oye, Raúl, no quiero discutir. Estoy cansada —le dijo poniéndose a la defensiva.

—No estamos discutiendo. Solo hablamos...

—No quiero hablar.

—Tendremos que hacerlo en algún momento. Aunque me cueste atarte...

—Qué gracioso eres —le dijo con ironía.

—Hablo en serio. En algún momento vas a tener que escucharme, quieras o no.

Antes de responderle Claire, llegó su hermano. Ella metió el bolso en el maletero y se subió al asiento delantero sin despedirse de Raúl.

Marcos bajó del coche y lo saludó. Hablaron de algo que Claire no pudo escuchar y se marcharon de allí.

## CAPÍTULO 27: ¡Niña!

Pasaron unos días hasta que volvió a ver a Raúl. Era miércoles y Manuel había conducido hasta Madrid para comer con sus hijos, Daniela y Carmen. Sentados a la mesa del salón de los futuros padres, les dieron la noticia.

—¡¡Una niña!! —gritó Marcos eufórico.

Todos empezaron a felicitar a la pareja, emocionados.

—Una princesa, como tú querías —dijo Claire abrazando a su hermano.

—Ya podemos ir a comprar monerías, Claire —comentó Daniela.

—Cuando quieras, cuñada.

La gran noticia hizo que Claire se olvidara un poco de Raúl durante las horas que estuvo acompañada, pero en cuanto se marchó a trabajar, volvió a pensar en él. Deseaba contarle la noticia y lo feliz que estaba por su hermano y Daniela. Pero, como siempre, las dudas hicieron que no lo llamara. Al final decidió llamar a Sam y contárselo a ella.

—Hola, rubia, ¿cómo vas?

—¡Hola!

—Esto... estás muy contenta, ¿no?

—Una niña, Sam. Voy a tener una sobrina —dijo con una gran sonrisa.

—¡¡Que alegría!! Me alegro mucho. Es lo que todos deseabais, ¿no?

—Sí. Tendrías que ver a mi hermano... Nunca lo había visto así.

—Entonces, habrá que celebrarlo... Me encargo yo.

Cuando se despidieron, Claire ya había llegado a la agencia. Saludó a Iván y le dio la buena noticia. Además, este le dijo que tenían que hablar de las

vacaciones. Ya no había mucho trabajo y siempre cerraban dos semanas.

La tarde fue muy tranquila, tanto que Claire estuvo a punto de llamar a Raúl varias veces, pero siempre se arrepentía. Al final, sin pensarlo, le dio a llamar.

—Hola —dijo Raúl sorprendido.

—Esto... hola —le contestó pensando que era una idiota por haber llamado.

—Me alegra que me llames. ¿Quieres que...? —Pero ella le cortó.

—Solo quería... solo quería contarte una cosa. He pensado que te gustaría saberlo y te alegrarías.

—Ah. Pues entonces cuéntame, nena.

*Nena.* Cómo un simple sustantivo podía abarcar tantas cosas.

—Claire, ¿sigues ahí? —preguntó Raúl al ver que ella no decía nada.

—Sí. Ya sabemos el sexo del bebé —le respondió tranquilizándose.

—¡Vaya! Qué bien. ¿Al final, una princesa?

—Sí. Estoy contentísima. Es lo que todos deseábamos. Aunque si hubiese sido un niño tampoco nos habría importado...

—Ya... Me alegro mucho. Felicitaré a los futuros papás, entonces.

—Sí...

—Me alegra que hayas llamado para contármelo.

—Bueno, ya te lo he dicho, he pensado que te alegraría saberlo...

—¿Quieres que nos veamos?

—Pues... estoy liada con Daniela esta semana... —se excusó.

—Bueno, nos vemos pronto.

Cuando colgaron, a Claire le temblaban las piernas. Había intentado tranquilizarse, pero con solo oír su voz se ponía nerviosa.

Minutos después, recibió un mensaje de Sam:

Celebramos que es niña a las nueve, en el mexicano de siempre. No te retrases, iremos todos.

Con ese «iremos todos», ¿a quiénes se refería? Claire le preguntó, pero Sam solo le dijo que «los de siempre». Llamó a su hermano, pero no supo decirle quiénes irían a la celebración. Sam se había encargado de llamarlos y quedar con ellos.

Seguramente, Raúl también iría y la verdad que no le extrañaba. Desde que su hermano lo había conocido, habían hecho muy buenas migas y siempre estaban en contacto. Aunque a ella no le hubieran dicho nada, lo sabía.

Tal y como había creído, Raúl sí fue. Cuando llegó al restaurante ya estaba allí, junto a Jon e Iván. Estuvo en la puerta un rato esperando a que llegara alguien más para entrar acompañada, pero ninguno de los que faltaba llegó. Empezaba a tener frío y decidió dejar de hacer el tonto.

—¡Hermosura! —dijo Iván levantándose a darle un beso a su amiga.

—Hola, guapos —dijo mirando a Raúl de reojo.

—Vienes helada —le dijo Jon abrazándola después.

—Hola —dijo Raúl acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla.

Claire no le pudo contestar. No se esperaba que fuera a acercarse y mucho menos a besarla. Antes de que reaccionara, escuchó a Sam y Carlos a su espalda. Así que se quitó el abrigo, ya que de estar helada pasó a asarse de calor y lo puso en la silla, al lado de Jon. Por nada del mundo se sentaría junto a Raúl.

—Hola, Carlos —lo saludó después de a su amiga.

—Hola, guapa —le contestó con una sonrisa y dos besos.

—Oye... Me gustaría pedirte disculpas por la otra noche... no debería de haberte hablado así —le dijo Claire cuchicheando, haciendo alusión a la fiesta de cumpleaños de Sam.

—No hay nada que disculpar. No debería haberme metido en eso —le respondió tocándole la mano.

Los futuros papás llegaron los últimos. Cuando se acercaron a la mesa todos empezaron a vitorearles y aplaudir.

—¡Estáis locos! —exclamó Marcos riendo.

—Vemos que todos conocéis la noticia —dijo Daniela feliz tocándose la barriguita.

—Verás cuando nazca la princesa, va a tener tantos *tites* que no la vais ni a ver... —dijo Iván.

—Perdona, pero yo tendré prioridad —dijo orgullosa Claire.

Durante la cena, el ambiente era inmejorable. Todos bromeaban y reían ante las ocurrencias de unos y otros. Claire trató de no cruzar palabra con Raúl, aunque este, a la menor oportunidad, comentaba algo a lo que la rubia podía contestar. Ella lo hacía cuando no le quedaba más remedio, pero intentaba no darle mucha importancia y rápidamente cambiaba de tema o comentaba algo de la comida.

Cuando salieron del restaurante caminaron hasta un *pub* cercano a terminar la noche de celebración. Las chicas se sentaron mientras los chicos pedían las bebidas en la barra.

—Habla con él —le dijo Daniela a Claire, al ver que su cuñada miraba a Raúl apoyado en la barra.

—No. No es momento... Es vuestra noche —se excusó.

—Claire, déjate de tonterías... —le espetó Sam.

—Oye, no empecéis... Estoy muy bien así —afirmó Claire convencida.

—Si tú lo dices... —dijeron las otras dos al unísono.

Cuando los chicos volvieron, se sentaron y empezaron a charlar. Media hora después, Jon e Iván vieron a un grupo de amigos al fondo de la sala y se acercaron a saludarlos. Carlos y Sam se dirigieron a la pista y comenzaron a bailar.

—Cariño, voy al baño, ahora vuelvo —dijo Daniela a su chico.

—Espera, te acompaño y no vas sola —se ofreció Claire, más que nada para no quedarse a solas con su hermano y Raúl.

—No, ya la acompaño yo —dijo Marcos levantándose y cogiendo a Dani de la mano.

«Genial», pensó Claire al verse sentada a solas con Raúl.

—Estás muy guapa —le dijo Raúl.

—Gracias...

—Claire... Lo siento. De verdad.

—Oye, Raúl, ahora...

—Ya. No es momento.

—Eso —afirmó.

—¿Quieres bailar? —dijo mirando hacia la pista.

—No.

—Entonces hablemos.

—Prefiero bailar.

—Vale. Vamos —dijo Raúl levantándose y ofreciéndole la mano.

Claire no tuvo más remedio que aceptar. Ambos se dirigieron a la pista cogidos de la mano y se agarraron. Parecía que la música lenta que sonaba en esos momentos hubiera sido elegida aposta.

—Estás tensa. Relájate.

—Tú me pones tensa.

—Me alegra saber que eso no ha cambiado.

—Todo ha cambiado —dijo Claire intentando tragar el nudo que sentía en la garganta.

—Todo no. Sigo sintiendo lo mismo —dijo acariciándole la espalda—. Y tú también.

No se sabe cuánto tiempo permanecieron abrazados en la pista, moviéndose al ritmo lento de las canciones que Carlos había pedido que pusieran. Claire

se dejó llevar y empezó a relajarse. Después de cuatro canciones, levantó la vista hacia la mesa que habían estado ocupando con los demás. Allí estaban todos. Hablando y riendo. Despreocupados.

—Deberíamos volver con los demás —le dijo Claire sin estar muy convencida de querer separarse de él.

—Yo estaría toda la vida así —le dijo mirándola a los ojos.

—Qué cursi eres, por favor —le dijo sonriéndole como llevaba tiempo sin hacer.

Cuando acabó la canción se dirigieron a la mesa y se sentaron, esta vez uno al lado del otro, pues los demás se había encargado de dejar libres dos sillas juntas.

—¿Qué tal la música? —dijo Marcos al cabo de un rato dirigiéndose a su hermana.

—Muy amena. Deberías sacar a bailar a Dani... —le respondió su hermana haciéndole una mueca.

—Creo que nos vamos a ir ya... Está cansada.

Finalmente, todos decidieron irse. Iván y Jon tenían el coche cerca, así que fueron los primeros en despedirse. Después, Sam y Carlos y, por último, Daniela y Marcos. Claire y Raúl siguieron caminando uno al lado del otro.

—No tenías por qué acompañarme. Estoy cerca.

—Tengo ganas de andar.

—¿Qué tal Jaime? —preguntó interesada.

—Bien. Están muy agradecidos por lo que hiciste...

—No es nada. ¿Y tus padres?

—Pasádoselo pipa... Dicen que es el mejor viaje que han hecho nunca.

—Qué bien.

Tras un silencio en el que casi estaban llegando al portal, Raúl preguntó con pocas esperanzas.

—¿Podemos vernos mañana? Te echo de menos.

—Sí —afirmó sin pensar.

—¿Sí? —dijo sorprendido.

—Yo también te echo de menos —se sinceró.

—Genial —respondió con una gran sonrisa—. ¿Dónde nos vemos?

—Ven a las nueve. Te invito a cenar.

Esa noche, Claire fue un poquito más feliz. Después de estar bailando agarrados en la pista de aquel *pub*, se dio cuenta de que, en realidad, lo importante no había cambiado, por mucho tiempo que llevara negándose.

Raúl le había dicho que la quería y ella realmente lo había creído. Tenía los mismos sentimientos hacia él. Por primera vez en las últimas semanas, no había sentido el vacío de no tenerlo cerca y no tocarlo.

Había estado tranquila y se sentía bien por ello, así que decidió dejarse de tonterías de una vez y hacer las cosas bien. Debía tomar decisiones.

—¡Enana! ¿Qué pasó anoche?

—Hola, Marcos, yo también me alegro de oírte —le respondió Claire a su hermano con ironía.

—Sí, sí, pero ¿qué pasó?

—¿Cómo que qué pasó?

—Bueno... estuvisteis hablando, bailando y luego te acompañó a casa...

—Eso es. Y ya está. Yo subí y él se fue.

—¿Me estás diciendo que no habéis solucionado nada?

—En serio, esto tienes que mirártelo. No es normal el nivel de cotilla que estás tomando... —le dijo a su hermano riéndose.

—Al menos te ríes. Algo hay...

—Sí, lo que tú digas. Oye, tengo que colgar, entran clientes.

A media mañana, fue Sam la que la llamó.

—¿Tú también estás con esas?

—Venga... cuéntame.

—Sam, no hay nada que contar. Me acompañó a casa y nada más.

—¿Entonces, no habéis hablado?

—No, pesada.

Al fin pudo quitarse también a Sam de encima. Aunque la desquiciaba que insistieran tanto en el tema, en el fondo sabía que se preocupaban por ella.

La tarde pasó más deprisa de lo normal; como no había llegado ningún cliente y con todo el papeleo hecho del día, se puso a mirar destinos para sus próximas dos semanas de vacaciones. Tenía ganas de salir, conocer sitios nuevos y desconectar.

Cuando llegó a casa se duchó y antes de que pudiera darle tiempo a vestirse, tocaron al portero. Era Raúl. Le dejó la puerta abierta de la calle y entró al dormitorio a ponerse una sudadera y unos *leggings*.

Cuando salió, Raúl estaba poniendo unas rosas en agua.

—Qué bonitas —dijo tímidamente detrás de él.

—¿Te gustan? —le preguntó acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla.

—Ya sabes que sí —le sonrió.

Claire había comprado una bandeja de sushi y unos canapés; los puso en la mesa y abrió una botella de vino blanco.

No hablaron mucho, ni uno ni otro. Se dedicaron a saborear el momento y disfrutar de la compañía.

—¿Sabes que es la primera vez que estoy tranquila y he disfrutado de lo que he comido desde que nos separamos?

—Eso explicaría lo delgada que estás. Si no te cuidas tú, ¿quién lo va a hacer?

—Supongo que no he sido muy racional estas semanas. En nada.

—Ninguno lo hemos sido —le dijo Raúl sinceramente.

—¿Qué pasó? Cuéntamelo.

—Quedé con Blanca para intentar convencerla de que lo que habíamos tenido en el pasado ya no existía. Te estuve llamando para contártelo, pero no me cogiste el teléfono. Fuimos al bar ese a tomar algo y nos viste. Eso ya lo sabes. Me cabreé al verte allí. Habías estado toda la noche viéndonos y no fuiste capaz de hacerme una señal...

—Sé que...

—Déjame seguir, por favor —le pidió.

—Me enfadé y nos marchamos. Pedimos un taxi y cuando estábamos esperándolo, ella me besó. Yo sabía que nos estarías mirando y no la paré. Llegó el taxi y fuimos a su casa.

—Y os acostasteis —dijo tristemente Claire.

—No. No me he acostado con Blanca. Fuimos a su casa. Ella estaba decidida a acostarse conmigo...

—¿Y tú con ella? —preguntó Claire temiendo la respuesta.

—En principio, sí. Estaba decidido a hacerlo. Pensé que era la única solución para que me dejara en paz —le reveló sinceramente.

—Joder. ¿Pensaste en mí en algún momento?

—Solo pensaba en ti.

—Ya...

—Fuimos a su casa y empezamos a besarnos, pero no pasó nada. Yo solo pensaba en ti. Ni siquiera me excitó... Blanca por fin se dio cuenta y me dijo que me fuera, que ya no era el de antes.

—Y te fuiste...

—Sí.

—¿Y por qué no cogiste mis llamadas?

—No sabía cómo explicártelo todo. Sabía que no me creerías.

Raúl se acercó un poco más a Claire y le acarició la mejilla.

—No hagas eso.

Claire lo deseaba por encima de todas las cosas. Quería besarlo, olerlo, acariciarlo y, sobre todo, dormir con él.

—Los dos lo deseamos, Claire...

—Por eso.

—Perdóname, por favor.

—Perdóname tú a mí.

—No tengo nada que perdonarte, nena.

—Te dejé. Te prometí que estábamos bien y luego me largué. Esa culpa me estaba matando.

—Lo hiciste por los dos... Ven aquí —dijo Raúl atrayéndola a sus brazos.

La pareja se fundió en un abrazo. Ninguno de los dos habló. Solo disfrutaron el uno del otro.

—El tema de Blanca está solucionado. No me ha llamado desde entonces y por lo que me ha llegado, la semana que viene vuelve a Nueva York...

—Mejor.

—Ahora necesito que volvamos a retomar lo que tenemos. Nos estamos haciendo daño sin merecerlo...

—Lo sé. He sido una cobarde. Me monté una película en mi cabeza... Pensaba que sí te habías acostado con ella...

—Eso ya no importa.

—Sí que importa. Estaba muy enfadada, ¿sabes? Todos me decían que la culpa la tenía yo, que tú lo estabas pasando fatal, que soy una cabezona...

—La culpa nunca es solo de uno. Yo contribuí bastante.

—Te he echado tanto de menos... He soñado contigo cada noche.

—Te quiero, Claire.

—Yo también te quiero, Raúl...

Por fin lo había dicho en voz alta. Sin planificarlo y sin pensarlo. Sintiéndolo.

—¿Pero?

—Necesito que esto funcione, necesito volver a confiar en ti como antes y necesito que ahora no vayamos tan rápido. Me da fobia pensar que si lo vivimos todo tan intensamente, se va a acabar pronto...

—Nena, las cosas se acaban cuando se tienen que acabar. Hay que vivir el momento tal y como venga y luego ya se verá...

—Gracias.

—Gracias a ti por existir —le respondió él dándole un beso en la cabeza.

No hablaron más aquella noche. Estuvieron abrazados en el sofá hasta que Claire se durmió apoyada en su pecho. Raúl la llevó a la cama y la arropó.

—Quédate —dijo Claire adormilada tocando el hueco de cama que quedaba a su lado.

—Es tarde. Debería irme.

—No me dejes, por favor.

Raúl no lo pensó más y se metió con ella en la cama. Durmieron abrazados toda la noche.

—Buenos días, princesa.

—Pensaba que había sido todo un sueño, pero veo que no —le dijo devolviéndole la sonrisa.

Cuando desayunaron se pusieron en marcha. Raúl tenía que ir a su casa, ducharse, cambiarse e ir a la clínica.

—Raúl...

—Dime, nena.

—¿Podríamos llevar esto en secreto? Prefiero que nadie sepa nada hasta que pase un tiempo...

—Vale. ¿Pero no crees que notarán algo?

—Bueno... si seguimos comportándonos como hasta ahora...

—¿Con indiferencia?

—No creo que fuera indiferencia... Era más un quiero y no puedo porque soy imbécil —le dijo dándole a conocer su estado de las semanas anteriores.

—Oye, no pienses más en eso. Esta vez vamos a ir despacio de verdad, ¿vale?

—A ver lo que aguantamos...

—Eso... —le respondió sonriéndole.

Se despidieron con un suave beso en los labios y un abrazo.

## CAPÍTULO 28: Paripé

—Cariño, ¿qué tal? ¿Cómo se presenta el fin de semana?

—Hola, papá. Pues aún no lo sé. Me gustaría hacerles una visita a Sara y Jaime. No los he visto desde antes de la operación y debería ir a verles. ¿Es por algo?

—Carmen y yo hemos pensado ir el domingo y pasar el día con vosotros. Si os parece bien, claro.

—Claro, papá. Puedo quedar con Sara en ir mañana, cuando cierre la clínica.

Cuando colgaron, Claire se alegró por su padre. No lo había visto plenamente feliz desde que era pequeña. Ahora compartía su vida con Carmen y tenía en ella una amiga, un apoyo y una amante.

Iván llegó antes del mediodía y acordaron las dos semanas de cierre que iban a tener. Él y Jon se irían unos días a Cuba. Jon tenía muchas ganas de volver a su país después de tantos años fuera y ver a su familia. Claire decidió irse una semana a Polonia. Hacía años que no iba y le apetecía.

Mientras comía un menú en un bar cercano, le llegó un mensaje al móvil. Te echo de menos. ¿Qué haces esta noche?

Pensaré en ti.

Contestó Claire con una sonrisa tonta en los labios.

Podríamos vernos y ver una peli. ¿Quieres venir a mi casa?

¿Y que nos vean tus padres? Ven tú a la mía.

Cierto. Llegan esta tarde de Italia.

Terminaron de intercambiar mensajes y Sam le dijo de tomarse un café antes de entrar al trabajo. Se dirigió a la cafetería donde habían quedado. Sam ya estaba allí.

—¿Tengo algo? —dijo Claire tocándose la cara al ver que su amiga no dejaba de mirarla.

—Sí. Un brillo...

—No empieces, por Dios —le cortó ella, intentando disimular.

—Es que... ha pasado algo, ¿no?

—Qué va a pasar. Mi vida es un asco...

—Eres muy mala actriz, Claire. Nos conocemos. Venga, dímelo... Es Raúl, ¿no?

—No ha pasado nada, Sam. Y si te pones pesada, me voy.

—¿Seguro?

—¡Qué sí!

Sam no tuvo más remedio que dejar de insistir. Sabía que algo había ocurrido y que estaba relacionado con Raúl. Intuía que habían hablado; pensando que era positivo, dejó el tema aparcado.

Volvieron al trabajo después de Claire contarle la semana de vacaciones que se iba a pasar en Polonia. Tenía ganas de alejarse de todo y poner tierra de por medio, según le había dicho a su amiga.

Al poco de llegar Claire al *loft*, llegó Raúl. Mientras este preparaba algo de cena, ella se duchó. Se sentaron a la mesa y empezaron a hablar animadamente. El móvil de ella empezó a sonar.

—Es Marcos —le dijo haciéndole una señal para que no hiciera ruido—. Hola, Marcos.

—Enana, hemos pensado salir a tomarnos algo, ¿quieres venirte?

—Qué va. Estoy cenando ya. Quiero acostarme tempranito, que mañana tengo muchas cosas que hacer...

—¿Está todo bien? —preguntó Marcos.

—Claro... ¿Has hablado con papá? —le preguntó ella cambiando de tema.

—Sí. Nos vemos el domingo.

Cuando se despidieron le hizo una mueca a Raúl. Sabía que su hermano no era tonto y ella muy mala mintiendo. Minutos después, le sonó el móvil a él.

—Es tu hermano —le dijo a Claire enseñándole la pantalla—. Qué pasa, tío —saludó.

—Raúl, vamos a ir Dani y yo a dar una vuelta y tomar algo... ¿te apetece?

—Puff. Pensaba acostarme temprano. Mañana trabajo y...

—Como quieras. Oye, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Dispara —dijo poniendo caras a Claire que lo miraba sin saber qué quería su hermano de él.

—Con mi hermana...

—Oye, no vayas por ahí. Sé que lo hacéis de corazón, pero... ella no quiere saber nada de mí. No puedo obligarla a que me escuche —dijo encogiéndose de hombros.

—Ya, tienes razón..., pero no puedes rendirte. Mira, es muy cabezona, pero si sigues insistiendo, al final cederá por no escucharte más...

—Sí es cabezona, sí...

Cuando colgó, Claire le dio un pellizco en el brazo.

—¿Cómo que cabezona? ¿Qué quería el cotilla?

—Que no me rinda contigo —le dijo riéndose—. Me ha dicho que siga insistiéndote. Al final, cederás...

—Cómo me conoce... —dijo riéndose.

Pusieron la película después de recoger la mesa. Se tumbaron en el sofá, uno apoyado en el otro. De vez en cuando, Raúl le agarraba la mano y le posaba un beso en ella.

—¿Te ha gustado? —preguntó Raúl levantándose del sofá para quitarla.

—No estaba mal... Oye, se me ha olvidado decírtelo, mañana voy a ir a casa de tu hermana. No los he visto desde el hospital.

—Vale. Nos vemos allí, entonces.

—¿Cómo? No. No podemos vernos allí. Ni en ningún otro sitio que no sea aquí.

—¿Por qué? Me presento allí como si nada. Como si no supiera que estás...

—Eres de lo que no hay...

Raúl se marchó minutos después a casa.

El sábado por la mañana, Claire salió a hacer las compras para la semana. Después quedó con Daniela para ir a mirar cosas para la niña, ya que Marcos estaba trabajando.

—¡Mira qué bonito! —exclamó Claire sacando del perchero un vestidito de volantes con motivos florales en verde botella y fucsia.

—Me gusta todo. No podemos llevarnos tantas cosas, ¿no? —contestó ella poniendo cara de pena y mirando las dos cestas que llevaban entre las dos.

—Marcos nos va a matar. Aún no ha nacido y mira todo lo que llevamos.

Ambas comenzaron a reírse. Habían comprado baberos, *body*s, pijamitas, algún chándal, camisetas y algún que otro vestido.

Después de comer juntas, Claire fue a casa de Sara.

—¡¡Hola, *tita*!! —gritó la niña desde el salón de la casa.

—Hola, cariño —dijo Claire cogiéndola en brazos y dándole besos.

—¿Qué tal Jaime?

—Mucho mejor. Gracias por todo, Claire.

—No tienes que darlas...

Se sentaron a tomar café mientras la niña le enseñaba a Claire unos dibujos que había tenido que hacer para el colegio.

Poco después tocaron al timbre. Claire sabía que era Raúl. Ahora tenían que hacer el paripé delante de los demás. Sara fue a abrir y cuchichearon algo

antes de entrar al salón.

—¡Hola, princesa! —dijo Raúl a la pequeña cuando esta corrió hasta la puerta.

—*Tite*, ¿sabes que Claire está aquí?

—¿No me digas? —dijo haciéndose el sorprendido—. Hola —dijo Raúl mirando a la rubia y sentándose enfrente de ella cuando llegó al salón.

—Hola, Raúl... ¿Qué tal?

—He pensado venir a ver a la renacuaja, no sabía que estarías aquí.

—Bueno... he venido a ver a Jaime. Desde el hospital no los había visto...

—Ya...

—Será mejor que me vaya —dijo Claire intentando disimular.

—¿Irte? Pero si acabas de llegar —dijo Sara sorprendida.

—No quiero molestar...

—Tonterías —dijo Jaime mirando a su cuñado.

—Por mí puedes quedarte... siempre es un placer verte —le dijo Raúl con una sonrisa pícaro.

Sara y Jaime empezaron a hablar de otros temas e hicieron que los otros dos no se sintieran mal con la presencia del otro. O eso pensaban ellos.

Claire se marchó a media tarde, después de haber estado jugando con Helena. Raúl trató de no interactuar mucho con ella, pero las miradas que se lanzaba y lo atento que estaba a todo lo que la rubia hacía, le hicieron ver a su hermana que seguía sintiendo lo mismo por ella.

Por la noche, Claire fue a casa de Sam a tomar algo. Esta le había insistido para que fuera y no supo ponerle ninguna excusa para no ir.

Habían abierto unas cervezas cuando tocaron al portero.

—¿Quién es? —preguntó la rubia sorprendida.

—Debe ser Carlos —dijo dirigiéndose a la puerta.

—No me habías dicho que fuese a venir.

—Se me pasaría... —dijo la morena titubeante.

—¿Sam? ¿Qué has hecho? —le espetó malhumorada. Sabía que su amiga estaba tramando algo.

—¡Sam! Meto las cervezas en el frigo —escucharon las chicas desde el salón. La voz era de Raúl. Estaba claro que Carlos y Sam habían planeado una cita a cuatro para que los otros se acercaran de una vez.

—¿¿Raúl está aquí?? —preguntó sorprendida Claire. Pero antes de contestar, este entró.

—Hola, Sam... —dijo un Raúl sorprendido al ver allí a Claire.

—Chicas —saludó Carlos por detrás con una sonrisa tímida.

—¡Esto es increíble! —exclamó Claire poniéndose en pie y recogiendo sus cosas.

—Espera, Claire. No te vayas —le rogó Sam.

—¿Que no me vaya? ¿Pero vosotros estáis bien de la cabeza?

—Claire, Sam y yo solo queríamos que hablaseis... —trató de explicar Carlos.

—Dejad de meteros en todo, joder —dijo entonces Raúl, que había estado callado, poniéndose la chaqueta de nuevo.

—No os cabreéis, chicos. Pensamos que necesitabais una ayudita... —dijo Sam apenada.

—Mira, Sam, te lo voy a decir por última vez. Lo que este y yo tengamos que hablar es problema nuestro —dijo señalando a Raúl—. Dedaos a lo vuestro y punto —terminó de decir dirigiéndose a la puerta del apartamento.

—Espera, Claire, bajo contigo... —dijo Raúl saliendo detrás de ella y dando un portazo.

Se subieron en el ascensor y comenzaron a reírse.

—Vaya escena hemos montado —dijo Raúl sin parar de reír.

—Vaya caras se les han quedado... —comentó Claire.

—¿Se lo habrán tragado? —le dijo dándole un pico en los labios.

—Creo que sí. ¿Cómo se les ocurre hacernos esta encerrona?

—Quieren lo mejor para nosotros...

Cuando salieron del portal, cada uno tiró en dirección contraria al otro. Si Sam y Carlos estaban observándolos desde el balcón, no verían nada que les hiciera sospechar que la escena había sido un montaje.

Una vez dieron la vuelta al edificio se volvieron a ver dos calles más atrás. Se dirigieron al *loft* y allí pasaron la noche.

Tal como habían quedado, el domingo Manuel y Carmen viajaron a Madrid para comer con los muchachos. Desde que habían formalizado su relación, Carmen pasaba bastantes días en Toledo junto a Manuel. No querían seguir perdiendo el tiempo.

Fueron al centro y allí comieron unas raciones. Claire recibió un mensaje de Raúl deseándole buen día con la familia. Ella no tardó en contestarle.

—Enana, ¿con quién hablas? —preguntó interesado Marcos al verla sonriendo.

—Con Iván. Tiene unas cosas este chico...

—Ya...

—Oye, ¿qué pasó anoche? —volvió a preguntarle.

—¿Cómo sabes...?

—Sam me ha llamado esta mañana para saber si había hablado contigo...  
Dice que te fuiste muy enfadada.

—¿Y por qué no me ha llamado a mí?

—Estaría segura de que no se lo ibas a coger —le dijo riéndose.

—¿Te ha contado lo que hicieron ella y Carlos?

—Estaban preocupados por vosotros. No la pagues con ellos, gruñona.

—Ese no es el problema, Marcos. Me alegra saber que tengo gente a mi alrededor que se preocupa por mí. El problema es que todos no paráis de insistir y creáis situaciones para que Raúl y yo coincidamos. ¿No os dais cuenta de que nos estáis obligando a hablar? ¿Y si ya no queremos continuar con lo que teníamos?

—Visto así... ¿Estás segura de que no quieres seguir con él?

—Sí, no, no lo sé... No me dejáis tiempo ni para que lo piense —dijo dramatizando para intentar convencer a su hermano.

—Está bien. No me volveré a meter —le dijo a su hermana dándole un beso en la frente.

—¡Chicos! ¿Habéis terminado de hablar? —preguntó Manuel unos metros más adelantado que ellos. Carmen y Daniela miraban un escaparate de ropa premamá.

—Sí —dijeron al unísono.

Al atardecer, Manuel y Carmen se marcharon a Toledo, Daniela y Marcos a casa y Claire al *loft*. Cuando llegó, Raúl la estaba esperando sentado en el rellano de su planta.

—¿Qué haces ahí? —preguntó sorprendida.

—Esperarte —le respondió poniéndose en pie.

—¿Y si hubiese venido acompañada? —dijo abriendo la puerta.

—Pues tendría la excusa de que quería que hablásemos —dijo él riéndose y cerrando la puerta tras entrar al apartamento.

—Estás loco.

—Por ti, nena —atrayéndola a sus brazos la besó apasionadamente.

—Para... Si queremos ir despacio, esto no ayuda... —le dijo Claire entrecortadamente.

—Es que no puedo evitarlo...

## **CAPÍTULO 29: Por fin**

Las semanas pasaron y Claire y Raúl siguieron viéndose a escondidas. Ante los ojos de los demás, no se soportaban. Sus amigos dejaron de planear encontronazos casuales o citas en las que los dos tuvieran que estar en el mismo espacio. Iván lo había intentado y lo único que había conseguido había sido un cabreo monumental por parte de la rubia. Todos habían decidido hacer un esfuerzo sobrehumano para no meterse, aunque sabían que ambos estaban cometiendo un error.

De vez en cuando, Sam le hablaba de Raúl, de lo que estaba haciendo o los planes que tenía, sin poner demasiado énfasis, haciendo que su amiga se riese por dentro al ver los esfuerzos de la otra por conseguir algo que ya estaba en marcha. Carlos hacía lo mismo con Raúl, le hablaba de las citas que tenía con Sam o de lo que haría el fin de semana.

Raúl creía que Carlos había empezado a sospechar. Lo conocía lo suficiente para ver que ya no estaba tan apenado como antes y aunque este trataba de fingir delante de él, no siempre lo conseguía. Estaba animado y, por mucho que tratara de obviarlo, se le notaba.

A primeros de diciembre, Claire viajó a Polonia. Le hubiese gustado que Raúl la acompañase, pero tenía trabajo; además, a ojos de los demás, eran indiferentes el uno para el otro. La rubia estuvo tres días en Cracovia y otros tres en Varsovia. Contrató excursiones con el hotel, disfrutó de las fiestas tradicionales, las comidas típicas, los mercadillos navideños —que ya

empezaban a anunciar que en unas semanas cambiarían de año—, de la nieve y la lluvia.

Realmente, disfrutó el viaje. Tuvo tiempo para pensar en los últimos meses, pero sobre todo para encontrarse a sí misma. Pensó en su antigua vida con Miguel y en la futura con Raúl. Se había dado cuenta de que la vida es demasiado complicada ya como para nosotros complicarla más. Había que afrontar lo que llegase; lo bueno con una sonrisa y lo malo con fuerza para superarlo lo antes y mejor posible. Se dijo que no perdería un minuto de su tiempo en nimiedades y que en cuanto viera a Raúl, le propondría hacer pública su relación. No era justo seguir engañando al resto.

Llevó regalos para Manuel y Carmen, para su futura sobrina, para Sam e Iván, Helena y Raúl.

El domingo la recogieron en el aeropuerto Manuel y Marcos. Según le dijeron al darle la bienvenida, Daniela y Carmen se habían quedado en casa porque Dani llevaba unos días con mareos y vómitos.

Ya en casa, Claire les entregó los regalos. A Carmen y Manuel les había llevado un antiguo ajedrez en madera policromada que había visto en un mercadillo. Ambos eran amantes de ese juego. A Dani y Marcos les entregó una cajita que contenía unas muñequitas pintadas a mano. La colocaron en la habitación de la pequeña, encantados con el detalle tan bonito que Claire había tenido.

Por la tarde decidió irse a casa. Estaba cansada del viaje. Cuando entró, un ramo de rosas la esperaba dándole la bienvenida.

Llamó a Raúl para darle las gracias y quedaron por la noche, cuando esta hubiese descansado un poco.

—¡Tengo ganas de verte, rubia! —exclamó Sam al otro lado de la línea.

—¡Y yo! Te he traído un regalito. Vente y nos tomamos un café.

Una hora después, Sam estaba allí.

—¿Y esas flores? —se interesó Sam acercándose al jarrón para olerlas después de darle un gran abrazo.

—Pues... mi padre. Me las ha llevado al aeropuerto —dijo tratando de disimular.

—Ah... qué detalle. Son preciosas.

—Venga, cuéntame. ¿Qué tal la semana que he estado fuera?

—Muy bien. Trabajando y poco más, la verdad. Vi a Raúl la otra tarde...

—¿Cómo está? —preguntó tranquila.

—Parece que bien... Carlos dice que debe haber conocido a alguien, ya no es un alma en pena —dijo con una sonrisa forzada.

—Merece ser feliz, Sam.

—Contigo lo era...

—Oye, no empieces, que acabo de llegar. Toma tu regalo y deja la alcahuetería —le dijo sonriendo mientras le entregaba una cajita.

A Sam le encantó lo que encontró dentro. Era una pulsera de plata con pequeñas bolitas de ámbar.

—Me encanta, Claire. Muchas gracias —le dijo a su amiga abrazándola.

—Nada, tonta. Sabía que te gustaría.

A Sam le encantaba la bisutería, fuera del tipo y material que fuera. Con ella siempre era un acierto.

Raúl llegó poco después de irse Sam. Había comprado unas *pizzas* de camino al apartamento. Así no tenían que entretenerse cocinando.

Tocó a la puerta y Claire lo recibió envuelta en una toalla de baño.

—Nena, me encanta que me recibas así —le dijo Raúl dándole un fuerte abrazo e inspirando su olor.

—Tonto, iba a la ducha...

Estuvieron abrazados unos minutos. Cuando se soltaron, Raúl dejó las *pizzas* en la mesa y la cogió en volandas llevándola al sofá. Se besaron

durante otros cuantos minutos.

—Parece que me has echado de menos... —le dijo Claire, sonriéndole.

—No sabes cuánto.

—Me pongo algo y cenamos. Ya me ducharé después.

—Por mí, puedes quedarte tal cual estás, nena...

—De eso, nada. Así no me concentro —le dijo riéndose y yendo hacia el dormitorio.

Cuando regresó al salón, Raúl tenía las cosas preparadas para cenar. Había encendido una vela y había puesto música de fondo.

—Qué romántico —le dijo acercándose por su espalda y abrazándolo por la cintura.

Raúl se giró y la miró de arriba abajo. Se había puesto un pantalón corto y una sudadera. Con la calefacción puesta no hacía falta abrigarse dentro de casa.

Se sentaron a cenar mientras Claire le explicaba todas las visitas que había hecho, cómo era el hotel, la gente a la que había conocido, el miedo que había sentido en Auschwitz, la belleza de sus edificios y sus museos...

—Vienes maravillada.

—Estuve hace muchos años, pero fue un viaje exprés. No me dio tiempo a visitar casi nada... Ahora he aprovechado bien.

Ya habían terminado de cenar y Claire le entregó su regalo.

—No tenías que haberte molestado, nena...

—Es un detalle. Pensé que te gustaría.

Apenas lo abrió, empezó a reírse. Se esperaba cualquier cosa menos una botella de vodka.

—¿Esperabas otra cosa? —le sonrió.

—Contigo nunca es lo que se espera. Siempre es mejor. —Al cabo de un rato, mientras recogían los restos de la cena, Raúl prosiguió diciéndole—: Te

propongo una cosa...

—A ver, sorpréndeme...

—Nos duchamos juntos y luego me quedo contigo a dormir.

—Mañana trabajas...

—Me he traído ropa —le dijo Raúl señalando la bolsa de deporte que había dejado en la entrada al llegar.

Claire no le contestó. Lo agarró de la mano y entraron al baño. Fueron desnudándose poco a poco, el uno al otro, sin prisa. Mientras caía el agua caliente, Raúl le soltó el pelo a la vez que le recorría el cuello a besos.

Hicieron el amor en la ducha. No habían estado así desde que Claire lo había dejado en la puerta de su casa, hacía ya unos meses.

De vuelta en la cama continuaron hablando.

—Te he extrañado tanto... —le dijo Raúl acariciándole la espalda.

—Solo he estado fuera una semana...

—Me refería a estar así, abrazados, durmiendo juntos... Mis sábanas dejaron de oler a ti hace tiempo...

—Si no fuera así, me preocuparía —le dijo Claire carcajeándose.

—Tonta...

Volvieron a hacer el amor, pero esta vez más despacio. Saboreándose el uno al otro y con más seguridad que nunca.

—¿Estás despierto? —preguntó Claire susurrando.

—Sí.

—He pensado una cosa.

—Dime.

—¿Y si lo hacemos público?

—¿Estás segura?

—¿Tú no?

—Nena, yo lo hubiese dicho al día siguiente de hablar... aunque estas semanas viéndonos a escondidas han tenido su puntillo... —le dijo sonriendo.

Claire no le contestó, pero comenzó a reírse con él.

Por la mañana desayunaron juntos y luego Raúl se marchó a la clínica. Claire tenía aún una semana libre de vacaciones. Decidió salir a correr por el Retiro, ya llevaba tiempo sin hacerlo. A su vuelta, llamó a Sara.

—¡Hola, Sara!

—¡Claire! Ya has vuelto, ¿no?

—Sí. Le he traído un detallito a Helena. ¿Te parece bien que la recoja yo del cole, la llevo a merendar y luego te la llevo a casa?

—Vale. Se alegrará de verte. Lleva unos días preguntando por ti.

—Genial.

—Una cosa, Claire. Luego no estaremos en casa, tengo que ir a casa de mis padres...

—No importa, la llevo allí.

—¿Seguro? Raúl...

—No te preocupes. Es agua pasada —dijo mordiéndose la lengua para no reírse.

—Bueno... no puedo decir que me alegra escucharlo, pero si los dos estáis de acuerdo...

Cuando Claire colgó se metió en la ducha. Se arregló, cogió el regalo de la niña y salió del apartamento. Le mandó un mensaje a Daniela avisándola de que iba para su casa y llamó a Raúl.

—Nena.

—Raúl. He hablado con tu hermana...

—Me lo ha dicho —dijo riéndose—. Dice que soy agua pasada. ¿Me tengo que preocupar? —siguió riéndose.

—¿Se lo ha tragado?

—Parece que sí. Me ha dicho que soy idiota...

—Bueno. Pues eso. Que recojo a Helena y luego la llevaré a casa de tus padres... ¿Vas a estar allí?

—Creo que no. He quedado con Carlos, que tiene la tarde libre...

—Mejor. Porque tener que fingir delante de ellos...

Colgó cuando tocaba al portero de Daniela. Esta le abrió y subió.

—Termina de arreglarte que nos vamos... —le dijo a la embarazada.

—¿Adónde?

—A comer fuera, yo invito. A las cinco tengo que recoger a Helena del cole. Si quieres venirme con nosotras... Iremos a merendar y luego la llevaré a casa de sus abuelos.

—A comer me apunto, pero luego tengo pilates...

—Vale.

Media hora después estaban en marcha. Pasaron por varias tiendas de bebés y entraron a ver los carritos y la ropa.

A mediodía entraron a un italiano que les pillaba cerca. Pidieron pasta y *pizza* para compartir.

Las jóvenes se habían hecho, además de cuñadas, buenas amigas. Daniela seguía manteniendo el contacto con sus amigos de siempre, pero no estar en la misma ciudad que ellos había provocado que los lazos con la gente que había conocido en Madrid se uniesen aún más. La semana que Claire había estado fuera, Daniela había estado quedando con Sam, Carlos y Raúl. Desde que Marcos había empezado a trabajar no tenía mucho tiempo libre, normalmente comía en la empresa para poder salir una hora antes.

Todo esto había hecho que Dani no se sintiera sola en ningún momento y el miedo que había sentido al mudarse de nuevo a España había desaparecido casi por completo en la primera semana. Todos la habían tratado como a una más de la familia.

Las chicas hablaron del embarazo, de las clases preparatorias al parto, las de pilates, que le iban de maravilla y, por supuesto, del viaje a Polonia.

Daniela no quiso preguntarle por su relación con Raúl. Siempre que se lo habían referido, Claire había terminado cabreada. Últimamente la veía relajada y tranquila, sabía que algo había cambiado en ella, pero estaba segura de que Claire se lo contaría cuando estuviese preparada.

Después de comer dieron un paseo y volvieron al piso de Marcos y Daniela, dejó allí a su cuñada y caminó hasta la peluquería en la que trabajaba su amiga. Los lunes solía comer sola en el salón así que le tocó a la puerta y esperó hasta que la morena le abrió y la hizo pasar.

—¿Qué haces aquí?

—He comido con Dani y he pasado a verte...

Sam terminó de tomarse el café que le quedaba en la taza mientras Claire se pintaba las uñas de un esmalte nuevo que habían recibido, en azul eléctrico.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó Claire al ver a su amiga nerviosa.

—Sí. Mira, no sabía cómo decírtelo, pero creo que es mejor que te lo diga yo y...

—Oye, me estás asustando, suéltalo ya —le dijo cortándola.

—Raúl está con alguien —soltó Sam.

—Esto... y ¿qué tengo yo que ver? —preguntó Claire nerviosa al no saber por dónde irían los tiros.

—Ha llamado a Carlos para decirle que nos la quiere presentar mañana.

—Bueno... No sé qué decir...

—Claire, tienes que hablar con él. No se ha podido olvidar de ti...

—Si está con alguien no pienso meterme, Sam.

—Pues yo no pienso ir a conocer a esa.

—Tú tienes que ir porque Raúl es tu amigo. Deberías de alegrarte de que esté feliz —le dijo Claire intentando convencerla.

—Ya, pero tú...

—Yo estoy bien. Seguro que conoceré a alguien y me olvidaré de él... No te preocupes.

Claire se despidió de su amiga y tomó rumbo al colegio de Helena. Mientras caminaba, llamó a Raúl.

—Ya te has enterado, ¿no? —respondió Raúl directamente.

—Podrías haber avisado...

—Entonces no te habría pillado por sorpresa y Sam lo habría notado. Lo he pensado sobre la marcha y los he ido avisando a todos. No creo que tu hermano tarde en llamarte... —le dijo riéndose.

—Eres de lo que no hay. Entonces, mañana por la noche, ¿no?

—Eso es. Tú llegarás cuando ya estén todos allí y ¡sorpresa! —se carcajeó.

Claire llegó al colegio. Apenas Helena la vio, echó a correr hacia ella y la rubia la cogió en brazos.

—Qué bonita estás, cariño —le dijo Claire dándole un beso en la mejilla.

—¿Nos vamos a merendar?

—Sí. ¿Dónde te apetece ir?

La niña la guio hasta un local de juegos infantil que había cerca del colegio. Solía ir allí en los cumpleaños de sus amigos.

Mientras merendaban, Claire le entregó el paquetito que había comprado para ella en Polonia.

—¿Es para mí? —preguntó la niña.

—Claro. Ábrelo.

La pequeña rompió el papel y abrió la cajita de cartón. En su interior se encontraba una muñeca pintada a mano y un paquete de chocolatinas típicas del país.

—Qué bonita. La pondré en mi habitación —le dijo la niña muy contenta.

—Me alegro de que te haya gustado.

Después de merendar fueron al apartamento de Claire y cogieron el coche, la casa de Alma y Adrián estaba a las afueras de la ciudad.

—Espero que lo hayáis pasado bien —dijo Alma mientras saludaba a Claire en el salón.

—Estupendamente.

—¿Quieres tomar algo?

—Debería irme, Alma...

—Raúl no está, si es eso lo que te preocupa... Anda, quédate y te cuento cómo lo pasamos en Italia...

—Vale. Pero un ratito.

Pasaron a la cocina, donde se encontraban Sara, Jaime, Adrián y la niña, que les enseñaba a los mayores la muñeca que Claire le había regalado.

Las dos mujeres se sentaron alrededor de la mesa, junto a los demás, y tomaron un refresco. Alma le contó su viaje a la Toscana. Habían visitado Florencia, Siena, Chianti, San Gimignano y Volterra. Les estaba gustando tanto que ampliaron dos días más el viaje. Visitaron museos, bodegas, catedrales, iglesias... Según le dijo, era el mejor viaje que habían hecho en mucho tiempo.

Claire también les contó cómo lo había pasado en Polonia y las visitas que había realizado. Se encontraba tan cómoda con la familia de Raúl que no se dio cuenta de la hora que era. Ya había caído la noche y Raúl entró en la cocina de sus padres como si nada. Los saludó a todos con una gran sonrisa y se dirigió a Claire con toda naturalidad, dándole un suave beso en los labios. Claire se quedó paralizada y cuando Raúl se dio cuenta de lo que ocurría, comenzó a hablar.

—Esto... Hola, familia —volvió a saludar, nervioso.

—¡¡¿Has besado a la *tita*?!! —dijo la niña aplaudiendo.

—Me parece que alguien tiene que explicarse, ¿no? —dijo Sara mirándolos a los dos indistintamente y por último, fijando la mirada en su hermano.

—Estamos juntos. Queríamos decirlo mañana, pero... he visto la escena tan familiar que teníais, que no me he dado cuenta de lo que hacía... —se explicó Raúl.

—¿Desde cuándo? —preguntaron Jaime y Sara a la vez.

—Desde la fiesta que hicimos cuando supimos el sexo de mi sobrina. Al día siguiente hablamos... y estamos juntos desde entonces.

—¿Y por qué nos habéis tenido engañados? Os matabais vivos... —dijo Sara pensando en voz alta.

—Queríamos probar antes de que todos lo supieseis —dijo Claire haciendo una mueca.

—Y para dar un escarmiento. Siempre os estáis metiendo en nuestra relación —añadió Raúl ganándose una colleja de su padre.

—Me alegro muchísimo, Claire. Bienvenida de nuevo —le dijo Adrián tocándole la mano por encima de la mesa.

—No se lo digáis a nadie, por favor. Hemos quedado mañana por la noche para darles la sorpresa...

—Está bien —dijeron todos sonriendo.

Finalmente, Claire y Raúl salieron de la casa agarrados de la mano. Claire volvía al *loft*. Se subió al coche, le deseó buenas noches y se marchó.

## **CAPÍTULO 30: ¡A la sierra!**

Claire llegó a la puerta del restaurante justo a la hora que Raúl le había indicado. Miró a través de la cristalera y los vio a todos reunidos. Fue analizándolos uno a uno. Marcos estaba sentado junto a Daniela, se cuchicheaban cosas al oído y se reían de algo que solo ellos dos sabían. Sam hablaba entretenidamente con Raúl, sentado frente a ella. Aunque la veía contenta, algo en su cara anunciaba que no estaba tranquila. Claire suponía que era por el tema de la nueva chica de su amigo. Carlos comenzaba a reírse por un comentario que acababa de hacer y al que todos se le unieron entre carcajadas.

Claire estaba orgullosa de la familia que había elegido. Sus amigos eran uno de sus tesoros más preciados. Faltaban Iván y Jon, que seguían de vacaciones en Cuba. Claire, antes de salir de casa, había llamado a Iván y le había contado que ella y Raúl estaban juntos. Le había hecho prometer que no se lo diría al resto y le había contado la sorpresa que tenían planeada. Este se había alegrado muchísimo después de haberle dado la bronca por tenerlo oculto.

Vio a Raúl tocarse el reloj. Era la señal para que entrara. Vio que comenzaba a decirles algo a los demás y entonces ella entró.

Raúl la vio acercarse entre las mesas y se levantó sin quitarle ojo. Estaba preciosa. Los demás se giraron para ver de quién se trataba y se quedaron con la boca abierta cuando la vieron aparecer. Nadie dijo nada. Claire avanzó

hasta llegar a Raúl y entrelazando los dedos de sus manos, se saludaron dándose un ligero beso en los labios.

—No me lo puedo creer —dijo al fin Marcos, mirándolos a los dos.

—Sois unos cabrones —dijo Sam negando con la cabeza.

—¿En serio? —preguntó Carlos.

—Ya era hora de que lo hicierais público —dijo Daniela riendo.

—¿Cómo? ¿Tú lo sabías? —le preguntó Marcos a su chica.

—Claro que no, pero se les veía demasiado felices cuando estaban separados. Cuando coincidían con alguno de nosotros en el mismo sitio se trataban con indiferencia, pero las miradas que se lanzaban... Yo me imaginaba que seguían juntos, pero... si ellos no decían nada, no iba a ser yo quien metiera cizaña.

—Qué lista eres, cuñada —le dijo Claire sonriéndole.

—Bueno, qué, ¿os gusta mi chica o no? —les dijo Raúl mientras se sentaban.

—¿Nos habéis hecho creer que no queríais saber nada el uno del otro y estabais saliendo a escondidas? —dijo Sam.

—Eso es —dijo Raúl.

—Mira, de ti me lo podía esperar, pero de ti no, Claire —le dijo a su amiga enfadada.

—Mirad, sentimos si os habéis enfadado. He estado retrasando la conversación con Raúl tanto tiempo porque me teníais atosigada. Cada vez que nos veíamos me hablabais de él, de lo mal que se encontraba... Ya sé que lo hacías con buena intención y creíais que era lo mejor, pero yo no lo sentía así. Al final, hablamos y decidimos llevarlo en secreto un tiempo. Queríamos comprobar que funcionaba, sin dar explicaciones y sin meteros a ninguno por medio.

—¿Y desde cuándo lleváis con la farsa? —volvió a preguntar Sam.

—El día después de la fiesta del bebé —dijo Raúl señalando a Dani y Marcos.

—Sabía que el bailecito que os pegasteis os vendría bien —comentó Carlos riéndose.

—A mí me da igual cómo lo hayáis hecho. Me alegro de que estéis bien juntos —les dijo Marcos cariñosamente, levantándose y dándole un beso a su hermana.

—Felicidades, pareja —dijo Carlos dándole una palmada a su amigo en la espalda.

—¿Sam? —preguntó Claire mirando a su amiga.

—Sois idiotas, pero qué le vamos a hacer. Ya no os podemos descambiar... —dijo riéndose. Se levantó y abrazó a su amiga.

Pasaron una noche estupenda. Por fin podían mostrar su amor a los demás y eso les liberó de un peso que, aunque autoimpuesto, ahora sentían como una liberación.

Cuando salieron del restaurante se dirigieron al *pub* donde siempre se reunían. Tomaron unas copas y bailaron unos con otros.

Claire estaba bailando con las chicas cuando se fijó en Carlos y Raúl. Los dos hablaban animadamente, un poco apartados del grupo. Carlos le entregó unas llaves que Raúl se guardó en el bolsillo de su cazadora y se unieron a las chicas. Marcos abrazó a Dani por detrás, posando una mano en la tripa de casi cinco meses de su chica y tendiéndole una botella de agua con la otra.

Salieron unas horas más tarde del local y caminaron todos en la misma dirección.

—Nena —le dijo Raúl a la rubia.

—Dime —le sonrió.

—Mañana nos vamos unos días fuera. Prepárate la maleta.

—¿Y el trabajo?

—Ya he hablado con mi hermana. Hasta el lunes no tengo que volver. Eso sí, voy a estar de niño hasta que me harte... —le explicó entre risas.

—Y... ¿A dónde vamos?

—Mañana te enterarás. No hace falta que eches mucha ropa. No te voy a dejar salir de la cama... —le susurró al oído.

—Tonto... —le sonrió.

Empezaron a despedirse al final de la calle. Cada uno tiraba hacia una dirección. Marcos y Dani le dieron un abrazo a Claire y esta les informó que al día siguiente se marcharía con Raúl a no sabía dónde. Sam y Carlos tiraron calle abajo después de que las chicas se dieran un beso. Raúl le dijo a Sam que se llevaba a Claire unos días fuera.

—Bueno, ¿y dónde me vas a llevar? —preguntó Claire mientras caminaban abrazados hacia el *loft*.

—Es una sorpresa.

—Pero yo quiero saberlo.

—Pero yo no te lo quiero decir.

—Pero... ¿no tendrán algo que ver las llaves que te ha dado Carlos?

—¿Cómo sabes...?

—No te quito ojo, chaval —le dijo la rubia haciéndole burla—. ¿Vamos a su casa de la montaña?

—Vamos a su casa de la montaña —repitió él afirmándose—. Contigo, los secretos...

—Soy muy fina —le contestó riéndose.

Pasaron juntos la noche, como venía siendo costumbre en los últimos días.

Por la mañana Raúl condujo hasta su casa a preparar las cosas para los días que iban a estar fuera y para informar a sus padres. Mientras, Claire llamó a su padre para hacerle saber que se iba fuera unos días.

—Hola, papá.

—Cariño, contigo quería yo hablar...

—¿En serio? Has hablado con Marcos, ¿no?

—¿Tú qué crees?

—Joder. Quería contártelo yo...

—No pasa nada, hija. Me alegra saber que estáis bien juntos.

—Ya, pero no tenía por qué decirte nada...

—No te enfades. Ya lo conoces. ¿Tú eres feliz?

—Sí. Mucho.

—Pues eso es lo importante. Lo demás da igual.

—Gracias, papá. ¿También te ha dicho que nos vamos unos días fuera?

—Sí —le respondió Manuel riéndose.

—Claro. No se iba a dejar algo para los demás... Donde vamos no hay cobertura, así que no podré llamar. Volveremos el sábado. Si ocurriera algo, llama a Sam, la casa es de Carlos. Podría ir a buscarnos...

—No te preocupes por nada. Todo va a estar bien.

Cuando se despidieron habló con Carmen, que se encontraba con su padre en Toledo. Prácticamente se había instalado con él en la ciudad castellana.

Preparó la maleta tranquilamente mientras escuchaba de fondo la voz de James Arthur.

Raúl pasó a recogerla cerca de las doce del mediodía. Cargaron el equipaje en el maletero y pusieron rumbo a unos días para ellos solos.

La casita de Carlos se encontraba al norte de Madrid, en plena sierra. Se trataba de una vivienda de planta baja con un jardín trasero en el que había una piscina cubierta y un espacio con barbacoa, mesas y sillas. En el interior, un gran comedor con una chimenea dominaba casi todo el espacio. Al fondo, los dormitorios. Tres, para ser exactos, cada uno con su baño individual. Además, estaba la cocina con una gran despensa y un aseo.

—¡Es una pasada! —exclamó Claire cuando traspasó la puerta.

—Sí. Aquí hemos pasado largas temporadas... —le respondió metiendo las maletas directamente al dormitorio que utilizarían.

—¿Cómo ha terminado siendo de Carlos? Quiero decir, estando tan lejos de la ciudad... —dijo entrando detrás de él.

—Era de una tía de su madre. No tuvo descendencia y se la dejó a Antonia en herencia. Antonia fue hija única, como lo es Carlos, así que ha pasado de madre a hijo. Cuando Carlos nació, sus padres decidieron hacerle una reforma y desde entonces está casi igual. Quitando algunos detalles que Carlos ha ido incluyendo con los años.

—Como el *jacuzzi*, ¿no? —se rio.

—Sí. De pequeños pasábamos las vacaciones juntos. Un mes y medio aquí, con sus padres y el restante en Madrid, con los míos.

—Qué maravilla.

Mientras Claire deshacía las maletas, Raúl encendió la chimenea. Había calefacción en toda la casa, pero habiendo chimenea tenían que disfrutar de ella.

—Bueno ¿y qué quieres hacer? —preguntó Raúl apoyado en el marco de la puerta.

—¿No eres tú el que lo tiene todo planeado?

—Si tienes alguna propuesta...

—Ahora mismo, lo que tengo es hambre, la verdad... —dijo ella riéndose.

—Eso pronto estará solucionado. He metido en el horno unas lasañas —le dijo acercándose a ella.

—Mmm, lasaña... —dijo Claire con voz sensual mientras se acercaba a él —. ¿Qué te parece si cenamos y estrenamos el *jacuzzi*?

—Me parece una idea genial —dijo besándola.

Raúl empezó a desabrocharle la camisa vaquera mientras la besaba. Se la bajó de los hombros con una mano mientras con la otra le acariciaba la

espalda. Claire le sacó el jersey de lana por la cabeza. Le pasaba las manos una y otra vez por su musculada espalda. Le tiró un par de veces del pelo, que le había crecido bastante desde que lo conocía y le soltó las greñas recogidas en una coleta.

Solo se escuchaba la respiración entrecortada de ambos y la suavidad de las caricias.

—Deberíamos... parar... —dijo ella.

—No... puedo... —le contestó jadeante con una sonrisa.

—La... cena... se... va... a quemar —respondió mientras lo besaba y le desabrochaba los pantalones vaqueros.

—Aún... tenemos un rato —dijo mirando su reloj, tumbándola en la cama y desabrochándole sus pitillos negros—. Eres preciosa —le dijo mientras esparcía una línea de besos desde los pies hasta llegar al cuello.

—Me haces cosquillas con la barba —le dijo ella riéndose.

Terminaron de desnudarse el uno al otro entre jadeos, besos, caricias y risas. Hicieron el amor despacio, saboreando el momento. Disfrutando.

—Te quiero —le dijo Claire con una sonrisa en los labios mientras Raúl seguía tumbado encima de ella.

—Te quiero, nena —le respondió él.

Mientras Raúl sacaba la cena del horno, Claire puso la mesa en la mesita baja del salón, delante de la chimenea. Sentada entre cojines en la alfombra, en bragas y sujetador y con el pelo alborotado recogido en un moño mal hecho, Raúl entró y se quedó parado mirándola.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella al verlo parado sin decir nada.

—Eres... una estrella. Brillas —logró decir al fin dejando los platos en la mesa.

—Exagerado... —le respondió riendo.

—Preciosa... No sabes la suerte que he tenido al encontrarte —y la besó.

—Tú tampoco estás mal —le dijo agarrándolo de la cinturilla de los calzoncillos y mordiéndole el labio.

—Mejor vamos a cenar... —dijo él cogiendo aire y sentándose frente a ella.

Cenaron tranquilamente frente al fuego. La cena en sí era lo de menos. La tranquilidad que Claire respiraba en esos momentos y el disfrute que tenía al estar al lado de Raúl eran lo único que necesitaba.

—Un centavo por tus pensamientos —le dijo Raúl como ya había hecho unos meses antes.

—Nada en concreto... —le sonrió.

—¿Algo que te preocupe?

—No...

—Nena... nos conocemos. Puedes contármelo.

—Estaba pensando en lo feliz que me haces. Me das paz, tranquilidad... No quiero que se acabe nunca —reflexionó en voz alta con la mirada fija en las llamas.

—No se va a acabar —le dijo gateando hasta donde estaba y abrazándola por detrás.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó apoyando la espalda en su pecho y la cabeza en su cuello.

—Me voy a encargar de eso —respondió besándole la cabeza.

—A veces las cosas no salen como quisiéramos...

—No voy a dejar que lo que siento al verte, al tocarte o al oírte hablar se acabe nunca. Eres lo mejor que me ha pasado, rubia... Si el destino quiere que acabe, acabará, ya sabes lo caprichoso que es. Pero voy a demostrarle cada día que no puede hacernos esa faena —terminó diciéndole con una sonrisa.

—Durante mi vida, en mis relaciones, he sido feliz. Con Miguel era feliz. Pero contigo... es más. Siento las cosquillas en el estómago cuando te miro,

tiemblo cuando escucho tu voz, me dan escalofríos cuando me tocas... Nunca había sentido nada tan fuerte... —dijo mientras una lágrima marcaba el camino hasta su labio.

—¡Eh! No llores —abrazándola más fuerte—. Sabes que el amor verdadero es difícil de encontrar, pero no imposible, ¿no? —pasándole la mano por la mejilla—. También es difícil encontrarlo y que sea correspondido. Nosotros hemos tenido suerte, nena —terminó de decirle girándole la cara para que lo mirase.

Esa noche no hablaron más. Raúl la tranquilizó con las palabras que le había dado. Sabía que él tenía razón. Si la relación que tenían llegaba a su fin, no podrían hacer nada para remediarlo, pero sí podían luchar cada día para que ese momento no llegara.

El jueves, Claire se despertó temprano. No podía seguir durmiendo y decidió levantarse para no molestar a Raúl. Se vistió con unas mallas y una sudadera y entró al baño. La imagen que el espejo le devolvía no podía ser más graciosa. Sus largos mechones de pelo estaban alborotados, aún tenía los labios hinchados y las mejillas sonrosadas. Se cepilló la melena y la recogió en un moño informal. Se enjuagó la cara y se puso crema después de su ritual de limpieza. Cuando salió de nuevo al dormitorio, él seguía dormido a todo lo ancho que daba la cama. Salió sin hacer ruido y fue hasta el salón. Ver los cojines tirados por el suelo le recordó el masaje tan sensual que Raúl le había dado la noche anterior para que se relajara y se olvidara de los miedos. Con una sonrisa tonta en los labios recogió los restos de la cena y se dirigió a la cocina. Preparó café, zumo y tostadas.

Raúl seguía en el dormitorio, así que se colocó el abrigo y salió al jardín con una taza humeante entre las manos. Paseó por el jardín. Contempló las enormes montañas que se alzaban frente a la casita. Hacía frío, pero no le importaba. Se paró cuando vislumbró una ardilla en la alta rama de un pino.

La observó mientras roía una piña. Vio la piscina y se imaginó a Raúl tirándose en bomba desde el bordillo.

—Vas a coger frío —escuchó a su espalda.

—Buenos días, dormilón —le dijo ella acercándose a él y correspondiéndole al beso.

—¿Qué hacías? —preguntó chocando la taza que él llevaba con la que ella sostenía.

—Viendo el paisaje. Parece sacado de un cuento...

—Si fuera un cuento, la princesa habría vuelto a su lugar...

—Tonto... —le dijo riéndose.

—He pensado que podríamos salir. Los alrededores son muy bonitos...

—Perfecto.

Raúl desayunó mientras Claire se ponía más ropa de abrigo y las botas de montaña.

—¿Preparada? —preguntó al oído.

—¡Me has asustado! —exclamó la rubia—. Serás... ¡idiota! —le dijo mientras se reía contagiada por la risa de él.

—Venga, nena, vámonos. —La agarró de la mano y salieron de la casa.

Estuvieron fuera hasta el mediodía. Tomaron varios senderos que los llevaron hasta el río, pasaron por unos increíbles montículos de piedra y volvieron a retomar el camino de vuelta. Habían hecho varias paradas para descansar, comer algo de fruta que Raúl había preparado en una mochila y hacer fotos.

—¿No podemos quedarnos aquí? Me encanta este sitio —le dijo Claire a Raúl a su espalda, ya que la había aupado a caballito.

—Podríamos intentar convencer a Carlos, pero no creo que esté por la labor.

—Bájame. Te vas a hacer daño.

—¡¡Si tienes peso pluma!!

—Ya. Mi culo no dice lo mismo.

—Tu culo es perfecto, nena —dijo bajándola y dándole una palmada.

—Serás... —dijo con intención de alcanzarlo, pero él comenzó a correr.

Claire hizo lo propio y lo siguió entre risas.

—¡Mierda! —escuchó Raúl a su espalda y se paró en seco. Cuando se dio la vuelta vio a Claire en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado agachándose junto a ella.

—He pisado esa piedra y me he torcido el tobillo —dijo señalando a su derecha.

—A ver —le dijo Raúl mientras tocaba el pie de la rubia.

—¡Ah! ¡¡Duele!! —se quejó.

—Vamos a casa, allí te lo miraré mejor, pero parece que no es nada grave —dijo levantándola en brazos.

—Qué torpeza de mujer —dijo ella apenada.

—Solo has pisado mal, nena, podría pasarle a cualquiera... —la tranquilizó.

—Ya... Pero con lo bien que lo estamos pasando...

—Esto no va a impedir nada, cielo.

De vuelta a casa, Raúl sentó a Claire en el sofá y avivó el fuego. Puso la bañera a llenar y volvió al salón.

—Vamos a ver ese pie —le dijo desatándole la bota—. ¿Te duele? —preguntó tras quitarle el calcetín. Ella negó con la cabeza—. ¿Y aquí? —Volvió a negar—. Aquí, sí. —A lo que la rubia no tuvo que contestar, la cara de dolor hablaba por ella misma—. Solo has pisado mal. Se te hinchará un poco, pero con una crema y calor se te quitará. Mañana estarás nueva —le diagnosticó con una sonrisa.

—Menos mal. El esguince del accidente fue en ese pie...

—No hay de qué preocuparse. Ahora, a bañarnos —le dijo tendiéndole la mano para que se agarrara a él.

Claire llegó al baño agarrada a Raúl. El tobillo le dolía bastante, pero no quería quejarse. Bastante estaba haciendo él para que ella se sintiera mejor, como para encima estar dando por saco.

Claire se desnudó poco a poco mientras observaba de reojo cómo Raúl vertía en el agua unos aceites con olor a vainilla. Lo vio quitarse la ropa rápidamente y la ayudó a sacarse las mallas.

—Al agua, patos —bromeó dándole un beso en la espalda.

Cuando Claire se metió en el agua, él lo hizo detrás, sentándose a su espalda. Estuvieron en silencio un rato, disfrutando de la compañía.

—¿Qué tal ese pie?

—Ahora no me duele tanto —respondió entrelazando sus manos con las de él.

—El agua caliente le viene bien.

—Gracias, Raúl.

—No tienes por qué dármelas...

Ella no le respondió, pero sí que tenía que dárselas. Se sentía protegida y sabía que a su lado podía soportarlo todo, fuese lo que fuese.

Después del baño se vistieron y Claire volvió al sofá. Tenía el pie un poco hinchado y morado, pero según Raúl, era normal.

—Apóyalo aquí —le dijo tocándose la rodilla—. Te voy a poner esta crema. Es bastante buena, seguro que para mañana no tienes nada.

Le masajeó el pie bastante tiempo. Aunque le dolía, soportó el dolor. Nunca le había gustado quejarse.

—Lista —le dijo dándole un besito en la comisura de los labios—. Prepararé algo de comer. No te muevas de aquí —le advirtió.

—Pero... te ayudo —dijo haciendo el amago de levantarse.

—De eso, nada. Toma. Seguro que te gusta —intentó convencerla entregándole un libro que extrajo de una de las repisas del salón.

Raúl asomó la cabeza un par de veces al salón para observar a la rubia. Sentada frente a la chimenea, con las piernas en alto, disfrutaba de la lectura que él le había ofrecido. *El abuelo que saltó por la ventana y se largó* resultó ser uno de los libros más divertidos que había leído.

De vez en cuando la escuchaba reírse. Desde luego no podía decirse que se estuviera aburriendo.

—Parece que te está gustando —le dijo abrazándola por detrás y dándole un beso en el cuello.

—Es divertidísimo. Cuando llegue a Madrid lo compraré.

Comieron un plato de pasta que Raúl había preparado.

—¿Estarán todos bien? —comentó Claire en voz alta.

—Claro. ¿Por qué no iba a ser así?

—¿Crees que si ocurriera algo nos avisarían?

—Supongo que si fuera grave, sí. Pero no hay que pensar en cosas tristes, ¿no? ¿Lo estás pasando bien?

—Claro. Aunque me tienes un poco descuidada... —le dijo con picardía subiéndole la mano por la pierna.

—Eso sí que no lo puedo permitir —le susurró al oído.

—Tendrás que darme cariño, estoy accidentada... —dijo ella mordiéndose el labio.

Raúl no le contestó, pero empezó a darle besos por todo el cuerpo mientras le quitaba la sudadera que se había puesto después del baño.

Las caricias, besos y bocados que le proporcionaba a su piel eran tan suaves que para Claire estaba siendo una tortura.

—Más... —pidió.

—¿Qué... quieres... nena? —logró decir él.

—A ti...

—Ya me... tienes —sonrió.

—Dentro..., hazme... el amor.

—Tú... mandas.

Hicieron el amor en el sofá. Fue todo tan intenso que por primera vez no habían usado preservativo. Se habían olvidado completamente.

—Nena..., joder —soltó.

—Lo sé... —dijo tapándose la cara con las manos.

—Deberíamos hacer algo, ¿no?

—No creo que pase nada... —dijo más para convencerse que para tranquilizarlo a él. Ella no tomaba anticonceptivos. Los había tomado una vez, pero tras ese episodio decidió no volver a repetir. No los toleraba.

Estuvieron en silencio largo rato. Cada uno pensando en su mundo. Claire se levantó y fue al baño. Raúl la observó, pero no comentó nada. Suponía que necesitaba un ratito para estar sola. A los minutos escuchó el agua de la ducha caer.

—¿Me invitas? —dijo Raúl con semblante serio tocando el cristal con los nudillos.

Claire no le contestó, pero se hizo a un lado para que él pudiera entrar. El agua les caía directamente en la cabeza. Estaba demasiado caliente y el vaho ya cargaba el ambiente.

—Necesito respirar —dijo Claire saliendo de la ducha rápidamente, agarrando una toalla y saliendo del baño.

—Espera. ¡Claire! ¡Joder! —espetó Raúl terminando de enjuagarse.

Cuando salió del baño no la vio por ningún sitio. Rebuscó por toda la casa. Estaba claro que había salido, un reguero de agua apuntaba al exterior. Se vistió rápidamente, cogió una manta y salió al jardín. La llamó varias veces, pero ella no contestó. Vio la puerta de la piscina abierta y fue hacia allí.

Estaba sentada en una esquina, agazapada en el suelo y con el pelo chorreando. Un chaquetón era lo único que llevaba para que le proporcionara calor, pero contando con que no se había secado de la ducha... poco le iba a abrigar.

—Vamos dentro —le dijo poniéndose en cuclillas delante de ella.

Claire no le contestó.

—Nena... te vas a resfriar —le dijo colocándole encima la manta.

Tampoco recibió respuesta.

—Háblame, por favor.

Tampoco le respondió, pero al menos lo miró a los ojos.

—Ha sido mi culpa... Lo siento.

—Yo también estaba. ¿Qué pasaría si me quedara embarazada? —soltó nerviosa.

—Pues que tendríamos un bebé precioso, nena. Dormiríamos menos, tendríamos ojeras, la casa llena de juguetes... —dijo intentando tranquilizarla.

—No hablas en serio...

—Créeme. Tengo una sobrina. Sería así.

—¿No te importaría? Un bebé..., nosotros —dijo negando con la cabeza.

—No es algo que se planea..., pero... no. No veo nada mejor para que salga de la unión de nuestro amor.

—Estás loco —le dijo Claire más tranquila, con una sonrisa.

—Por ti. Vamos... —le dijo poniéndose en pie y extendiéndole la mano—. ¿Por qué siempre sales huyendo?

—No huyo... —le dijo mientras se dirigían al baño. Claire estaba temblando de frío.

—Sabes que sí. Vas a pillar un tabardillo un día de estos.

Se volvieron a meter en la ducha. Esta vez abrazados.

—¿Por qué siempre tienes una respuesta para tranquilizarme? —le dijo Claire tocándole la cara.

—Porque sabes que lo que digo es verdad. A mí no me importaría ser padre. Pero la cuestión es, ¿tú qué opinas?

—Bueno... sería un petardazo, pero... contigo sé que puedo con cualquier cosa. Aunque me costaría asimilarlo..., siempre he querido ser madre. Ya sabes que me encantan los niños...

—Entonces... ¿quieres que lo dejemos todo como está y que sea lo que Dios quiera... o me acerco a una farmacia?

—No lo sé... Da vértigo decidir algo así. Si me tomo la pastilla, todo seguirá como hasta ahora..., y si no me la tomo, puede haber dos opciones: que seamos padres o que no...

—Haremos lo que tú decidas... —le dijo besándola.

—¿Podemos ducharnos y luego vemos?

—Claro.

Claire se tumbó en el sofá mientras Raúl salía al jardín a por más leña para echar en la chimenea.

Cuando volvió a entrar, Claire tenía los ojos cerrados. Intentó no hacer mucho ruido.

—He tomado una decisión.

—¡Qué susto me has dado! —le dijo Raúl con la mano en el pecho—. Pensaba que estabas dormida.

—Estaba pensando —le sonrió.

—¿Y bien? —preguntó cauteloso sentándose a su lado.

—No me voy a tomar nada. Que pase lo que tenga que pasar. Si en nuestro destino está ser padres... no voy a ser yo quien lo cambie. Pero necesito saber que tú estás de acuerdo...

—Nena... esperaba que me dijeras eso. Esperaremos pues, a ver qué ocurre —dijo abrazándola.

No se dijeron nada más. Tumbados en el sofá, abrazados, se durmieron.

Los siguientes dos días no variaron demasiado. Hicieron senderismo, se bañaron en la piscina, le dieron un buen repaso al *jacuzzi* e hicieron varias veces el amor frente a la chimenea. Hablaron de su posible paternidad y de los cambios que eso conllevaría.

El domingo, antes de volver a Madrid, Raúl madrugó, preparó el desayuno, encendió la chimenea y preparó el salón como si fuera la primera cita de una pareja.

Colocó el desayuno en la mesa baja del salón, encendió varias velas y de fondo puso música. No había pensado hacerlo de esa manera, pero en realidad tampoco había tenido otra oportunidad. Suponía que sorprender a Claire era lo importante y estaba seguro de que eso lo conseguiría. Estaba nervioso. No sabía la contestación que la rubia le iba a dar. Esperaba que fuera afirmativa y no pensara que lo hacía por obligación.

Media hora después, Claire apareció en el salón, soñolienta, y se quedó perpleja al ver todo lo que Raúl le había preparado.

—Buenos días, nena —le dijo él sonriente mientras se acercaba a darle un beso.

—Buenos días... ¿Celebramos algo?

—No..., pero ya que nos vamos hoy... he pensado preparar algo especial.

Claire no quedó muy convencida con la explicación, pero no quiso pensar mucho y se sentó a disfrutar del desayuno. Raúl estaba muy callado.

—¿Ocurre algo? Te noto... preocupado —dijo Claire dándole un bocado a su tostada.

—No... Es que estos días han pasado muy rápido.

—¿Solo es eso? Oye, si te has arrepentido...

—Ni lo pienses —la cortó él—. Es solo que...

—Dime —le sonrió.

—Ven aquí —le dijo separándola de la mesa y poniéndose frente a ella. Estaban sentados sobre cojines. En el suelo.

—Me estás preocupando.

—Verás, quería hacer esto hace unos días, pero con lo ocurrido lo he ido retrasando... Cásate conmigo —soltó al fin.

Claire no le contestó. Se había esperado cualquier cosa menos eso. Quedó tan sorprendida que no tenía palabras.

—Dime algo, nena.

—No... no sé qué decir...

—Pues di que sí.

—Es que...

Claire nunca había deseado casarse. De hecho, accedió a casarse con Raúl porque había insistido demasiado. Con Raúl era diferente, pero la ilusión de una gran boda... no la estimulaba para que dijera que sí.

—Raúl, yo... —Claire se levantó del suelo e iba a salir del salón.

—Nena...

—Raúl, yo te quiero —le dijo dándose la vuelta y sentándose en el sofá.

—Pero... —le contestó sentándose a su lado.

—Pero nunca he querido casarme.

—Con Miguel ibas a hacerlo.

—Y mira lo que ocurrió después.

—Conmigo es diferente.

—Lo sé. Pero nunca he tenido la ilusión de hacerlo...

—Entonces, es un no.

—Joder... No quiero que pienses que no te quiero. Tampoco quiero que nada cambie entre nosotros si no acepto.

—Pensaba que me dirías que sí... Yo te quiero, Claire. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—Y yo contigo... Pero que estemos casados no significa que no lo vayamos a estar.

Raúl salió del salón y se dirigió al jardín. Necesitaba un poco de tiempo.

Media hora después volvió a entrar. Claire estaba esperándolo en la cocina, sentada en un taburete con dos tazas de café.

—Hola... —dijo ella observándolo.

—Lo siento —le dijo él besándola.

—Yo también lo siento. No quiero que lo veas como un rechazo. Es solo que nunca lo he deseado... Estamos bien así, por qué cambiarlo.

—¿Qué es exactamente lo que no te gusta de las bodas? —preguntó agarrando su taza.

—Ser el centro de atención, el dineral que cuesta todo, la parafernalia de la iglesia...

—Todo —le sonrió.

—Prácticamente...

—Está bien. ¿Y si nos casamos solos?

—¿Solos?

—Tú y yo. Leemos nuestros votos... y tenemos noche de bodas. A ojos de los demás, todo seguirá igual. No estaremos casados legalmente, pero para nosotros será perfecto.

—Eso me gusta más... sobre todo el tema de la noche de bodas... —le dijo juguetona.

—Quiero que seas mía completamente. Que todos sepan que no estás disponible —le susurró él al oído, mientras le lamía el lóbulo de la oreja.

—Ya soy tuya... Además, no va a ser oficial...

—Para mí es más que suficiente, mi vida.

Estaba decidido. Hicieron el amor con la idea de que estarían *casados* más pronto que tarde.

## CAPÍTULO 31: ¡Navidades!

—Esta niña me tiene agotado —dijo Raúl sentándose en el sofá de Claire apenas entró por la puerta.

Había pasado una semana desde que habían vuelto de la montaña. Raúl había estado haciendo de niñero todas las tardes después del trabajo mientras su hermana iba al gimnasio.

Prácticamente vivían juntos. Raúl pasaba todas las noches en casa de Claire, hacían la compra, salían a correr... El baño estaba lleno de cosas de él: perfume, máquina de afeitar, cepillo de dientes, champú...; en el dormitorio: zapatos, zapatillas, vaqueros, chaquetas y jerséis de hombre, así como ropa interior, habían empezado a instalarse.

Claire estaba encantada, desde que habían vuelto a retomar la relación estaba más feliz que nunca. La propuesta de la no boda con Raúl le apetecía mucho, aunque también le daba miedo. Habían decidido posponerla varias semanas, hasta que cada uno escribiera unas palabras dedicadas al otro. Después de eso, se irían a vivir juntos. Visto en perspectiva parecía o era una tontería, pero para ellos era importante, se estaban comprometiendo para siempre.

—Entonces agradeces que no vayamos a ser papás, aún —le dijo Claire ofreciéndole una cerveza.

—Pues me había hecho a la idea de que podía ocurrir.

—Bueno... tenemos tiempo para eso —le contestó con una sonrisa triste.

Pasados unos minutos Claire siguió hablando.

—¿Has hablado con Carlos?

—No. ¿Pasa algo?

—No sé. Esta semana he notado rara a Sam.

—¿Has hablado con ella?

—Claro. Pero siempre me dice lo mismo. Que está bien, solo está cansada... Además, no ha nombrado a Carlos para nada.

—Habrá sido casualidad... Hablaré con él a ver si me cuenta algo.

—Por cierto... quedan pocos días para Navidad. ¿Quieres pasarlas con tu familia o quieres venir a mi casa?

—Podríamos juntarnos todos los dos días. No somos demasiados. Mi casa es grande, hay sitio para todos.

—¿De verdad? Es buena idea.

—Propónselo, a ver qué les parece.

Al día siguiente, Raúl quedó con Carlos para tomar unas cervezas después del trabajo.

—¿Cómo va todo con la rubia?

—De cojones, tío. Nunca he estado más feliz. Casi estamos viviendo juntos...

—¿En el *loft*?

—Sí —dijo dándole un trago al botellín.

—¿A Claire no le importa?

—No... Le pedí matrimonio en la montaña.

—¡Coño! ¿Y me lo dices ahora?

Iba a darle la enhorabuena, pero se abstuvo al ver la cara de Raúl.

—Me dijo que no.

—¿En serio?

—Dice que nunca ha querido casarse y que no entra en sus planes.

—Vaya... Lo siento, tío.

—Pero todo sigue bien entre nosotros. Mira, no íbamos a contárselo a nadie pero... tú, ni mu. Nadie puede enterarse de esto.

Raúl le contó lo que habían pensado hacer. Carlos se sorprendió al principio, pero luego le pareció bien. Cada uno tiene que hacer lo que vea mejor. Si eso era lo que ellos querían, había que respetarlo. De todas formas, la única diferencia que había de estar o no casados era un papel firmado y unos cuantos miles de euros gastados.

—Bueno, ¿y tú qué?, ¿cómo va todo?, que solo hemos hablado de mí.

—Pues... no tan bien como a ti.

—¿Qué ha pasado con Sam?

—¿Cómo sabes que es con ella?

—Claire me ha dicho que lleva toda la semana rara.

—Discutimos varias veces por tonterías los días que estuvisteis fuera. Al final, me ha pedido un poco de tiempo... Se va a Italia a pasar las Navidades con sus padres.

—No puedes estar hablando en serio. Tenéis que arreglarlo...

—Ya. Es la mujer más increíble que he conocido nunca, pero también la más cabezona. Vio en mi móvil algunos mensajes de una chica...

—¿Tú eres tonto o qué? —le dijo Raúl serio.

—Oye, no es lo que parece. Es la madre de uno de los chicos del equipo. Estuvimos mensajeándonos varias veces, pero nada de lo que te imaginas.

—Pues explícaselo.

—Lo he intentado, pero no quiere escucharme...

—Menuda mierda. En esto no puedo ayudarte. Solo te recomiendo que insistas. Con Claire me funcionó. Creo que por aburrimiento cedió a que habláramos...

Unos días después, Manuel y Carmen llegaban a Madrid a pasar las Navidades con los chicos. Finalmente habían accedido a celebrarlas con la familia de Raúl.

Recibieron el Año Nuevo las dos familias juntas. Los padres de Raúl habían insistido en cenar en su casa, así que Sara, Jaime y la pequeña Helena, Adrián y Alma, Álex, que por primera vez desde hacía años había podido viajar en Navidad, Marcos y Daniela, Manuel y Carmen y por último Claire y Raúl pasaron una agradable noche juntos.

Después de tomarse las uvas, Claire llamó a Iván y Jon para felicitarles el año y acto seguido lo hizo con Sam.

—¡¡Morena, feliz año!!

—Feliz año, bonita.

—¿Estás bien? —dijo dirigiéndose a casa de Raúl.

—Claro.

—Que nos conocemos, ¿qué ocurre? ¿Es por Carlos?

—No y sí.

—Sé un poco más clara, nena.

—Le echo de menos.

—Eso lo imaginaba. He pasado por eso. Oye, tenéis que arreglarlo, por una tontería...

—Lo sé. Hemos estado hablando desde que me fui. Soy idiota. Vi los mensajes de esa chica y me imaginé cosas que no eran... —dijo cortándola.

—Si es así, no pasa nada. En unos días vuelves...

—No es eso lo que me preocupa... —le cortó de nuevo.

—¿Entonces?

—Creo que... Joder, Claire, creo que estoy embarazada —soltó a bocajarro.

—¿Qué? ¡Pero eso es genial! —Raúl entró a su salón, buscándola. Estaba sentada frente a la chimenea.

—Oye, no se lo digas a nadie —le dijo al escuchar a Raúl hablar.

—¿Y él? —preguntó a su amiga sabiendo que entendería a lo que se refería.

—No quiero decírselo hasta que esté segura, y mucho menos por teléfono.

—¿Todo bien? —le preguntó Raúl cuando ella colgó con la morena.

—Sí..., está un poco preocupada por el tema de Carlos, pero seguro que lo solucionan cuando vuelva —respondió abrazándolo.

—Feliz año, mi vida.

—Feliz año, cariño.

—Nena... ese vestido es muy bonito..., pero sin él estarías mucho más bonita —le dijo acariciándole la espalda.

—Adulador... Volvamos a la fiesta..., van a venir a buscarnos —le dijo dándole un mordisquito en el labio.

—Vale. Pero después... ya sabes —le respondió dándole una palmada en el culo.

Cuando salieron al jardín, Marcos iba en su búsqueda. Dani y él se iban a casa, la chica estaba agotada.

—Podéis quedaros, hay sitio para todos —le volvió a decir Raúl a su cuñado.

—Así no tenéis que conducir..., es tarde. Venga... —le dijo Claire a su hermano poniendo cara de pena.

—No queremos molestar...

—Qué vais a molestar. No digas tonterías, Marcos —le dijo Raúl dándole la espalda y dirigiéndose a casa de sus padres, dejando a los hermanos solos.

—Se os ve felices —dijo Marcos a su hermana.

—Lo somos. Creo que nunca lo he sido tanto...

—Pero...

—¿Pero? No hay peros. Esta vez no. Voy a ser feliz el tiempo que dure, da igual que sean tres días, tres meses, tres años o toda una vida —le sonrió.

—Así se habla, enana. Feliz año —dijo con una gran sonrisa mientras la abrazaba.

Al final, los chicos y Carmen y Manuel se quedaron en las dos habitaciones de invitados de casa de Raúl. Habían logrado convencerlos para que no condujeran una noche como esa.

Helena había insistido en que quería dormir con sus tíos, pero Marcos había logrado dormirla antes de las uvas y su padre la había subido a la habitación.

Sin duda fueron unas Navidades mágicas para todos.

Ya en el dormitorio, Raúl le preguntó a una callada Claire qué ocurría; desde que había hablado con Sam había algo en ella que le preocupaba.

—Venga... sé que ocurre algo... —insistió por tercera vez.

—Es que...

—Sé que está relacionado con Sam. Es por algo de Carlos y te ha pedido que no digas nada, ¿es eso no?

—Sí..., pero se lo he prometido. ¿Tú no ibas a quitarme este precioso vestido...? —dijo Claire cambiando de tema y haciendo que Raúl se olvidara por completo de la conversación que estaban manteniendo.

Y efectivamente, se olvidó de la conversación y de todo lo demás.

## CAPÍTULO 32: Y comieron perdices para siempre

—No nos vamos a quedar a vivir en el *loft* teniendo mi casa. Es mucho más grande, Claire —le respondió por tercera vez esa noche.

—Pero me gusta el *loft*...

—Y a mí, pero estaremos más cómodos y hay más espacio.

—Pero está lejos de todo. Trabajo, familia, amigos...

—Deja de poner excusas, nena —dijo besándola.

—Es que...

—Es que tienes miedo, ¿no?

—Me da vértigo volver a dar este paso. Quiero que esta vez funcione.

—Nunca sabremos si funcionará o no si no lo intentamos, ¿no crees?

—Sí —respondió un poco más convencida.

—He reservado para este fin de semana en Salamanca. ¿Quieres que demos el paso?

—Sí.

—¿Segura?

—Más que nunca, tío bueno —dijo ella riéndose mientras él se ponía su pijama de Popeye.

—Oye, no te rías de mi pijama —le dijo acercándosele con intención de hacerle cosquillas.

Hacía varias semanas que habían pasado las Navidades. Claire se había ido llevando cosas a casa de Raúl, pero aún le quedaba la mayoría en el *loft*. Iba a echar de menos esas paredes que durante casi un año habían sido su hogar,

donde había vuelto a creer en el amor, había pasado su época más dura, había vivido buenos y malos momentos, pero, sobre todo, donde se había vuelto a reencontrar consigo misma.

La noche de Reyes le habían dado a todos la noticia de que se iban a vivir juntos. Sin duda, la alegría que mostraron familiares y amigos no se podía disimular. Todos estaban felices por ellos.

Sam y Carlos habían hablado a su vuelta de Italia. El malentendido se resolvió y volvieron a retomar la relación, pero esta vez con un gran cambio. Efectivamente, Sam estaba embarazada. Lo primero que hizo al volver fue coger cita con su ginecólogo y este le dio la enhorabuena nada más confirmárselo. A Sam por poco le da un patatús, aunque ella ya se lo imaginaba. Una vez hubo resuelto el problema con Carlos, le dio la noticia. Al principio pensaba que era una broma, pero cuando vio la cara de la chica se dio cuenta de que no. Iba a ser padre y, aunque le costó digerirlo en un primer momento, no podía estar más feliz. Estaba claro que le gustaban los niños, pues su vida siempre había girado en torno a ellos. Ahora iba a tener el suyo propio.

Marcos y Daniela tuvieron a la pequeña María unos días después. Se le había adelantado el parto y la niña llegó antes de la fecha prevista. Un bebé precioso, moreno como su mamá y blanquito de piel como su papá. Habían decidido ponerle el nombre de la abuela paterna, en honor a la abuela que nunca conocería, pero que seguro la protegería allá donde estuviera.

Manuel decidió instalarse en casa de Carmen definitivamente. Ahora que su nieta había nacido, los muchachos necesitarían su ayuda más a menudo. Habían decidido mantener la vivienda de Toledo, ir de vez en cuando no estaría mal.

Por primera vez en mucho tiempo, todos habían encontrado su lugar. La vida no es de color de rosa, tiene otros matices que van haciendo que la

odiamos o amemos a partes iguales, dependiendo del color que venga en ese momento. Cuando la paleta de colores tiende a oscurecerse somos nosotros los que debemos intentar colorearla, y eso, todos lo sabían. La sonrisa debía permanecer intacta por muchos problemas que viniesen.

Claire se instaló en casa de Raúl definitivamente. Este decidió poner en alquiler el *loft*. Allí habían consumado su amor, pero tenerlo sin alquilar era una pérdida de dinero, que aunque se podían permitir, una ayuda nunca estaba de más.

Unos días después viajaron a Salamanca. Visitaron la ciudad, sus monumentos, bares y espectáculos teatrales y musicales. Una noche, Raúl la llevó a unos jardines llenos de rosas blancas y allí, con su única compañía, se declararon amor eterno. Claire había comprado unos anillos en acero, ambos a juego, en los que había hecho grabar en su interior «Siempre tuyo», en el de ella; y «Siempre tuya», en el de él.

Cuando volvieron a la ciudad no les contaron nada del *no enlace* a ninguno. Sería un secreto que nunca contarían y que solo ellos dos sabían. Algo íntimo e importante para ellos.

—Dímelos —pidió Claire tumbada en la cama antes de dormir.

—¿Otra vez? —le sonrió él—. Te los sabes de memoria.

—Me encanta que me los digas, cariño.

—Te los llevo diciendo un mes, nena —le dijo tumbándose a su lado.

—¿Un mes?

—Sí. Hace un mes que eres mi esposa. El mejor mes de mi vida —le dijo entonces pasándole el brazo por debajo del cuello, para que se apoyara en él.

—El primer mes de nuestra vida, juntos. Andaaa... dímeloooss —volvió a pedir la rubia.

—Vaaaaaleee —cedió al fin.

Raúl comenzó a recitar los votos que una noche de hacía un mes le había dicho a Claire mirándola a los ojos, con la luna y las estrellas como únicos testigos.

—Tú eres mi motivo para respirar, para sonreír, para vivir —empezó a decirle al oído.

—Contigo y solo contigo he conocido el amor verdadero.

—Contigo y solo contigo sé qué es amar incondicionalmente —dijo dándole un beso en la cabeza.

—Contigo quiero sumar.

—Contigo quiero formar una familia —dijo con una sonrisa pícaro.

—Podemos empezar a practicar, si quieres —le respondió ella, riéndose.

—Contigo quiero correr las aventuras que la vida me tenga preparadas —siguió él sonriendo.

—Contigo quiero reír y llorar cuando sea necesario.

—Hacerte sonreír cada mañana y suspirar cada noche.

—Por ti doy gracias al cielo cada mañana, al dejarme estar a tu lado un día más.

—En tus ojos quiero perderme y en tu cuerpo encontrarme cada día de nuestras vidas —terminó de decir besándola en los labios.

—Te quiero, cariño —dijo Claire emocionada cuando él acabó.

—Te quiero, cielo. Para siempre.

## EPÍLOGO

Habían pasado dos años desde que se prometieran amor eterno. Habían cambiado muchas cosas en la vida de todos ellos, pero lo principal seguía intacto. No quiere decir que todo fuera positivo, los problemas siempre aparecen, pero con amor y trabajo, lo importante puede durar toda una vida.

Sam y Carlos habían sido padres de un niño moreno llamado Alejandro. Aunque el principio de su relación había ido muy bien, la llegada del niño fue empeorando la situación. El estrés de Sam al tener que cuidar de un bebé que dependía de ella al cien por cien fue haciendo que todos sus pesares cayeran en su chico. Este intentaba no darle importancia a todos los problemas que Sam veía, aunque en realidad, no fueran un problema. Esto conllevó a que su relación se fuera enfriando y decidieran darla por terminada a los pocos meses.

Sus amigos tomaron cartas en el asunto; estaba claro que necesitaban tiempo para estar solos, centrarse y admitir que ya no serían dos, sino tres, de por vida. Así que Claire y Raúl cuidaron del pequeño Alejandro una semana, que fue lo que duró el viaje que Iván les había organizado a sus amigos.

Como era de esperar por todos, Sam y Carlos pudieron hablar de sus sentimientos, la situación a la que habían llegado y, sobre todo, los miedos que ella sentía desde que había dado a luz al bebé. Disfrutaron de unos días en los que echaron muchísimo de menos a su hijo, pero que les vinieron genial para poder retomar lo que habían dejado equívocamente.

Marcos y Daniela volvían a estar embarazados: otra niña, a la que pondrían de nombre Sara. Habían decidido tener otro bebé antes de que la pequeña María fuera más grande. Además, habían pasado unos días en Tailandia, donde se conocieron y afianzaron su amor.

En cuanto a Carmen y Manuel..., seguían queriéndose como el primer día, tanto es así, que unos meses después de estar viviendo juntos, decidieron casarse. Pasara lo que pasase, no iban a volver a separarse más. Celebraron una boda íntima en Toledo a la que asistieron todos los chicos, así como los padres de Raúl y sus hermanos.

Jon e Iván habían anunciado su matrimonio para el siguiente año. Llevaban unos meses viviendo en Toulouse. Jon había recibido una oferta como profesor de salsa en una academia de la ciudad francesa y no había podido rechazarla, era el sueño de su vida. Iván no había dudado en acompañarlo; estarían juntos, daba igual dónde, por lo que la agencia se la traspasó a Claire, que ahora era la propietaria.

Claire y Raúl habían estado viajando muchísimo. Habían visitado a Álex tres veces el último año. Además, habían volado a Países Bajos y Bélgica, viaje que podría decirse que los unió y por el que se conocieron, en sus dos últimas vacaciones de verano. Y habían aprovechado los puentes o fines de semana para ver Toledo, Barcelona, Murcia, Almería y Cáceres.

No habían vuelto a hablar de boda porque ya estaban comprometidos de por vida. Tampoco habían hablado de tener niños hasta la semana que cuidaron de Alejandro. Durante esa semana, fueron una familia de tres a tiempo completo. Se organizaron con la casa, con el trabajo y con el niño.

—Me gusta esto —le dijo Claire a Raúl cuando este volvió de dormir al pequeño después de darle la cena.

—¿A qué te refieres, nena?

—A ser tres. A tener un bebé.

—¿Quieres que tengamos un bebé? —preguntó él, sorprendido.

—Sí. Creo que... creo que estoy preparada para serlo. ¿Tú no?

—Creo que también. Esta semana con el niño ha sido genial. Nos hemos organizado bien y... sí, creo que es el momento.

Desde que vivían juntos no habían usado anticonceptivos y en ese tiempo, Claire no se había quedado embarazada. No le habían dado mayor importancia porque no se habían planteado la paternidad, aunque si hubiese ocurrido tampoco les habría importado. Ahora decidieron que era el momento de dar el paso, así que tomarían cartas en el asunto e irían a un especialista.

Cada cosa llega a su debido momento, el destino de cada uno está escrito, o no, quién sabe. No sabían si podrían ser padres o no y aunque no fuera fácil, lucharían por ello. Lo que sí es seguro es que hay que vivir, con las penas y alegrías que el camino nos tenga preparadas. Claire pensó, en un momento pasado de su vida, que no volvería a ser tan feliz como lo había sido con Miguel, y, de repente, todo cambió: conoció al que estaba segura era el amor de su vida y tres años después no podía imaginarse una vida sin él. Es muy típico decir «cuando se cierra una puerta se abre una ventana», pero es totalmente cierto. Si no abrimos la ventana, si no nos damos esa oportunidad, estaremos perdiendo la esencia de la vida: vivir.

Claire había ido aprendiendo con los años y con tropiezos que hay que escuchar, dejarse llevar, confiar en la persona que te lo está dando todo incondicionalmente, pero, sobre todo, hay que vivir la vida al máximo cada día porque no sabemos cuándo será el último. La última llamada a tu mejor amiga, la última puesta de sol en tu playa favorita, la última hamburguesa del puesto de la feria del barrio, la última comida con tus padres, el último despertar con la persona que amas o el último te quiero.

Y «te quiero» era lo último que se decían todas las noches antes de dormir.

FIN

## Agradecimientos

Comienzo la andadura de la escritura con este libro, *Y, de repente, todo cambió*. Los que me conocen bien, saben que desde pequeña me ha gustado escribir, pero no ha sido hasta hace unos meses que me he decidido a dar el salto y publicar algo.

Siempre he escuchado decir, a muchos de mis escritores de cabecera, que escribir un libro es como un embarazo. Día tras día vas dándole forma a algo que meses (o años) después nacerá y te dará las mayores alegrías o quebraderos de cabeza de tu vida.

No sé si viviré de esto o no, tampoco es algo que me preocupe demasiado. Cada cosa llega cuando tiene que llegar y si en mi destino está que así sea, lo esperaré con los brazos abiertos y una sonrisa.

Acojo el proyecto con ganas y miedo a partes iguales. Ganas de seguir aprendiendo, de conocer gente, de formarme y vivir. Miedo a no estar a la altura, a darme el batacazo antes de despegar los pies del suelo, a no ser lo que se esperaba... en fin, miedo a lo que no está a nuestro alcance y no depende, en su mayoría, de nosotros. Algo así como el miedo y las ganas de vivir de Claire cuando está con Raúl.

Quiero dar las gracias a mi familia. A mis padres, porque de ellos aprendí que lo bueno se hace esperar, que hay que luchar para conseguir lo que se quiere, que hay que ser valiente y constante a partes iguales y que nunca se da para recibir.

A mi hermano, porque su fe en mí es mucho más grande que su bondad.

A mi familia política, a mis suegros, porque su apoyo y consejos siempre son los mejores.

A Josemi, por su apoyo, su cordura, su amor. Por hacer que mi vida a tu lado sea un circo constante de risas, viajes y aprendizajes. Por darme alas y sujetarme para que siga subiendo.

A mis amigos, porque sin ellos el viaje de la escritura habría sido otra cosa. Por vuestros sueños, ideas y ganas de vivir.

A mi niña Lola, por su locura, sus ánimos, su imaginación y su mente creativa.

A Bego (@begopcarmena) por sus ideas, esfuerzo y horas de trabajo. Por la portada tan bonita que ha dibujado. Porque unos se hacen artistas y otros nacéis siéndolo.

Darle las gracias a Raquel, mi editora, por su paciencia durante tantos meses, y a Círculo Rojo por hacer que los sueños se cumplan.

Sobre todo, gracias a ti, que sujetas estas hojas con tus manos. Sin ti, esto no sería posible.